

Selección RNR

ELEANOR RIGBY

CÓMO PONER  
A UN DUQUE

A TUS PIES

COMITIVA DEL CORTEJO 1



Romance histórico

Cómo poner a un duque a tus pies  
La comitiva del cortejo 1

Eleanor Rigby



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## PRÓLOGO

# Londres, 1879

Viviana no era una mujer paciente, pero sabía que merecería la pena esperar a que Saint-John probase el mejunje que se había encargado personalmente de preparar. Le había costado lo indecible sobornar a la doncella que lo serviría —por no hablar del pleito que tuvo con la cocinera—, pero al final había conseguido salirse con la suya.

Como siempre.

Apretó los labios para contener una sonrisa de regocijo, sin quitarle el ojo de encima al duque. Tal y como era de esperar, dado que pertenecía a la más noble estirpe de pares británicos, los anfitriones le habían agenciado el asiento que presidía la mesa. Eso le permitía a Viviana observarlo con mayor detalle desde su lugar, uno tan perdido y alejado de los comensales verdaderamente interesantes que no hacían nada salvo reiterar su papel en los acontecimientos sociales.

Estaba allí, en casa de los Abbot, porque el dinero y el buen nombre de su abuela abrían muchas puertas. Y estaba *allí* exactamente, justo en ese asiento poco favorecido, por ser un atentado contra el buen gusto en tantos aspectos que no merecía la pena ni señalarlos.

Pensar en la cruz de su día a día podría haberle hecho perder el apetito o la emoción de la travesura, pero hacía tiempo que Viviana había reemplazado la tristeza del rechazo por una afición divertidísima. Una que estaba lejos de intentar agradar a los ingleses estirados con los que debía codearse por ley. Y una que haría que su abuela se llevara las manos a la cabeza.

Viviana dio un sorbo a la sopa y esperó a que Saint-John hiciera lo mismo. Él no era consciente de su presencia —y si lo era, fingía estupendamente lo contrario—: conversaba tranquilamente con el invitado del asiento colindante, un hombre de mejillas sonrojadas y risa estridente que Viviana no terminaba de reconocer. Lo único que sabía, basándose en su expresión tan solo alterada por la inclinación de una de sus cejas de bronce, era que a Saint-John le desagradaba.

Aunque, ¿quién no le desagradaba a Saint-John? Probablemente la reina, un par de miembros de la Cámara y, por supuesto, su Excelencia. Para Saint-John, el hombre más respetable y digno de todo el Reino Unido era el mismo Saint-John. Tal era su sublimidad que, a su lado, hasta la utópica idea de perfección era un defecto.

Viviana se cuidó de no rodar los ojos. Si existía algo en todo el orbe capaz de inspirarle tanto desprecio y repugnancia como la comida inglesa, ese era lord Marcus Radcliff. Su insoportable pedantería, su obsesión con el pedigrí familiar y su deleznable tendencia a dejarla por los suelos siempre que podía eran unos de los muchos defectos por los que se levantaría, rodearía la mesa y le metería la cabeza en la olla de estofado. Pero como no podía, se había limitado a envenenarle la cena para que pasara una noche un tanto agitada.

De solo imaginárselo con la cabeza metida en un cubo le cosquilleaba el estómago.

¿Quién se había creído que era? Viviana aceptaba que tuviera amor propio: las mujeres le habían perseguido desde antes de vestir pantalón largo, engordándole el ego, y ya desde joven supo que heredaría uno de los ducados más importantes de la nación... Pero ese alto grado de arrogancia era inaceptable.

Viviana lo miró con los ojos entornados, intentando encontrar esa virtud que nadie más parecía poseer. ¿Qué tenía que lo hiciera tan especial? ¿Título? No era para tanto. Tampoco era para tanto ser la mano derecha de uno de los ministros de la reina. Ni que algún que otro Radcliff hubiera desposado a miembros de la Corte.

Ni siquiera era para tanto él en sí. De acuerdo: estaba en forma gracias a los muchos deportes que practicaba cuando no estaba salvando el mundo a través de trámites burocráticos. Vale: tenía unos sagaces, expresivos y penetrantes

ojos transparentes con doble función para matar y desnudar sin usar las manos. Sí, era probable que tuviera el cabello más lustroso y bonito que Viviana había visto en su vida. Y estaba bien: admitía que las facciones del hombre tenían algo de Bernini.

Pero tampoco había que poner el grito en el cielo.

Por fin, Saint-John se decidió a probar la sopa. Acercó lentamente la cuchara —ni muy rebosante, ni carente de sustancia— a su boca y separó los labios para colocar la punta en la fina hendidura. Viviana asistió a todo aquello con un nudo en la garganta y la sensación de que su estómago se había reducido al tamaño de un guisante.

Quizás también tenía una boca de lo más deliciosa.

Pero seguía sin ser para tanto.

Y tampoco era el caso. Lo importante era que se había esforzado en convertir la cena de Saint-John en un despropósito, y él no pareció afectado después de tragar. El líquido se deslizó por su garganta, haciendo temblar su nuez de Adán y vibrar con insolencia algunos músculos del cuello, y... Y no había dado la más mínima seña de tener que ir a devolverlo. Nada. Ninguna mueca disconforme.

No podía ser. Sencillamente *no podía ser*.

Había echado suficiente albahaca como para que tuviera que disculparse precipitadamente para devolverlo, si no vomitarlo allí mismo. Claro que había pensado que era demasiado educado para armar un alboroto, y por ese mismo motivo se había esforzado contaminando su plato más de lo que un ser vivo podría aguantar. Por Dios, ¡su respuesta física tendría que haber sido inminente!

Viviana apretó los puños bajo la mesa, impotente. Estaba claro que lo había subestimado. Sería capaz de tragarse una mole de barro sin pestañear con tal de no perder la compostura en público.

Con un enfado considerable, Viviana dejó de mirarlo y se concentró en su plato. Tal era su frustración que no se lo terminó, no se molestó en entablar conversación con los invitados de los asientos cercanos y tampoco manifestó un gran interés por perder el tiempo en el salón de las damas tras la cena. Por eso, y siendo de nuevo la italiana sin modales que no respetaba la tradición, se despidió de los anfitriones antes de que finalizase la velada y

prácticamente arrastró a la doncella de su hermana para que la acompañara en el viaje de vuelta. Volvería a casa caminando para despejarse y pensar en su próxima fechoría. Una que, a poder ser, surtiera efecto.

Estaba a punto de bajar la escalera principal de la mansión, cuando una voz potente hizo que una familia de escorpiones le mordiese el largo de la columna.

—¿Envenenar mi cena? ¿Tan lejos es capaz de llegar, señorita Conti?

Viviana se giró blandiendo su mejor expresión inocente.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, Excelencia.

Hizo además de darse la vuelta y continuar su camino, pero Saint-John la alcanzó antes de que pudiera dar un solo paso. Viviana sintió el tacto de la ardiente mano masculina envolviéndole el brazo, por el que treparon sus ojos hasta desembocar en su rostro pétreo e indolente.

Saint-John jamás se alteraba. Podría presentarse en su casa con dos juegos de pistolas y amenazar con dejarle hecho un colador, que seguramente se mantendría inexpresivo. Y esa era una de las grandes perdiciones de Viviana, que soñaba despierta y dormida con sacar de quicio a ese acomodado insensible.

—No juegue conmigo, señorita Conti —susurró, amenazador—. Una cosa es su odio hacia mí, y otra muy distinta que lo exteriorice tratando de matarme.

Viviana lo miró directamente a los ojos, rompiendo con esa leyenda que decía que nadie soportaba la fría mirada de un Saint-John durante mucho tiempo. Ella se quedó allí a vivir, desafiándolo con la suya propia.

—*Scusa*, excelencia, pero creo que se ha equivocado de mujer. Si lo que está buscando es a la autora de un crimen pasional, le recomiendo que busque entre su lista de amantes abandonadas.

Sin que Viviana pudiera verlo venir, Saint-John la cogió por los hombros y le pegó la espalda a la pared de un solo movimiento. La sorpresa del impacto hizo que tardara un poco más en pestañear.

—La doncella me ha confesado la clase de favor que le ha pedido cierta dama con acento italiano —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un silbido cimbreado cargado de promesas. Una de ellas lo bastante profunda para que el lado irracional de Viviana decidiera soñar con que había un

anhelo detrás—. No creo que haya alguien dispuesto a arriesgarse de esa manera... excepto usted.

Viviana se encogió de hombros alegremente.

—Si no le hubiera hablado de mí en malos términos a lady Rosalie, no me habría molestado. Y para mi desgracia, no era veneno mortal. Solo un exceso de especias.

—¿Lady Rosalie? ¿Todos estos ataques suyos vienen a raíz de que exprese la opinión que me merece? —inquirió, incrédulo. Sus labios se torcieron en una mueca despectiva—. Es usted una criatura infantil y patética. Debería darle vergüenza.

Aquello había dolido. No sabía por qué, pero había dolido.

Lo empujó para apartarlo de su cuerpo y se estiró, orgullosa.

—Me avergüenza estar perdiendo el tiempo con usted tan miserablemente, cuando podría estar haciendo cosas de mayor interés.

—Como, por ejemplo, coquetear con todo hombre en una milla a la redonda —propuso, asqueado.

Viviana alzó una ceja al percatarse de que estaba cerca de parecer mosqueado.

¿Desde cuándo el frío Saint-John se alteraba? ¿De veras pensaba que quería matarlo? Porque no le parecía del todo una mala idea, pero habría tenido el coraje de hacerlo con sus propias manos y asegurándose de que él supiera quién lo estaba atacando.

—Ese sería un buen ejemplo, sí. También pegarme un tiro en la frente —contestó, venenosa—. Ahora, apártese de mi camino.

—No. —Saint-John colocó una mano a cada lado de su cabeza, encerrándola entre sus brazos. Olía tan bien que la cabeza empezó a darle vueltas—. Esto se ha acabado, señorita Conti. ¿Me oye? No quiero volver a verla rondándome. No quiero volver a enterarme de que ha intentado ponerme en un compromiso o arruinarme en cualquier sentido. Quiero que a partir del día de hoy se dedique a hacer lo que quiera que hiciese con su vida antes de venir a Londres.

—¿Y qué le hace pensar que haré lo que usted quiera?

—Que tomaré serias medidas como no lo haga —contestó, disoluto. Viviana sintió una mezcla de desprecio y fascinación por la emoción salvaje



que destelló en sus ojos.

Se cruzó de brazos para manifestar su disconformidad, consciente de que la postura realzaba su generoso busto. Sabía que, por algún motivo, Saint-John no era del todo inmune a ella. Algo que reafirmó cuando el duque echó un vistazo al canal de sus pechos con la mandíbula apretada.

—¿Sí? ¿Y cómo piensa proceder? —preguntó, en un tono indecente que hizo que los ojos de Saint-John se oscureciesen. Estiró el cuello y echó un poco la cabeza hacia atrás, lo suficiente para que el escote del vestido le dijera adiós a su corte recatado—. ¿Qué es lo que quiere hacer conmigo?

Saint-John se la quedó mirando con una mezcla de sentimientos encontrados que a Viviana le pareció deliciosa. Había una luz oscura y un brillo pasional en sus ojos que la desestabilizó, más aún cuando no se perdió detalle de la exposición de sus pechos al desplazar la mirada por ellos.

Por un momento pensó que se cerniría sobre ella y la besaría. Había visto esa mirada primitiva en muchos hombres a lo largo de su vida, pero eran italianos y eso significaba que eran proclives a expresar sus deseos. A veces incluso fingían que los tenían para aprovecharse de la situación.

Pero Saint-John no era italiano. Saint-John era más inglés que la hora del té, la temporada y la reina Victoria.

El hechizo de pasión del duque continuó en carne viva cuando se inclinó sobre la dama. Sus pechos se elevaron por obra de ese invisible corsé innegablemente sensual que suponía el pectoral masculino, aplastándose contra ella.

—Quiero que asuma de una vez por todas que me es indiferente cuántas travesuras cometa. No va a conseguir lo que quiera que sea que se haya propuesto, porque estoy lo bastante por encima de usted para saber guardar la compostura frente a sus ataques. —Se separó y Viviana se quiso golpear por querer alargar los brazos y traerlo hacia ella—. Y haga el favor de no comparar sus crímenes con los de mis supuestas amantes. —Antes de entrar de nuevo a la casa, le echó una mirada enigmática y asimismo friolenta que la desconcertó. Ninguno de los dos habría imaginado, ni en sus más locos sueños, que el estirado Saint-John replicaría revelando un lado descarado—. Le aseguro que las dejo tan satisfechas que no se les ocurriría envenenarme.

## Londres, 1880

Si hubiera estado presente en el bautizo de la yegua castaña más bonita de todos los tiempos, habría agarrado a su dueño del pescuezo para evitar que la nombrase de un modo tan espantoso. Julieta no era, ni mucho menos, el nombre apropiado para un caballo de carreras. Ni para ningún otro, en realidad. Pero concretamente ella, Julieta, merecía algo mucho mejor.

Lord Carlisle se quejaba de que Julieta era demasiado vigorosa y aventurera para lo que le convenía a un animal esclavo de los deseos de su amo, pero para Viviana era perfecta. Julieta y ella se compenetraban a la perfección, y lo sabía sin haberla montado. En cierto modo, porque esa yegua cobriza de morro y patas blancas le recordaba a sí misma. Ambas compartían el afán de romper sus cadenas y echar a correr lejos de allí, sin tener luego que regresar a los brazos del hombre que las encerraría en sus jaulas. Viviana podía concederle a Julieta que al menos la suya era relativamente bonita: una elegante alcoba en una casa de St. James.

Pero no se había colado en los establos de Ascot para pasar el tiempo con Julieta, sino para revisar las herraduras de Tifón, su caballo propio: un semental árabe de cabello negro como la noche, tan o más difícil de domar que su propietaria, que por supuesto no debería estar allí. Había tenido que sobornar a tanta gente para infiltrarse con su montura que ya ni recordaba cuántos habían sido en total. Pero haría que mereciese la pena.

Porque merecería la pena escandalizar a toda la sociedad cabalgando sobre Tifón como alma que llevaba el diablo. Y no montaría de cualquier manera:

lo haría a horcajadas, abrazando el lema de las amazonas y con un buen par de pantalones puestos. Algo que provocaría la muerte súbita de su abuela, la envidia de su hermana y la desesperación de su prometido.

Una lástima que sus planes no salieran de la mejor manera últimamente.

Las puertas del cobertizo se abrieron de par en par tras un desagradable chirrido. Viviana no necesitó más incentivos para arrojararse sobre el montón de heno que adornaba las estancias de los caballos, percudiéndose el atuendo de maestra de la equitación y llenándose el cabello de finas hebras doradas. No le importó. Bastó con escuchar las voces procedentes de la entrada para que supiera con toda certeza que se habría zambullido en la laguna Estigia si así lo hubiera requerido la situación.

—Tiene en muy poca estima a mi prometida, ¿no es así, Excelencia?

La voz de lord Carlisle. La voz de barítono de lord Carlisle. La voz de las mantequillas y mieles derretidas donde las hubiera, que prometían una deliciosa caricia en los oídos con su sola entonación.

—Tengo mis motivos —replicó Saint-John, cuya voz era más parecida al sable de un pirata.

—No lo dudo, pero... ¿Está seguro de lo que afirma?

—No estoy seguro. El problema es que si echo la vista atrás y me sirvo de la experiencia, cuento con una posibilidad. Y las travesuras de su prometida no son la clase de tonterías que uno pueda permitirse dejar correr, por lo que más vale prevenir que curar.

—¿Quiere decir con eso que...?

—Quiero decir con esto que no sería la primera vez que esa bruja suelta a mi caballo para impedirme competir. Ni tampoco me extrañaría averiguar que lo ha alimentado con veneno de su cosecha para asegurarme la derrota. Necesito comprobar con mis propios ojos que todo está en orden.

Una carcajada incrédula brotó de la garganta de Carlisle. Viviana contuvo un suspiro de alivio: se llevaba a las mil maravillas con su prometido. No quería que Saint-John se entrometiese en su relación con absurdas mentiras.

Aunque no lo fueran.

—Creo que habla desde la parcialidad —señaló Carlisle, siempre tan correcto y caballeroso que daban ganas de zarandearlo por los hombros. Al menos, Viviana podía concederle la espontaneidad y la inteligencia. Con él

nunca se aburriría—. Me consta que la señorita Conti es de las que se toman a pecho las venganzas, pero dudo que se hubiera atrevido a hacer algo así.

—Entonces es porque no la conoce. —El tono desalmado del duque sonó peligrosamente cerca, a lo que Viviana contestó encogiéndose más aún sobre la pila de heno—. Le aseguro que la señorita Conti sería capaz de mucho, mucho más de lo que cree. Ha de saber que una vez mandó a una joven a seducirme y así pillarme en una situación que fácilmente podría haberse malinterpretado.

Viviana imaginó que su pretendiente debía estar frunciendo el ceño, y eso la frustró. No temía a la soltería, pero no soportaría que Carlisle la abandonara por consejo de un duque almidonado y con problemas para evacuar.

—¿De veras hizo tal cosa? —inquirió con suavidad, aplacando las dudas de la joven—. Seguro que no era su intención.

—¿Tampoco fue su intención esconderme los cubiertos durante la cena con los Poole, durante la temporada pasada? —Viviana se apostó el postre a que el duque estaba alzando una de sus cejas doradas—. ¿No hizo adrede aquello de enviar a una prostituta a mi residencia en pleno centro de Londres?

—Espero que al menos la cortesana fuera hermosa.

—¿Y qué me dice de la carta falsificada a lady Helen, en la que le declaraba mi amor y mis intenciones de casarme con ella?

—Eso sí debió ser desagradable —meditó Carlisle—. Lady Helen no es lo que se dice un dechado de virtudes.

—Y supongo que tampoco tuvo nada que ver con la pintada en mi sombrero de copa a la salida del baile de los Hathaway —insistió el duque, cada vez más sombrío.

—¿Pintada? ¿Qué escribió?

—No merece la pena parafrasear su vulgar vocabulario. —Viviana lo visualizó torciendo el gesto—. Aunque si le interesa de veras, sepa que solo ella podría haber escrito «cabeza de burro» en italiano.

—Por lo menos fue en italiano —repuso Carlisle, jovial—. Todo queda mejor en las lenguas romances.

—Lo que usted diga. No era ese el punto al que quería llegar. Solo le explicaba que tengo motivos de sobra para desconfiar, ir ojo avizor a toda

velada y revisar dos veces el lugar donde me siento.

»De todos modos no sé ni para qué lo intento. Usted le disculparía cualquier cosa, incluso sabiendo que ella ha sido la cabeza pensante detrás de la trastada. Y quiero que sepa que le compadezco profundamente. Si se casa con ella, le espera una vida de lamentos en su nombre. Pues ha de estar seguro de algo, Carlisle: si espera que la señorita Conti pida perdón por sus acciones en algún momento, va a tener que tomar asiento para no cansarse. Está orgullosa de su desfachatez y piensa alardear de sus defectos hasta que la Parca se la lleve.

—Cuidado con lo que dice de mi prometida, Saint-John —avisó Carlisle, perdiendo ese ligero tono jocoso en la voz—. Olvida que protegería su honor a toda costa, y por muy duque que sea, no me importará enfrentarme a usted con pistolas al amanecer si sigue desprestigiándola de ese modo.

—Vamos, Carlisle. Somos buenos amigos. ¿Irás a retarme a duelo por una mujer? ¿Concretamente, por una que no merece la pena? Aceptaré el castigo que me impones si la agravio sin querer en público, pero ahora déjame desquitarme. Tengo razones para considerarla el peor partido de Londres, y créeme cuando te digo que me dolería verte casado con ella.

¿Que le dolería verle casado con ella? ¡¿Que le dolería verle casado con ella?!

Viviana estuvo a punto de emerger de la montaña de heno como una aparición fantasmal y arrojarle sobre Saint-John con las garras en alto.

No le sorprendía que estuviera dándole una pésima reputación; había sido su pasión desde el momento en que se conocieron. Viviana lo tenía superado e incluso a veces se sorprendía riéndose con las ocurrencias de Saint-John, que sirviéndose de su extenso y elaborado vocabulario, la insultaba de un modo tan sutil que nadie se percataba apenas. Y sin embargo, que hiciera tan mala propaganda de ella delante de su prometido le molestaba. Le frustró que Carlisle tuviera que limpiar su nombre delante de aquel papanatas cuando ella mejor que nadie podría haberlo puesto en su sitio.

—Viviana no es tan terrible. No lo es ni siquiera un poco. Creo que ha conocido su faceta peligrosa porque la ha provocado... O quizá solo trataba de llamar su atención. Tal vez estuvo enamorada de usted de aquí a un tiempo pasado.

—¡Dios me libre! —exclamó Saint-John, con palpable repugnancia—. En ese caso me alegro de que se case con ella. Así se olvidará de mí y me dejará tranquilo por fin. Por Cristo, no se me ocurre nada peor que imaginar a la señorita Conti enamorada de mí. No la miraría dos veces ni aunque fuera la última mujer sobre la Tierra.

«¡Mentiroso!», quiso gritar Viviana. ¡Era un mentiroso! La había mirado, y la había mirado más de una vez. De hecho, sus miradas nunca eran en vano, y aunque la mayoría significaban odio en estado puro —o peor aún, absoluta indiferencia—, otras la hacían arder. Los hacían arder a ambos.

¿Cómo podía negarlo...?

Porque era un hombre, claro estaba. Concretamente un duque. Tenía una reputación que mantener, un título que hacer honrar y un frágil orgullo masculino al que rendir culto veinticinco horas al día. ¡No fuera a ser que por reservarse un comentario despectivo le saliera una úlcera estomacal!

—No está siendo muy caballeroso, Excelencia —intervino Carlisle, sin reír y sin intentarlo—. Puede que la señorita Conti no le caiga en gracia, pero no puede negar que su vitalidad y belleza cautivarían a cualquier hombre. Incluido usted, con su corazón de hielo.

Viviana quiso levantarse y aplaudir a su pretendiente hasta romperse las manos. Ni siquiera ella lo habría dicho mejor... O, bueno; quizá habría añadido algún insulto en italiano, un desaire físico o incluso un empujón, pero justamente por eso se alegraba en cierto modo de que fuera Carlisle quien estuviera lidiando con el pretencioso duque.

—No tengo el corazón de hielo. —«Ya, y la reina Victoria no tiene dinero para enaguas»—. Simplemente carezco del tiempo necesario para desperdiciarlo en estupideces como, por ejemplo, detallar las virtudes de la señorita Conti. Ya estoy bastante ocupado salvándome de sus defectos.

—¿Qué defectos son esos?

Viviana entornó los ojos y se incorporó un poco para asegurarse de que había escuchado bien. ¿Carlisle le estaba siguiendo el juego? ¿A qué venía eso? ¿Ahora se unía al maravilloso club de odiarla por ser vengativa? ¡Ni que ella hubiera empezado la guerra! Se había limitado a seguirla, utilizando como preciada arma su tendencia al escándalo. Una que, para colmo, seguía sin ser la mitad de buena que la capacidad de manipulación de Saint-John.

Esa que ahora quería utilizar para separar a Carlisle de su lado.

«De ninguna manera».

—Es una total deslenguada —empezó, haciendo que Viviana alzase las cejas. ¿Iba a ponerse a criticarla allí mismo? No estaban a la vista y oído de todo el mundo, pero cualquiera que entrase podría escuchar los ecos de la conversación. De todos modos, que Saint-John se dejara en evidencia en un arrebató era lo de menos. Lo que a Viviana le sorprendía era que por fin se había atrevido a nombrar sus defectos uno a uno, en lugar de despreciarla sin razones—. Una grosera y procaz descarada que no tiene filtro alguno para decir las cosas, y que a la mínima oportunidad se aferra a su falta de educación para hacer el ridículo. Y no solo le afecta a ella, sino también a los demás, que pasan una terrible vergüenza cada vez que abre la boca.

—Tengo la sensación de que usted tampoco está filtrando demasiado lo que dice en este momento.

—Me ha pedido un informe y eso es justamente lo que hago —contestó Saint-John, con el humor ensombrecido—. También es marimandona y exigente. Monta pleitos y se convierte en un incordio tanto en lo personal como en lo público cuando no logra lo que quiere.

—Usted también lo es. Mandón y exigente —apostilló—. Y no conozco a nadie que monte más pleito que usted, aunque supongo que la diferencia reside en que como duque se lo puede permitir.

—Pero yo no soy exagerado y dramático. La señorita Conti saca de quicio todo lo que se pone en sus manos.

—Usted está interpretando a un fantástico lunático en este momento, justo como los mejores actores dramáticos de Drury Lane.

—Es una desvergonzada sin remedio —prosiguió Saint-John, cada vez más alterado e ignorando a Carlisle—. Si no consigue lo que quiere armando un escándalo, lo provoca con sugerentes miraditas.

—No puede culparla por ser encantadoramente sensual, Excelencia. Y menos por ser consciente de ello.

—¡Esa es otra! Probablemente no exista mujer más engreída en estas tierras.

—Ya tienen otra cosa más en común.

—¡Ni por asomo! Yo no me voy vanagloriando de virtudes que no tengo.

Simplemente señalo mis cualidades cuando es preciso, y no miro a los demás como si fueran estúpidos por no pensar como yo.

—¿Está seguro de eso, Excelencia? —ironizó Carlisle—. Dejémoslo aquí. No me gustaría acabar retándote a duelo, que es lo que merece después de esta... profusión de detalles sobre el carácter de mi prometida. Estoy muy enterado de sus defectos y me gustan lo suficiente para casarme con ella.

—En ese caso, amigo mío, estás enfermo. Ni siquiera siendo yo un pordiosero me casaría con semejante elemento. Es un peligro para sí misma; imagina para el resto.

Esas últimas palabras se repitieron en la memoria de Viviana como un mantra.

Carlisle estaba enfermo por desearla. Carlisle era estúpido por querer casarse con ella; peor que un pordiosero. Carlisle tendría un gran problema si lo hacía, porque Viviana Conti era la peste negra personificada.

Con la conversación en mente, Viviana comenzó a sacar conclusiones. Si Carlisle seguía adelante con el compromiso después de todo aquello, debía agradecerle a Dios que la hubiera puesto en manos del único hombre sobre Inglaterra que no tenía en cuenta las opiniones de un duque.

Por otro lado, Saint-John sería el que tendría que dar gracias al Cielo si no le arrancaba el corazón de un mordisco en cuanto se cruzasen de nuevo. Había intentado quitarle a su prometido, llenándole la cabeza con basura sobre ella. ¿Acaso aquello tenía algo de honorable?

Cuando Viviana estaba ya roja de rabia y temblaba de impotencia, la venganza se dibujó a grandes rasgos en su retorcido raciocinio. El chirrido de las puertas del cobertizo le anunció que los dos caballeros —o el caballero y el asno— acababan de marcharse, y que podía salir a la luz con toda tranquilidad. Así pues, se levantó, se palmeó los muslos y se apartó las hebras de heno del cabello para presentarse de nuevo en los palcos de Ascot.

Algún día ridiculizaría al género masculino en el ámbito de la equitación, pero ese día no sería aquel. Tenía un plan que trazar.



—¿Se puede saber qué es lo que no me podrías haber contado en la mesa o en una nota? —inquirió Jess, mirando a su amiga con los brazos en jarras.

Viviana no le prestó atención. Asomaba la cabeza bajo el umbral de la biblioteca, asegurándose de que nadie las había visto colándose en el coto privado de lord Stratford. Después, cerró la puerta y se giró para encarar a la joven.

Como cabía esperar dada su condición, Viviana no contaba con una larga lista de amistades. De hecho, tardó unos cuantos años en encontrar a una sola criatura con piernas que no la despreciara por lo que era, y esa había sido lady Jezabel Ashton. Se habían conocido en unas circunstancias no demasiado favorables: Viviana descubrió a la joven dama vigilando a una pareja en los jardines de atracciones en Chelsea. Su comportamiento fuera de lo común captó la atención de la italiana, que no tardó en ofrecerle su ayuda como experta en espionaje. Y aunque lady Jezabel tuvo sus reparos al principio, aceptó su mano y en cuestión de minutos en mutua compañía se convirtieron en las mejores amigas.

—Saint-John.

Jess puso los ojos en blanco.

—Siempre es Saint-John —farfulló, dejándose caer con aburrimiento en uno de los divanes. Cruzó los brazos ante el pecho, justo como le habían enseñado a no hacer bajo ningún concepto, y lanzó un largo y prolongado suspiro—. A ver si adivino... Quieres que le birle una escopeta a mi padre para retarle a duelo. Es lo que te falta por hacer para molestarle, a no ser que prefieras repetir una de tus estrategias.

—¿Cómo se te ocurre? Dios no me dio esta cabeza para reincidir en planes

sin resultado —replicó, fingidamente ofendida—. Además de que no quiero solo molestarle; he decidido hacer algo grande para vengarme. Para que se arrepienta de haber nacido. ¿Sabes que ha intentado poner a Carlisle en mi contra? ¡A Carlisle!

—Eso es muy rastrero —cedió Jess, cabeceando—, pero no lo ha logrado, ¿a que no?

—No por ahora.

—Es imposible que lo acabe haciendo. Viv, parece mentira que aún no sepas que Carlisle te perdonaría un asesinato. Si no se ha marchado después de todos los escándalos que has montado, dudo que vaya a hacerlo porque ese bufón se lo haya sugerido.

Tener una amiga siempre era fantástico, pero tener una amiga con la que compartir enemistades era sencillamente sensacional. Viviana era afortunada en ese sentido: Jess odiaba a Saint-John casi en la misma medida, cosa que le había venido bastante bien cuando había necesitado ayuda para sus travesuras. Jezabel, ahí donde se la veía —muy rubia, muy culta, muy perfecta—, era una amante de lo temerario y adoraba las aventuras tanto como ella.

—Pero es que eso no es todo —insistió Viviana, entornando los ojos—. Ha afirmado con toda seguridad que sería la última mujer del mundo con la que se casaría.

—¿Acaso es mentira? No deberías tomártelo mal. Ya sabes cómo es Saint-John. —Jess hizo un gesto elocuente con la mano—. Si alguna criatura tiene la mala suerte de recibir una propuesta por su parte, esta será lo más opuesto a ti que encuentre en el mercado matrimonial. ¿No has visto cómo son las mujeres con las que se relaciona? ¡Muñecas! ¡Muñecas perfectas! De esas que despegan los labios para decir «sí, Excelencia» —imitó, con la voz en falsete—, «no, Excelencia», «Excelencia, Excelencia, Excelencia», y sonrían solo si les dan permiso. Es lo que buscan todos —zanjó—. Una Lady Perfecta, que suele ser un complejo de Lady Aburrada, Lady Complaciente y Lady Sin Sesos. Que no te haya tenido en cuenta es el mejor de los halagos.

Viviana alzó las cejas y se quedó mirando a su amiga. Lady Jezabel podía ser un alma rebelde con claras dificultades para no manifestar su opinión si difería con el resto, y también era posible que detestara a Saint-John tanto

como ella, pero nunca se ensañaba de esa manera hablando de nadie. De hecho, no recordaba haberla visto molesta jamás.

Iba a preguntarle qué le ocurría cuando la puerta se abrió. Bastó con que las jóvenes intercambiaran una mirada significativa para que cada una se escondiera, a sabiendas de que lord Stratford prohibía la entrada en la biblioteca a sus huéspedes. Jess se ocultó debajo del diván en el que había estado tumbada, y Viviana justo en el hueco de una de las estanterías.

La hija de lord Stratford se abrió paso en la estancia con el espantoso vestido que había sido tema de conversación durante toda la cena. Las brujas que insistían en denominarse «damas» encontraban irresistible burlarse de la pobre criatura en el tocador, en la misma mesa a la que habían sido convidadas por su padre y, pronto, también en las narices de la susodicha. Y aunque era cierto que lady Abigail tenía un gusto pésimo para vestirse, Viviana no podía culparla. Al igual que ella, carecía de una figura materna que le enseñara esa clase de detalles requeridos para no hacer el ridículo en público. Pero parecía que su atuendo no era suficiente para espantar a los hombres... No a uno en concreto, que fue el que minutos después entró en la habitación con su clásica expresión de calma seducción.

Viviana estuvo a punto de llevarse una mano a la boca. No era sorprendente que aquel caballero en cuestión fuera detrás de una mujer —y ella en concreto no era nadie para crucificarlo por tal cosa—, pero que la dama fuera lady Abigail Appleby era, cuanto menos, curioso.

La hija de Stratford, que hasta el momento había estado intentando llegar a la estantería más alta del fondo de la biblioteca, dio un respingo cuando sintió la presencia del individuo. Lord Cromwell —o también conocido como «bellaco», «canalla» y «descorazonado», dependiendo de quién fuera el que quisiera definirlo— acababa de llegar a su altura, y ahora le tendía el libro que le había interesado con una mirada indescifrable.

En los ojos oscuros de Abigail estaba escrita la sorpresa y la alarma, pero por encima de cualquier mala sensación, Viviana la admiró por saber subrayar la amabilidad. No la conocía más que de vista y oídas, y aunque sabía que ser prejuicioso con el prójimo le traería problemas en el Reino de los Cielos, su eterna cordialidad y cercanía había hecho que le tuviera una tirria atroz.

«Como si me interesara ese reino inexistente», pensó, poniendo los ojos en blanco.

—Milord. —La joven hizo una perfecta reverencia—. No sabía que estaba aquí. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Tal vez.

El caballero ladeó la cabeza, estudiando en profundidad a la joven. Incluso desde su posición, Viviana captó los detalles de los ojos del hombre, e irremediablemente la sedujo la idea de morderse el labio. El hombre estaba trayendo a Abigail a sus dominios sin que pudiera darse cuenta, algo que la italiana definió como una habilidad muy peligrosa para sus víctimas.

Lord Cromwell no tenía un físico que pudiera entrar en la categoría de apuesto, pero sí era tan llamativo que nadie podía pasar por su lado sin mirarlo dos veces. Quizá era porque sus ojos, de un profundo azul oscuro, prometían aventuras a las que una mujer no podría acceder por sí misma, porque era absurdamente alto o porque se peinaba de manera que un mechón negro siempre cayera sobre su frente, despertando el instinto escrupuloso de las muchachas que las incitaba a apartárselo con una caricia.

—¿Necesita algún libro? —preguntó Abigail, que parecía inmune a su atractivo—. Si no quiere nada concreto, puede pulular por aquí cuanto desee. Pero deberá tener cuidado con mi padre; no le gusta demasiado que...

Cromwell la rodeó con sus brazos antes de que pudiera finalizar la frase. No fue de extrañar que Viviana, a pesar de ser una fanática de encuentros clandestinos y faltas de educación en serie, se removiera inquieta. La expresión de Abigail Appleby no era la de una mujer que deseara ser asaltada en un espacio cerrado, sino la de aquel que acababa de recibir la inesperada visita de un familiar enterrado.

—¡Milord! —jadeó ella, empujándolo suavemente por el pecho y retrocediendo cinco pasos. Se abrazó a sí misma a modo de escudo y lo miró con ojos espantados—. Por favor, no vuelva a hacer eso.

Bastó que Cromwell diera otro paso al frente para que Viviana saliera de su escondrijo.

—¿Por qué no se larga? —espetó, acercándose con los ojos convertidos en dos finas líneas oscuras. Cromwell se giró, visiblemente sorprendido por la repentina aparición—. Creo que lady Abigail ya ha dejado claro que no le

interesa.

El caballero parpadeó una sola vez antes de asentir.

—No iba a forzarla si es lo que piensa, señorita Conti —comentó, como si estuviera mencionando un tema carente de interés—. De todos modos, ya me iba. —Le lanzó una mirada enigmática a la hija de Stratford y se marchó por donde había venido.

Abigail miró a la italiana con los ojos como platos.

—Señorita Conti, no estará pensando que yo y lord Cromwell... Que lord Cromwell y yo... Que le he dado a entender en algún momento que me interesa, o que soy una... Una libertina...

—No, ninguna de las dos lo está pensando —habló Jess, rodando por la alfombra para salir de su escondrijo. Abigail se llevó una mano al pecho, asustada por la repentina y estridente intervención—. A Viv y a mí nos encanta sacar las cosas de quicio, pero claramente esto no se puede malinterpretar. No se preocupe, lady Abigail. Su secreto está a salvo con nosotras.

—Gracias —musitó la muchacha, mordiéndose el labio. Antes de que Viviana y Jess pudieran despedirse para dejarla sola, Abigail rompió a llorar sin poder contenerse—. Oh, Dios... Lo siento. Siento reaccionar así. De veras, yo... Lo lamento muchísimo. Es que ese hombre... Ese hombre...

Viviana se acercó a ella con la frente arrugada.

—¿Qué te ha hecho ese diablo? ¿Te ha forzado alguna vez?

—No, no es eso. —La miró con los ojos inundados—. Es que... No deja de perseguirme. Aprovecha cualquier excusa para quedarse a solas conmigo, y no hace falta ser muy inteligente para saber que... para saber que... Su reputación le precede —explicó, entre hipidos—. Él quiere algo... Quiere que yo... Que yo...

Viviana y Jess intercambiaron una rápida mirada cómplice. Cada una la cogió de un brazo y, juntas, la guiaron hasta uno de los sillones más alejados de la puerta.

—¿Quieres decir con eso que no es la primera vez que se encierra contigo? —probó Jess, cogiéndola de la temblorosa mano—. ¿Ha intentado... tocarte?

—No. Hoy ha sido la primera vez —gimoteó Abigail, apretando los labios—. En general es correcto y educado, y cuando me asaltaba... Bueno, solo

manteníamos conversaciones. Un poco extrañas, cabe decir, pero nunca se había atrevido a asaltarme de ese modo. Aun así, yo siento que quiere algo de mí. Me mira de una manera que me hace sentir incómoda, que me... —Tragó saliva sin apartar la vista de sus manos abiertas—. Dios mío, ¿por qué me persigue?

—¿Por qué no se lo preguntas abiertamente? —sugirió Jezabel, en tono apaciguador—. A veces ir de frente es la mejor solución, aunque uno corra el riesgo de toparse con una verdad desagradable. Tal vez desee cortejarte y no sepa cómo hacerlo. En vista de sus incursiones en el amor, queda claro que nunca ha tenido que enfrentarse a una mujer que le desprecia.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Cortejarla? ¡Ese *maledetto* pomposo lo único que quiere es usarla y luego tirarla! —espetó Viviana, ofendida—. ¿O acaso has escuchado algo bueno sobre él? Hasta se rumorea que es un bastardo.

—¿Y te lo crees? ¿Precisamente tú, la persona más afectada del planeta a causa de las habladurías, te pones a difamar? —bufó Jess—. No es propio de ti juzgar a los demás, Viviana.

—Te equivocas; no hay nada más propio de mí. Los juzgo desde siempre y porque es estrictamente necesario para sobrevivir en este lugar, además de conocer a quienes viven cerca de ti. Ya sabes lo que dicen... —Encogió los hombros—. Cuando el río suena, agua lleva. Yo lo sé mejor que nadie porque todo lo que se cuenta sobre mí es cierto.

—No discutáis por mi culpa —pidió Abigail, con un hilo de voz—. No debería haber mencionado nada sobre esto. De todos modos, aunque lady Jezabel estuviera en lo cierto y quisiera cortejarme, estaría igualmente asustada. Él me... me aterra.

Viviana tuvo que concederle eso. Para una mujer delicada como ella debía ser terrible tener que lidiar con un hombre de esas dimensiones, tan seguro de sí mismo y dispuesto a cualquier cosa por satisfacer sus deseos.

—En ese caso tendremos que hacer algo —propuso Viviana, estirándose—. No vamos a dejar que te asalte una y otra vez, ¿verdad?

—No, de ninguna manera —se unió Jess.

—¿Qué? —exclamó Abigail, mirándolas con los grandes ojos a punto de caérsele de la cara—. ¿Hacer algo?

—Claro, echarte una mano —dijo Viviana—. Te ayudaremos a espantarlo.

—Pero... —balbuceó—. No sé si estoy de acuerdo con que podáis hacer algo que pueda poner vuestra reputación en peligro. Cromwell tiene un nombre muy importante y si descubriera que os interponéis en su camino podría...

Viviana soltó una grandilocuente carcajada.

—¿Reputación? ¿Eso es comestible? —bromeó—. Querida, si lo que te preocupa es debernos algo, olvídalos. Quizá te pida ayuda para alguna que otra estrategia, pero por lo demás somos puro altruismo.

—¿Estrategia? —repitió Jess, girándose para mirarla—. ¿Tiene eso que ver con Saint-John...? No creo que debas meter a lady Abigail en tus afrentas al ducado más importante de Inglaterra.

—¿Saint-John? —Abigail arrugó la nariz. Cuando se dio cuenta de su reacción, trató de cambiar el gesto: no obstante, las jóvenes ya se habían dado cuenta de lo obvio. Fue entonces cuando suspiró y cedió por primera vez en la vida a dar su opinión. Ciertamente era que lo malo se contagiaba demasiado rápido. Solo llevaba quince minutos con aquellas dos y ya estaba hablando mal de un duque—. Ese hombre es... Bueno, es...

—¿Estúpido? —propuso Viviana, con una actitud desenfadada—. ¿Engreído? ¿Idiota? ¿Patético? ¿Vil? ¿Soberbio? ¿Un patán...?

—No creo que sea correcto mencionar sus defectos, pero es cierto que no me cae en gracia. No demasiado, al menos... Es algo prepotente.

—¿Algo prepotente? —repitió Viviana—. Eso ha sido el colmo de los eufemismos. Si intentásemos materializar el ego de Saint-John, hundiría esta maldita isla.

Abigail se ruborizó.

—Quizás... Pero, ¿cuál es el problema con él?

—El problema es que quiero darle una lección que no pueda olvidar jamás —habló Viviana, vehemente—. Y voy a necesitar toda la ayuda de la que pueda disponer. Tú incluida, si aceptas.

—¿De qué se trata? —preguntó Jess, curiosa—. No llegaste a contármelo antes.

—Antes necesito que Abigail prometa que guardará el secreto —dijo la italiana, mirando a la susodicha con claras intenciones—. Es lo mínimo si vamos a ayudarnos mutuamente.

—¿Ayudaros mutuamente? ¿Y yo dónde quedo? —se quejó Jezabel, haciendo un mohín—. No estaría mal que a mí me echaran una mano cuando lo necesitara.

—Yo lo haré si me necesitas —dijo Abigail, esbozando una tímida sonrisa. Las otras dos se miraron sorprendidas.

—Vaya, pensaba que sería más difícil de convencer —comentó Viviana, encogiéndose de hombros—. Pero mucho mejor. Así podemos ponernos manos a la obra lo antes posible. Incluso podríamos fundar una orden llamada «la venganza contra los bastardos», o algo del estilo. Yo me encargaré de Saint-John, Abigail irá contra Cromwell, y tú... Creo que está claro. No vas a estar espiando indefinidamente a Leverton, ¿no? Tendrás que dar un paso al frente de una vez por todas.

—¿Qué? Parece mentira que seas tú precisamente quien lo dice. Viviana, como dé otro paso al frente, me caigo al foso de los músicos.

—Me he perdido —admitió Abigail.

—Jess bebe los vientos por el amigo escocés de su hermano —comentó Viviana, rodando los ojos—. Iba a ser un secreto eterno, pero entonces la descubrí vigilándolo desde unos matorrales y ya no es ningún misterio. No para mí... Ni para ti.

Jess enrojeció de frustración.

—No iba a ser ningún secreto eterno —farfulló, ofendida—. Tenía pensado confesárselo esta temporada. Concretamente la semana que viene, durante la velada de los Folch. Me he enterado hoy de que se quiere casar.

—¿De ahí viene el mal humor? —inquirió Viviana, alzando una ceja.

—No. Viene de que la señorita Swift se está pavoneando porque Leverton le ha echado el ojo antes que a ninguna —soltó—. ¡Leverton y Megara-estúpida-Swift! ¿Te imaginas?

—La verdad es que sí. Megara es una de las pocas mujeres de esta condenada ciudad a las que no arrojaría al caldero de Satanás —comentó, como si tal cosa—. Tiene ideas propias, es atractiva y lo bastante inteligente para saber a quién le conviene pescar. Claro que el hecho de que me caiga bien no significa que no vaya a aplastarla como a un gusano si quieres casarte con su pretendiente.

—Megara Swift es muy hermosa, pero desde mi punto de vista, tú lo eres



más —admitió Abigail, esbozando una sonrisa afectada—. Y estoy segura de que a la señorita Swift no se le habría ocurrido ayudarme con Cromwell, por lo que está claro que tienes un gran corazón. Ella no.

—Pues claro que no lo tiene —farfulló Jess—. Es una mala pécora. El tiempo me acabará dando la razón... Pero preferiría no hablar de ella en este momento. —Sacudió la cabeza, como si así pudiera apartar de su pensamiento lo que le atormentaba—. Nuestro primer objetivo es Cromwell, cuya solución es sencilla. Solo hay que asustarle.

—Eso no serviría para nada —cortó Viviana—. Parece mentira que vivas en la misma ciudad que yo, Jess. ¿Es que no has oído que Cromwell es un pretendiente incansable, y que insiste en la caza de sus víctimas hasta que caen a sus pies? Va a perseguir a Abigail hasta tenerla entre sus brazos, y entonces será cuando la abandone sin miramientos. —Negó con la cabeza, asqueada—. *Dannato donnaio!*...

Abigail arrugó el entrecejo y buscó la mirada de Jess a la espera de una traducción.

—Yo tampoco sé lo que dice, y harías bien en acostumbrarte a la ignorancia —dijo la joven frente a su confusión—. Le gusta maldecir en su lengua materna.

—Creo que solo el matrimonio podría frenarlo —volvió a hablar Viviana, esta vez con decisión—. ¿Os acordáis del idilio entre Cromwell y la señorita Travert? Él lo cortó de raíz cuando ella se casó con otro, motivo por el que la muchacha se volvió medio loca.

—Para odiar tanto las habladurías, estás muy pendiente de ellas.

—No odio las habladurías. Si las odiara no intentaría con todas mis fuerzas convertirme en la protagonista de todas ellas —se defendió—. Como iba diciendo, se ve que Cromwell tiene sus reticencias con mujeres casadas. Ergo, la solución es convertirte en una mujer casada.

—Sería una excelente solución; no solo para alejar a lord Cromwell. También para remediar mi soltería, problema que apunta a convertirse en algo crónico —meditó Abigail, lamentándose por su mala suerte—. Sin embargo, no es factible. Ningún hombre en toda la tierra habitada se casaría con una mujer sin dote.

Viviana y Jess se miraron con la boca abierta.

—¿Qué diablos han hecho tus padres con tu dote? —preguntó la segunda, asombrada—. No me digas que estáis en la ruina. —La reacción de Abigail habló por sí sola, desencadenando el desasosiego en las otras dos—. Oh...

—Ni «oh» ni «ah» —soltó Viviana—. No serías la primera mujer que se casa sin tener dinero, y tampoco serás la última.

—Claro que no. Cuando una joven tiene desparpajo, belleza e inteligencia, la dote es lo de menos... O casi. —Torció la boca—. El problema es que yo carezco de las tres cosas. Ni siquiera la clase media me tendría en cuenta como casadera... Por no hablar de que ya tengo veintisiete años.

—¿Veintisiete años?! —exclamó Viviana—. Pero si parece que no has llegado a los dieciocho.

Abigail esbozó una sonrisa cansada.

—Supongo que mi piel es lo que salva al conjunto del olvido —comentó, acariciándose la pálida y perfecta mejilla de marfil—. De no ser por eso, ya ni me pedirían bailar por compromiso.

—Eso son pamplinas —zanjó Viviana—. Voy a enseñarte a conquistar a un hombre, y lo vas a hacer antes de que termine esta temporada. Como muy tarde, estarás casada el año que viene.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Soy un caso perdido —murmuró, agachando la cabeza—. ¿No ves que no tengo nada que ofrecerle a nadie? Quizá deba abandonarme a la pasión de Cromwell. A fin de cuentas, es el único hombre que no me mira con lástima...

—¡*Aqua in bocca!* —exclamó Viviana, poniéndose de pie. La apuntó con el dedo índice—. Abigail Appleby, vas a casarte con un hombre y vas a alejar a Cromwell para siempre de tu vida, ¿*capisce?* —No contenta con ello, añadió—. De hecho, te vas a casar con un hombre *de tu elección*. Dime a quién quieres tener y yo haré realidad tu deseo.

Abigail parpadeó varias veces antes de asimilar lo que acababa de decir.

—Yo... Eh... Tendría que meditarlo —dijo al fin.

—Bien. —Dio una sola palmada y volvió a sentarse, esta vez en el sillón de enfrente—. Piénsalo bien; así podremos departir sobre Saint-John mientras tanto. Aunque no hay mucho que meditar... Ya lo tengo casi todo pensado.

—Oh, vamos, suéltalo de una vez. —Jess dio un par de botes sobre su asiento—. Me tienes comiéndome las uñas.

—¿No te lo imaginas? —La italiana alzó una ceja negra y sonrió con suficiencia—. Está muy seguro de que podría resistirse a mí, de que sería la última mujer sobre la Tierra capaz de atarlo de por vida... Pues bien: voy a demostrarle que no. No pienso parar hasta conquistarlo.

La barbilla de Jezabel estuvo a punto de rozar el suelo. Casi acostumbrada a la presencia de la tercera aliada, giró la cabeza para mirar a una perpleja Abigail, que movía los labios sin saber lo que decir.

—Pero... —balbuceó—, lo odias. Lo odias, ¿no?

—Con cada fibra de mi ser y desde que Dios creó el mundo, pero ese no es motivo suficiente para alejarme sin darle su merecido. ¿Quiere ensañarse conmigo? De acuerdo; yo se la devolveré doblada. Lo tendré comiendo de mi mano. —Sonrió de nuevo, esta vez con un tinte de malignidad que no le pasó por alto a ninguna de las otras.

Jess carraspeó e intentó adoptar una postura serena.

—Creo que te has olvidado de algo.

—¿De qué?

—De que estás prometida con un hombre —le recordó, suavemente—. Con lord Carlisle.

—Ah, Carlisle. —Hizo un vago gesto con la mano—. Tranquila, eso no supondrá ningún problema. Seré muy cuidadosa para evitar que se entere... Y Saint-John también. Por si no lo sabéis, invierte sus mejores esfuerzos en la maravillosa tarea de fingir que no existo. Dudo que fuera con el cuento a Carlisle si se enamorase de mí.

—Desde luego que no, pero hasta donde yo sé, para conquistar a un hombre en condiciones se necesita actuar frente un público. Bailes, paseos, charlas con carabina...

Viviana bufó sonoramente.

—Puede que los paseos por Hyde Park sean la estrategia de los estirados británicos, pero yo soy un poco más compleja y, al mismo tiempo, más simple. Soy pasional, atractiva y, lo que es más importante: estoy decidida a poner a ese imbécil a mis pies. Bastará con el juego sucio italiano para conseguirlo.

—¿El juego sucio italiano? —repitió Abigail, interesada. Se inclinó hacia delante—. ¿De qué trata?

Viviana aleteó las pestañas y sonrió una última vez. Con un movimiento descarado que habría hecho saltar sobre sus asientos a las matronas, sacó del escote un papel doblado tres veces. Lo tendió sin mucha ceremonia, y esperó a que Jess saliera de su asombro para tomarlo.

—«Cómo poner a un duque a tus pies en siete sencillos pasos» —leyó, impertérrita. Alzó la vista y miró a la italiana, que se encogía de hombros como si no tuviera nada que ver con ello—. ¿En siete pasos? ¿Solo siete pasos?

—Y quizá necesite menos —añadió, mirándose las uñas. Se irguió cuan larga y orgullosa era y le birló la lista de tareas a cumplir para volver a esconderla en su escote—. Saint-John estará vacunado contra la conquista *all'inglese*, pero no podrá resistirse a mi cortejo italiano. Y si no, ya lo veréis.

«A veces, la única manera de sembrar la paz es mostrando el lado inocentemente seductor de la guerra».  
*Extracto del primer paso para poner a un duque a tus pies*

**M**arcus se arreglaba distraídamente los puños de la camisa, ignorando las miradas del resto de los asistentes. Lucía un inexpresivo semblante que podría dar a entender al observador que se preocupaba estrictamente de la labor con los gemelos pero, en el fondo, el duque solo pensaba en cómo haría morder el polvo a sus contrincantes.

La nobleza al completo se había trasladado al condado de Berkshire, concretamente al fantástico complejo de suntuosas habitaciones que constituía la mansión del conde de Stratford. La temporada había dado comienzo hacía alrededor de un mes, pero para Marcus empezaba con la victoria de la Ascot Gold Cup: una competición anual bajo supervisión de la reina que comprendía una serie de carreras de caballos, celebradas en el hipódromo de Ascot.

Allí estaba en el momento, convencido de que ganaría por tercera vez consecutiva. Había estado entrenándose en los amplios alrededores de su propiedad durante todo el invierno, y esperaba por la gloria de la reina que el esfuerzo diera sus frutos.

Eventos como aquel, en el que podía exhibir su dote como maestro de la equitación, eran lo único que le mantenía unido a la temporada londinense. Tenía muy claro que, si fuera por él, no volvería a poner un pie en la ciudad mientras durase la época del Parlamento: sin embargo, tenía unos deberes que cumplir como duque, por muy tediosos e insoportables que se le presentaran.

Al final merecía la pena estar presente en un desfile de jovencitas en edad de casarse, aguantar su insustancial charla y bailar con la más bonita e indudablemente aburrida, si con ello también podía pasar unos días cerca del hipódromo de Ascot.

Lo que no quería decir que estuviera de acuerdo con pagar la condena de la señorita Viviana Conti incluso en su tiempo libre. Pero por desgracia para él y para su prójimo, le tocaría presenciar escándalos en la competición más importante del año sin posibilidad de subterfugio.

«Es mi culpa», pensó, lanzándole una mirada de reojo a la italiana en cuestión. Sentada en las gradas junto a su abuela —la que no tenía tacha— y su hermana menor, parecía incluso una dama de verdad. Menos mal que las apariencias a él no le engañaban.

«Si no hubiera invitado a Carlisle, no se la habría traído».

Contar con el favor de la reina Victoria le había servido para colar a Carlisle en todo noble evento al que no le apetecía ir solo. Aunque su amigo ostentaba el título de lord, se decía que estaba maldito y eso provocaba rechazo en la sociedad. Él mismo lo había pensado antes de conocerlo, pues la historia familiar que llevaba a la espalda no era precisamente el colmo de la distinción. De hecho, si se distinguía a Carlisle frente al resto, se debía a que su título había sido comprado.

Un horror para los más conservadores.

—¿Preparado para morder el polvo, Saint-John? —inquirió el rey de Roma, mirándolo con su característica expresión burlona. Marcus ni siquiera sonrió—. Vaya, veo que te sigues tomando muy a pecho las competiciones. ¿Por qué será que me extraña?

El duque no se molestó en darse la vuelta, haciendo gala de una monstruosa descortesía. Se lo podía permitir: a fin de cuentas eran grandes amigos. Y justamente por eso, porque lo conocía, sospechaba que derramaría sobre él toda su socarronería para sacarle de quicio, lo que sin duda lograría que perdiera la carrera.

Por eso colocó el pie en el estribo y montó a la lozana yegua que le habían asignado esa vez.

—No intentes provocarme, Carlisle —avisó—. No lo vas a conseguir. Estoy hecho de un material más duro de lo que piensas.

—No cabe duda —canturreó Satanás en persona.

Marcus hizo de tripas corazón para no fruncir el ceño y mirar directamente a la señorita Conti, que había volado desde el palco hasta el brazo de Carlisle. Se aferraba a él de manera casi indecente, y eso que existían pocas maneras de convertir un contacto amable en un gesto de mal gusto.

Debía existir una mínima distancia entre un hombre y una mujer, aunque esta se abrazase a su codo y aunque se tratara de una pareja a punto de casarse. Sin embargo, Viviana Conti no respetaba nada de eso, como tampoco su condenado espacio vital y tantas otras cosas que ni se molestaría en mencionar.

Desde luego, la italiana y su amigo tenían mucho en común. Ejemplos eran la sonrisa de sabiondo y las contestaciones capaces de sacarle de su zona de confort. Sin embargo, cuando miró a Viviana para preguntarle no muy amablemente por qué insistía en molestarle, no se topó con la clásica mirada ufana que solía dedicarle y que a menudo se correspondía con la de Carlisle. En su lugar, la joven le sonreía. Y no era otra sonrisa clásica estilo italiano, abiertamente seductora, abiertamente burlona o abiertamente creada para hacer pensar a su observador que quería escupirle en la frente: era una sonrisa de pura cortesía británica.

Sabiendo de antemano cuánto despreciaba el estilo inglés, Marcus esperó con la paciencia de un santo a que la joven comenzara a vomitar. Sorprendentemente, nada ocurrió.

—Viviana ha insistido en tener unas palabras contigo —comentó Carlisle, mirando a su prometida con comedido afecto. Ya que ella no se guardaba las emociones ni para las buenas ni para las malas, era una suerte que él aún conservase la decencia—. Quería que la acompañara a desearte buena suerte.

La miró haciendo ostentación de toda la reticencia que albergaba hacia la situación, esperando encontrar por el camino un gesto significativo. Algo que indicase que había sido obligada a ir, que en el fondo era una broma o que simplemente disfrutaba haciéndole rabiar con su volubilidad, ahora centrada en hacerle pensar que le importaba su victoria.

Por el camino se fijó en sus ojos casi asiáticos, su boca casi africana y su nariz casi hebrea. Viviana era una insólita obra miscelánea que, frente a lo que se pudiera pensar, comprendía un conjunto absurdamente perfecto. Si

bien la belleza británica se definía a la griega —rasgos canónicos, esbeltez y piel clara—, Viviana era, una vez más, enemiga acérrima de los anglos.

Tenía el cabello tan negro que, bajo la luz adecuada, centelleaba como los bordes de la luna menguante en medianoche. Sus ojos a juego carecían de la ternura angelical cabida de esperar en un salón de baile londinense, pero en su lugar se habían acompasado la seducción en estado puro y el encanto de lo prohibido. Y su cuerpo, ahora embutido en un traje de montar que Marcus quiso comprender como uno de sus múltiples disfraces, no era precisamente algo que pudiera haber salido de la mente de un ser humano. Esas curvas peligrosas, creadas casi a mala idea, se salían de cualquiera regla o guía anteriormente fijada.

Por supuesto, la deseaba. Y por extraño que pareciese, odiarla solo echaba más leña al fuego de sus pasiones, que se encendían como el amanecer cada vez que la veía cruzar la sala.

—Carlisle me ha contado en confidencia que es usted un fanático de las carreras —señaló Viviana, poniéndole freno a su agresivo encanto mediterráneo para ser un ejemplo perfecto de la dama inglesa común—. Y he venido a darle esto.

Sirviéndose de la experiencia, Marcus se preparó para recibir una bala en el cráneo. Por eso le sorprendió que Viviana, en lugar de desenfundar una pistola —más propio de ella—, le tomara la mano.

Primero sintió la suavidad de su palma, suave y caliente en comparación con la suya: después, el peso ligero de una tela reemplazó su tacto.

—Me he enterado de que algunas mujeres ceden una prenda a sus ganadores antes de la carrera. Una costumbre que viene de los Juegos de las Highlands, si no recuerdo mal —explicaba Viviana, mientras se la ataba con rapidez en la muñeca, como si temiera que se deshiciera de ella con un manotazo—. Carlisle tiene algo mío, por supuesto, pero he pensado que usted también merecía un gesto de consideración y he procurado preparar mi mejor pañuelo.

«¿Qué le hace pensar que querría algo suyo?» habría sido una buena respuesta, pero solo si pudiera permitirse ser grosero. O, siendo más concretos, si pudiera permitirse ser grosero con la prometida de su mejor amigo delante del mismo.



Desgraciadamente para él, seguía siendo el duque de Saint-John y le debía un respeto a Carlisle. Aunque solo fuera para guardar las apariencias.

—¿Y por qué querría *precisamente usted* tener ese gesto? —inquirió, estudiándola en profundidad.

—Pensé que sería la excusa perfecta para pedirle disculpas por mi comportamiento.

Las cejas de Marcus estuvieron a punto de salir disparadas. Quiso decir algo: lo que fuera para ponerle punto y final a esa abierta burla antes de que se desmadrara, visto que pensaba continuar. Por desgracia, las palabras se le atascaron en la garganta y no tuvo más remedio que seguir escuchando la madre de las bufonadas.

—Sé que no empezamos con buen pie, Excelencia. —¿Ahora le llamaba Excelencia? No le llamó así ni la primera vez que se vieron, cuando se cruzó con ese caminar de furia viva tan personal, golpeándole el hombro con el propio y haciendo que se le cayera el tablero de ajedrez que trasladaba de una sala a otra. De hecho, no se molestó en disculparse. Y para colmo, luego lo hizo otra vez—. Pero creo que nunca es tarde para enterrar el hacha de guerra. Por mi parte ha de saber que estoy muy arrepentida por todas mis travesuras, y que me gustaría... Si fuera posible... —¿Estaba frotándose las manos? ¿Tenía la barbilla agachada? ¿Viviana Conti teniendo una actitud sumisa...? ¿Debería echarle un vistazo al firmamento, por si había algún cochino con alas? Dejó de desvariar a golpe de mirada, en el momento justo en que Viviana clavó sus grandiosos ojos rasgados en los de él—. Me gustaría empezar de nuevo.

Marcus parpadeó una sola vez.

—No me mire así, por Dios —gimoteó ella. Su nerviosismo sonaba incluso real, como si estuviera siendo sincera. Cosa que, dicho fuera de paso, no había sido en sus veintidós años de vida. Al menos, no con él—. Ya sabe que soy orgullosa y esta clase de cosas me cuestan. Estoy haciendo un esfuerzo para resarcirlo. No deseo estar enemistada con usted.

—Podría haberlo pensado antes de romper una de las ruedas de mi carruaje... entre otras muchas cosas que no merecen mención.

—Oh, vamos, Saint-John —intervino Carlisle, con su clásica mirada de «nada en esta vida es para tanto, nunca». Le habría gustado verlo a él con una

italiana chiflada pisándole los talones, a ver si iba a ser o no para tanto—. ¿No es esto lo que llevas esperando desde que la conociste? Tienes tu disculpa, su vergüenza y el poder de acabar con esas hostilidades vuestras para siempre. Honra tu nombre y actúa como un caballero, por Dios.

Marcus dirigió una mirada a Viviana, que no sabía dónde mirar. Estaba sonrojada, avergonzada y superada por la situación. Se retorció las manos en el regazo, al que le lanzaba vistazos rápidos para burlar su intenso escrutinio. Sabía que la estaba sometiendo a estudio y por eso actuaba así, forzando sus gestos. No podía haber otra explicación lógica.

A no ser que, de una temporada a otra, se hubiera dado cuenta al fin de que no podía seguir ridiculizando y ridiculizándose indefinidamente.

—¿Cómo sé que esto no es uno de sus juegos? —preguntó, mirándola con los ojos entornados.

—Jamás le he pedido perdón hasta ahora —señaló Viviana, con un tono manso que escondía una profunda afectación. Marcus quedó sorprendido con el brillo de sus ojos oscuros. Verdaderamente deseaba ganarse su amistad, o al menos, su reconocimiento como presencia grata—. De todos modos, si no me cree, siempre puede ponerme a prueba.

Oh, claro que no la pondría a prueba. Si la perdonaba, le diría adiós para siempre y la esquivaría como se lo permitiese la educación. Había tenido suficiente Viviana Conti para el resto de su existencia, y no sería tan imbécil para arriesgarse a ser de nuevo el conejillo de indias de sus diabluras.

—Ha dicho que quiere resarcirme. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Seguro que se me ocurrirá algo —repuso alegremente. Aquello habría asustado a Marcus si la sonrisa que exhibió no le hubiera dejado de piedra. No pudo salvo preguntarse por qué Dios dotaba de virtudes magníficas a quienes no lo merecían—. Por el momento, si quiere, le dejo ganar.

Aquello captó al vuelo la atención del duque.

—¿A qué se refiere con dejarme ganar?

—Viviana es una excelente amazona —apuntó Carlisle, que asistía al intercambio ciertamente interesado—. Va a participar en la carrera.

—¿Que va a participar en la carrera? —repitió Marcus, mirando con fijeza a la italiana. Su tranquilidad constató que era cierto—. ¿Cómo se te ocurre permitir que lo haga? Una cosa es un paseo agradable por Hyde Park o una

competición amistosa, y la copa de oro otra muy diferente.

—¿Por qué dice eso, Excelencia? —preguntó Viviana. Marcus intentó encontrarle el doble sentido al que le tenía acostumbrado: uno que viniera a significar «¿por qué diablos dices eso, bastardo?», pero solo encontró curiosidad y ligera admiración—. No me diga que piensa que las mujeres no deberían arriesgarse. Es caballeroso —apuntó, cabeceando—, pero muy discriminatorio. Y soy muy competitiva. Probablemente me apuntaría a un bombardeo si a cambio hubiera una jugosa recompensa. Y la recompensa de la Ascot Gold Cup es más que jugosa: son cien guineas.

Una imagen desagradable asaltó a Marcus antes de que pudiera contestar. Viviana, montada sobre su flamante caballo negro, cogiendo una curva violenta y volando de la silla al polvo del hipódromo.

—Es peligroso —se escuchó decir, con una extraña sensación arañándole las paredes del estómago—. Mucha gente se ha caído en anteriores competiciones, llegando incluso a morir.

—Eso es cierto, pero no dejaré que me pase... Del mismo modo que impediré que le pase a usted mismo, Excelencia. Todos velamos por nuestro bienestar, ¿no es así?

—Es diferente —repuso, aferrando las bridas de su corcel con demasiado ímpetu—. La silla de amazona no es propicia para esta serie de retos.

—Por eso montaré como ustedes.

A continuación, Viviana se agachó para agarrarse el dobladillo de la falda y exhibió una pierna enfundada en unos estrechos calzones blancos. Marcus no quiso poner el grito en el cielo por su descaro, que seguramente había interceptado la mismísima reina de Inglaterra, pero se escandalizó igualmente. Los pantalones le llegaban por la rodilla, y las botas se cerraban en el tobillo. Por tanto, una licenciosa porción de piel morena quedó al descubierto, haciendo que se tuviera que remover con incomodidad sobre su montura.

Aquella mujer era un incordio incluso cuando no lo hacía adrede.

—¿Sigue preocupado? —preguntó, ajena a sus pensamientos—. Excelencia, ha de saber que *l'erba cattiva non muore mai*. Mala hierba nunca muere —pronunció también en inglés—. Usted más que nadie tendrá la certeza de que no me pasará nada. Pero si me pasara... —continuó,

lanzándole una tímida mirada de reojo—. ¿Moriría sabiendo que me ha perdonado?

Lo estaba poniendo entre la espada y la pared y lo sabía. Ambos lo sabían. Un hombre de honor jamás se arriesgaría a quedar mal, jamás ignoraría una deuda por saldar y jamás se permitiría arrastrar el arrepentimiento de por vida. Por no hablar de que un hombre de honor siempre estaba en el deber de perdonar a una dama.

«No es ninguna dama», rabió su perro rencoroso interior. «Es el diablo».

—Acaba de casi jurarme que no morirá —señaló Marcus, ignorando la pregunta—. Por lo que no será necesario que zanjemos nada por el momento.

Viviana esbozó de nuevo esa sonrisa irritablemente bonita, poniéndole el estómago del revés y dándole motivos de inspiración a su mal humor. Parecía haberse reservado sus encantos para el momento ideal: aquel en el que le pediría que le concediera el perdón. A la vista estaba, ya que lo que había conocido de la señorita Conti con anterioridad no era más que la mordida de su dentadura, la fuerza de sus puntapiés y la desvergüenza con la que le mentía mirándole a los ojos.

—Es usted duro de pelar, Excelencia. —Viviana rodeó el caballo para subirse en el propio, con ayuda del siempre servicial y observador Carlisle. Una vez sobre su semental, Viviana se estiró y le dedicó una última mirada brillante—. Pero yo también.

Marcus recogió el guante que le acababa de lanzar e hizo una sutil reverencia con la cabeza.

—*Alla meglio, signorina* Conti —contestó. Se quedó un segundo más parado, solo por el placer de verla sonrojarse al ser correspondida en su idioma.

Con una extraña sensación de victoria, Marcus dirigió a su montura hasta el lugar de salida.

No le complacía que Viviana formara parte de un acontecimiento tan importante y asimismo peligroso. Primero, porque podría desnucarse y le tocaría asistir a tan desagradable espectáculo. Segundo, porque la reina estaba presente y sabía que había sido él quien había invitado a Carlisle y, por ende, también a su prometida. Lo que significaba que, si Viviana hacía el ridículo o montaba una de sus escenas, le tocaría a él languidecer ante su majestad.

Tercero —aunque no tuviera demasiado que ver—: no podía creerse que Carlisle dejara que su prometida arriesgara su vida de ese modo. Lo que, sin embargo, tenía una doble lectura. Había pocos hombres más prudentes que él, y si estaba tan tranquilo debía ser porque confiaba en las aptitudes de la señorita Conti.

Bien. Marcus confiaba en esas aptitudes más de lo que lo hacía en sí mismo, y eso ya era decir. No en vano había sido el centro de la vida de esa mujer durante dos temporadas: qué mínimo que reconocer que todo lo que hacía —aunque estuvieran hablando de sobornar a un criado para agujerearle las camisas—, lo ejecutaba con sumo perfeccionismo.

Pero que confiara en ellas no significaba que no siguiera dándole vueltas. Y en una de esas vueltas —concretamente en la que giraba la cabeza para buscar a la italiana—, sonó el pistoletazo de salida que anunciaba el comienzo de la carrera.

Marcus emergió de la estrecha caballeriza un segundo después que el resto, generosamente frustrado. Si perdía la carrera, esta vez no podría echarle la culpa a nadie excepto a sí mismo: había comprobado varias veces las herraduras, la salud de la yegua, toda su vestimenta y el desayuno que le habían servido, por si de casualidad se le había ocurrido a la señorita Conti volver a atacarlo. Estaba claro que había abandonado del todo su deseo de hacerle sufrir, y aun así, ahora iba el último por su culpa. Por la distracción. Por el extraño y desagradable poder oscuro que ejercía sobre él su mente retorcida, su cuerpo doblemente perverso y su endiablado espíritu paranoide.

Sacudió la cabeza y azotó el lomo del animal, visualizando la copa en su cabeza. Se metió en la masa de jinetes que formaba una muralla en el espacio, logrando sobrepasarla con un quiebro magistral. Lo espoleó con más ímpetu aún, animándolo a alcanzar a la siguiente línea irregular de caballeros. Solo cuando estuvo el octavo respecto a la distancia del ganador, se fijó en que el recogido de Viviana, delante de él, había volado para liberar su espesa melena negra. Esta ondeaba a su espalda como una cortina de brillante satén, que asombrosamente iba a juego con el pelaje de su semental.

Marcus negó de nuevo para olvidarse de su presencia en el hipódromo y se concentró en la línea de horizonte, a la que tenía que llegar después de dos vueltas para hacerse con el trofeo. Atizó de nuevo a la yegua, que puso su

velocidad al límite para adelantar a los que quedaba hasta llegar a Viviana. Marcus pasó por su lado casi dando botes en la silla de montar, completamente tumbado sobre el lomo de su montura.

Llegó el cuarto a la línea de meta en la primera vuelta: en la segunda, como no podía ser de otra manera, se alzó con la victoria por una diferencia de casi tres segundos. Cuando consiguió tranquilizar al caballo, acariciándolo y susurrándole palabras de agradecimiento, recibió una ovación generalizada y se encontró con un agradable dolor en las ingles. La satisfacción casi logró arrancarle una sonrisa, pero se mantuvo sereno e inescrutable.

Al levantar la mirada se topó con los ojos oscuros de Carlisle, que hizo una gran reverencia antes de bajarse de su montura.

—Este año he mejorado —comentó, desenfadado—. ¡Entre los veinticinco primeros!

—Éramos veinticinco —señaló Marcus, atreviéndose a estirar una de las comisuras de los labios.

—Bien podría haberme caído en medio de la carrera, ¿no? —inquirió, alzando una ceja—. Creo que iré a sacarme el barro de encima; me ha salpicado mientras hacía esa curva. ¿Podrías ir a ver cómo se encuentra Viviana? Se la ve un tanto alicaída... No lleva muy bien el perder.

En eso tenían algo en común, pensó Marcus, obedeciendo la sugerencia de Carlisle. Se giró tirando de las bridas del caballo, echando un vistazo a su alrededor, y se acercó a una Viviana comprometida con calmar a su animal. La mueca crispada que distorsionaba sus rasgos casi árabes hablaba por sí sola.

—No estará insultándolo, ¿verdad?

Viviana alzó la cabeza y lo miró con los labios apretados.

—Por supuesto que no; si a alguien debo insultar es a mí misma. No debería haberlo puesto a competir... No está como siempre —contestó, visiblemente preocupada. Esa intranquilidad hizo que Marcus se acercara, entre curioso y asombrado por reconocer la ternura de una madre en sus caricias. La proximidad del nuevo jinete hizo que el caballo levantara el morro y pateara el suelo—. *Amore...* Tranquilízate.

—¿Se llama *Amore*? —se escuchó preguntar. Antes de que Viviana pudiera contestar, se aclaró la garganta y clarificó sus intenciones. ¿Qué le importaba

a él cómo se llamara esa bestia?—. He venido a comprobar que estaba bien. Carlisle ha ido a cambiarse...

El caballo volvió a sacudir la cabeza, nervioso. Viviana agarró las bridas e intentó contenerlo, pero solo sirvió para que diera una vuelta sobre sí mismo, bufando y haciendo sonar los cascos contra la tierra.

—¿Puede con ello?

—Claro que puedo —soltó, algo brusca. Enseguida le lanzó una mirada de disculpa, que acompañó con un adorable rubor—. *Scusa...* No sé qué le ocurre. Creo que ha sido porque nunca lo he cabalgado en una competición. Ha debido asustarse al verse rodeado de tantos jinetes, y...

El caballo se levantó sobre las patas traseras, intentando tirar a su propietaria de la silla. No tuvo ningún otro resultado que el de asustar a la susodicha, que no midió sus actos y acabó agarrándose a la melena del animal para no caer. Esto hizo que, a modo de defensa, este echara a correr lejos del hipódromo. Su huida desesperada quebró una de las vallas que separaban el circuito del campo abierto, y ahí fue cuando la figura del caballo y su dueña amenazó con perderse en la arboleda vecina.

Marcus, acuciado por el sentido del deber y el miedo a que Carlisle se quedara sin prometida cuando la había dejado a su cargo, espoleó a su montura y cabalgó tras ella con los ojos clavados en la estela que dibujaba a su espalda. El cabello le ondeaba como una bandera de revolución pirata; una mancha negra entre tanto verde que Marcus utilizó como referencia antes de llegar casi a su nivel.

—¡Tifón! —gritaba la joven, con una nota de horror en la voz. Marcus observó por el rabillo del ojo que las bridas de su caballo acababan de caer, dejándola completamente a merced de lo que el animal quisiera hacer—. ¡A suficiencia! ¡Basta!

—¡Cuidado! —exclamó Marcus, al ver que estaban a punto de adentrarse en el bosque.

Antes de que eso sucediera, acrecentó el ritmo hasta colocarse a su lado. Guió a la yegua de manera que quedara casi lomo con lomo con el caballo rebelde, y cuando supo que debía ser ese momento y no otro, alargó el brazo para agarrar a la mujer horrorizada que maldecía en italiano. Sus dedos se cerraron en el traje de montar, su hombro hizo contrapeso apoyándolo en el

de ella y de un tirón la liberó de la pesadilla. Cuando parpadeó al instante siguiente, Viviana estaba de cara a él, sentada con la parte trasera de los muslos sobre los suyos. Ella no tuvo miedo de aferrarse a sus hombros. Marcus lo permitió por las circunstancias y porque temblaba tanto que temía que de lo contrario acabase cayendo.

—Apártese el pelo o no podré ver el camino —dijo él, tomando en un puño los mechones que le entorpecían la visión.

Un extraño aroma a hierbabuena lo invadió cuando uno de sus rizos le rozó la mejilla, noqueándolo durante un instante. Marcus se juró que había sido fruto de un sueño, una percepción errónea, pero cuando ella aferró su melena con fuerza en una coleta improvisada, siguió ahogándose en aquel olor tan poco común en una mujer. Esto, unido al hecho de que las torneadas piernas de la joven se rozaban con las suyas debido a la cabalgada y a que tenía sus pecaminosos labios carnosos a escasa distancia, provocó que su miembro amenazara con atravesar la tela del pantalón.

Tragó saliva, inquieto, y se intentó colocar de manera que las caderas de Viviana quedaran lejos de las suyas. Sin embargo, el movimiento solo provocó que se encajaran más aún y la entrepierna femenina llegara a rozarse con la suya: un descaro por el que pagó sufriendo un latigazo de deseo en la columna.

Preocupado por cómo podría reaccionar la joven conociendo su excitación, buscó sus profundos ojos oscuros en busca de una idea. No cupo en su asombro y parte de regocijo cuando vio que en aquellos dos pozos nadaba el ansia de pecar de una diosa pagana. Brillaban como espejos de azabache, manchados por un deseo caliginoso que tuvo el efecto de una soga en su garganta dolorida.

Marcus tiró de las bridas para frenar al animal, sabiendo que alguien debía parar y no podría ser él en sí mismo. Acababa de descubrir un brillo azulado en las profundidades de los iris de Viviana, a los que siempre les había achacado una difícil tonalidad negra, casi imposible de ver en Inglaterra. Pero no: había estado equivocado. La lumbre de un zafiro despuntaba en los bordes de sus seductoras pupilas, siendo tan difícil de apreciar como todo en ella.

Solo cuando las manos empezaron a dolerle de no poder cogerle las caderas



e impulsarla hacia delante, ahí donde la erección le palpitaba de necesidad, pudo ignorar el hechizo de Viviana Conti. La cogió en brazos y la bajó del caballo con una facilidad y una indiferencia que se reflejaron más en la reacción de la joven que en él. Marcus se apeó un par de segundos después, pero se dio la vuelta y fingió atender la silla de montar para no hacer ostentación de su dolorosa rigidez.

«Es la prometida de Carlisle, por el amor de Dios. ¿En qué estás pensando?»

—¿Se encuentra bien? —inquirió, con su común tono glacial.

—Yo... —tartamudeó—. S-sí. Me he asustado un poco, pero... Estoy bien.

Aquello molestó a Marcus más de lo que le habría gustado admitir. No se giró para mirarla, pero supo que tenía el horror grabado en la cara y que le temblaba todo el cuerpo. Algo que, si bien le habría inspirado ternura y conmiseración en otra dama, en ella solo se veía como una estupidez sin sentido. Viviana Conti no era de las que perdían el control sin querer: lo perdían cuando querían, donde querían y porque querían. Y en caso de que tuvieran mala suerte como en ese momento, nunca se asustaban. No la había visto preocupada por nada en dos temporadas, y le constaba que le había tocado vivir situaciones bastante más extremas que el descontrol de un caballo.

—¿Ha provocado usted todo esto? —preguntó, esta vez dándose la vuelta para mirarla. Viviana lo miró a su vez, con los ojos espantados—. ¿Quería que saliera detrás a buscarla?

—Por supuesto que no, Excelencia. —Marcus estuvo a punto de arrancarse el pelo de la cabeza. Su título mencionado con esa voz tranquila y empalagosa, una voz que procedía de la elegante garganta de la italiana, sonaba más a cañonazos de guerra de lo que sabía a gloria. Justo como debía saber y como no quería que lo hiciera—. Ya le he dicho que no volveré a incluirle en los altercados que decida provocar, y que...

—No me lo creo —zanjó Marcus, cruzándose de brazos—. ¿Por qué diablos ha cambiado ahora de opinión? Si no me equivoco, el año pasado acordó que me destruiría.

Cada vez estaba más molesto, aunque la razón se acercaba más al hecho de que su erección no remitía, sino todo lo contrario. Con el pelo suelto y las

mejillas arreboladas, parecía el rostro de una nueva Blancanieves: si bien la primera había salido de un cuento para niños, ella pertenecería a una nueva sección de literatura reservada para cuando plasmara en papel sus fantasías.

Odiaba el cariz que adoptaban sus pensamientos, y odiaba más aún estar preguntándose qué sería lo peor que podría pasar si obedeciera a lo que pedían. La había deseado desde que la vio por primera vez, incluso sabiendo que podría escupirle en los pies a la reina si se le antojase. Y técnicamente, en orden de prioridad, tenía más derecho a besarla que Carlisle, que se fijó en ella un año después... Aunque si no había orden de prioridad, le importaba un carajo.

¿Cuántas veces había mirado Viviana a su prometido de la manera en que lo estaba mirando a él, pidiéndole con un elocuente silencio que volviera a sentarla sobre sus rodillas?

Ninguna. Ni una maldita vez.

Entonces, ¿qué sería lo peor que podría ocurrir? En ese momento estaba convencido de que merecería la pena ir a la cárcel por quitarle los pantalones y ahuecar su entrepierna con la mano, penetrarla con los dedos y después deleitarse con su sabor mientras ella jadeaba de excitación. Arrancarle la parte superior del traje de montar y derramar sus pechos sobre él, pellizcarlos, lamerlos con pericia y marcarlos con besos que perdurasen hasta que se volvieran a encontrar...

No, no se volverían a encontrar. Marcus la quería una sola vez, para saciar su curiosidad y comprobar si era tan apasionada entre sábanas como lo era con todo lo demás. Y por ese motivo —entre otros muchos, como Carlisle— debía luchar contra sí mismo.

—Me he cansado de pelear contra un hombre al que nunca podré ganar —admitió ella, ignorando sus pensamientos. Marcus no supo en qué rasgo de su rostro concentrarse para no tumbarla y separarle las piernas. Todo en ella estaba en su maldito sitio, como si Dios la hubiera creado no solo a su imagen y semejanza, sino a la imagen y semejanza de su definición de erotismo—. Creo que será inteligente tenerle en mi lista de amistades, o al menos no en mi lista de enemigos... Demasiados tengo ya. Además —añadió, acercándose a él. Sus ojos de reina mora, con las pestañas como medias lunas de seda y la forma horizontal de un corazón partido, lo tuvieron anclado al

mundo de la fantasía durante su sinuosa caminata—. Es el mejor amigo de mi futuro esposo. Quiero complacer a Carlisle en todo lo que pueda, y sé que nada le haría más feliz que ver cierta complicidad entre sus eternos compañeros.

Aquello fue un jarro de agua fría para Marcus, que gracias a años de práctica pudo mantener un semblante indiferente. La mera mención a Carlisle hizo que todas sus ideas salidas de tiesto volvieran al baúl de lo que debería estar olvidado pero que, sin embargo, le costaría sacarse de la cabeza. Lo cerró con llave en un sentido figurado y se sentó sobre él, esperando que la jaqueca próxima por su falta de lealtad fuera mínima.

—Tengo mis reservas —le dijo, intentando mirarla sin verla y, al mismo tiempo, estudiando sus gestos en profundidad. El tic revelador que había esperado atisbar en su rostro en algún momento de la conversación no se manifestó; tampoco lo había hecho en la anterior, lo que hizo que empezara a hacerse a la idea de que Viviana había cambiado de veras—, pero sería un pésimo amigo si no complaciese a Carlisle en esto. Si quiere que no nos echemos los trastos a la cabeza, cumpliré con mi parte. Al fin y al cabo no conviene arriesgarse: debería haberla perdonado antes, visto que ha estado a punto de morir hace un rato.

—Y no se lo habría perdonado, por supuesto —apostilló Viviana, alzando una ceja arrogante.

Marcus se sorprendió cuando le inundó una curiosa sensación de alivio: por fin veía algo de la italiana del año pasado. Algo que admiraba, aunque fuera en secreto. Algo que le había hecho despertarse entre sudores tantas noches que había perdido la cuenta, aunque no lo dijera en voz alta jamás.

—Tampoco la habría llorado —admitió él, distante.

El sonido de un grupo de caballos —probablemente una partida enviada al rescate— hizo que tuviera que esperar para continuar. Viviana lo miraba con expectación.

—No somos amigos, señorita Conti —le recordó, antes de que los jinetes, entre ellos Carlisle, se cernieran sobre ellos—. Pero está perdonada.

Se dio la vuelta para montar de nuevo su caballo, ignorándola ahora que ya habían dado por zanjada la cuestión. Fue ese preciso momento, en el que Marcus le dio la espalda, el que Viviana aprovechó para quitarse la máscara y

sonreír muy lentamente.

Jess llevaba un buen rato negando con la cabeza, mientras que Abigail se había puesto en huelga de pestaños. Tal y como estaban ambas, mirándola con los ojos abiertos como platos y la boca siguiendo el mismo camino, la italiana empezaba a dudar que salieran del trance algún día.

—He de admitir que no confiaba demasiado en tu plan. Sabía que Saint-John era un estúpido, pero no de los fáciles de engañar, sino de los que simplemente lo son porque así es como se presentan —comentó Jezabel, mirando a su amiga con renovada fascinación—. Creí que sería un reto incluso para ti... Se ve que te he subestimado injustamente. Aunque, ¿quién iba a pensar que llegarías tan lejos? Yo también habría perdonado a mi peor enemigo si hubiera estado a punto de caerse de un caballo en plena galopada. No habría soportado vivir con la conciencia intranquila el resto de mi vida.

—Desde luego ha sido una clase magistral sobre manipulación —intervino Abigail con la boca pequeña. Aún seguía conmocionada—. Lo que me ha dejado patidifusa es que metieras en el ajo a tu propio caballo para que echara a correr en el momento justo. ¿Le diste algo que le sentara mal? ¿Cómo lo conseguiste?

—Lo estuve domesticando la semana previa para hacerlo con la sacudida exacta de mis tobillos. —Hizo una pequeña demostración, chocándolos con las patas de la silla en la que estaba medio recostada—. Todo salió tal y como tenía previsto: Saint-John fue un verdadero ángel cumpliendo con su parte —sonrió, malévola—. Ahora debo aprovechar que estoy rodeada de amigos suyos para llevar a cabo mi siguiente paso.

—¿Cuál es? —preguntó Jess, inclinándose hacia delante.

Abigail también lo hizo, aunque su temor superaba con creces la

expectación. Viviana entendía sus reticencias, pero no abandonaría la estrategia solo para no herir la sensibilidad de una dama reservada.

Al ver que el semblante de la italiana forzaba una mueca de misterio, Jezabel resopló por lo bajo.

—¿En serio? ¿Vas a tener en secreto para siempre los pasos de esa lista? Sabes que la curiosidad no mató al gato, sino a mí —recordó—. Suéltalo, vamos.

—Básicamente tengo que averiguar cuáles son sus libros preferidos, sus aficiones, sus metas a corto plazo en el ámbito del ocio, su comida favorita, si le gustan los animales, sus experiencias en el amor... Todo lo que sabría un amigo.

—¿Y para qué necesitas todo eso? ¿Por qué no se lo preguntas directamente? —propuso Jess—. Así tendrías una excusa para relacionarte con él.

Viviana sacudió la cabeza.

—Inviabile. Primero: me sigue despreciando, aunque haya prometido entre líneas que va a dejar de ponerme por los suelos delante de los demás. Eso significa que me quiere bien lejos... *por el momento*. Para que me quiera cerca, tendré que demostrarle que no somos tan diferentes, y de ahí deber conocerlo mejor. Segundo. —Levantó dos dedos—. Si de un día para otro empezara a bombardearle con preguntas personales, sabría que hay gato encerrado y me apartaría sin más. Tercero... ¿Qué tendría de divertido coger el camino fácil?

—Suenas como si fuera un juego para ti —murmuró Abigail.

—Por supuesto que es un juego. En esta vida, Abigail, todo es un juego —repuso, muy seria—. La amistad es un juego en el que pierde el que es desleal. El amor es un juego en el que pierde el que se deja arrastrar por el olvido. La familia es un juego en el que pierde el primero que se larga para formar otra. La vida en sí es un juego en el que pierde el que muere. —Se encogió de hombros—. Obviamente, es importante para mí todo lo mencionado, o casi todo, pero prefiero tomármelo como lo que es. ¿Por qué?

Abigail compuso una mueca afectada.

—Porque... Es una persona, Viviana —musitó, diciendo su nombre por primera vez. Le había costado convencerla para que la tutease; pensaba que

sería incluso más difícil hacer que superase el «señorita Conti»—. Más o menos arrogante, buena o mala, pero es una persona con sentimientos. Es muy poco honorable por su parte hablar de ti a tus espaldas, en eso creo que todas coincidimos. Ahora bien... De eso a jugar con él, romperle el corazón y luego pisotearlo, hay un largo camino. Uno que no merece la pena, si quieres mi opinión. Sobre todo cuando él ya ha prometido que no volverá a hablar de ti, que era una de las cosas que querías lograr a toda costa.

»Y si lo que deseas no es tanto darle una lección de humildad o mejorar tu reputación como demostrarte que puedes conquistarlo, deberías abandonar —sugirió suavemente—. Creo que con lo que nos has contado sobre el momento en que te cogió en brazos para subirte a su caballo, ha quedado comprobado que tiene interés por ti. Acabaría enamorándose, estoy segura.

Viviana esbozó una sonrisa entre misteriosa y aburrida. Se acomodó mejor sobre su asiento, apoyando los codos en el reposa-brazos con aires de la reina de Saba mientras fingía que pensaba una respuesta.

—El problema es, Abigail, que tu seguridad no me sacia —contestó, encogiéndose de hombros—. Y tampoco me sacia que haya dejado de hablar mal de mí, porque todo lo que ha dicho y hecho sigue aquí. —Se dio un golpecito en la sien. Después, volvió a reclinarsse en el diván—. Hasta que no le vea mirarme con ojos de enamorado no me voy a dar por vencida. De hecho, no me voy a dar por vencida hasta que no lo tenga arrodillado ante mí, suplicándome que me case con él. Y no tengo que demostrarme ni demostrarle nada. Sé perfectamente que Saint-John me desea, y Saint-John es plenamente consciente del poco dominio de sí mismo que tiene cuando estoy delante. No jugaré con sus sentimientos por ese motivo.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—Porque él ha herido los míos y los de mi hermana —dijo, con el semblante ensombrecido y una modulación en la voz que no se molestaba en ocultar su desprecio—. Nos ha hecho sentir insuficientes, analfabetas, extranjeras en una tierra donde nuestros antepasados vivieron muchos siglos antes de irse a Italia: una tierra que nos pertenece, aunque insista en hacer creer lo contrario. Nos ha vejado públicamente con desprecios continuos —prosiguió—, nos ha echado la cruz sin conocernos solo porque aún no sabíamos comportarnos como esos tiesos británicos quieren. —Torció la

boca, dejando fluir la repulsión—. En definitiva, ha utilizado su influencia para que toda la sociedad le dé la espalda a mi familia. A mi abuela, que jamás ha hecho nada mal. Y a mi hermana, que siempre ha deseado encajar en Londres. Siempre —recalcó, haciendo memoria—. Siendo una cría de diez años y ya soñaba con su primera temporada.

—¿Tú no querías venir a Inglaterra? —preguntó Abigail, conmovida—. ¿Por eso te comportas... así?

—Me empecé a comportar así cuando estaba todo perdido —señaló—. Cuando llegamos, recibíamos invitaciones a todos lados. Al año siguiente, mi abuela tuvo que llorar y echar mano de su importancia en el *beau monde* antes de que sus nietas le amargasen la vida para poder asistir a algún lado. El que fuera. —Lanzó una mirada significativa a las damas, que captaron al vuelo a qué clase de eventos se refería. No precisamente a unos de etiqueta, que se dijera—. Y al otro... Bueno, a finales del anterior y este estamos siendo invitadas a todos sitios gracias a Carlisle. De no ser por él, seríamos historia.

—No gracias a Carlisle en sí mismo, sino a Saint-John —corrigió Jess, como de costumbre—. Si Saint-John no hiciera lo posible para colar a Carlisle en todas y cada una de las veladas, tu hermana y tú estaríais igualmente fuera. Y Saint-John no es estúpido: sabe que si invita a Carlisle, Valentina y tú vais de su brazo. ¿Hace algo para evitarlo? No. Quizá, a fin de cuentas, no le moleste tanto tu presencia como parece. Quizá, a fin de cuentas... no sea tan malo como lo pintamos.

—Puede no ser malo —lo dijo con un tono que dejaba claro que sí lo era—, pero es y ha sido malo conmigo y con Valentina, y eso es suficiente para mí —zanjó Viviana—. Y sobre lo de mi prometido... ¿Qué iba a hacer el duque si no? ¿Romper su amistad con Carlisle ignorándole en todos lados por mí? Oh, no. Saint-John puede ser un inocentón, pero no arrojaría por la borda una amistad de años solo para perderme de vista. Bueno... —esbozó una sonrisa singular—. No por ahora.

—Esa es otra —repuso Jess—. No me parece bien lo que estás haciendo con el pobre Carlisle.

Viviana rodó los ojos.

—Dios mío, tenéis que dejar de leer a Jane Austen. ¿Cómo tengo que decir



que no voy a hacerle daño? No se va a enterar. Y si se entera después por boca de Saint-John, le diré que simplemente flirteé con él un poco. Si no quiere creerme, no me importa. Estaremos casados igualmente, ya que no creo que mi cortejo italiano se prolongue más de un mes. Y en caso de que Carlisle no me perdonara —prosiguió, alzando la voz al ver que Abigail tenía intención de contestar—, me da igual. Es decir... Aprecio a Carlisle, de veras que sí, pero no estoy desesperada por un marido. Si lo acepté fue solamente porque nos llevamos a las mil maravillas y con su dinero, dentro de lo que cabe, Valentina podrá aspirar a algo mejor.

—¿No lo amas?

—¿Qué importa eso? —bufó Viviana. Le lanzó una mirada elocuente a Abigail antes de rodar los ojos—. Si hay amor, bien. Si no hay amor, bien también. Pero por si acaso, querida, vete haciendo a la idea de que es más difícil de encontrar que un ave fénix. Lo que no es difícil de encontrar es un hombre que te deje tranquila y solo moleste para hacerte un hijo, que es a lo que aspira cualquiera con *un po' di testa*. —Se dio dos golpecitos en la sien.

—Dios mío —sonrió Abigail, mirando a Jess con turbación—. Lo sabe todo.

—No. Aún no sé cuál es el animal favorito del duque de Saint-John, y ahora mismo es todo lo que quiero saber —replicó Viviana—. Por eso necesito vuestra ayuda. Tengo que averiguar cosas sobre él. ¿Ideas de cómo?

—Mi hermano es amigo suyo —dijo Jess—. Podría preguntarle.

—Eso sería una indiscreción.

—¿Y si hacemos partícipes a todos los caballeros en un juego en el salón, aprovechando que en las fiestas de Stratford la gente suele charlar más que bailar? —propuso Jess—. Algo así como un... ¿Confiesa o bebe?

Viviana le puso la mano amablemente en el brazo.

—Jess, cariño, que tú bebas no significa que el resto lo haga o le interese meterse de lleno en el mundo del alcoholismo. Ni siquiera por un juego.

—Eso habría que verlo, pero en cualquier caso, eso que se están perdiendo. —Encogió un hombro—. Si no, Abigail y yo podríamos acercarnos a todos los caballeros sin distinción, y preguntarles algo sobre alguno de los presentes para averiguar si de verdad le conoce. Les diríamos que se trata de un juego, y que al final de la noche saldría el ganador: aquel que sabe más

detalles sobre los invitados. Algo así como el rey del carisma.

—Ese es, probablemente, el *gioco* más estúpido que he escuchado en mi vida —razonó Viviana, alzando las cejas—. Pero visto que en Inglaterra solo jugáis a tonterías cuando no os estáis aburriendo por voluntad propia, y además nada os interesa más que meteros en vidas ajenas, creo que a nadie le extrañará.

—Creo que incluso podría convertirse en el juego del año —comentó Abigail.

—Entonces espero que me den créditos por haberlo inventado. —Se irguió, sacando pecho—. Así me haré rica y no tendré que depender del dinero de mi hermano.

Viviana dio una palmada.

—Haced lo vuestro antes de la cena, e intentad que participen más mujeres. Así no será sospechoso. Ellas se unirán encantadas, tan obsesionadas están con desentrañar los secretos de los hombres... Eso sí: añadidlas con la condición de poner luego lo aprendido en común. Y más tarde, a la hora de acostarnos, nos veremos en mi habitación para que me contéis cómo ha ido.

—¿Por qué hablas como si tú no fueras a participar? —Jess estrechó los ojos, convirtiéndolos en dos finas líneas doradas—. No querrás convertirnos en tus espías secretas mientras te dedicas a lanzarle miraditas a Saint-John, ¿verdad?

—Primero, porque si participase en el juego todas se darían en retirada —empezó—. Y segundo: no voy a lanzarle miraditas a Saint-John, *giuro su Dio*. —Alzó una mano con la palma apuntando al frente—. Hoy toca esquivarlo para que medite un poco sobre mí y sepa que ni voy a volver a inventar una jugarreta, ni voy a estar encima suya. Y para que me eche de menos, claro...

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Estaré colándome en su habitación. Años de observación me han servido para saber que siempre lleva una pequeña agenda de bolsillo para apuntar los eventos a los que asistirá, que suelen llevar programados veinte lustros. Se la voy a birlar para apuntar en la mía a dónde va a ir el próximo mes, y aparecer mágicamente para sorprenderle.

—¿Y si va a *Jackson's*, el club de esgrima?

—Pues pasearé por la entrada de *Jackson's* hasta cruzármelo —dijo ella, poniéndose de pie para poner en marcha el plan—. Y si no, vendréis las dos conmigo. Tú, Jess, traerás a tu hermano. Lo acabaré convenciendo para que me cuele y darle una sorpresa.

—Eso le escandalizaría —apuntó Jess, visualizando la mueca de espanto del duque—. Y tú no quieres que eso ocurra, ¿no?

—Quiero hacerle ver que soy la perfecta duquesa, pero si me desea siendo todo lo contrario, es porque en cierto modo admira mi lado salvaje —señaló—. Por tanto, voy a potenciarlo. De manera diferente a como llevo haciéndolo todo este tiempo, pero voy a potenciarlo.

Abigail parpadeó varias veces antes de sonreír, alucinada.

—De veras que lo sabes todo. Cada vez estoy más segura de que encontrarás al hombre perfecto para mí y me ayudarás a conquistarlo...

—Respecto a eso —aprovechó Viviana, que abría la puerta del saloncito. Le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Sabes ya quién va a ser el afortunado?

Abigail agachó la cabeza.

—No, aún no.

—Te diría que te tomaras tu tiempo porque aún tenemos que resolver el asunto Saint-John —intervino Jess, abrazando por los hombros a Abigail—, pero visto que el duque no es tan duro como creíamos, tendrás que ir decidiéndote. A este paso, Viviana lo tiene comiendo de su mano el mes que viene.

—¿A quién va a tener Viviana comiendo de su mano? —preguntó una voz de exagerado acento italiano.

Todas se giraron para mirar a Valentina, que aguardaba bajo el umbral de la puerta con los ojos abiertos de par en par por un lado, y los brazos cruzados por otro. Viviana tuvo que reprimir un suspiro: su hermana intentaba participar en todas y cada una de las aventuras que se le ocurrían, y cada vez veía más difícil convencerla de que debía mantenerse al margen. Valentina era una criatura curiosa, sí, y también contradictoria: era la persona más tenaz que Viviana conocía, y al mismo tiempo, tan impaciente que se daba por vencida diez veces al día. No era para menos, cuando le había prohibido inmiscuirse en sus asuntos.

No obstante, esa segunda característica no fluctuaba en su personalidad

cuando el asunto se trataba de revelar las intenciones de su hermana mayor.

—A nadie —contestó—. ¿Por qué no estás bailando en el salón?

—Porque no quiero bailar con ningún hombre del salón —explicó, como si fuera obvio—. Y porque ningún hombre del salón quiere bailar conmigo, claro. Salvo un viejo *muerde* con el que la abuela me ha obligado a sentarme un rato.

—¿Un viejo *muerde*? —parpadeó Abigail.

—¿No es *muerde*? —Valentina hizo una mueca—. Lo siento, es que aún no manejo muy bien el inglés.

—Es verde, viejo verde —corrigió Jess cariñosamente—. ¿Y cómo es eso de que nadie quiere bailar contigo? Vamos ahora mismo a remediar eso —ordenó, poniéndose de pie y tirando de Abigail para que las acompañase—. Ya te digo que vas a bailar esta noche hasta que te duelan los pies... Pero antes se nos ha ocurrido un juego para sonsacarles secretos a los caballeros presentes. ¿Te gustaría unirte?

Viviana intercambió una mirada cómplice con Jess, que le guiñó un ojo antes de que pudiera agradecerle el haberla salvado de la curiosidad de su hermana. Las observó marchar con una sonrisa tierna en los labios, y solo cuando las hubo perdido de vista en el pasillo, abandonó la estancia y se propuso averiguar dónde dormía lord Marcus Radcliff.

Viviana estaba que se mordía las uñas. Había llegado por fin a su destino: la habitación que lord Stratford había elegido para que descansara su excelencia el duque de Saint-John. Y le había costado lo indecible.

Su abuela había decidido tomarse en serio su labor como carabina esa noche, conduciéndola al salón —no al de baile, pues era suficientemente inteligente para saber que no existía hombre insensato capaz de arriesgar su vida firmándole el carné— e instándola a cumplir con sus obligaciones de mujer prometida. Las casaderas debían pulular por la sala principal, donde los músicos entonaban románticos valeses, y las casadas o a punto de estarlo tenían la obligación de sentarse a charlar sobre banalidades. Y con banalidades, Viviana se refería al color del vestido de boda —siempre blanco, gracias a la moda impuesta por la reina— y a las flores del ramo.

Para colmo, su abuela la había escoltado más tarde a sus aposentos, donde se había asegurado de que se desvestía y metía en la cama a una hora decente. «Así tendrás el cutis maravillosamente mañana», le había dicho, como si tener la piel perfecta figurase en su lista de intereses.

En resumen, el desarrollo de su estrategia llevaba un retraso considerable. Podría abandonar la idea de colarse en la habitación de Saint-John, pero por esa misma regla de tres, también tendría que abandonar los principios y la moralidad —o falta de ella— que la definían. Si bien se estaba arriesgando a protagonizar un escándalo de proporciones épicas y a que descubriera sus intenciones el mismo Saint-John, ¿qué era la vida sin un poco de temeridad? ¿Qué era Viviana Conti sin un poco de temeridad? ¿Y de qué valía su venganza si no hacía lo imposible para asegurar que tendría sus frutos?

Con esos pensamientos en mente, Viviana empujó la puerta y se coló en la magnánima alcoba de su alabado archienemigo. Una alcoba que no era ni más ni menos que la mejor de toda la mansión, algo que le hizo poner los ojos en blanco antes de centrarse en su objetivo: la guía de acontecimientos a los que acudiría próximamente el pomposo duque de Saint-John.

Repasó la habitación con cuidado antes de echarse sobre el bonito escritorio de madera de haya, pulcramente ordenado. No tuvo que escudriñar en cajones ni revolver nada: la pequeña agenda descansaba justo delante del sillón, en una mesilla de café donde también coincidió con un lápiz del tamaño del meñique. Curiosamente, pensar en Saint-John garabateando con aquello le hizo esbozar una sonrisa tierna. Y pensar en Saint-John cabreado por no tener un utensilio de escritura mejor, le hizo reírse en voz alta.

—¡Mayordomo! —exclamó por lo bajo—. Le pedí un maldito lápiz, no esto. Pero señor... —se respondió, cambiando el tono—. Eso es un lápiz. ¡Nada! —contestó de nuevo, poniendo la voz de Saint-John—. Será un lápiz en tu mundo de plebeyos, pero en la inefable y principesca realidad de los duques, eso es un insulto a mi maravillosa virtud. ¡Retírate de mi vista! No, mejor... ¡Que le corten la cabeza!

Viviana se rio por lo bajo mientras se sentaba en el sillón y repasaba las páginas, buscando fechas a partir del día actual.

—A dos semanas vista, jugar al cricket con Ashton y Leverton. —Alzó las cejas, asintiendo. Bien: le gustaba el cricket. No le resultaría difícil fingir que

a ella también, aunque le pareciera el peor deporte con diferencia—. Tendré unos días para practicar en casa... Aunque aquí falta alguien. —Viviana cogió el lápiz y, cuidándose de calcar al dedillo la caligrafía del duque, añadió un nombre más—. Qué poca vergüenza, no incluir a Carlisle solo por ser terrible con los deportes...

Pasó la página y buscó el siguiente. Reunión en la Cámara, reunión en la Cámara, reunión en la Cámara... Descubrir que el duque hacía otras cosas además de amargarle la existencia hizo que se sintiera un poco mejor. Claro que allí no podría colarse ni siquiera ella, por lo que siguió pasando hasta encontrar algo interesante.

—Cena con los Flynn —apuntó, haciendo memoria—. ¿Qué tengo yo que hacer el día de la cena de los Flynn...? Ah, claro, ¡nada! Gracias a ti, Saint-John. Echaré de menos no compartir mesa con doce *deplorable zanzare* —comentó por lo bajo, sabiendo que en el fondo le dolía. Y a Valentina mucho más, pero eso prefería no pensarlo. Pasó otro par de páginas—. El teatro ambulante de Trafalgar Square... ¡Vaya! Eso sí que es interesante. A Saint-John le van los pasatiempos baratos. Quién lo diría...

Terminó de apuntarse otros dos pares de acontecimientos sociales en las muñecas, asegurándose de que la tinta de la estilográfica que había tomado prestada se secara, y cuando se dio por satisfecha lo dejó todo en su lugar.

No había dado ni tres pasos hacia la puerta cuando oyó la voz profunda del duque al otro lado, debatiendo con un mayordomo algo que ni sabía ni le interesaba averiguar.

Abrió los ojos como platos, maldiciendo para sus adentros. Barrió la habitación con la mirada rápidamente, intentando encontrar un lugar donde pudiera esconderse hasta que Saint-John se quedara dormido. ¿El armario? Haría demasiado ruido, y no estaba segura de caber. ¿Debajo de la cama? El colchón podría hundirse bajo el peso de su cuerpo, y entonces moriría aplastada. ¿Detrás de la estantería...? No podía arriesgarse. Un intelectual consagrado como el duque seguramente elegiría una novela para leer antes de acostarse...

Cuando escuchó el pomo de la puerta girándose, decidió que era el momento de actuar. Sin pensárselo dos veces, apagó la vela encendida de un soplo, la tiró sobre la cama y arrojó todos los cojines para tumbarse.

Pensando en *La maja desnuda* de Goya y en la escultura de Paulina Bonaparte sobre un canapé, intentó crear su propio estilo acomodándose como una diosa del erotismo. Se levantó un poco el camisón para exhibir sus piernas, apoyó el codo en el colchón y la mejilla en la mano y se aseguró de tener el pelo alocado pasándose los dedos por los rebeldes mechones.

«*E sia quello che Dio vuole*», pensó, con el corazón martilleándole en el pecho.

Marcus cerró la puerta de la habitación y se acercó a tientas al lugar donde debían estar las cerillas. Las encontró después de palpar durante un rato la mesilla, pero no había rastro de la vela. Tuvo que dar una vuelta completa hasta hallar una sobre el escritorio. Con esa ya encendida, se acercó a las lámparas que colgaban de las paredes. ¿Por qué tenía que encargarse de eso? No le importaba perder un minuto, pero se suponía que los criados estaban para algo.

Suspiró y dejó la chaqueta sobre el sillón, se quitó el frac y los gemelos para remangarse la camisa hasta el codo y se pasó las manos por el pelo, peinado perfectamente hacia atrás. Empleó unos segundos de más en masajear el cuero cabelludo, preso de un insoportable dolor de cabeza.

Cuando se giró hacia el espejo para desabrocharse el chaleco, el reflejo de una figura sobre la cama le sobresaltó.

—Por fin llegas, cariño —dijo ella.

Marcus podría haber gritado por la sorpresa o haber agarrado el tintero para defenderse por las malas de la infiltración, pero en su lugar solo pudo tomarse un segundo para dejar la rabia cocerse en su estómago. Como había supuesto, Viviana Conti no había abandonado la intención de echar por tierra su reputación. Solo había elegido un momento en el que estaba vulnerable para ensañarse de nuevo: uno en el que no podría haberlo previsto.

Jurándose que la estrangularía con sus propias manos por haber jugado con él, se dio la vuelta y se acercó a la cama con el rostro descompuesto por la furia. Frenó justo a sus pies, apretando los puños.

Cuando iba a dejar caer sobre ella rayos y centellas, la italiana lo miró y reconoció en su rostro algo abominable. Con los ojos espantados, la boca

abierta de haber visto un fantasma y la barbilla temblorosa, se apresuró a levantarse, revolviendo más las sábanas.

Viviana supo que su horror fingido había dado resultado cuando las palabras de Saint-John se quedaron atrapadas en su paladar. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad —que por suerte valía más que las joyas de la corona— para no sonreír por la pequeña victoria. Bajó de la cama, temblando de pies a cabeza, y dio unos cuantos pasos atrás con los labios apretados.

—Dios mío, esto ha sido una terrible... Una tremenda... —balbuceó, llevándose las manos a la boca. Miró a un lado y a otro, en busca de la salida—. Excelencia, le aseguro que se trata de una equivocación. Yo... No es lo que usted piensa.

Marcus se la quedó mirando con la mandíbula desencajada. El shock le había impedido ver realmente lo que le esperaba bajo el dosel, pero ahora la memoria le bombardeaba con recuerdos ladinos de cuánta voluptuosidad había yacido en su cama. Viviana, tumbada como Helena de Troya debió esperar a Paris para desatar una de las guerras más violentas de la historia, lo había mirado un momento con un deseo incontenible. Después, sorpresa. Luego, horror absoluto.

Deseaba saber a qué había venido ese giro drástico, pero no podía pensar. La luz de las lámparas atenuaba levemente el efecto directo del cuerpo de la italiana, pero no le libraba a él de apreciar unos nuevos contornos que, por lo visto, solo aparecían bajo el tono amarillo anaranjado de las velas. Había una parte de ella oculta, y otra totalmente expuesta. Y esa segunda exhibía un camisón hasta la rodilla, suave e insinuante que recreaba las curvas de la cadera y los pechos a la perfección. Estos se levantaban con los pezones en punta, marcándose a través de la tela que Marcus tuvo que jurar que no tocaría.

Absurdamente excitado, llegó a la conclusión de que podría haber quemado una ciudad solo para tener la santa potestad de ponerle un dedo encima...

...Si no se tratara de *ella*, del escorpión negro traído de la tierra mediterránea en la que debería haberse quedado.

—¿Qué es lo que debo pensar, además de que está en mi habitación a altas horas de la noche? —rugió, con el cuello hacia delante.



Viviana pensó que de un momento a otro se le echaría encima, y no supo discernir entre el tumulto de sensaciones si eso le provocaría repulsión o se tomaría como una gratificación.

Porque no estaba tan enfadado como excitado: lo podía ver en sus ojos. En circunstancias normales, eran de un azul tan pálido que recordaba al reflejo helado de las estalactitas. Cuando se emocionaba se volvían transparentes, como el cristal de una ventana abierta al recibir al alba. Pero ahora, el deseo los había oscurecido hasta ser de un turquesa asombroso. Uno que ni siquiera siendo poeta podría comparar con algo.

Se había puesto así con solo mirarla de arriba abajo.

Seguramente él creía haberse asegurado de no ser descubierto durante su escrutinio, pero a ella no podía mentirle, porque incluso cuando sus ojos se hallaban en la periferia de la visión de la italiana, esta sabía dónde encontrarlos: sabía cuándo parpadeaba, porque tenían la clase de profundidad que heriría de segunda muerte a los difuntos. Y ella lo había sentido. Estaba interesado en su cuerpo, y su cuerpo no se resistía.

Viviana no recordaba haberlo visto nunca tan arrebatador como en ese momento. Sin chaqueta, sin frac y sin nada que pudiera catalogarlo como duque, tenía el aspecto de un príncipe humilde que buscaba pasar desapercibido sin éxito. Las facciones serían su perdición en caso de intentarlo: elegantes, aristocráticas, como una escultura pulcramente tallada y repasada hasta corregir lo que el ojo tachaba de imperfecto por ignorancia. El cuello esbelto, indudablemente masculino, y el pecho al aire por el descuido del último botón de una camisa impoluta que Viviana imaginó más lucida en el suelo.

Solo un príncipe podría tener el cabello de ese rubio ceniza, ahora centelleando caoba por el cimbreo de las velas. Viviana, a la que siempre le había repelido su peinado, comprendió que era mejor para todos que no se presentara con un mechón en cada lugar. Le daba un aire de sagaz libertino que le había doblemente irresistible, y Dios sabía que no podría guardarse las manos de encontrarle así.

Si tocara su pelo... Si pudiera acariciarlo... ¿Sería tan suave como pensaba? ¿Se enredaría entre sus dedos, se deslizaría por ellos? Si fuera tan espeso como aparentaba, ¿podría perder las manos en su gloriosa expedición?

Viviana supo que había perdido los papeles cuando notó que el corazón le latía a toda prisa. Las cumbres de sus pechos apuntaban hacia él, como si supieran mejor que ella de dónde provenían las contracciones de su estómago y no temieran demostrarlo. Y aunque la reacción del duque no era ni mucho menos desagradecida con la suya, temió que su mentira no fuera convincente.

—Yo... Yo quería... —No tuvo que fingir el temblor. Su cuerpo vibraba y su voz se movía con ella—. Quería darle una sorpresa a Carlisle. Él y yo... A veces... Dios mío, yo no debería estar hablando de esto con usted —gimoteó, tambaleándose hacia delante. Tuvo que pasar por su lado para huir de la situación, pero conociéndolo debió haber sabido que no la dejaría marchar tan fácilmente. Con docilidad, Viviana se rindió a la mano de hierro que la aferró por el brazo para clavarla a su lado. Tragó saliva, agobiada, y lo miró con los ojos muy abiertos—. Le ruego que me disculpe, Excelencia. E-estoy tan avergonzada, estoy...

—¿Me está diciendo que esperaba en camisón sobre esta cama porque creía que era la habitación de Carlisle?

Viviana fingió desorientarse ante su tono.

—Cla-claro, Excelencia. Le juré que no volvería a darle problemas —recordó, abrazándose a sí misma con el brazo libre—. Por eso siento tanto esta situación. No era mi intención armar esto, se lo prometo. Yo quería causarle buena impresión esta temporada, quería hacerme valer a sus ojos...

—Cállese. No es propio de usted andarse con lágrimas y lamentaciones, por no hablar de que no me creo una palabra de lo que dice —soltó él, implacable—. Será mejor que me diga qué estaba intentando hacer, o de lo contrario...

—¿Se lo dirá a Carlisle? —exclamó, con voz ahogada. El miedo se asomó a sus ojos—. Él... Esto era para él. Yo iba a... Nos peleamos el otro día y quería compensarle dejando que...

Tragó saliva, cada vez más nerviosa. Levantó la mirada y la clavó en la de Saint-John, que ante tal despliegue de tristeza y vergüenza solo pudo aflojar los dedos.

—¿Dejando que la desflorase? —finalizó el duque, brusco—. ¿Esa era su idea de reconciliación, cuando ni siquiera están casados? ¿En qué estaba pensando, señorita Conti? —le espetó, cada vez más enojado—. ¿Es lo que hace cada vez que alguien se molesta con usted? ¿Hacerle una visita nocturna

y levantarse el camisón?

Viviana lo miró horrorizada.

—Por supuesto que no. Carlisle es mi prometido, por eso he obrado de esta manera... ¿Por quién me ha tomado?

—¿Por quién cree que la he tomado? —contraatacó, furioso—. Y, ¿por quién cree que la tomará el barón si se entera de todo esto? ¿O piensa que le parecerá una inefable muestra de amor? —se burló. La soltó de sopetón, como si le asqueara su roce. Reforzó aquella sensación negativa componiendo una mueca de repulsa—. Este comportamiento asquearía hasta a un pescador. Ningún hombre espera el amor o la complicidad de alguien que es capaz de rebajarse de esa manera.

Los ojos de Viviana se llenaron de lágrimas de bochorno. Y él lo vio, pero no pudo ponerse freno. El estallido de cólera había arrasado con todo a su paso, pudriendo la poca conmiseración que podría haber llegado a tener con aquella mujer.

—Se ve que ya no sabe lo que hacer para mantener al hombre con el que se casará. Teme que escape de sus garras, ¿no? Le aterra pensar que la plante en el altar o rompa el compromiso cuando se dé cuenta de que es la última mujer en el mundo que podría complacerle como esposa. O como lo que fuera. Aunque visto lo visto... —La miró de arriba abajo, fingiendo desinterés—. Parece que podría tener madera de amante. El problema es que ningún caballero tomaría como querida a una joven acaudalada pudiendo disponer de una profesional...

No logró acabar. Viviana le estampó la mano en la mejilla con fuerza comedida: suficiente para hacer que dejara de hablar, pero no lo bastante para girarle la cara. Marcus tuvo que agradecerle en silencio el gesto, o de lo contrario habría seguido diciendo atrocidades que no pensaba.

Se enfrentó a su mirada dolida manteniendo el temple, que se tambaleó cuando ella empezó a hablar.

—No sé para qué tanta medalla y propiedad, si es usted de todo menos un caballero —le dijo, con un hilo de voz. Sendas lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas, haciendo que Marcus se sintiera repentinamente desprotegido y débil—. Sí, puede que valga lo mismo que una cortesana... O puede que valga menos. Pero eso no tiene que juzgarlo usted, sino mi futuro marido. Y

ahora, si me disculpa... —gimoteó entre hipidos.

Solo pudo dar tres pasos hasta que Marcus la agarró de nuevo, haciéndola girarse.

—Viviana —musitó, pasándose la mano por el pelo en un gesto nervioso. Ella, sorprendida porque utilizara su nombre de pila, dejó que la acercara a él—. No quería decir eso. Ha sido la rabia del momento. Yo...

—No —irrumpió, saliendo de un sueño. Se apartó como si hubiera echado a arder y lo miró desolada—. Pensé que sería capaz de perdonarme y dejar atrás todo lo que le hice. Pensé que... Al menos... Pensé que nunca llegaría a tratarme de esta manera. Pero parece que le he tenido en muy alta estima para lo que vale. En cualquier caso, enhorabuena. Ha conseguido lo que siempre quiso con sus comentarios —confesó, con una mano agarrada al escote del vestido—. Herir mis sentimientos.

Se dio la vuelta y se precipitó sobre la puerta, abriéndola de sopetón. Antes de cerrarla otra vez, casi dándole en las narices al duque, escuchó que la llamaba con la voz sumergida en la preocupación. Viviana continuó llorando hasta que llegó al fondo del pasillo: cuando dobló la esquina, intentó transformar el llanto en una risa sofocada, pero no lo consiguió. Darse cuenta de que su tristeza era real la sacó de quicio, y tuvo que esperar unos minutos apoyada en la columna de la entrada hasta calmarse.

Cuando pudo recomponerse y componer una fingida mueca burlona, se encaminó a la que era la habitación de Jezabel. Esperaba que tuvieran muchos secretos que contarle, porque esta vez no tendría piedad.

*\*E sia quello che Dio vuole: Que sea lo que dios quiera/ Lo que dios disponga.*

«...En toda rivalidad existe un atisbo de admiración hacia el enemigo. Es cuestión de saber potenciarla».

*Extracto del segundo paso para poner a un duque a tus pies*

Si Viviana no se rio cuando notó la penetrante mirada de Saint-John sobre ella nada más entrar al salón de los Flynn, no fue precisamente para guardar las apariencias. En esa ocasión iba diez pasos por delante, porque las palabras del duque le habían afectado de verdad y eso hacía que la sinceridad lo reflejase en su semblante. Por eso no tuvo que esforzarse en fingir que tropezaba con sus ojos transparentes, componer una apenas perceptible mueca —labios apretados, párpados entornados— y apartar la mirada tan rápido que nadie se dio cuenta del intercambio excepto él. Cuando volvió a mirarlo unos segundos después, estando el caballero pendiente de otros invitados, se dio cuenta de que el gesto le había afectado.

Viviana estaba tranquila por dos motivos: Saint-John se sentía culpable —lo había demostrado en la habitación la otra noche, y también ahora con las escuetas pero significativas miradas que ella fingía no interceptar—, y se había preocupado de que recibiera una invitación para la cena de los Flynn, lo que le aseguraba que recibiría una disculpa esa noche.

Saint-John había conseguido a golpe de lengua que una de las familias más importantes del país dispusiera dos sillas para su hermana y para ella. Tenía tanto poder que no debía extrañarle que también hubiera logrado condenarla al ostracismo social.

Y sin embargo, una cena en casa de los Flynn no la aplacaría.

—¿Habías planeado que te hablara de ese modo? —preguntó Abigail la noche del encuentro, absolutamente horrorizada tras serle referido el abusivo monólogo del duque.

—No. Admito que no estaba en mis planes siquiera que me encontrase en su habitación, pero me alegro de que haya sido así.

Abigail y Jess se habían mirado con el ceño fruncido, preguntándose en silencio si se había vuelto completamente loca.

—Oh, vamos, pensadlo. ¿Qué hay más frágil que el sentido del honor de un duque? En el momento en que ve que se ha excedido, concretamente con una dama vulnerable y sentimental, se ve en la tesitura de arreglarlo. Más para sentirse bien consigo mismo que otra cosa, sobre todo ese *testa di cazzo*, que no conoce la educación, pero estoy segura de que le conmovió que me pusiera a llorar. Además... No viene mal que me empiece a ver como una frágil jovencita a la que le horroriza equivocarse. Así despertaré su instinto protector más fácilmente.

—Espera, espera... —había interrumpido Jess—. ¿Te pusiste a llorar? ¿Tú?

Viviana abandonó sus recuerdos y ocupó su asiento. Había miembros del servicio que no se podían manipular, y los de los Flynn formaban parte del equipo. No obstante, la suerte parecía estar de su lado: habían colocado a Saint-John justo delante de ella, pudiendo hacerle partícipe de su decisión. Estaba resuelta a ignorarle sin importar si tenía algo que decir sobre la conversación en la que ella había estado incluida desde el principio.

—¿Están hablando ustedes sobre cricket? —inquirió Viviana en un momento dado, interesándose por el tema de un par de comensales. Con el rabillo del ojo se aseguró de tener la atención de Saint-John sobre ella.

—Así es, señorita Conti —cabeceó el caballero—. ¿Por qué pregunta con tanto interés? ¿Es usted jugadora?

—Mucho me temo que haría el ridículo si me dieran un bate, pero siempre que he podido me he acercado a observar. Es uno de mis deportes preferidos, y me apena que en Italia no haya tradición de practicarlo —contestó ella, con su mejor sonrisa cortés—. Aunque allí al menos tenemos las cartas y jugamos con la misma baraja. Ahí sí podría ser una gran rival para ustedes.

—¿De verdad? —preguntó un asombrado, incrédulo y quizá algo maravillado Saint-John. Viviana se demoró todo lo que pudo en devolverle la

mirada, y cuando lo hizo, fue blandiendo un semblante distante—. ¿Juega bien a las cartas? ¿A qué?

—A lo que me echen, Excelencia —contestó, no tan brusca como vacía—. El póquer es mi especialidad.

Antes de retirar la mirada, captó el asombro en la expresión del duque. Había dado justo en el clavo, y eso que acababa de improvisar. Aunque no habría sido tan difícil de averiguar cuál sería su juego preferido: visto que era un hombre competitivo y que de seguro apostaba en cada mano, debía pirrarse por uno en el que fuera común dejarse el dinero.

—¿Qué estás diciendo? —le susurró su hermana, que habían sentado a su lado, al oído—. Tú odias las cartas. Se te dan *nasal*.

«Ya, por eso me he asegurado de llevar comodines de casa en las enaguas», estuvo a punto de contestar.

—Se dice fatal, no nasal —corrigió en el mismo tono—. Y te equivocas. Me encantan las cartas... Sobre todo las que me guardo bajo la manga.

Bastó una mirada significativa para que Valentina comprendiese que se trataba de otra de sus grandiosas estrategias para conseguir Dios sabía qué. Viviana observó cómo despegaba los labios para preguntarle tantas cosas como pudiera, y cómo al final se batía en retirada, sabiendo que nunca estaría en el ajo.

Antes de que acabara la cena, el caballero le propuso a Viviana jugar una partida de póquer con el resto. Esto escandalizó a varias mujeres de la mesa, pero la italiana ni se inmutó frente a los bajos comentarios que escuchó: asintió, feliz porque sus planes llegaran a buen puerto. Cuando los comensales se levantaron, Viviana se retiró tranquilamente al tocador.

Allí se echó un vistazo y se sentó en uno de los sillones. Esperó treinta segundos: lo que Saint-John tardaba en levantarse. Un minuto: Saint-John despachando rápidamente a los invitados para ir a por ella. Otros cuarenta segundos mientras llegaba a la puerta y le preguntaba al mayordomo por el tocador, por supuesto no con esas palabras. Veinticinco hasta que llegaba a un lugar cercano pero también apartado, y se mentalizaba de lo que iba a hacer.

Viviana se levantó con una extraña emoción en el pecho y marchó hacia la puerta. «A una no le pide perdón todos los días su mayor enemigo», pensaba

mientras practicaba una mueca ofendida en el espejo.

Salió del tocador, dio unos cinco pasos y enseguida notó una mano fuerte cerrándose sobre la suya. En cuestión de nanosegundos se encontró bajo el hueco de la escalera, detrás de una de las columnas dóricas que la sostenían y aprisionada entre la pared y un cuerpo que parecía de hierro.

Los ojos de Viviana treparon por el impecable frac del duque hasta llegar a su rostro impávido. Nunca había estado tan cerca de él como en ese momento, y tampoco tan lejos de miradas indiscretas. Algo que, contra todos sus pronósticos, hizo que se ruborizase y tuviera que dar un paso atrás.

—¿Qué cree que está haciendo? —le increpó, en voz baja.

Miró a un lado y a otro, preocupada por si alguien les veía. Después volvió a clavar sus ojos en los de él, esta vez con el ceño fruncido.

Saint-John puso una cara digna de fotografiar. Viviana se regodeó en ella, dando por hecho lo que aún seguía dudando: podía descolocar al grandioso duque.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Le gustaría ampliar el discurso del otro día? ¿Se le han ocurrido más vejaciones? —sugirió Viviana, apretando los labios—. Porque no estoy dispuesta a escucharlas. Creo que ya tuve bastante. Y ahora, si me disculpa...

Saint-John la cogió por la cintura en un arrebató, impidiendo que diera un solo paso. Viviana, totalmente fuera de eje por el gesto, bajó la mirada para asegurarse de que era una mano grande y masculina lo que abrazaba el inicio de su cadera. Después clavó sus ojos en los del duque, no precisamente amenazándole para que la soltara. Él lo hizo al instante. Apenas pudo contener la vergüenza, que se derramó en su mirada transparente.

—Lo siento —dijo con brusquedad, retirándose un poco. Abrió y cerró la mano, estirando los dedos como si quisiera alcanzar algo—. Eso es lo que quería decirle. Claramente no pensaba cuando la encontré en mi alcoba. Admito que me fui a esos tiempos en los que habría sido capaz de humillarme colándose en mi cama y luego... Bueno, no termino de comprender ese lado retorcido suyo, por lo que no sé hasta dónde habría llegado. Solo quiero que sepa que me avergüenzo de mi comportamiento y que no pretendía herirla.

Viviana no terminaba de concentrarse, lo que la hizo maldecir para sus



adentros. Había estado esperando ese momento alrededor de tres años, y cuando por fin llegaba, lo único en lo que podía pensar era en lo bien que le sentaba el condenado azul marino. Probablemente no vestía sus mejores galas: solo era una cena en casa de una familia bien considerada, no un baile en presencia de la reina. Y sin embargo, a Viviana le parecía que nunca lo había visto tan atractivo.

Debía ser por cómo la miraba, como si de repente acabara de darse cuenta de que merecía la pena compartir su preciado tiempo con ella. Y también por la emoción ladina que no llegaba a curvar sus labios en una sonrisa, pero de la que se había percatado gracias a la chispa oscura presente en sus ojos.

—¿Se supone que ya no piensa mal de mí? Porque no puedo creérmelo. La otra noche sonó bastante convencido de lo que decía. —Viviana se cruzó de brazos y apartó la vista—. Lo único que quería conseguir esta temporada era demostrarle que puedo ser una persona decente, y asegurarme de que mi prometido no se arrepiente de la decisión de tomarme como esposa. Y se ve que no es posible... A uno siempre le persiguen los errores, ¿no es así?

Marcus estuvo a punto de soltarle que lo suyo no habían sido precisamente errores, sino atracos premeditados con un claro fin perverso, pero verla alicaída por su culpa hizo que se quedara en silencio. Por no mencionar que el final del discurso le había tocado hondo. Él sabía mejor que nadie que los fallos se grababan a fuego en la mente del que los cometía, y que los personajes ajenos a la situación tenían especial debilidad por sacarlo a relucir siempre.

Por suerte, los errores de Marcus nunca habían salido a la luz.

—Tengo mis reticencias, señorita Conti. No voy a negarlo. Uno no olvida fácilmente las travesuras que le incluyen, sobre todo cuando algunas se pasan de la raya —dijo, buscando sus ojos—. Pero la he perdonado. No se notó la otra noche y por eso le pido perdón. Ahora le toca a usted disculparme.

Tal fue la sinceridad en sus palabras que la culpabilidad la atravesó de parte a parte. Viviana emergió de una piscina de egoísmo para fundamentar la generosidad del duque en la transparencia de su espíritu, y por un momento, se planteó arrojar por la borda todo su plan. Como bien había dicho Abigail, ya había quedado demostrado que Saint-John podría llegar a obsesionarse con ella en asuntos carnales, y además acababa de obtener su perdón y sus

disculpas. Dudaba que volviera a hablar mal de ella o de su hermana en lo que le quedaba de vida.

Sin embargo, el rencor volvió a asaltarla. Y Viviana, a pesar de su inquebrantable fortaleza cuando el asunto incluía a los objetos de su cariño —como Valentina—, no era lo bastante fuerte para amarrar a esa bestia negra que le susurraba al oído todo lo que había escuchado durante años. «Son la vergüenza de su familia», había dicho Saint-John en múltiples ocasiones. «No saben ni hablar, ni comportarse. ¿Quién querría a mujeres así?». «¿Qué más da que sean bonitas, si ni siquiera su belleza es proporcional a sus inconmensurables defectos?». «No entrarían a mi casa ni aunque me estuviera ahogando y necesitara un par de manos para salvarme».

Ella no había llorado a causa de esa falta de aceptación, pero Valentina sí. Y recordar a su hermana menor con lágrimas en los ojos, con el corazón partido, suplicándole volver a Italia a pesar de haber soñado toda la vida con vivir en Londres, fue suficiente para que se aferrase a su plan de siete pasos.

Esbozó una sonrisa sucinta, plagada a misterios que fueron aplacados por la falsa amabilidad con la que decoró sus extremos.

—Está disculpado siempre y cuando no le diga a Carlisle lo sucedido.

—Me lo llevaré a la tumba. —Asombrosamente, Saint-John le ofreció el brazo. El alivio había suavizado su expresión y, por vez primera, Viviana se percató de que no era tanto una estatua perfecta como un hombre sencillamente hermoso. Algo turbada, aceptó su codo de buena gana—. Y ahora... ¿Jugamos a las cartas?

—¿Está seguro de que quiere jugar contra mí, Excelencia? —inquirió ella, como si le sorprendiera que tuviera la osadía—. Estoy segura de que es usted el mejor en casa, pero no me ha visto en la mesa.

Marcus enarcó una ceja y la miró de hito en hito. Como de costumbre, había muchas interpretaciones en su rostro, y no necesariamente contradictorias. Cada rasgo se arqueaba de una manera que daba a entender una emoción, y estas formaban un conjunto del que siempre escapaba algo. En esta ocasión leyó el reto abierto propio de su personalidad, la burla coqueta y velada de una correcta dama inglesa y un misterio oculto que le aceleró el corazón.

—Usted tampoco me ha visto jugar a mí, señorita Conti. No supero a

Carlisle, pero derrotaría a cualquier otro.

—¿De veras? Porque Carlisle me ha contado que no es usted el mejor en juegos intelectuales. Siempre le dan palizas humillantes en el ajedrez, las cartas... —Le lanzó una mirada rápida y significativa—. Pero no se preocupe. No se puede ser bueno en el deporte y también en actividades de filósofo.

—¿Qué se apuesta a que sí?

En los ojos árabes de Viviana brilló el interés con la intensidad de un resplandor divino. Una dama de a pie no podía permitirse revelar tanto con una mirada, pero es que ella no era una dama de a pie. No era una mujer corriente. Y como tal, se tomaba la libertad de ponerle el mundo patas arriba, además de en tela de juicio su lealtad a Carlisle. Esas miradas cautivadoras eran su perdición.

—¿Está seguro de lo que sugiere incitándome a apostar? —preguntó en voz baja—. No debería tentar al demonio.

—¿Ahora admite que es usted el demonio?

—¿Por qué no iba a admitirlo cuando usted lo conoce de primera mano? Sería absurdo, ¿no cree? —Ladeó la cabeza y lo miró a través del pesado abanico de pestañas, tan negras como un misal—. De todos modos también hay un ángel en mí, y pienso mostrárselo. El problema es que con las cartas no soy precisamente misericordiosa.

Saint-John dejó de caminar, quedándose en medio del oscuro pasillo.

—¿Qué propondría en caso de apostar?

—Su mano en matrimonio —contestó. Enseguida soltó una carcajada, que no tuvo que fingir. El horrorizado gesto de Saint-John fue cómico en sí mismo, a pesar de lo que conllevaba—. Tampoco se ponga a llorar, solo bromeaba. Si quiere que responda en serio... —caviló durante unos segundos, que se prolongaron hasta el minuto por culpa de la intensa mirada del duque—. Si ganase, me gustaría que me llevara a jugar al cricket.

Saint-John alzó las cejas, entre sorprendido y escrupuloso. No manifestó en voz alta las sensaciones contradictorias que le generaba invitarla a uno de sus eventos, temiendo volver a importunarla, pero debieron reflejarse en su rostro. Viviana lo entendió así, despegando los labios para disculparse.

—Todavía me odia demasiado, ¿no? —comprendió—. No pasa nada. Entiendo que un hombre como usted prefiera evitar el escándalo y restrinja

sus invitaciones a aquellos que merecen la pena.

—No —interrumpió, molesto. Saint-John sabía perfectamente que había intenciones manipuladoras detrás de ese tono desenfadado, pero no le importó ser la marioneta mientras supiera que lo era—. Estoy de acuerdo. Si gana, estará invitada a la partida de la semana que viene.

*Todo fuera por Carlisle.*

—Entonces le machacaré a las cartas y luego le machacaré jugando al cricket —rio Viviana, esbozando una amplia sonrisa que le había copiado a su hermana. Una verdaderamente dulce—. Aunque no sé si merecerá la pena. Todo depende de lo que quiera de mí si gana usted.

Marcus meditó a raíz de las indecencias que se le pasaron por la cabeza. No podía pedirle que le recibiera en su cama de nuevo, esta vez desnuda y sabiendo que sería él quien disfrutaría de su cuerpo. Tampoco podía bajar el precio a un beso, un abrazo apasionado o simplemente su permiso para enredar los dedos en aquella melena cuasi azul, en parte porque sospechaba que no sería suficiente. Y como todo eso había estado vetado para él en el pasado, seguía estándolo en la actualidad y en el futuro, no podría aspirar ni a una de esas miradas ardientes, se decantó por lo más sencillo.

—Dejará de aspirar a mi amistad y se limitará a saludarme y a despedirme cuando me vea —dijo, mirándola directamente a los ojos—. Seremos perfectos desconocidos.

Viviana mantuvo la pose cuando le tendió la mano. Continuó impassible al estrecharla, y asintió con la cabeza sin alterar un ápice su semblante.

—Hecho —sonrió ella, dirigiéndose al salón para disputarse el juego. Le lanzó una rápida mirada por encima del hombro antes de dejarse conducir por el mayordomo. Marcus creyó ver una sonrisa maliciosa—. Prepárese para no perderme de vista jamás.

Viviana mantenía en su cabeza una de las muchas citas del gran Maquiavelo, que no habló en vano cuando aseguró que donde la voluntad era grande, las dificultades no podían serlo. Había jugado alrededor de tres, cuatro veces en su vida a las cartas, y no precisamente al póquer. Claro que se había entrenado duramente en los últimos días, retando a un mayordomo que su

abuela había sacado de un club de juego hacía años: este le había enseñado sobre todo trucos de los que servirse en caso de que el azar no hubiera sido generoso. Algo de lo que no podía quejarse, puesto que se habían juntado el hambre con las ganas de comer. Contaba con buena suerte, buenos trucos y buenos comodines para ganar la partida, además de tener una buena delantera con la que hacer sudar a los contrincantes.

Y aun así, Saint-John era tan duro de pelar que no terminaba de desplumarlo. Entre los dos habían conseguido destronar al resto de la mesa, entre ellos lord Flynn —a quien no hacía falta mirar dos veces para saber que tenía mal perder— y Carlisle: sin embargo, el duque parecía invencible.

Viviana no terminaba de decidir si ofenderse por su intocabilidad o alabarlo en silencio. A fin de cuentas, el hecho de que estuviera jugando a matar solo significaba que quería perderla de vista, y tener la suposición de que el plan no iba tan en popa como pensaba le producía un vértigo desagradable.

Por otro lado, Marcus tenía una diferente concepción. Se había dado por vencido. Estar en las cartas y en la cabeza de la señorita Conti al mismo tiempo desgastaría a una eminencia intelectual. Eso por no mencionar que uno de los motivos de su concentración en el juego venía a raíz del afán de victoria que fluía en los ojos de la mujer. No sería caballeroso dejarla con la miel en los labios cuando no parecía tener cabida algo mayor que el deseo de acudir a ese partido de cricket. Pero por otro lado, no podía desaprovechar la oportunidad de alejarla de sus garras para siempre. Podría haberse engañado a sí mismo unos cuantos años más si Viviana hubiera seguido dando rienda suelta a sus pequeñas venganzas, pero sería un completo imbécil si no aceptase que, en caso de continuar siendo amable, la imposibilidad de tomarla entre sus brazos se convertiría en un hecho.

Algo que ni por asomo podría ocurrir.

Los invitados se quedaron observando la partida largo rato hasta que una de las hijas de Flynn propuso un juego de salón. Saint-John y Viviana no osaron mover un músculo, y desdeñaron la invitación antes de que fuera pronunciada. Continuaron inmersos en sus cartas, guardando silencio, hasta que fueron conscientes de que se habían quedado a solas. Esto provocó que Marcus se hiciera más consciente que nunca de la presencia femenina, y una tendencia al masoquismo oculta entre sus costillas le llevara a buscar su

perfume en el aire. No lo encontró, lo que solo aumentó la necesidad de acercarse a ella para inhalarlo.

Decidió romper el silencio antes de que sus pensamientos tomaran las riendas de la situación.

—Si no la conociera, probablemente sentiría admiración.

Viviana alzó la vista para mirarlo de refilón.

—¿A qué se refiere?

—Lleva casi cuatro horas jugando sin cambiar la postura —señaló, sin mirarla—. Podría haberla asociado a la figura de una jugadora empedernida si no supiera de antemano hasta dónde llega su tenacidad.

—Puede admirarme un poco, Saint-John. No se va a quebrar —contestó, con ese tono de todo menos cordial. Dentro de su *modus operandi* agradable, asomaba de vez en cuando la fiera que conocía. Y aunque detestara admitirlo, al duque le fascinaban esos toques de agresividad—. Entre otras cosas porque ahora mismo no estoy dedicando mis esfuerzos a colar una prostituta en su habitación. Y... Porque acabo de ganarle la mano.

—Es una batalla, no la guerra —anunció él, sin molestarse en enseñarle sus cartas. En efecto, había ganado por goleada—. Aún queda la última.

—¿Está nervioso? —inquirió Viviana, entre interesada, burlona y afable—. ¿Teme no alejarme para siempre de su vida perfecta?

—Tendría que ordenar mis prioridades si fuera usted mi mayor preocupación o un motivo de profundo temor —contestó él, tan suave como distante. Mezcló y barajó las cartas con tranquilidad; Viviana observó su movimiento extrañamente fascinada—. Y no, no estoy nervioso. La que parece nerviosa es usted... ¿Tan importante es un partido de cricket?

—Lo es si se trata del primer paso hacia la meta de su admiración. Me ganaré su aprecio a toda costa, Excelencia —declaró, mirándole a los ojos. Jugar la baza de buscar su cariño sin motivos no habría resultado creíble, por lo que decidió echar mano del nombre de su prometido—. Complacer a Carlisle y no alejarle de sus amistades es importante para mí, y usted es una de ellas. Si he de empezar por un partido de cricket, que así sea.

Marcus fingió indiferencia ante el comentario, a pesar de todo lo que inspiró en él. Mantener una amistad con Viviana Conti para honrar a su amigo era un buen motivo, pero igualmente significaba tenerla cerca. Y no

solo compartir salón con ella, cosa que ya había hecho con anterioridad, sino ser partícipe de la complicidad entre dos cónyuges que vería a menudo.

Prácticamente siempre.

De solo imaginársela caminando del brazo de Carlisle siendo ya de su propiedad, compartiendo su lecho y muy posiblemente entrañando a su primogénito, le ardió la nuca hasta desestabilizarle. Se había cuidado de no reflejar en su disculpa que sus malas palabras habían nacido de un impulso irracional urdido por el monstruo de los ojos verdes, pero no decirlo en voz alta no suavizaba la verdad. Y no había más verdad que esa: sentía una desagradable e incómoda sensación de posesión hacia Viviana Conti. Había sido así desde que lo había mirado.

—¿Y si le dijera que nunca podría llegar a aspirar a tal cosa? —sugirió él, buscando sus ojos—. ¿Y si le dijera que estoy cerrado a cal y canto?

Viviana esbozó una sonrisa de difícil clasificación.

—Le diría que no debería retarme abiertamente si no quiere potenciar mis habilidades.

—Conque retar, ¿eh? —Saint-John se estiró—. ¿Se lo pasa bien tomándoselo todo como un juego?

—Usted no parece pasarlo bien tomándoselo todo a pecho, por lo que considero inteligente probar otras vías —replicó, ordenando sus cartas animadamente. Pero no había desenfado en su voz, sino una intención implacable—. Pero usted no sería un juego para mí, Excelencia. Y en caso de serlo, sería la clase de partida excepcional y maestra tras la que uno se retira de por vida.

Marcus no se tomó la alabanza al pie de la letra y buscó algo más.

Viviana Conti se presentaba como el demonio destronado del propio Infierno por estar en posesión de inmoderada maldad: urdía confabulaciones con la facilidad con la que pestañeaba, y siempre se había jactado de su odio visceral hacia él. A pesar de tener buenos motivos para cambiar, no podía creerse del todo que hubiera sucedido tan fácilmente. Haberla perdonado no significaba confianza, sino que simplemente sabía lo que se hacía a sí mismo. Ser enemigo de la italiana no convenía.

Pero no encontró nada en sus ojos. Ni una chispa de rabia creciente o provocación velada.

—¿Me lo tomo todo a pecho? ¿Podría poner un ejemplo?

—La partida —ejemplificó—. Yo he sugerido como laurel una simple invitación a una velada, mientras que usted ha contestado tajantemente que desearía que me esfumase de la faz de la Tierra.

—Eso no ha sido exactamente así —se defendió—. ¿Todos en Italia tienen esa tendencia a la exageración?

—Puede ser —cabeceó, con una sonrisa ladina—; quizá todos en Inglaterra tienen otra tendencia, aunque está más enfocada a aburrirse y aburrir a los demás.

—¿Sugiere que debería haberle pedido algo más divertido? —inquirió—. Vaya, lamento haberla decepcionado. Pero espero que entienda que ha agotado todas mis ideas antes de poder pensarlas, y ha cumplido mis fantasías. Ha enamorado a mujeres en mi nombre, incluso —señaló, irónico—. Usted es algo similar a un hada madrina.

—¿De veras? Porque nunca ha parecido demasiado satisfecho con mi labor.

Marcus reprimió una carcajada y se regañó por encontrarla divertida. No podía estar riéndole las gracias a la mujer que había estado a punto de arruinar su reputación en tantas ocasiones que ni se acordaba. Por no hablar de que el objeto de la burla actual era él mismo.

—Y sí, podría haberme pedido algo más divertido. No me vale la excusa de que todo lo inventé yo. Creo que sabrá, Excelencia, que si el primer hombre hubiera tenido su mentalidad no habríamos progresado como civilización. Se habría conformado creyendo que todo estaba creado al ver el fuego, el aire, la tierra y el agua, y ahora estaríamos desnudos en una cueva en lugar de aquí.

El duque apretó los labios de manera imperceptible. No era tan estúpido como para suponer que los temas a los que se acercaba la conversación no eran impuestos por su ingenio, pero prefería imaginar que ni siquiera ella era tan manipuladora.

Pasó por alto la mención a la desnudez y a la cueva, una idea que en sus labios fácilmente se convertía en una oda a la sensualidad.

—¿Alguna sugerencia?

Viviana le lanzó una mirada profunda que le hizo respirar artificialmente. Combinaba la inocencia con el conocimiento sobre todas las cosas, incluidos sus pensamientos. Marcus pudo hacerse una idea de cuán perdido estaría si la



señorita Conti poseyera el poder de leer la mente.

—Oh, vamos, Excelencia. Mi desaparición no puede ser lo único que podría querer de mí —comentó, resuelta. Sus hombros treparon por el respaldo del asiento, buscando una postura cómoda—. Seguro que hasta alguien como yo puede satisfacer a alguien como usted.

—La verdad es que desearía tener una ínfima parte de todo su poder de persuasión. A fin de cuentas, sobornó a mi mayordomo más fiel —caviló, apartando de su cabeza todas esas fantasías que le gustaría cumplir con ella—. Pero mucho me temo que eso no sería posible a menos que naciera de nuevo.

—En absoluto. Si me lo pidiera, podría enseñarle a persuadir a una vaca de dar vino en lugar de leche —sonrió ella, tan oscura y perversa como solo podría serlo la novia de Leviatán—. Claro que eso conllevaría dedicarme tiempo, y por lo que presiento, no está en condiciones de hacerlo.

—¿Me tiene por una persona débil, señorita Conti?

Viviana repasó sus duras facciones de alabastro. No era debilidad en lo que pensaba cuando lo miraba, entre otras cosas porque la fascinación y algo mucho más primitivo tomaba las riendas cuando se trataba de su apariencia física. Pero tampoco existía nada vulnerable en su personalidad, forjada en los últimos diamantes de las minas que nunca llegarían a excavar. Ese era él, si alguien llegaba a preguntarle: un diamante. Brillante, tan perfecto que nadie se le podía comparar; inquebrantable. El más hermoso y duro de los materiales.

—Digamos que no es usted tan fuerte como yo —tergiversó, poniéndose de pie. Después de robar del montón una última carta y comprobar que era la que necesitaba, sonrió y mostró su abanico. Después, le lanzó la última al duque: esa que hacía un póquer completo—. Esto solo es una demostración.

Saint-John no pudo cogerla al vuelo, y esta cayó lentamente hasta posarse en la alfombra. Viviana se apresuró a disculparse para cogerla, poniéndose de rodillas en el suelo e intentando levantarse rápidamente. No obstante, él ya se había agachado para tomarla entre los dedos índice y corazón. Estuvieron tan cerca que estuvieron a punto de chocar las cabezas, pero Marcus supo esquivar el movimiento de Viviana a tiempo.

—Lo siento, me he dejado llevar por la emoción —susurró ella, incapaz de

moverse.

Tenía los ojos del duque a nula distancia. A pesar de la oscuridad, reconoció las vetas grisáceas y turquesas que convertían su mirada en un ejemplo de lo que Dios disponía a buena fe.

—Me pide disculpas muchas veces últimamente, señorita Conti —contestó, bajando la voz una octava. Ese tono íntimo creó un nudo en el estómago de la joven, que se retorció las manos entre los volantes de la falda para desviar un inoportuno jadeo—. Deje de hacerlo o empezaré a dudar de su verdadera naturaleza.

—No creo que tengamos una verdadera naturaleza, Excelencia. No al menos una sola. Somos o dejamos de ser dependiendo de quién nos trate y cómo lo haga.

—Eso no es cierto —replicó él, con una dulzura impropia de sí mismo. Sus ojos recorrieron los dibujos de sus mejillas, el contorno delineado de su rostro y las líneas de sus cejas, creando surcos de fuego allá por donde pasaban—. Todos poseemos una esencia. Quizá podemos modificarla un tanto, pero nunca salirnos de ella.

«En ese caso usted saldría perdiendo frente a mí», quiso contestar ella. Porque eso significaría que Marcus Radcliff era rastrero y mezquino por naturaleza, y no porque se lo pedía el cuerpo después de haber sufrido a manos suyas. Significaría que se comportaría con la insensibilidad que siempre le había achacado incluso aunque se portara bien con él.

—¿Y cuál diría que es mi esencia, Excelencia? —inquirió, levantando el rostro apenas perceptiblemente. Sus narices estuvieron a punto de rozarse—. ¿De qué elemento estoy hecha?

—Del fuego, aunque no con exactitud —musitó él, perdido nuevamente en el camuflaje oscuro de sus ojos. Azules, negros; negros y ahora azules. El añil se escondía como el sol tras la luna, llegando a hacerle pensar que solo salía cuando él decidía mirarla con energía renovada. Cuando él decidía verla de verdad. No como una enemiga, sino como una criatura que insistía en adueñarse de su mente y que podía conseguirlo—. Usted no es el fuego, sino el Infierno entero.

—Así que estoy maldita.

«Malditamente hermosa, malditamente retorcida, malditamente perfecta»,

pensó. Se regodeaba en la fascinación que le despertaba su lado perverso, se quería fundir en esas llamas que asomaban a sus ojos cuando conspiraba en su contra. Le había permitido desquitarse con él a gusto solo para ver al demonio deleitándose dentro de ella, y luego abandonarla para ser simplemente Viviana. Desconocía sus preferencias, pero la había visto odiar y arrepentirse al mismo tiempo. Y la había visto hablar en nombre del deseo y la pasión...

—Ningún ser humano va al Reino de los Cielos si puede evitarlo, por eso erra continuamente mientras vive —meditó Marcus, respirándola. La hierbabuena robustecía sus pulmones como una magia antigua—. La crueldad forma parte de nosotros: todos estamos malditos.

—Pero usted no es fuego, sino hielo. ¿Dónde queda entonces su esencia? ¿Quién es usted?

—Un mortal empecinado en desear lo que no debe —susurró, en el borde de su boca carnosa. Si se inclinaba solo un poco más, la estaría besando. La estaría besando y toda su agonía desaparecería, aunque fuera una liberación pasajera—. Tan maldito como usted.

—Entonces reconoce que no somos del todo diferentes.

El anhelo en la voz de Viviana despertó emociones que pensó que no tenía, y que en caso de tenerlas, jamás despertarían por ella. Al mismo tiempo, la inequívoca consciencia de estar haciendo algo mal le hizo temer al error. Sin embargo, la actual situación se presentaba envuelta en un aroma único y con los ojos de la perdición. Ni toda la contención del mundo podría haberle salvado de alargar los dedos y tocar un mechón rebelde de grueso cabello negro, cosa que hizo con el corazón precipitándose fuera de su pecho.

—Ponga en mi boca las palabras que le hagan sentir mejor —contestó él, desbordado—. Pero aún me niego a aceptar que compartimos tinieblas.

Haciendo acopio de una voluntad de la que había carecido antes de evocar el rostro de Carlisle, se apartó y la tomó de la mano para ponerla en pie.

—Entiendo... —susurró ella, con los ojos clavados en el suelo—. Respóndame a algo, Excelencia.

—¿Sí?

—¿Quiere perdonarme del todo y no puede, o me ha perdonado del todo pero prefiere fingir que no? —Alzó la mirada y escrutó su rostro con

intención—. ¿Me ha odiado de veras alguna vez?

«Solo por no poder tenerte».

—¿Sería capaz de responder usted a esa misma pregunta?

—Le he odiado con cada fibra de mi ser —admitió, con tanta franqueza que Marcus se sintió agredido—. Y odiaría perdonarlo, pero ese es mi deber. Ahí tiene mi verdad: ya sabe que me supone un esfuerzo.

La creía. No sabía por qué, pero la creía. Ahí se concentraba toda la verdad de los hombres: estaba ciegamente convencido. Y ella supo gracias a su suave expresión que acababa de enseñarle qué color adquiriría su rostro cuando era sincera. Ahora sabría diferenciar entre las certezas y las apariencias.

«¿Qué has hecho, Viviana?»

—Nunca la he odiado —se sinceró—. Me gustaría perdonarla, pero no puedo.

—Entonces nunca seremos lo mismo —sonrió Viviana, antes de darse la vuelta y volver con los demás—. Usted finge sus propósitos, mientras que los míos son reales. Mi fuego arde y avasalla, pero el suyo solo sirve para decorar. Por lo menos yo tengo un pretexto.

Marcus la observó marchar siendo todo él un gran interrogante.

—¿Cómo has conseguido que nos inviten? —le preguntó Valentina, que no podía despegar la mirada de la amplia propiedad. Lo observaba todo con los ojos como platos, como si quisiera memorizar el paisaje al otro lado de la ventana para luego transmitirlo describiéndolo técnicamente—. ¡Es Felton House, en Hampshire! Pensaba que estas cosas solo pasaban en mis sueños.

Viviana no alcanzaba a comprender por qué ese amor irracional hacia la sociedad, las tierras, las mansiones y los miembros de la aristocracia, pero no sería ella la que interrumpiera ese monólogo emocionado.

Valentina llevaba desde su presentación deseando poder hacer las mismas cosas que el resto de jóvenes, desde acudir a una fiesta hasta poder flirtear con un caballero sin que este la despachase a gusto. Cosas que le habían sido arrebatadas casi desde el momento en que puso un pie en Londres.

—También sé hacer las cosas bien de vez en cuando —respondió Viviana, escueta. Echó un vistazo por la ventana, sin ver realmente lo que había al otro lado—. Aunque no me apetezca hacerlas normalmente.

—¿Y por qué no te apetece hacerlas, si sabes que cuando lo haces bien obtienes una recompensa? —preguntó la abuela Celestine, en tono comedido.

Viviana y ella habían llegado recientemente a un acuerdo que consistía en no darse guerra, visto que no podían seguir echándose en cara errores de los que ninguna de las dos tenía culpa. Primero, porque siempre acababan poniendo a Valentina en medio, y no se lo merecía. Segundo, porque Viviana ya tenía suficiente odiando a toda la sociedad británica como para también tener que despreciar a su abuela.

—Porque esa recompensa no me beneficia.

—No eres un empresario —le recordó Celestine—. No tienes que pensar en

beneficios, sino en mostrarte complaciente y educada.

—No ser un empresario no me exime de tener alma de empresario. Mi padre lo era y he heredado esa virtud de moverme según lo que estimo conveniente, y caerle bien a una panda de *bastardi* no entra en mis estimaciones.

Celestine no tenía grandes nociones de italiano, pero tres años cobijando a dos jóvenes que llegaron a Londres sin manejar bien la lengua le había enseñado a traducir los insultos, que por desgracia era lo que Viviana utilizaba con mayor asiduidad. Y aunque en un principio podría haberle echado la bronca por su clara falta de cortesía, corrió un tupido velo. No servía de nada intentar domarla.

Uno de los mayordomos del duque las guió al jardín, donde se estaba desarrollando la partida de cricket. Viviana se arrastraba como si le dolieran los huesos, postergando hasta el último momento su actuación. Valentina, por el contrario, caminaba muy decidida y saludaba con deslumbrantes sonrisas a los miembros del servicio.

—Tina, intenta reservar un poco de ese entusiasmo —le recomendó Viviana—. Van a pensarse que quieres que te hagan una visita esta noche.

Valentina se ruborizó hasta las orejas, un gesto que conmovió a Viviana y la llevó a robarle un beso en la mejilla. Minutos después del consejo, se reunieron con el resto de los invitados.

Las italianas saludaron al propietario del condado y después se dirigieron hacia Carlisle, que las recibió con una de sus encantadoras sonrisas.

—Milady...

—Encuentro ese apelativo un tanto burlón, milord —bromeó Viviana, dejando que le besara la mano. Carlisle la miró con los brillantes ojos castaños.

—¿Y ese milord no era nada burlón?

—Por supuesto que no; se ha ganado usted el pleno derecho a que le llamen así.

Carlisle era el último descendiente de una larga familia de actores. O actrices, más bien. La magnánima Diana Delancey, que debutó en los escenarios a la edad de catorce, había sido mentora de la indiscutiblemente perfecta Ruth Delancey. Ruth se había casado con un caballero que abandonó

sus propiedades y su nombre para huir con ella al Continente, algo que la reina se tomó muy a pecho y la llevó a retirarle el título una vez lo certificaron muerto. Cuando el único hijo que tuvieron alcanzó la edad de heredar y se le negó tanto la fortuna como el nombre, hasta entonces siendo solamente Derek —de apellido Delancey hasta que lo declarasen hijo de su padre—, la familia viajó de nuevo a Londres para tener una audiencia con la reina. Por lo visto, Derek no fue precisamente cortés, sino más bien implacable. No paró hasta conseguir que le concediera un título de cortesía mientras se meditaba el nombramiento, aunque para ello tuvo que pagar una buena suma de dinero.

Técnicamente era el marqués de Norwich por derecho, pero todo se había tergiversado de manera que parecía un impostor. Por no hablar de la sombra que sus padres proyectaron sobre su futuro al ser una actriz y un caballero, al abandonar Inglaterra y al ganarse el desprecio de la mismísima reina, con la que por suerte había llegado a un acuerdo.

Derek Delancey estaba tan maldito como Viviana, o quizá incluso más. Afortunadamente sabía hacer dinero, tenía amigos importantes y se manejaba por la vida con la convicción de que sus creencias eran las correctas, lo que había conseguido que estuviera donde estuviese.

—¿Y si empezara a llamarte «corazoncito» en lugar de milady? —propuso el susodicho, con la risa bailándole en los ojos—. ¿Cielo? ¿Nube de algodón?

—¿Y si rompo el compromiso? —propuso Viviana, pestañeando soñadora. Carlisle soltó una ronca carcajada.

—Dios no lo quiera... ¿Formas parte de mi equipo?

—¿Quién es el capitán del otro?

—Saint-John.

—¿Hablando de mí a las espaldas?

Un escalofrío de placer surcó la espalda de Viviana al reconocer la voz. Obligada a responder por la condenada educación, se dio la vuelta ocultando su mal humor.

Ese hombre no tenía ningún derecho a cortarle la respiración con solo decir unas palabras, y ni mucho menos merecía que se le parara el corazón al verlo vestido apropiadamente para el partido. Y por desgracia, Viviana se estaba llevando dos por el precio de una. Ni había aire suficiente para ella, ni

tampoco sangre en sus venas para ayudar a bombear al órgano rey.

No debía ser para tanto que un hombre vistiera de blanco, pero él vestido de blanco reafirmaba su condición de ángel destructor. Había cometido el error imperdonable de quedarse en mangas de camisa para esquivar el calor, exhibiendo unos anchos antebrazos surcados por las venas que aparecían tras la tensión. Algo que careció de importancia cuando apreció su cuello desnudo y su mandíbula, donde desembocaban algunas gotas de sudor.

El sol le daba de frente, haciendo verdaderamente transparentes sus ojos claros.

«No es para tanto».

—Viviana estaba decidiendo en qué equipo jugaría.

Saint-John la miró como si no hubiera reparado en su presencia hasta entonces. Alzó sus dos cejas color bronce, inquisitivo.

—¿Jugar? Las mujeres no tienen por costumbre echar una partida de cricket.

—Las mujeres no tienen por costumbre muchas cosas —replicó suavemente—. Por suerte o por desgracia, yo no encajo en esa generalidad. Así que... —inspiró hondo—. Creo que si quiero tener la oportunidad de ganar tendré que ir con usted, Excelencia. También me gustaría aprender a jugar en condiciones, y mucho me temo que mi prometido no será de mucha ayuda, puesto que es la primera vez que se presenta. Sin embargo... no quiero ofender su buena disposición.

—Si no querías ofenderme podrías haber empezado a darme la píldora, querida —rio Carlisle, con su eterno buen humor—. No me importa: un hombre sabe reconocer sus derrotas. Al menos los hombres de verdad. —Le lanzó una mirada significativa a Saint-John, que él recibió con una sonrisa apenas perceptible—. Y admito que su excelentísimo duque me supera en estas cosas.

—En estas y en todas, Carlisle. En estas y en todas.

—Procura no dejarme por los suelos delante de mi prometida —amenazó Carlisle, retirándose para ocupar su puesto de lanzador.

Viviana observó que todo el mundo practicaba en su respectivo puesto con el ceño fruncido. Después se giró para mirar a Saint-John, que ya andaba pendiente de sus gestos.



«¿A qué está jugando?»

—Que Carlisle tenga la pelota significa que me toca colocarme delante del marcador, ¿no es así?

—No es tan difícil como puede parecer —la tranquilizó él, poniéndole el bate en la mano. Sus dedos se rozaron un momento, y Viviana por poco entró en pánico al sentir la energía sacudiéndole el cuerpo—. Solo tienes que impedir que pase por el aro: así de simple. Es bastante más complicado lanzar.

Era bastante más complicado mantener la calma después de la partida de cartas, pero eso nunca lo diría en voz alta; ni ella, ni él. Viviana había tenido serios problemas para conciliar el sueño después de aquella conversación tan extraña, tan cargada de intenciones... Claro que dudaba que él hubiera comprendido algo, puesto que sus respuestas habían tenido un segundo sentido oculto para todo aquel que no supiera sus planes. Y sin embargo, eso no la tranquilizaba. Estaría encantada de utilizar el bate para darse un golpe en la cabeza si eso lo lograba.

Viviana desplazó un momento la vista por el campo. Felton, a pesar de ser un conde muy respetado, no temía hacer lo que le venía en gana. Y eso se reflejaba en la variedad de los jugadores. Todavía no llegaba a permitir al servicio formar parte del equipo contrario, pero Jess y Abigail se habían unido al partido. La primera discutía con Leverton, el escocés que le sacaba algo más de dos cabezas, y la segunda miraba a Cromwell con recelo, intentando apartarse tanto como se lo permitía el espacio.

Ver a sus compañeras de estrategias trajo de vuelta su voluntad de hierro, y en cuestión de segundos se concienció de que debía seguir con el plan: hacerse amiga de Saint-John.

Se giró para mirarlo, se puso la mano a modo de visera en la frente y sonrió.

—Dado que es usted un caballero, nunca permitiría que hiciera el ridículo haciendo de lanzadora, ¿verdad?

—¿Se limita a evitarlo en lugar de aprender? —inquirió el duque, mirándola desde su estatura. Viviana no era una mujer pequeña y no había demasiada diferencia entre ambos, pero su cuerpo rezumaba tanta autoridad que lograba hacerla sentir insignificante—. No es eso lo que usted me ha enseñado.

—¿Qué le he enseñado, aparte de a esconder sus camisas mejor para que no las agujereen sus enemigas?

Saint-John estuvo a punto de sonreír.

«Casi».

—A no conformarme.

—Creí que eso se lo enseñaron sus padres. Un duque no suele ser conformista, y por lo que he visto, usted menos que ninguno.

—¿Y eso lo dice porque...?

—Porque quiere ser usted mejor que nadie en todo lo que se le ofrezca. Y no le culpo. —Viviana encogió los hombros graciosamente—. Yo tampoco permito que se me gane en nada.

—¿De veras? ¿Tiene mal perder, señorita Conti?

Viviana esbozó otra de esas sonrisas que rayaban en la perversión. La clase de sonrisa que esbozaría una mujerzuela al ponerse de rodillas delante de un hombre, haciéndole cómplice de la maldad que estaba a punto de cometer.

—No se puede hacer una idea, Excelencia. Por eso le he elegido —añadió, recuperando el tono jovial—. Y tiene toda la razón. Debería enseñarme a hacer las cosas bien. ¿Por qué no probamos a lanzar pelotas al aire? Seguro que tiene algún truco infalible.

—¿Aquí mismo? —Miró a su alrededor con una ceja arqueada—. ¿Conoce las probabilidades de darle a alguien en la cabeza?

—¿Tan terrible sería? Si por mí fuera, le daría en la cabeza a varios —comentó Viviana, divertida. Barrió el campo y señaló con la barbilla a una figura en particular—. A lady Jezabel, por ejemplo. Cuando me descuidé en la última cena se comió mi *pudding*... Una afrenta imperdonable.

Saint-John volvió a estar a punto de sonreír.

«Algún día, Marcus Radcliff. Algún día».

—Supongo que podríamos reclutar a algún que otro mal jugador para practicar allí detrás.

A Viviana le faltó tiempo para echar a correr en busca de ese mal jugador. Le tocó a Abigail, que estaba tan incómoda en su puesto que no tardaría en renunciar al partido. Primero, porque le constaba que no tenía ni idea de jugar y a nadie le hacía gracia hacer el ridículo en público: menos a una muchacha tímida. Y segundo, porque Cromwell no hacía otra cosa que lanzarle miradas

a destiempo, desestabilizándola y haciéndolo sentir incómoda con cada una de ellas.

—Gracias, nunca te lo agradeceré lo suficiente —gimoteaba Abigail, mordiéndose el labio y esforzándose para no echarle un último vistazo al caballero—. No habría soportado estar allí ni un segundo más.

—No habría sido tan terrible. La verdad es que Cromwell está de muy buen ver —meditó Viviana, aprovechando que el duque no podría escucharlas. Lo estuvo observando de lejos, cogiendo una red y tomando una bolsa repleta de pelotas—. ¿No te has planteado convertirlo a él en tu *principe azzurro*?

—Supongo que *azzurro* significa azul... Suena horrible —murmuró ella—. Y haz el favor de olvidarte de mí con Cromwell. Ese hombre me aterra, Viviana. Si me paro a pensar en cómo sería vivir con él, compartir la mesa, la cama... Me echo a temblar.

—¡Ajá! —Viviana la señaló, declarándola culpable. Su sonrisa de regocijo no se hizo de rogar—. Te has parado a pensar también en la cama, ¿eh? Eso significa que hay algo que te atrae. Puedes engañarte a ti misma, pero no puedes engañarme a mí. Yo lo sé todo, Abby.

Abigail parpadeó una sola vez antes de ruborizarse.

—¿Ves? ¿Ves como te gusta? —siguió exclamando la italiana, haciendo aspavientos—. ¡Lo sabía! ¡En el fondo te pone nerviosa porque te atrae! ¡Abbiamo matrimonio...!

—No, no, me has malinterpretado —negó ella, con las orejas enrojecidas. Estas asomaban un poco entre los mechones de cabello castaño oscuro, pequeñas y adorables—. Es que... Me has llamado Abby. Desde que murió mi madre nadie lo ha vuelto a hacer.

Viviana dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo, sorprendida por la ternura que desprendían los grandes ojos de Abigail. Ahondar en su expresión era tan sencillo como parpadear, algo que la italiana consideraba un defecto en todo el mundo excepto en ella. La muchacha no temía reflejar lo que sentía en cada momento, lo que suponía un soplo de aire fresco entre la asfixiante e hipócrita sociedad. Y en ese momento, estaba categóricamente complacida.

Una oleada de orgullo por haber hecho sonreír a aquella criatura la sobrevino.

—No te abrazo porque me consta que hay mucho enfermo por aquí y podrían pensar lo que no es. O incluso excitarse —soltó, haciendo que Abigail abriera los ojos como platos y la mirase horrorizada—. ¿Qué pasa? ¿No sabías que los hombres tienen esa fantasía? ¿O acaso es cosa de los italianos solamente? Oh, claro, cómo no. —Rodó los ojos—. Los británicos son aburridos incluso en la materia de los sueños eróticos. Seguro que se acuestan pensando en besos en la frente.

Abigail no salía de su asombro. Se había puesto tan roja que bajo la luz correcta parecería incluso morada.

—¿Es que los hombres sueñan con...? —balbuceó—. ¿Con que dos mujeres...?

—Sí —asintió la italiana, muy convencida. No llegó a sentirse mal del todo por haber escandalizado a Abigail. Mientras no se desmayara, todo iría bien. Eso por no hablar de que debía empezar a acostumbrarse. No atraparía a un marido con sonrisas en la lejanía, precisamente—. Al menos los que yo conozco. Les encanta ver cómo se rozan, cómo se besan y se...

—¿Están listas? —inquirió en ese momento Saint-John, mirándolas con fijeza. Viviana no necesitó echar mano de su amplia capacidad para interpretar semblantes: supo que se preguntaba el porqué del estado de Abigail. Y así lo manifestó cuando avanzaron hacia él, ella tan sonriente que se le iba a salir la boca de la cara—. ¿De qué hablaban?

—Oh, de nada. —Viviana hizo un gesto desdeñoso—. Tonterías de mujeres.

Marcus se pasó una mano por el pelo, desquiciado. Llevaban una hora de reloj practicando, y no se podía decir que hubiera obtenido buenos resultados. Viviana Conti se lo tomaba todo como un juego —lo que ciertamente era, pero por el camino le estaba exasperando hasta límites insospechados—, aireando la pelota como si lo que tuviera en la mano fuera el pétalo de una rosa. Y aunque Abigail sí que ponía toda su intención en hacerlo bien, no era muy diestra que se dijera.

—¿Por qué no intenta concentrarse en el agujero? —espetó él, en un momento dado. No sabía cómo estaba mirando a Viviana, pero teniendo en

cuenta que le ardía la cara, prefería no saberlo—. No es tan difícil, señorita Conti. Solo tiene que apuntar y lanzar con fuerza. ¡Con fuerza! No como si en vez de una pelota fuera un gorrión herido.

—No creo que sea necesario que me hable así —se quejó ella, poniendo los brazos en jarras. Marcus se fijó vagamente en que su italiano salía a relucir cuando la enfadaban.

—Llevamos aquí una hora y no hemos progresado en absoluto. Estoy en mi derecho de señalarle a mi pupila sus errores.

—Se olvida de que no soy su pupila, Excelencia. Soy una mujer que ha pedido su ayuda para deslumbrar a su prometido, y que está dando lo mejor de sí para conseguirlo. Y ella —señaló a Abigail—, se merece menos todavía ser objeto de su irritación porque, por si no lo sabe, nunca ha llegado a meter un sapo en sus zapatos. No puede aprovecharse de la situación para derramar su rencor sobre alguien sin culpa.

Eso tenía que concedérselo, pero no se rendiría tan pronto. Estaba claro que Viviana se traía algo entre manos. Si había podido enseñarle a jugar al cricket a su condenada prima escocesa, bastante menos tenaz y bastante más obstinada en hacer las cosas mal, su adiestramiento debería haber terminado hacía una hora. Además de que partía de la base de que la italiana era buena en todo lo que se proponía.

—Es posible que lady Abigail tenga sus problemas... —Miró enseguida a la susodicha—. Con perdón.

—No se preocupe, la verdad es la verdad.

—Pero usted —volvió a Viviana. Sus facciones se endurecieron—, solo quiere hacerme perder el tiempo. Que no haya aprendido a lanzar en condiciones en una hora significa que...

—¿...que el grandioso duque de Saint-John no tiene mano para la enseñanza?

Marcus enrojeció visiblemente, ofendido por lo que nadie le había dicho jamás hasta el momento. No tuvo que decir nada para que Viviana lo hiciera también.

La italiana sabía que estaba jugando con fuego al hacerlo rabiar, y que el plan consistía en hacerse su amiga, no en ganarse un puñetazo en la mandíbula. Pero, por desgracia, reprimir las ganas de arrearle un bofetón

constituía invertir una gran dosis de esfuerzo. Y ese esfuerzo se llevaba todo su buen humor consigo.

—O que es usted una negada para esto —repuso, mirándola con dureza—, como para muchas otras cosas. El problema es que nunca sería capaz de admitirlo, ni siquiera aunque de ello dependiera mi valioso tiempo. Porque a Viviana Conti todo se le da bien...

Aquello terminó de encender a Viviana, que le dedicó una última mirada sanguinaria antes de agarrar una pelota y ponerse en posición de lanzar.

—Yo no soy una negada en nada y se lo pienso demostrar —le espetó, con los ojos en llamas—. Si fallo es porque usted no es ni paciente, ni amable, ni considerado, y eso hace que cualquiera esté tenso a su lado. Y si fallo porque se me da mal, ¡es porque es un juego *orribile, peggio de merda, come te!* ¿Quiere que le dé fuerte? —gritó—. ¡Alora afferrare, stronzo!

Abigail no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero se llevó las manos a la cabeza igualmente. El grito ahogado que se atascó en su garganta encontró escapatoria justo cuando la pelota, que Viviana había lanzado con casi toda la fuerza de su brazo, impactó en uno de los ojos del duque.

Cuando la muchacha se giró para mirar a la causante del desastre, preguntándose si aquello formaría parte de la confabulación, se topó con una mueca desencajada.

Viviana corrió hacia el duque caído en combate, pensando en lo mucho que eso cambiaría las cosas. Caerían en desgracia sus intenciones y probablemente la posibilidad de casarse con Carlisle, al que le llegaría minutos después un informe completo sobre su falta de consideración, maña y respeto. Y para colmo, Saint-John sabía italiano: añadiría en el testimonio todos esos insultos traducidos.

Claro que eso era lo de menos. Si el duque se quedaba sin ojo tendría que enfrentar peores consecuencias. Entre ellas la guillotina.

—Abby, ve a buscar una bolsa con hielo —ordenó Viviana, con la voz teñida de preocupación. Prácticamente se tiró encima de Marcus, que de la fuerza del impacto había ido a parar al suelo—. ¡Rápido! ¡Y no se lo digas a nadie!

—S-sí, p-por supuesto...

Se marchó por donde había venido, corriendo como si la persiguiera el

diablo y murmurando palabras ininteligibles cuyo significado prefirió ignorar. Un «pobre duque» era lo último que quería escuchar.

—¿Que no se lo diga a nadie? —bramó Saint-John, que se cubría el ojo con la palma de la mano. El otro ojo, suficientemente impresionante de por sí —ya no tanto por el gris acerado, el azul atrapado o las vetas doradas perdidas en su interior, sino por el odio con el que quería traspasarla—, casi logró que se echara hacia atrás—. ¿Ha estado a punto de matarme y lo único de lo que se preocupa es de que nadie se entere de su intento de asesinato?

—¡No quería hacerle daño! —exclamó. Curiosamente, era cierto—. Se me ha ido la mano y he... Me he equivocado, lo admito.

—¿Que se ha equivocado? —espetó, tan furioso que el ojo herido no podría estar ni la mitad de rojo que su rostro—. ¡El bate estaba a un metro de distancia de mi cara! ¡Ni un crío de cinco años se habría desviado tanto! ¡Ni siquiera usted, que es más mala que un dolor de muelas!

—¡Oiga! ¿Es que no ha visto que ha rebotado antes de llegar? ¡No era a propósito! —le replicó ella, en el mismo tono—. ¿Por qué no cierra la boca y me deja echarle un vistazo? *Orgoglioso zoticone...*

—¿Y encima me llama patán? ¡Usted es de otro planeta!

—¡Pues en mi planeta tampoco pretendemos matar a propietarios de ducados, así que deje de ofenderse! —se defendió, con el corazón latiéndole desbocado. Empezaba a sentirse mal de veras, y eso, teniendo en cuenta que las circunstancias la habrían hecho reír de estar de espectadora, era preocupante—. Lo siento, ¿de acuerdo? ¿Cree que si hubiera sido adrede de veras me estaría disculpando? ¡Me estaría regodeando en su dolor, por Dios!

Marcus detectó cierto temor en su voz, como si de veras le importara su integridad física. Sorprendido, conmovido y también reticente aún —porque no dudar de Viviana Conti entraba en la lista de imposibilidades— la miró en busca de un aire guasón.

Nada. Todo en su rostro era pavor, vergüenza y todavía rastros del enfado que los había llevado a esa situación. Por lo visto, no se había enterado aún de que no convenía mosquear a Viviana Conti. Si se quedaba ciego, estaría ya avisado de por vida. No solo él. También el resto de sus compadres.

«Me estaría regodeando en su dolor».

«Eso por descontado», pensó él, mientras la veía hacer malabarismos para

apartarle la mano de la cara. Después de resistirse un poco lo consiguió, pero no logró convencerlo de que despegara el párpado.

Viviana se inclinó casi sobre su nariz para investigar, con el rostro descompuesto por la inquietud.

—Intente abrirlo —le ordenó, con esa voz tan cargada de matices que uno se ahogaba intentando encontrarle el punto. Pero en ese momento en cuestión no se fijó en el tono, sino en que la italiana separaba las piernas y se sentaba casi sobre sus caderas para inmovilizarlo. Le tomó la cara entre las manos e hizo un detallado análisis valorativo de los daños. El duque se quedó quieto al instante, prendado de su mirada diferente—. ¿Quiere intentar abrir el condenado ojo, pirata pata-palo?

Marcus agradeció la pulla. Le sirvió para darse cuenta de todo lo que estaba mal en la postura. Intentó girar la cabeza y apartarla de su cuerpo, pero los brazos se le habían quedado paralizados y, allá donde mirase, sabía que se encontraría con la preciosa cara morena de Viviana. Recurrió a la táctica de fijarse en un solo rasgo de su rostro, cosa que hacía normalmente para librarse del poder que ejercía todo el conjunto sobre él... Y no pudo calmarse.

—Quítese de encima —siseó con voz ronca. Ella torció el gesto.

—¿Cómo? —Viviana apartó las manos que el duque guió hacia sus caderas, tratando de apartarla del medio—. ¡Estoy intentando hacer algo bueno por usted!

—¿Algo bueno por...? —se calló enseguida. No podía creerse que, por una vez, Viviana Conti no tuviera idea alguna de lo que estaba pasando a su alrededor. Y es que él estaba a punto de quebrarse—. Haga el favor de...

—¡No! Yo le he hecho eso. ¿Qué menos que ocuparme?

Marcus desencajó la mandíbula. Ese tono entre marimandón y conmovido por el error le excitó más aún si cabía.

Tenía su nariz tan cerca que todo lo que podía ver era todo lo que quería poseer. Las largas pestañas, tan espesas que se enredaban las unas con las otras; sus ojos como pozos negros en los que se reflejaba la luna azul a medianoche. Sus voluptuosos labios, enrojecidos por los nerviosos mordiscos. Las torneadas piernas lo tenían sujeto por los costados, y su trasero se encontraba alarmantemente cerca de su entrepierna, que empezaba a inflamarse de necesidad.



«No», se ordenó, tensando los músculos del estómago para detenerse. «No, no...»

—Señorita Conti, no se lo voy a decir otra vez...

Viviana se inclinó sobre él, haciendo caso omiso de sus agónicas súplicas. Un mechón de pelo negro resbaló desde la nuca para caer sobre el pómulo de Marcus, que cometió el terrible error de inspirar hondamente por la nariz.

Estuvo bajo control hasta que el olor a hierbabuena invadió sus fosas nasales, y ella, en un intento por devolverlo a la cruda realidad en la que nunca podría ser suya, le acarició las mejillas con los pulgares.

El intenso deseo de dominación le partió en dos.

Marcus se incorporó de sopetón. Viviana resbaló por su bajo vientre, donde se había acomodado, y cayó sobre su regazo. No le dio tiempo a quejarse, y no lo habría hecho igualmente: lo supo cuando interceptó la emoción de sus ojos negros. La italiana lo miraba con una mezcla de asombro y sofoco que solo aumentó su deseo.

Olvidándose de todo lo que había a su alrededor, la cogió de la nuca sin delicadeza y se comió sus labios con un beso hambriento.

Viviana no supo cuánto lo había deseado hasta que no tuvo la boca de Marcus sobre la suya. Desviada de sus propósitos, de la moralidad y de sus principios como nunca antes, despegó los labios tras un liberador gemido y se entregó a la furia alunada con la que dirigía su beso.

No la habían besado muchas veces. Un pretendiente italiano la agarró una vez, pero no estuvo mucho tiempo hasta que lo separó de mala manera y le atizó con la mano abierta por el atrevimiento. Carlisle sí la había tenido entre sus brazos en algunas ocasiones. La había besado con ternura, conmoviéndola en extremo. No se podía decir que no le gustara su manera de hacerlo, con un respeto que le habían hecho creer que no merecía. Y sin embargo...

La brusquedad de Saint-John la había dominado y seducido por completo. Notaba el tacto de las manos masculinas colándose bajo la tela de la falda y agarrándola de las nalgas para acercarla a su rigidez, queriendo hacerla cómplice del fuego. Y Viviana le daba la espalda a sus pensamientos

deliberadamente, arrastrando la pelvis hacia donde él quería dejarla, completamente abierta sobre su erección.

La fricción de sus sexos, aunque superficial, la atravesó como un rayo. Jadeó contra su boca ardiente y apretó el pecho contra el suyo, abrazándolo con tanta fuerza que pensó que se le romperían los brazos. Él correspondió su anhelo besándola con más decisión si cabía, sin esperar que ella pudiera seguirle el ritmo: convirtiendo el beso en un embrollo de lenguas que se encontraban para acariciarse dulcemente solo cuando él lo permitía.

Marcus recorrió la línea lateral que revelaba el ritmo de su pulso con la lengua, apartándole el pelo con una mano y tirando de él para exponer su desnudez. Besó un punto de su garganta con la boca abierta y succionó con fuerza, arrebatado por el impulso furioso de dejar su huella en ella. La frenética respiración de Viviana constituía un nuevo aliento para él. No se apartó del cuello hasta que no se aseguró de dejar un surco rojo, y no dejó de desquitarse con la piel desnuda de su escote hasta que no supo con certeza que jamás se saciaría.

—No sabes todo lo que te haría ahora mismo —declaró, completamente ido. La apretó más contra su cuerpo, sintiéndola vulnerable y temblorosa, expuesta a todo lo que quisiera hacerle—. Esto es una tortura para mí.

—Marcus...

—Cada condenado día de mi vida desde que apareciste —deletreó, colando los dedos en el escote. Acarició el pezón superficialmente una sola vez antes de que se pusiera en punta—. Eres peor que una bruja. Utilizando tus trucos contra mí...

—Marcus. —Lo tomó de la nuca y tiró de ella para que la mirase. Él lo habría hecho de todos modos, acuciado por la urgencia de su voz y la rotación de caderas sobre su miembro. El fuego le estalló en las venas cuando la vio suplicar—. Marcus, bésame otra vez.

No tuvo que pensárselo. La atrajo hacia él y la besó como si el aire estuviera contaminado; como si separarse de ella supusiera la muerte. Se abrió paso en su dulce cavidad con labios, lengua y dientes, y la asedió sin piedad alguna. El beso profanó tantas leyes y mandamientos que fue la inmoralidad del que ya no puede detenerse quien se alzó con la victoria.

Marcus estaba convencido de que nada ni nadie podría evitar que la hiciera

suya allí mismo, en medio del llano de un bosque en el que podría aparecer alguien en cualquier momento.

Y eso fue justamente lo que ocurrió. A Abigail se le cayó el hielo que había traído por la impresión de encontrárselos abandonados a la pasión, y aunque quiso marcharse sin hacer ruido, el sonido de sus pasos alertó a Viviana. Las dos amigas se miraron, una pidiendo disculpas y al borde del llanto por haberla interrumpido, y la otra preguntándole qué diablos estaba haciendo dejándose toquetear por el duque de Saint-John.

Como si ella pudiera saberlo.

Lo único que le dio tiempo a hacer antes de levantarse a trompicones, avergonzada de veras, fue tragar saliva compulsivamente. Dio uno, dos y hasta tres pasos atrás, mirando al duque como si acabara de morir entre sus brazos, y caminó apresuradamente para aferrarse a Abigail, quien le dio el equilibrio que necesitaba. La instó a caminar, cosa que la muchacha fue reticente a hacer cuando atrapó la mirada atormentada del duque.

—Viv —susurró Abigail, que no cabía en su preocupación—. ¿Qué ocurre?

—Eso no estaba en la lista. Eso no estaba en la lista, no estaba... —repetía una y otra vez, temblando de pies a cabeza—. Eso no estaba en la condenada, estúpida y asquerosa lista.

—¿El qué? ¿El beso? Pero en algún momento habrías tenido que...

Viviana se giró hacia ella con los ojos cuajados de lágrimas de rabia.

—«Cada condenado día de mi vida desde que apareciste».

«Lo prohibido siempre ha tenido un sabor peculiar al que nadie sabe resistirse».

*Extracto del tercer paso para poner a un duque a tus pies*

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir aquí? —rezongó Jess por lo bajo, cansada de fingir que le interesaban las cintas del expositor—. Van a dar las once, y Saint-John almuerza sobre las doce y media... O eso me ha contado mi hermano, que es muy estricto con las comidas. El caso es: ¿no debería estar ya en casa?

Viviana le lanzó una mirada perdonavidas a su amiga, señalando con un movimiento de cabeza a las otras dos que las acompañaban. La rubia lo captó en el acto, guardando silencio.

La abuela Celestine había insistido en que se llevara con ella a Valentina, y aunque por el momento estaba entretenida con Abigail supervisando las cintas para el pelo, sabía que no tardaría en meter las narices donde no le convenía. La menor tenía esa incómoda manía.

—No lo sé. Estoy saliendo y entrando todo el rato para ver cuándo aparece —farfulló Viviana, claramente molesta por su falta de puntualidad—. ¿Qué clase de reto tiene que estar afrontando para que haber decidido quedarse un rato más en el club de esgrima? En su condenada guía ponía que terminaría alrededor de las once menos cuarto.

—Conociendo solo un poco a Saint-John —empezó Jess, componiendo esa mueca de sabionda que, contra todo lo que pudiera pensarse, le sentaba de maravilla—, diría que con que hagan el amago de replicarle, ya lo tienen desenvainando de nuevo. Cuando mi hermano y él compiten, llega dos o tres

horas tardes a casa. El duque no se retira hasta que no ha ganado diez veces consecutivas. El pobre Tristane tiene que dejarle ganar al final.

»De todos modos esa impuntualidad no es de extrañar. Lo raro es que estemos esperando para asaltarle en medio de la calle. ¿Lo pone en tu lista?

—En mi lista no pone nada sobre asaltarle. Los pasos son más generales, pero yendo a la concreción tengo que hacer esto —explicó, brusca. Le lanzó una mirada desagradable al dependiente, que llevaba un rato estudiando sus miradas desdeñosas hacia los productos. Ciertamente, el tipo no tenía culpa de su mala suerte con propietarios de ducados, pero mejor pagarlo con bienes materiales que con sus amigas—. Me lo encontraré, me haré la loca fingiendo no haberlo visto y él, como es un *cavaliere* de los que ya no quedan, me parará para saludarme igualmente. Seré fría y cortante, no le miraré a la cara e intentaré huir tan pronto como me deje escapar.

Jezabel dejó la cinta que había cogido con interés donde estaba. Miró con sorpresa a Viviana, que se puso de peor humor al notar su mirada dorada sobre ella. La muchacha tampoco tenía culpa de tener unos expresivos ojos de madre ofendida, pero igualmente le molestaban esas caras de no saber lo que hacer con ella.

Ni siquiera ella misma sabía lo que hacer consigo. No necesitaba que se lo recordasen por activa y por pasiva.

—¿Fría y cortante? Será porque yo no he tenido galanes italianos cerca para comprender sus reacciones al amor, o porque directamente no entiendo nada de hombres —dijo ella, girándose—, pero no me puedo imaginar en qué puede cautivar a un caballero que le traten mal. Sobre todo uno como Saint-John, al que le encanta que le bailen el agua. A no ser... —meditó, intentando meterse en los pensamientos de Viviana—. A no ser que hayas renunciado al plan y quieras cortar relación con él antes de que sea tarde.

—¿Renunciar al plan? —repuso, con un tono de ofensa exagerado—. Oh, querida, no pienso renunciar al plan ni aunque la simplona que tiene su culo en el trono inglés me lo pida de rodillas. Ahora más que nunca *si faccio vedere io chi sono*.

Jezabel aguardó tranquilamente con las manos en el regazo.

—¿Serías tan amable?

—Que se va a enterar de lo que vale un peine —tradujo Viviana, irritada.

—¿Qué? ¿Por qué? —intervino Abigail en voz baja, que se deslizaba por el pasillo con cuidado de no atraer a Valentina—. Pensaba que todo había ido bien y que pararías cuando él... Bueno, pensé que como te besó... Que te empezaría a...

—¿A qué? —interrumpió Viviana bruscamente. Se lamentó en cuanto vio que su brusquedad había herido a Abigail, pero no pidió perdón—. ¿No entiendes todavía lo que significa lo que me dijo?

Jess se giró muy interesada.

—¿Qué te dijo?

—Dijo, y cito textualmente: «Cada día de mi vida desde que apareciste», haciendo referencia a cuánto lleva deseándome. —Viviana se quedó en silencio, con los labios apretados. Esperó pacientemente a que Jezabel cavilara al respecto, y supo que había llegado a la misma conclusión que ella cuando vio su rostro ensombrecerse—. ¿Ves? Es imperdonable.

—¿Qué es imperdonable? —musitó Abigail, con la boca pequeña. Miró a la colérica Viviana por el rabillo del ojo, temiendo por su vida—. ¿Soy la única a la que le parece muy romántico?

—Abby —empezó Jess, suavemente—. Creo que a donde Viv quiere llegar es a que con esa... confesión, deja claro que todo lo que ha estado haciendo para hacerla sufrir, ha venido a raíz de su deseo insatisfecho. Lo que se traduce en que en realidad se ha comportado como un egoísta: si yo no puedo tenerla, nadie la tendrá. Y como no puedo impedir que nadie la tenga por mi propia mano, utilizo mi título y mi posición para evitar que el resto se interese con mala propaganda sobre ella. Lo que en realidad denota una maldad nunca antes vista —prosiguió—. Viviana nunca ha rechazado a Saint-John. Él dio por hecho que no podía ser antes de intentarlo. Es una venganza hacia ella injustificable.

—Para no tener ni idea de caballeros, de amor y de galanes italianos, lo has resumido muy bien —comentó Viviana secamente. Después se giró hacia la escandalizada muchacha, que se había olvidado de parpadear—. ¿Te sigue pareciendo romántico?

—Pero... Pero... No es como si no pudiera haberte tenido —balbuceó Abigail—. Podría haberte pedido matrimonio, por el amor de Dios. ¿Por qué lo complicó tanto?

—¿Te doy una idea? ¡Porque es un miserable! —exclamó la italiana, lanzándole una mirada al techo. Empezó a negar con la cabeza, casi al borde de la risa por lo macabro de la situación—. A ese *lurido porco* va a faltarle mundo para esconderse cuando esto se ponga en serio.

—¿Más en serio? —preguntó Abigail—. ¿Es que nada de esto ha ido en serio?

—Oh, *cara amica*, esto ha sido el calentamiento —sonrió, sin pizca de humor—. No debería extrañarme que un cobarde me haya reducido a una paria social solo por despecho. A fin de cuentas, es un británico estirado que siempre tiene lo que quiere y yo escapaba a su alcance... Que solo Dios sabrá por qué, pero ese es otro asunto. El caso es que pensar que estaba planteándome abandonar mi plan por lástima... Me pone enferma.

—Siendo técnicos —empezó Jess, con una caída de párpados—, un beso de un caballero tan atractivo como el duque podría hacer que cualquiera cambiara de...

—Yo no soy una cualquiera —cortó Viviana, estirándose y mirándola con rencor—. Y eso él lo va a saber de primera mano, te lo aseguro. Si hubiera tenido un motivo válido todo ese asco que ha estado volcando sobre mí, lo habría perdonado. Pero que también haya destrozado a mi hermana porque no podía tocarme... ¡Ese bastardo! —golpeó la mesa con el puño—. Se las va a ver conmigo.

—Y conmigo —añadió una voz aterciopelada.

Las tres se giraron para mirar a Valentina, que por supuesto había escuchado toda la conversación. Viviana debería haberlo previsto: por las venas de su hermana corría la misma sangre rebelde. Era cuestión de tiempo que echara mano de su contrita capacidad de manipulación para averiguar qué se traía entre manos.

—Tina... —empezó la hermana mayor.

—No, ya lo he oído todo. Y sé también lo de la lista —especificó, cruzando las manos a la espalda—. La robé el otro día mientras dormías. Te la habías dejado encima del escritorio.

»No puedes apartarme como si nada ahora que lo sé todo, entre otras cosas porque a mí también me afecta. De hecho, a mí me afectó más que a nadie —añadió, en voz baja—. No sería justo que me dejaras sin...

—¿Sin venganza?

—No creo que vengarnos vaya a servir de algo. No mejorará tu estatus social, ni hará que Larabee vuelva. —Su expresión decayó al mencionar al caballero—. Pero es cierto que sí nos dará satisfacción... Claro que el precio a pagar es muy alto.

—¿De qué estás hablando?

—De Carlisle. —Valentina miró a su hermana directamente a los ojos, y por primera vez, Viviana fue amonestada en silencio por una criatura a la que le sacaba una cabeza y tres años—. No pienso dejar que hagas nada si no le cuentas antes lo que estás tramando. Carlisle es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo, te adora y a mí me trata muy bien. Si no hubiera sido por él me habría intentado suicidar.

—¡Valentina! —exclamó Jezabel, horrorizada—. No vuelvas a decir eso.

—Solo exageraba; los italianos hacemos eso mucho —sonrió, mirando a Jess y a Abigail alternativamente—. Apoyadme. Las dos sabéis que Carlisle no se lo *percebe*.

—Será que no se lo merece, ¿no?

—¿Y qué es *percebe*? —preguntó Valentina, interesada.

—Un crustáceo que se come. No es una delicia que digamos, pero sabe mejor que la cabeza de vaca —explicó Abigail, a punto de echarse a reír—. Y estoy de acuerdo contigo en lo de Carlisle. Me parece un buen hombre que no tiene por qué pasar por todo esto.

—Sí, a la cebada que está en el trono de Inglaterra también le parecerá un...

—Fuera de aquí —espetó la voz del dependiente, haciendo que todas se sobresaltaran. El enjuto hombre de cabello canoso miraba a Viviana como si acabara de soltar una blasfemia. Cosa que, desde un punto de vista razonable, era cierta—. En mi negocio no entran católicos insubordinados a la corona. ¡Y no es la primera vez que la escucho hablando en esos términos de Su Majestad!

Las cuatro salieron del establecimiento antes de que el pobre tendero las echara a patadas. Abigail estaba consternada, Valentina no tenía ni idea de lo que había ocurrido y Jezabel apenas podía contener la risa. Por otro lado, Viviana fingía no ser culpable de ninguno de los cargos.

—¿Cuándo he sido yo insubordinada a la corona? —le preguntó a Jess en



voz baja, haciéndose la ofendida.

—Bueno... —meditó Jezabel, con los ojos brillantes—. Creo que si hubieras llegado a decirle «cebada» a la reina Victoria a la cara, se habría molestado un poco. Y eso de referirte a su pandero con tanta alegría ha debido herir las sensibilidades del caballero.

—¿Es que los reyes no tienen trasero, ni tampoco engordan? —Viviana le lanzó una mirada reprobadora a la entrada del establecimiento, que habían cerrado de un portazo—. ¿Y ese hombre no sabe acaso que no soy más católica que él? Me convertí al anglicanismo para no desentonar en cuanto vine a Inglaterra.

—La verdad es que es un poco difícil de saber. No lo tienes escrito en ninguna parte.

—No importa. Puede meterse por el agujero del...

—Buenos días, señoritas —saludó una voz grave justo a tiempo. Tan a tiempo y tan cerca, que Viviana tuvo la clara conciencia de que había intervenido para evitar oír un disparate.

Se giró para enfrentar a Saint-John, del que casi se había olvidado. *Casi*.

Bastó intercambiar una mirada con su Excelencia para saber que estaba metida en sus pensamientos tanto como él en los suyos. También estaba arrepentido. Dentro de su expresión inalterable y sus párpados entrecerrados, oscilaba una emoción fácilmente reconocible. La incomodidad.

«¿Encima se arrepiente de haberme besado?», pensó, limándose las zarpas internamente.

Machacó toda la irritación hasta que solo hubo hielo en su corazón. Evitó mirarlo deliberadamente, dirigiendo su atención al otro lado de la calle. De pronto encontró incluso interesante al caballero que se tropezaba con uno de los adoquines. Estuvo pendiente de sus gestos durante un rato, sintiendo dos miradas fijas: la de Saint-John y la de su hermana, que desaprobaba por completo su falta de educación. Ya podía imaginarse la perorata con la que la avasallaría durante el camino de vuelta.

«¡No haces otra cosa que darle la razón teniendo ese comportamiento de riña pequeña!»

A lo que probablemente ella le respondería cambiando «riña» por «niña».

A pesar de sentir la intensa mirada de Saint-John en su cogote durante la

charla superficial que mantuvo con el grupo, no prestó ninguna atención hasta que él, en un intento desesperado por hacer que se girase, hizo la gran pregunta.

—Vendrán todas a mi residencia en Surrey para la semana de caza, ¿verdad? Están invitadas.

Viviana se habría reído si la invitación le hubiera producido algún regocijo. Unos días antes habría saltado de emoción por el gran paso que estaba dando en favor a su plan, pero ya no le motivaba pensar en ganar para verlo sufrir. Estaba convencida de que nunca lograría hacerle todo el daño que quería, se esforzara lo que se esforzase.

Mejor dicho: estaba convencida de que no quería hacerle daño, sino simplemente perderle de vista y olvidar que había existido.

Y como era imposible, no le quedaba otra que seguir adelante.

—¡Viviana! —la llamó Valentina, cogiéndola del brazo y sacudiéndola levemente para llamar su atención—. ¿Iremos? ¿Iremos a Surrey?

—Yo... —murmuró. Carraspeó y tragó saliva, sabiendo que estaba ofreciendo una gran actuación incluso a pesar de la desgana. Enfrentó el rostro del egoísmo puro con fingido nerviosismo contenido—. La verdad es que no lo sé. Tendríamos que pensarlo, pero gracias. —Le apartó la mirada antes de que pudiera decir nada más y tiró del brazo de su hermana—. Vamos, Tina. Se ha hecho tarde.

El grupo dejó atrás a un desconcertado e inquieto duque, que se quedó inmóvil en medio de la calle hasta que el choque con otro transeúnte le hizo reaccionar. Para ese momento, Viviana ya estaba ahogándose en preguntas.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Abigail.

—¿Qué pretendías ignorándolo así?

—¿Vas a aceptar la invitación?

Viviana se giró hacia Jezabel.

—Claro que voy a aceptar —contestó, como si acabara de preguntarle si los perros volaban—. Pretendía que se diera cuenta de que por haberme besado no voy a ir detrás de sus deseadas y adineradas posaderas, y de que dejarse llevar fue el peor error que pudo haber cometido porque no siento otra cosa salvo consternación. Lo ha captado, por supuesto. Si no se hubiera dado cuenta de que estoy escandalizada y puedo ir con el cuento a Carlisle, no me

habría incluido en la lista de invitados. De hecho, dudo que estuviera desde el principio: habrá encontrado la inspiración después de mi desprecio.

Abigail parpadeó, ojiplática.

—¿Es porque él es muy predecible, o de verdad lo sabes todo sobre los hombres?

Viviana no tuvo que planteárselo. Si Saint-John era predecible para ella, era porque había estado observándolo durante dos años. El primero porque captó su atención y pronto empezó a ser el foco de sus desgracias, y el segundo porque tenía el deber de devolverle todas sus jugarretas.

En el fondo lo conocía. Sabía cómo funcionaba. Y a pesar de eso, había reacciones que ella no veía venir. Como el beso que le robó a traición y con el que había quedado demostrado que no era tan indiferente como pensaba.

—Todos los hombres son predecibles, Abby —dijo en su lugar, sonriéndole—. Te va a venir bien ir sabiéndolo, porque muy pronto te va a tocar a ti cumplir con la lista.

La muchacha lanzó una mirada nostálgica al establecimiento.

—Solo espero que en mi plan de conquista no sea obligatorio entrar en tiendas para luego no comprar nada... O para que me veten la entrada de por vida por un comentario desacertado.

Viviana torció el gesto.

—Lo de la reina cebada quedará para la posteridad, ¿verdad?

Jess esbozó una sonrisa afectada.

—Si te dejan volver a entrar a algún sitio será un milagro.

El problema no era que Viviana pudiera contarle a Carlisle el tremendo error que había cometido dejándose llevar. Tampoco que la italiana lo ignorase, le apartara la mirada cuando lo pillaba observándola o que hiciera todo lo posible por mantener la distancia física en una habitación. El problema grande era —pues de igual modo los otros dos constituían un inconveniente—, que no dejaba de soñar con besarla de nuevo. Con besarla hasta borrarle la boca de la cara.

Marcus había tenido sus serias dudas al principio, pero Viviana había acabado aceptando muy amablemente su invitación. Dos días transcurrían desde que los invitados se habían acomodado en su propiedad de Surrey, un enorme complejo de cientos de hectáreas dominado por una mansión de ensueño.

Los invitados y *Viviana*, que no le había dirigido la palabra desde el frío y cortés saludo de bienvenida.

Si tener que reconocer que se equivocaba ya era de por sí irritante, pedir disculpas terminaba de sacarle de quicio. Pero si quería reparar su honor y quitarse de problemas —problemas que para colmo estaban relacionados con su amigo—, más le valía insistir en molestar a Viviana Conti para zanjar el asunto.

En ese momento, Marcus dirigía una hueste al claro donde se celebraría un picnic al aire libre. La italiana iba detrás, pero la veía perfectamente. Charlaba con lady Jezabel, lady Abigail y su hermana menor con esa pasión a la que no terminaba de acostumbrarse, haciendo aspavientos, riendo de verdad y dejándose llevar por las emociones sin importar quién estuviera mirando.

La envidiaba. Y estaría engañándose a sí mismo si asociara esa envidia al desprecio y no a la admiración, cuando lo cierto era que a pesar de todo lo sucedido —la guerra abierta entre ambos durante dos temporadas— le maravillaba su manera de ser.

Él no había tenido la suerte de nacer sin responsabilidades. Lo habían criado asegurándose de que lo haría todo como se esperaba de él, un sinónimo de perfectamente. Y eso estaba bien hasta cierto punto, porque aunque el duque de Saint-John no tenía ningún defecto aparente por el que pudieran señalarlo, a menudo se acostaba pensando si de veras merecía la pena ser el hombre de hielo. Últimamente la respuesta era la misma: no. Ni siquiera la aceptación social valía el precio de la libertad.

Claro que eso nunca se lo había planteado antes. Siempre había estado de acuerdo con su personalidad y sus métodos, probablemente porque asumía que las cosas no podían hacerse de otro modo...

...Hasta que Viviana Conti apareció.

Lo hizo con el clásico vestido blanco de las debutantes, una sonrisa tan peligrosa como un gatillo y abanicándose con delicadeza: un gesto ridículo, cuando los abanicos solo eran elementos de coquetería y ella ya la tenía toda en sí misma.

Marcus no había visto nada tan bonito en toda su vida... Ni tampoco nada tan mordaz. Su atractivo era incluso agresivo, motivo por el que no todo el mundo tenía el coraje de acercarse.

Él se habría acercado si hubiera podido. Y se la habría llevado del salón en ese preciso momento, antes de que pudiera hacerle una reverencia a la reina. Antes de que pudiera bailar su primer vals. Antes de que pudiera ponerse nerviosa. Se la habría echado al hombro y se habría casado con ella solo para tener el derecho de quitarle el vestido y embeberse de su frescura hasta el último de sus días.

—Te noto un poco tenso —comentó Carlisle, que lo miraba fijamente. Marcus parpadeó y sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos. Cuando miró a su amigo le dio la sensación de que él también los había visto.

—Pamplinas —replicó, machacando el mal humor que le sobrevino al recordar quién de los dos se quedaría con Viviana Conti—. Solo estaba pensando.

No podía pagar su frustración con Carlisle, quien no tenía la culpa de nada. El barón había dado con la que consideraba una mujer conveniente para él y le había pedido matrimonio. Y aunque Marcus tachaba esa futura unión de un atentado contra-natura, le tocaba respetarlo y quedarse al margen.

Pero ni todas las excusas del mundo, por muy razonables que fueran, podrían hacer que dejara de detestar la idea de los dos juntos.

—¿Ha vuelto a hacerle algo?

—¿Cómo?

Marcus se giró para mirar a Carlisle, que lo miraba a su vez con una expresión de complicada interpretación. Casi había olvidado que el barón era un hombre inteligente. Teniendo en cuenta que difícilmente se le escapaba algo, podría estar leyéndole el pensamiento en ese preciso instante.

«Tonterías».

—Viviana —dijo solamente. A Marcus le pareció que en ese nombre se concentraban todas sus desgracias—. ¿Ha vuelto a hacerle algo? No ha dejado de mirarla en toda la excursión.

—No, nada de eso. Sorprendentemente, se está comportando —contestó él, metiéndose las manos en los bolsillos con aire distraído—. Quizá por eso estoy tan pendiente de ella. Temo que de un momento a otro vuelva a cometer algún crimen.

Marcus no supo si eso bastó para aplacarle: Carlisle se dio la vuelta y se marchó para hablar con lady Jezabel antes de que pudiera buscar otra excusa más factible. La dama en cuestión había dejado a Viviana a solas con su hermana en un extremo del llano, lo que significaba que había llegado su momento.

Se acercó a la italiana intentando ordenar sus pensamientos. Por el camino, Valentina Conti reparó en sus intenciones y no tardó en dejarlos a solas.

—Señorita Conti —susurró Marcus, captando su atención. Viviana se giró muy despacio, como si quien estuviera detrás de ella fuera un monstruo de tres cabezas—. Creo que deberíamos hablar.

—En eso estamos de acuerdo —cabeceó, con el rostro pétreo.

A Marcus le molestó esa distancia que creó entre ambos, y el velo inescrutable que cubría sus ojos más aún. Pero no dijo nada. Continuaron caminando, recorriendo el sendero que rodeaba la propiedad, hombro con

hombro. Compartir aire con ella ya era excitante de por sí, pero sentirla tan cerca le electrizaba el vello, como si su cuerpo intentara avisarle de que estaba a punto de llover.

—Siento que...

—Si va a pedirme disculpas por besarme, yo que usted me lo ahorraría — cortó Viviana en voz baja, muy concentrada en la línea del horizonte—. No estoy molesta más allá de la sorpresa que supuso y cómo podría tomárselo Carlisle en caso de enterarse, pero yo no diré nada y usted tampoco. ¿Verdad? —recalcó, mirándolo de reojo.

La distante desenvoltura con la que comentó algo que había supuesto para él algo no mucho menos impactante que caminar sobre el fuego, le hizo sentirse extrañamente molesto.

—Claro que no.

—Bien, pues eso es todo. Porque no se repetirá —zanjó ella, estirando el cuello. Seguía sin mirarlo de lleno, dando la impresión de estar hablando consigo misma—. Quizá se atrevió a manosearme porque a pesar de sus disculpas sigue pensando que soy una mujer de baja categoría, o porque tal vez no es usted tan honorable ni leal a sus amigos como parece...

—¿Cómo?

—...Pero en cualquiera de los casos, rechazo lo que ocurrió y preferiría rebozarme en una bañera de cristales rotos a repetirlo. Voy a casarme con un hombre muy decente. Un hombre que me respeta y me aprecia de veras — recalcó, asintiendo con la cabeza. Marcus pensó vagamente en lo concentrada que parecía al hablar, como si intentara convencerse a sí misma de lo que decía—. No pienso permitir que un tonto e insignificante roce cambie el curso de las cosas... Ni mucho menos mi futuro o el de mi hermana.

—¿Tonto e insignificante? —repitió Marcus, ojiplático.

—Así es —repuso ella, ignorando su mirada—. Supongo que funcionó de la misma manera para los dos, ya que según declaraciones tuyas, soy la última mujer sobre la Tierra a la que le pondría la mano encima.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —inquirió él, alzando una ceja.

—Y aunque yo le admiro y respeto —continuó ella, pasando olímpicamente—, tampoco tengo ningún interés en usted.

Marcus se olvidó de la declaración anterior.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué respondió a mis labios?

—Porque le había dejado el ojo morado y sentía que le debía dejar hacer lo que quisiera conmigo —contestó, casi encogiéndose de hombros. Ese desenfado desató una furia intensa en Marcus, que apretó los labios para no soltar una blasfemia—. Y porque es usted su excelencia el duque de Saint-John, la clase de hombre que podría hundirme si no cumpliera sus órdenes, directas o indirectas.

—Dicho de otra manera —cortó, secamente—; me besó por pena.

—Suena terrible —se lamentó Viviana, esbozando una sonrisa comprensiva que crispó los nervios del duque—. Pero sí, podría decirse así.

»De todos modos creo que ambos estamos de acuerdo en que fue un error, fuera lo que fuese lo que nos llevara a hacerlo. Usted tiene en alta estima al barón, y yo le debo mi cuerpo y mi corazón...

Viviana no pudo seguir hablando. Aprovechando que estaban los últimos en la larga hilera de invitados que subían por la colina, Saint-John la cogió por la cintura y tiró de ella para ocultarla de miradas indiscretas en una arboleda cercana. Su espalda fue a parar contra la rugosa corteza de un árbol antiguo, que se enredó en las hebillas de su corsé y le impidió apartarse de inmediato.

Aunque tampoco insistió en salir de allí. Había algo más potente que la mantenía clavada en el tronco: los ojos del duque, que se habían transformado en un taladro.

La italiana cogió aire bruscamente para soltarle una de sus perlas, pero fue él quien tomó la palabra.

—Estamos de acuerdo en que Carlisle no se merece esto, y estoy conforme con que no lo repitamos. Tiene mi palabra —dijo en voz baja. A continuación, dio un paso al frente y pegó completamente su cuerpo al de ella, que sintió tembloroso frente a la presión de su pecho. Aquello le dio el coraje suficiente para proseguir—. Pero al menos tenga la decencia de despedir el asunto no ya con clase, sino honrando la verdad.

Viviana tragó saliva al ver que Saint-John desviaba la mirada a sus labios.

—Le he dicho la verdad, Excelencia —logró decir, con la garganta repentinamente áspera.

—Y un cuerno. Me suplicaste que te besara, Viviana.

El estómago de la italiana se encogió de placer al escuchar su nombre en



aquellos labios. No solo sonó diferente: ella se sintió diferente. Creyó ser una mujer muy distinta a la que era, una que nada tendría que envidiarle a la gloriosa Cleopatra que le rompió el corazón al emperador romano.

—Eso es mentira, y es usted un farsante y un... *Suino vanitoso* —añadió en voz baja.

—Sé hablar italiano —anunció, orgulloso—. Si quieres insultarme sin que me entere vas a tener que aprender alemán.

Viviana vio nacer una sonrisa perezosa y con un claro matiz victorioso en sus labios. No llegó a ser una sonrisa propiamente dicha: no la clase de sonrisa que haría honor a las de su condición. Pero sirvió para inmunizar todo su sistema frente a cualquier otra que pudieran dedicarle. Sabía que empezaría a compararlas a todas con esa.

Marcus notó que ella dejaba de respirar cuando bajó el cuello de su vestido, mostrando la marca roja que le había dejado al besarla con fervor. Los ojos transparentes acariciaron aquella zona como si fuera su mejor creación, y después volaron hasta fundirse con los de Viviana. La mano masculina abarcó el pecho de la joven, posándose justo a la altura del órgano principal.

—Carlisle tiene tu cuerpo y tu alma porque ese anillo que llevas en el dedo te obliga a entregárselo todo —dijo, con ese tono implacable que un hombre solo reservaría para proclamar su verdad—. Pero en este momento, tu corazón palpita de prisa *por mí*. Tu corazón se aceleró el otro día *por mí*. Y eso significa que ya me estás perteneciendo más de lo que él podría hacerte suya cubriéndote con mil alianzas o promesas de matrimonio.

Viviana tuvo que hacer un gran esfuerzo para respirar de nuevo. Obvió la preocupación para estirarse hasta que casi fueron de la misma estatura.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, incisiva.

—Aquí no importa lo que yo quiera, Viviana —contestó él en el mismo tono—. Importa lo que es conveniente, y es obvio que se lo debemos a Carlisle. Pero eso no significa que vaya a renunciar al placer de escucharte decir la verdad.

—¿Quiere que admita que le deseo?

Viviana lo miró con los ojos entornados, pero estos recorrían su rostro en busca de una imperfección a la que aferrarse. Y no la había, porque esa cicatriz en la mandíbula —lo único que lo declaraba como un hombre y no

una oda a la perfección— la llamaba como la miel a las moscas.

—De acuerdo, Saint-John. Me siento atraída hacia usted —prosiguió, tan regia como se lo permitía su cercanía—. Pero no sirve de nada decirlo porque nunca pasará nada. Usted y yo tenemos vidas diferentes, metas distintas y por desgracia para nuestros defectos, poseemos caracteres muy similares. Ni siendo solo su amante podríamos entendernos, y de igual modo no estaría dispuesta a ello.

Marcus se inclinó sobre su mejilla y la rozó con los labios entreabiertos. Deslizó un dedo por su brazo solo para asegurarse de que se le había puesto todo el vello de punta.

—¿De veras no estarías dispuesta? —inquirió, hablando contra su piel. Su nariz trazó una línea ondulada desde la sien hasta casi la comisura de la boca. Cuando continuó, lo hizo sobre sus labios—. Porque lo único que te separaría de serlo sería el orgullo. Los dos sabemos que Carlisle no te interesa.

La vio sonreír misteriosamente.

—El orgullo no es lo único que me separa de usted —replicó, acercándose más a él para demostrarle que su proximidad no le afectaba—. No se crea el centro de mi mundo y olvídese de...

Marcus interrumpió su demostración de veneno animal aplastando sus labios contra los de ella. Fue más urgido incluso que el primero: no se recreó en nada, sino que profundizó para ir directamente a lo que le interesaba. A beberse su saliva, a succionar sus labios y comérsela allí mismo sin que nadie pudiera impedirlo. Porque lo que le interesaba era dejarla sin aliento, atracar en puertos ocultos de su boca y declarar sus tesoros en bancarrota. Con suerte, Carlisle se daría cuenta de que él se lo había llevado todo cuando la besara de nuevo.

Recordar a su amigo no fue precisamente favorecedor. No fue rabia ni furia lo que asaltó sus sentidos, sino la infame necesidad de convencerla de que no estaba hecha para Carlisle. Y entonces, ¿para quién estaría hecha? Para él tampoco. Para él bajo ninguna circunstancia. Pero la presión de los labios femeninos le estaba enloqueciendo, y su sabor había acabado de robarle la cordura. Si la besaba solo un rato más, tendría que concienciarse de que la ley de la naturaleza era contradecir a los dictados legales. Porque estaba escrito que el duque de Saint-John no podía casarse con una mujer como ella.

Aunque temblara entre sus brazos de la manera en que siempre había soñado.

Marcus se separó de ella justo antes de que ambos perdieran el equilibrio.

—Me creo el centro de tu mundo porque lo soy desde que me conoces, ya sea porque te esté besando o porque me estés buscando para provocarme una úlcera estomacal. Pero lo olvidaré —constató él, dejando claro también que haría de todo menos olvidarlo al rozar con el pulgar la zona enrojecida de su cuello. Disfrutó como un niño de la frustración de la italiana, que lo miraba con una combinación de desprecio y anhelo que lo excitó más—. Limitémonos a pasar tiempo juntos cuando Carlisle esté en medio. Y con esto quiero decir que no te acerques a mí, o no responderé ante mis actos.

—¿Cómo? —soltó entre jadeos—. ¿Es eso una amenaza velada? ¿O es que le importan un carajo los sentimientos de su amigo?

—Los sentimientos de mi amigo son lo único que me importa —replicó, sin soltarla. Ella tampoco movía nada salvo el pecho, que subía y bajaba apresuradamente—. De no ser por ellos...

—Carlisle no siempre ha estado ahí —interrumpió, con voz extraña—. Podría haberme asaltado antes, si es lo que está insinuando.

—La diferencia es que antes había podido resistirme.

—¿Y ahora ya no?

«Ahora ya no quiero», pensó, consciente de que el egoísmo lo consumía.

—Será mejor que no diga nada más —zanjó Viviana, antes de que pudiera contestar—. Soy la señorita Conti para usted, y usted es para mí su Excelencia. *Fine*.

No esperó a que Saint-John se recuperase y lo apartó suavemente. Hizo una breve reverencia, esbozó una sonrisa cortés y lo despidió saliendo del escondite con toda la dignidad de la que pudo echar mano. No le sorprendió encontrarse a su hermana esperando en una zona cercana con Jess y Abigail: las dos últimas hablando y la primera lanzando miradas nerviosas a su alrededor.

—¿Y bien? —le preguntó nada más llegó a su altura. La ansiedad aclaraba sus ojos negros—. ¿Qué has hecho? No pareces despeinada, lo que quiere decir que no te ha besado.

—Oh, no. No por ahora —mintió, esbozando una sonrisa no tan secreta o plena de regocijo como cansada—. Pero acabará haciéndolo.

—¿Por qué? ¿Le has insinuado que lo haga?

—Le he dicho un «no» tajante a sus intenciones sexuales y me he comprometido a ser solamente su conocida. Aunque no por mucho tiempo; tengo que seguir coleccionando aficiones y gustos del duque para que me reconozca como una potencial amiga. Probablemente me cuele en su despacho aprovechando que estamos en su propiedad.

—¿Por qué quieres ser su amiga? —intervino Jess, con esa voz que reunía toda la sabiduría del mundo—. ¿Es que no te he enseñado nada? A las amigas no se las desea, Viv. Al menos, no a las hermanas de tu amigo.

—No se desea a las amigas cuando lo primero que florece es la amistad, y a veces ocurre que tiempo después nace la llama de la pasión. No te cierres puertas: eso para empezar. Y si te las cierras que no sea para siempre, porque algún día nos pondremos contigo —señaló Viviana—. Segundo... Él ya me desea —clarificó, con una sonrisa perversa—, pero no es suficiente. El amor no nace de un beso, sino de un beso y un abrazo.

—Pero le has dicho que se olvide de ti... —dijo Abigail, con el gesto torcido—. Eso hará que pierda el interés.

—Oh, querida, qué poco sabes de hombres —sonrió Viviana, echando el cuello hacia atrás.

Abigail entornó los ojos.

—No irás a decirme que los hombres, además de en la pasión entre mujeres, también están interesados en las que los desprecian.

—¿Acaso no sabes tú mejor que nadie cuánto puede llegar a excitar a un hombre que lo traten con la punta del pie? —inquirió Viviana suavemente, lanzándole una mirada elocuente a Abigail. Esta selló sus labios al instante, pero Valentina no se calló.

—No lo entiendo. Dices que volverá a besarte cuando le has dicho que no... ¿Por qué haría eso? ¿Por qué ignoraría tus deseos, si es un caballero?

—Porque sabe que en realidad lo deseo. Es decir —se apresuró a explicar—: *cree* que lo deseo.

—Pero le has dicho que no —insistió Valentina, mirándola con desconfianza—. No tiene sentido que continúe persiguiéndote. Si yo rechazara a un hombre no me gustaría que se pusiera *yesado*.

—Pesado —corrigió Viviana al instante—. Y en cuanto a lo que dices...

Hay muchos tipos de negativas, *cara*. Cuando seas algo mayor sabrás de lo que hablo.

—¡Yo nunca diría que no si quisiera algo! —exclamó, con los ojos entornados—. ¡Es la madre de las estupideces, y le resta importancia a los rechazos de verdad! ¡Mira si no a la pobre Abby! Seguro que se pasan por el arco sus negativas por culpa de mujeres como tú.

Viviana ignoró a su hermana. Su sonrisa petulante se estiró mientras se dirigían al picnic. Miró a Abigail para hacerle entender que estaba de su parte, pero también se acarició la muñeca distraídamente, reivindicando silenciosamente que creía tener la razón.

Mientras caminaban, sentía los ojos de Saint-John sobre ella.

—Ahora dices que no, pero te aseguro que algún día acabarás teniendo que mentir —comentó con desenfado, lanzándole una fugaz mirada de reojo al duque—. Una se ve obligada a renunciar a lo que quiere más a menudo de lo que parece.

Viviana no era una mujer especialmente sentimental. Las únicas personas a las que había querido en el mundo, además de su hermana, habían sido sus padres, y para lo que le había servido, habría preferido no desarrollar sentimientos por ellos. Parecía guardar todo el afecto que le estaba permitido profesar para Valentina, la única que conocía ese lado asombrosamente agradable y entregado.

Sin embargo, Viviana tenía mucho que agradecerle a Jezabel y Abigail. Tanto era que llevaba unos días con un calor insoportable instalado en el pecho, que la calaba más hondo si cabía cuando pasaba tiempo con ellas. La verdad era que, ya fuera porque había pasado mucho tiempo sola a causa de su mala suerte en Londres o porque eran realmente encantadoras, se alegraba de haberse encontrado con ellas. No ya solo para cumplir sus propósitos, único fin para el cual se había acercado a ambas, sino porque disfrutaba de su compañía. Algo que no se habría creído si se lo hubieran dicho unos meses atrás.

¿Entablar amistad con un par de damas inglesas, estiradas, fáciles de escandalizar y más prejuiciosas que Elizabeth Bennet? Antes muerta... Pero había caído.

De todos modos, en ese momento no se estaba acordando de ellas porque lo hubiera pasado de maravilla durante el picnic. Si las recordaba con tanto cariño era porque se estaban encargando de vigilar a Saint-John en el salón de baile. Viviana había tenido que renunciar a una estupenda fiesta para continuar con sus planes, cosa que probablemente habría llegado a dolerle si hubiera tenido la certeza de que la habrían sacado a bailar. Algo que no habría ocurrido ni aunque la silla de la reina hubiera dependido de ello.

En su lugar estaba en el amplio despacho de Saint-John, el que había encontrado de casualidad después de patearse la mansión unas cinco o seis veces. A causa de su desconocimiento había levantado murmuraciones en el servicio, a los que había pillado comentando que podría estar intentando sabotear al duque y que convenía tenerla en el punto de mira.

No se podía decir que fuesen incompetentes, pero ella lo era mucho menos. Robar llaves no era su especialidad, mas con el incentivo adecuado todo era fácil de resolver, y dado que contaba con rencores suficientes para seguir adelante, ya estaba husmeando dentro del despacho.

Cajones abiertos, libros sacados de la estantería, marcas preferidas... Viviana se paseaba por toda la habitación con la pluma mojada en tinta en mano y la manga del vestido levantada hasta el codo. Soplaba de vez en cuando para secar los títulos que iba imprimiendo sobre su piel, y maldecía por lo bajo cuando el líquido negro se corría.

—Vaya por Dios; a «Lord Muy Inglés» le apasiona Dickens. ¿Quién podría haberlo imaginado? —comentó en voz alta, mientras memorizaba los títulos de las obras. Pasó el dedo por las cubiertas y después lo estudió—. Y ni una mota de polvo... O alguien lee demasiado o tiene una obsesión con que le limpien los ejemplares una vez a la semana. Shakespeare, Milton, Walter Scott, Lewis Carroll, William Blake, Daniel Defoe... —Viviana bufó sonoramente—. ¿Es que este *testa di rapa* solo lee autores ingleses? Ah, claro, todos menos Emily y Charlotte Brontë, y ni mucho menos Jane Austen. ¡Qué diablos! ¡Ni mujeres, ni extranjeros!

—*Cumbres borrascosas* no le desagradó del todo —comentó una voz. Después se escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse, y a continuación, la llave girando para bloquear la entrada—. En general le fascinan los finales desoladores.

Viviana se giró como un torbellino, apretándose el pecho con la mano. En cuanto asoció la voz que la había sorprendido con la figura del hombre que estaba de pie ante ella, respiró profundamente y masculló un agradecimiento a Dios en italiano.

—¿Cómo has entrado?

—Le he pedido la llave a Saint-John para coger un libro... Este, en concreto. —Carlisle se inclinó sobre ella, rozándole el hombro en un

descuido. Con un par de enérgicos movimientos logró desencajar el volumen, donde Viviana leyó el nombre de Alexander Pope—. La cuestión es, querida, cómo has entrado tú... O más bien por qué. No creo que estés interesada en libros cuando pones muecas cada vez que te recomiendo uno.

Decir que la había pillado con las manos en la masa era poco, pero no estaba nerviosa ni preocupada. Carlisle no solo la trataba correctamente porque era un caballero, ni porque estuviera prometida a él: también lo hacía porque sabía muy bien lo que le convenía, lo que constituía la diferencia abismal que los separaba. Derek Delancey jamás se enemistaría con una sola alma en el *beau monde*, ni aunque el individuo en concreto hubiera cometido un asesinato. En parte por su prudencia, y también en parte por el dichoso acuerdo con la reina. En contraposición, ella echaba la cruz a la primera de cambio y no temía exteriorizarlo.

—La verdad es que no —admitió ella, lentamente. Recordó con vaguedad las palabras de su hermana. «No pienso dejar que hagas nada si no le cuentas antes lo que estás tramando [...] Te adora, y a mí me trata muy bien». Apoyándose en ellas, añadió—: Pero todo tiene una explicación.

—Me alegro, porque llevo preguntándome un rato qué diablos pasa entre Saint-John y tú.

Lo comentó como si tal cosa, relajado. En eso era un experto, además de fuente de admiración de Viviana: solamente había un hombre en toda la faz de la Tierra capaz de restarle importancia a las cosas y, al mismo tiempo, acentuar su gravedad hasta hacer llorar al interlocutor. Y ese contraste venía en forma de voz aterciopelada, rictus tranquilo y postura cómoda, lo que solo enfatizaba su gran talento. Ese que sin duda había heredado de la gran Ruth Delancey, la inolvidable actriz del antiguo Miranda's Grace Theatre.

—¿A qué te refieres?

—No soy estúpido, Viviana —le recordó, con una sonrisa burlona rizándole las comisuras—. Soy un hombre de temperamento dócil y que te dejaría pasar una afrenta real solo por la desesperación que me domina, pero eso no significa que no me dé cuenta de lo que haces.

—Yo...

—No dudo que preferirás seguir tanteando el terreno un rato solo por si ves si puedes librarte, pero cortaré de raíz diciendo que llevas un tiempo muy



pendiente del duque.

—Solamente deseo ser su amiga —explicó, sin saber muy bien por qué le mentía cuando siempre había confiado en él, y él en ella—. Me acerqué a su Excelencia para disculparme, visto que de nuestra enemistad nunca he sacado ningún beneficio. Y para que pudieras seguir viéndote con él después de nuestro matrimonio sin temer que nos sacáramos los ojos.

—Lo pensaba al principio —cabeceó Carlisle, avanzando tranquilamente hasta recostarse en uno de los canapés. Cruzó la pierna derecha colocando el tobillo sobre la rodilla izquierda, abrazó el respaldo del asiento y se reclinó hacia atrás—. Pero después de fijarme en que Saint-John parece haber sido poseído por el espíritu romántico y atormentado de Lord Byron, y además veros desaparecer esta mañana en unos matorrales, un escándalo que por cierto he tenido que evitar dirigiendo toda la atención a mí mismo, he empezado a dudar un poco.

Viviana se compadeció de él al momento. No tanto por la visión de su amigo y su prometida esfumándose para estar a solas —pues Carlisle y ella no se tenían más aprecio que el de una confabulación pactada— como por saber que odiaba ser el centro de atención.

De todos modos, la culpabilidad no tardó en aguijonearla. Aunque tuviera claro que los sentimientos de Carlisle no iban más allá de la conveniencia, el agradecimiento por el mutuo favor y el respeto por atreverse a ser lo que él despreciaba, seguía uniéndolos un acuerdo tácito de fidelidad. El barón le había dado carta blanca para desquitarse con quien deseara en privado —él haría lo mismo—, pero todo lo que hiciera peligrar su futura unión deliberadamente merecería penitencia.

—Derek... —empezó, mirándose las manos—. Créeme. No quieres saber lo que pasa entre nosotros. Él y...

—Viviana, respóndeme a algo —interrumpió, mirándola fijamente—. ¿Alguna vez te he castigado por algo que hayas hecho? ¿Alguna vez te he tratado mal por ello?

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Negó con la cabeza de inmediato.

—Entonces no tengas miedo. Sabes que podrías hacer cualquier cosa. Cualquiera —recalcó—, que yo nunca podría dejarte.

—Pero podrías no perdonarme y empezar a detestarme —replicó,

acercándose a él y sentándose en el sillón de enfrente—. ¿Por qué no me das un voto de confianza y me dejas acabar con todo esto sola? Podré contártelo cuando haya acabado.

—Porque si lo que pretendes es asfixiar a mi mejor amigo mientras duerme, creo que debería tener unas palabras contigo. Como mínimo intentar convencerte de que no sería conveniente... por muy insoportable que se ponga a veces.

Viviana torció la boca, pensativa. No necesitaba ahondar en las oscuras profundidades que Carlisle tenía como ojos para averiguar en qué pensaba. A diferencia de otros muchos caballeros reservados, el barón era sencillamente imposible. Había un muro de puro granito y acero inoxidable entre él y los demás, por lo que sería estúpido intentar escalarlo descalza. Aun así lo estudió un rato, meditando sobre si sería o no factible incluirlo en su lista de compinches.

Cedió al cabo de dos minutos. Metió la mano bajo la falda y se sacó del ligero de las medias la lista de pasos que la acompañaba a todas partes. Se lo tendió a un Carlisle ligeramente divertido por el atrevimiento de mostrar sus pantorrillas, cuya sonrisa se ensanchó al echar un vistazo a las palabras escritas.

—Cariño... Sabrás que no tengo ni pajolera idea de italiano, ¿verdad?

Viviana le arrancó la lista de las manos y procedió a explicarle de qué trataba su plan sin apoyarse en el programa. Carlisle pronto se interesó por lo escrito, por lo que después lo tradujo al inglés.

—Y eso es todo. Por favor, dime que no estás enfadado.

—¿Porque mi prometida haya decidido darle una muy merecida lección a humildad a Saint-John? En absoluto —contestó, reclinándose de nuevo en el diván—. Pero eso no quiere decir que me alegre, que lo apoye o que no vaya a intentar quitarte la idea de la cabeza. Sobre todo, no significa que no me preocupe.

—¿Que no te preocupe?

—Te expones a más habladurías si alguien llegara a fijarse en los intercambios entre el duque y tú, cosa en la que se acabarán fijando porque, aunque sea por separado, sois las dos personas más valiosas para el cotilleo —uno por importante y otra por escandalosa—. Lo que a mí no me beneficia

en absoluto y me haría quedar como un imbécil, algo que preferiría evitar — empezó, con todos los dedos en un puño excepto el pulgar. Después sacó el índice para proseguir—. Saint-John se enfadará de veras, de eso no me cabe la menor duda. Podrías confiar en que se enamorará de ti de tal manera que no querrá hacerte daño después de averiguar el plan, pero sabiendo que el duque tiene la misma naturaleza vengativa que tú, me prepararía para las represalias... Que tendrían el poder de desbancarte a ti, a tu hermana, a mí y a medio Londres del pedestal social en el que nos mantenemos de pura chiripa. —Tras dedicarle una mirada significativa, levantó tres dedos y se los llevó a los labios, que se acarició distraídamente—. Y por supuesto, podrías enamorarte de él.

—¿Y en qué podría preocuparte todo eso? —rezongó Viviana, que no se cortó a la hora de exteriorizar cuánto le repugnaba la idea—. Estoy prometida a ti, un hombre que me cae bastante mejor que el duque; el duque me detesta, por lo que jamás me pediría matrimonio; por no hablar de que no podría enamorarme de alguien que me ha hecho daño de todas las formas en las que se puede hacer daño a una mujer. Y si eso no te basta, te diré algo: para mí el amor no vale nada.

»La otra opción que se me ocurre es que pudieras ponerte celoso, pero tú no me amas.

—Tú tampoco a mí.

—Exacto —asintió Viviana—. ¿Cuál sería el problema, entonces?

—El problema es toda tu tesis en su conjunto —sonrió Carlisle—. Que Saint-John te caiga mal es una transición por la que todos hemos pasado antes de conocerle: yo incluido. Ahí tienes un punto tachado. El segundo es mucho más sencillo, ya que ambos sabemos que Saint-John está loco por ti y, por muy cuadrulado que sea, podría perder la cabeza en un momento dado y acabar haciendo lo que le pide el corazón... O el cuerpo —meditó un instante después, con humor sombrío—. No olvides que la pasión se asemeja mucho al amor, y aunque no se enamora de ti, al menos estaría convencido de ello.

Viviana parpadeó varias veces.

—¿Que Saint-John está loco por mí? ¿Cómo sabes tú eso?

—Lo sé porque soy muy inteligente a veces, y él un completo inútil... también a veces —contestó, ladeando la cabeza y cerrando los ojos. Si no

fuera por su expresión relajada y porque Viviana sabía que estaba interesado en la conversación, habría pensado que se aburría tanto como para llegar al sueño—. Además de que un hombre en circunstancias normales no se deja molestar continuamente por una mujer. No al menos sin cortar de manera tajante, y no si es un duque con medios más que suficientes para conseguirlo.

—Lo intentó. Intentó cortar de manera tajante —defendió Viviana—. Me decía que parase o habría problemas.

Carlisle soltó una carcajada sin humor.

—Yo a veces muy inteligente, él a veces muy inútil y tú a veces increíblemente ridícula —comentó, divertido—. Cariño, ¿de veras crees que un hombre como Marcus Radcliff —serio, comprometido, responsable... Propietario de un ducado— se habría quedado en el intento? Es el duque de Saint-John, Viviana. Si hubiera querido de veras librarse de ti, Londres te habría visto partir hace centurias.

»En cuanto a tus réplicas para restarle importancia a mi preocupación... Añadiré algo más si me lo permites —continuó, sin perder la pose—: El amor no vale nada, es cierto. Pero existe y es muy traicionero. No lo subestimes, cariño. Podría vengarse de ti haciendo que cayeras a los pies del hombre más terrible que pudieras imaginar. Y según parece, él es ese hombre tan terrible.

Viviana no cambió de postura.

—Si el amor quiere algo de mí, que venga y me encuentre. Tengo armas de sobra para derrotarlo.

Carlisle esbozó su clásica sonrisa burlona.

—No estoy aquí para demoler tus convicciones. Dios sabe que haría falta algo más que mi labia y elocuencia para quitarte una idea de la cabeza... Motivo por el que no voy a hacer el intento de persuadirte para dejarle tranquilo. Dimíto —explicó, esta vez inclinándose hacia delante con las manos en alto. Luego apoyó los codos sobre los muslos y allí dejó el peso, acentuándose la intensidad con la que miraba a Viviana—. De todos modos daré mi opinión.

»Es un hecho que Saint-John ha hundido a tu familia y merece un escarmiento. Si yo hubiera sido tú habría tenido el deber de retarle a duelo, por lo que no me parece mal que quieras cobrarte esa deuda. Tampoco me enfada. Lo único que estoy es asombrado, maravillado y absolutamente

aterrorizado.

»No me extrañará jamás que una actuación en la vida real resulte creíble: soy un actor que lleva la máscara todos los días, y me he codeado con expertos en la materia desde muy joven. No dudo de tus posibilidades. Pero si resulta que eres capaz de mangonear a un hombre de esa manera, conquistarlo y romperle el corazón sin sentir nada salvo satisfacción, tendré que empezar a verte con otros ojos. Ya eres para mí la criatura más manipuladora que hay en todo el orbe, algo que merece tanto mi admiración como mi desprecio y que dadas las circunstancias prefiero enfocar de manera positiva. Pero si te rieras de Saint-John mientras lo despedazas, cosa que estás haciendo por el momento, serías algo mucho peor que una mujer egoísta y falsa. Serías una mala persona y tendrías que avergonzarte de ti misma.

—Él le rompió el corazón a mi hermana —se defendió Viviana. El discurso de Carlisle no le había calado suficientemente hondo—. ¿Por qué no iba a hacer yo lo mismo? ¿Cuál es la diferencia entre pisotear a una persona por placer a hacerlo porque se lo merece? Él es el antagonista de la historia, no yo. Habría soportado sus burlas durante siglos y sin despegar los malditos labios, pero no le voy a dejar pasar al demonio que la agarrase con Valentina. Ella vale mucho más que *su excelencia*.

—No cabe duda de que tu hermana se merece todo lo bueno de este mundo —convino—, pero a ojo por ojo acabaremos viviendo entre ciegos.

—¿Y qué propones? ¿Que lo deje pasar? —exclamó, indignada—. Me acusas de perversa porque no has escuchado a tu único ser querido llorando hasta el desmayo durante un año entero, mientras la persona que se lo causó, no contenta con eso, continuaba haciendo ostentación de su vil naturaleza comentando en los salones toda clase de barbaridades sobre nosotras.

—Creo que coincidirás conmigo en que intentar raptar a su perro entra en la categoría de barbaridad, y no lo contó tal cual —recordó Carlisle—. De hecho, conmigo fue bastante sutil. Se limitó a decirme que tenías las manos muy largas y que carecías de sentimientos o empatía, cosa que visto lo visto, es cierto.

—Tengo sentimientos por aquellos que se los han ganado.

En los ojos de Carlisle brilló una emoción difícil de encajar en un sentimiento humano.

—¿Y qué hay que hacer para ganarse un lugar en el corazón de Viviana Conti? Porque remitiéndome a lo recién mencionado, solo amas a una persona. Teniendo en cuenta eso es fácil llegar a la conclusión de que eres imposible.

—No soy imposible. Todo lo que hay que hacer es quererme —contestó, con voz débil—. Y la única que lo ha hecho sin tacharme de ingrata ha sido Valentina. Yo no siempre he sido vengativa, ¿sabes? Y... Y no sé por qué tengo que darte explicaciones de mi forma de ser. Si supone un problema tan grande para ti que sea un monstruo, déjame y busca otra mujer con la que casarte. Eres la única persona a la que no podría culpar por abandonarme o tratarme mal.

—Haces bien en depositar toda tu confianza en una persona que nunca la traicionaría —empezó él, muy despacio—, porque soy esa persona. Y no, no voy a dejarte porque primeramente no puedo. Segundo, porque no pienso que seas un monstruo. Cuando uno ataca a un gato, este saca las uñas. Es la ley animal, justo lo que somos.

—¿Entonces? No te entiendo —farfulló Viviana.

—Es sencillo. No eres mala; solo tienes defectos que podrían derivar en la perversidad, lo que significa que podrías llegar a serlo si te descuidaras. Quizá hay verdadera mezquindad en tu cuerpo o quizá no: solo lo sabremos llegado el momento. Por ahora solo eres una mujer que no dejará de sentirse amenazada hasta que no le demuestre a su enemigo que está por encima de él.

—¿Y qué momento es ese? —inquirió, con una mueca—. ¿Se supone que si me enamoro de Saint-John es que soy buena persona, y si no lo hago merezco ir al infierno?

—No necesariamente. El momento será en el que te darás cuenta de que todo esto es un error —dijo Carlisle, con una sonrisa ladina—. Quizá no llegues a esa conclusión nunca, y quizá no seas mala tampoco por no dar con la verdad. Sabrás que no hay más ciego que el que no quiere ver, y tú ahora no estás en condiciones de darte cuenta de que Saint-John se ha equivocado muchas veces, pero no es un animal descorazonado.

—¿Y qué es, si no?

—Un hombre con sus fallos pasados, su manera de improvisar el presente y su miedo al futuro incierto; con sus preferencias por todo lo inglés frente a lo

desconocido, su competitividad llevada al extremo y sus pasiones prohibidas. —La mirada de Carlisle se intensificó sobre Viviana, como si quisiera hacerle saber que había un entrecomillado oculto en su afirmación—. Un hombre que merece ser feliz.

—¿Él? ¿Él merece ser feliz, cuando ha pisoteado a los demás para llegar a donde está? —Viviana desencajó la mandíbula. Desvalida, preguntó—: ¿Es que yo no merezco ser feliz? ¿Valentina tampoco lo merece?

—Cariño... —Carlisle se levantó y le acarició el pómulo con el pulgar. Su cabeza se ladeó para seguir el recorrido del dedo, que desembocó en la barbilla femenina—. Uno nunca encuentra la felicidad hiriendo a los demás. Ni siquiera los malos.

»Pero si estás convencida de lo contrario no voy a frenarte. —Apartó la mano y caminó decididamente hacia la salida. Desatascó la puerta y la abrió de sopetón. La miró desde allí—. No soy nadie para meterme en tus asuntos y no pienso librar batallas que no llevan mi nombre. Tampoco meterme en algo de donde seguramente saldré escaldado... Por lo que solo te pediré una cosa.

—¿Qué?

—No te engañes a ti misma.

—¿Por qué lo dices?

Carlisle esbozó una sonrisa nacida en el desierto. Se marchó sin dar pie a una nueva discusión, pero el chasquido de la puerta arrastró sus últimas palabras. Estas flotaron en el aire, envolviendo a Viviana en un torbellino desconcertante.

—Me da la impresión de que necesitas hacerlo para seguir adelante.

—**E**stoy harta.

Viviana observó que Jezabel se arrojaba en el diván haciendo gala de un exagerado dramatismo. Uno que, o bien llevaba años enterrado en lo más profundo de su ser, o que había acabado adoptando tras interminables horas con Abigail y Valentina, expertas en la materia.

—¿Harta de bailar? —preguntó Viviana, irónica—. Oh, yo también. Tengo a tantos hombres encima que he de usar la escopeta para apartarlos.

—Yo no tengo ni espacio para respirar —habló Valentina, también sarcástica—. ¿No los ves a todos, haciendo un corro a mi alrededor?

—No seáis pánfilas. Si os pusierais de pie y hablarais con alguien, os aseguro que os habrían pedido diez mil bailes.

—No creo que eso cupiese en mi carné de baile —comentó Viviana, echándole un vistazo al invisible elemento de la discordia: ese que le recordaba continuamente que no pertenecía a aquel sitio y no lo haría jamás. «Mis más sinceros agradecimientos a Marcus Radcliff», pensó—. De todos modos yo también me hartaría de bailar si fuera tú. Eres la niña de los ojos de Londres.

—No estoy harta de bailar. Estoy harta de no hacerlo con la persona que me interesa —repuso Jess, que empezaba a ponerse nerviosa por no poder cruzar los brazos. Malditas fueran las normas de educación—. Y también estoy harta de no poder obligar a Leverton a estar conmigo porque está continuamente acompañado. Encima por esa serpiente de Megara Swift. Megara —repitió, exacerbada—. ¿Sabéis que Megara era la esposa de Hércules, el héroe semi-dios de la mitología griega? ¿Esa a la que describían como una belleza sin parangón? ¡Es injusto! ¡Tiene nombre de mítica figura clásica y encima es



atractiva de verdad!

—Bueno, Jezabel era una princesa fenicia que reinó en Israel, la Tierra Prometida según las Sagradas Escrituras —meditó Valentina, siempre por la labor de bajar los humos.

—Ya, pero acabó masacrando la ciudad y ganándose el odio de Dios —repuso Jess, con una mueca—. Por no hablar de que uno de sus siervos la tira por una ventana y se la acaban comiendo los perros.

—Y a Megara la asesina Hércules cuando se vuelve loco. Después de acabar con sus ocho hijos, cabe añadir. No uno ni dos: ocho —recalcó Viviana, con una deslumbrante sonrisa—. Creo que es peor pecar de ambiciosa queriendo ser la diosa de Israel a que te mate tu propio marido. Y a tus hijos —apostilló.

Jess acabó sonriendo complacida.

«Qué fácil es hacerla feliz», pensó Viviana, sin apenas aguantar la risa.

—Me conformo con saber que no me parezco a la creadora de mi nombre —comentó, tomando asiento junto a las demás. A esas alturas ya poco le importaba que la relacionasen con las hermanas Conti—. Rara vez se corresponde el significado de este con la personalidad del que lo tiene. A Valentina le pega porque viene de Valentín, el romano encargado de casar a las parejas que se amaban en secreto. Quizá no es del todo una celestina, pero le queda de maravilla el concepto.

—A mí también me queda bien el mío —dijo la mayor—. Viviana viene del latín *vivianus*, lo que significa «lleno de vida». Mi madre lo eligió porque no paraba de darle patadas cuando estaba en su vientre. Aunque no me identifico con eso, sino con la mártir romana Vibiana. Murió por defender su fe y sus creencias hasta el final, justo lo que yo haría de encontrarme en situación...

—Espera —cortó Valentina, poniéndose de pie. Tenía los ojos clavados en un punto del salón—. ¿Esa que está corriendo no es...? Sí, es ella. Es Abby. ¿Qué le ha pasado?

Jess y Viviana no tardaron en recorrer lo largo y ancho de la sala para ubicar a una figura en concreto: la de la discordia. La imponente silueta de Cromwell no tardó en aparecer ante sus ojos, mirando sospechosamente la puerta tras la que había desaparecido el vestido color lila de Abigail.

—Creo que sé lo que ha sido —masculló Viviana, poniéndose en pie—.

Venga, vamos a por ella. Id preparando inútiles palabras de consuelo para hacer además de consolarla.

—¿Qué es? ¿Se trata de ese hombre otra vez? —bufó Valentina, con la cara descompuesta y los puños apretados—. ¿Por qué no la deja en paz?

—A lo mejor no habla inglés —sugirió Jess, caminando tan rápido como las otras dos para llegar a Abigail—. Es nuestra única alternativa si no queremos pensar mal.

—Como si fuera posible no pensar mal de Cromwell. A ese hombre lo parieron los demonios. —Viviana rodó los ojos y abrió la puerta de la habitación en la que se había escondido Abigail, que estaba hecha un ovillo con la espalda apoyada en la pared—. *Mia bella*, ¿qué ha pasado?

Abigail levantó la barbilla para mirar a sus amigas. No lloraba, pero el temor se reflejaba en sus ojos.

—Hoy estaba más insistente que nunca —gimoteó—. Ha sido en medio del salón, no debería... N-no debería haber armado un esc-cándalo así. Sé que no se habría atrevido, p-pero he entrado en p-pánico.

—¿En qué insiste? —preguntó Valentina, tan conmovida que no tardó en sentarse a su lado para abrazarla—. ¿En que te cases con él?

Viviana puso los ojos en blanco. Alguien tenía que darle una buena dosis de realidad a su hermana, y tenía que hacerlo ya.

—En hablar a solas —contestó con voz queda—. Y no hay que ser muy listo para saber que a solas... Que quiere...

—Definitivamente —intervino Viviana, asintiendo con la cabeza—. No accedas, Abby. Ni aunque te amenace. Se sabe que ese hombre no sabe controlarse con las mujeres, y tú no serás diferente. Y como no va a parar hasta conseguir lo que quiere, hay que darle un escarmiento.

—Oh, Dios mío... —gimió Jess, llevándose una mano teatral a la frente—. Un escarmiento de los tuyos puede ir desde llenar el caldo entrante de especias picantes a elaborar una lista de pasos para destrozarle la vida. ¿Deberíamos preocuparnos?

—Yo había pensado más en una travesura que en algo tajante —comentó Viviana, molesta porque le recordaran su plan de conquista—. Hay algo que descarté con Saint-John porque ni siquiera yo soy tan terrible... Y creo que sería ideal para Cromwell.

—Hagámoslo —propuso Valentina, muy decidida.

—Pero si no sabes de qué trata —intervino Jess—. ¿Y si tu hermana pretende asfixiarlo con una almohada mientras duerme?

—No le deseo la muerte a nadie, pero habría un hombre malo menos en el mundo y eso siempre es digno de celebración —meditó Valentina—. ¿En qué estás pensando, Viv?

—¿Te lo han dado? —Abby parpadeó, ojiplática—. ¿Cómo los has convencido? Ya deben saber que eres un peligro público, más concretamente para el duque de Saint-John...

—Una buena jugadora nunca revela sus trucos —recitó Viviana, echándose al hombro el saco de harina y rodeando la puerta de entrada de la habitación para subirse a las escaleras, también tomadas prestadas—. Tendréis que ayudarme con esto, porque pesa más que un muerto... Sobre todo si el objetivo es echárselo sobre la cabeza.

—Noble objetivo —comentó Jess, ayudándola a cargar. No supuso una gran ayuda. Jezabel Ashton era una mujer diminuta, y ya cargaba con lo suyo: un barreño de agua—. No es una de tus mejores travesuras, pero me alegro de que no lo hicieras con Saint-John por otros motivos... Por ejemplo, porque podría haberte matado.

—¿Sería tan terrible? Habría una mujer mala menos en el mundo —contestó, parafraseando a su hermana y recordando amargamente las palabras de Carlisle. Ignoró la culpabilidad sacudiendo la cabeza—. Abigail, no aguantaremos esto durante mucho tiempo. Lady Jezabel es una dama de postín que no ha hecho deporte en toda su vida, y mi hermana tampoco es el Hércules Farnesio. ¿A qué hora le has dicho a Cromwell que venga?

—Debe estar en camino... —musitó Abigail, mirando incómoda hacia todas partes—. Oye... ¿No se va a enfadar el duque cuando lo vea todo perdido?

—No, porque lo limpiaremos nosotras. Las doncellas me han prestado muy amablemente un plumero y una fregona, además del recogedor, claro. —Viviana se sacó un abridor de latas del escote para rasgar cuidadosamente el saco—. Esto está listo... A ver cuándo le da por aparecer a su señoría.

Jezabel resopló por lo bajo.

—Eso digo yo. Los bíceps no están bien vistos en las damas, ¿sabéis? La moda de las mujeres musculadas comenzó y acabó en la escultura de Miguel Ángel, y quizá se mantuvo un poco con el manierismo o titanismo de el Greco...

—No empieces con tus historias, Heródoto —cortó Viviana—. Tu inmensa sabiduría sobre...

—¡Oigo unos pasos! —exclamó Valentina.

Abigail se colocó en medio de la habitación, con las puntas de los dedos apuntando hacia la puerta. Viviana la veía increíblemente nerviosa: frotándose las manos y luego sin saber dónde dejarlas.

Por un momento se preguntó si de veras lo detestaba y quería alejarlo, o solo se había convencido de ello.

No le dio tiempo a meditarlo mucho. Ante el sonido del agua que Jezabel vertió sobre Cromwell al cruzar el umbral, le tocó reaccionar. Se concentró en echarle el saco de harina por encima, tarea que no resultó tan satisfactoria como la de empaparle de la cabeza a los pies. El caballero tuvo suficientes reflejos para esquivar la lluvia blanca que se cernía sobre él, al tiempo que se llevaba las manos a los ojos para apartarse el agua y descubrir quién había sido el de la jugarreta.

Aprovecharon la ceguera de Cromwell para abandonar la estancia y salir en tropel. La harina había levantado tanto polvo a su alrededor que parecía una escena del lejano Oeste; algo que les vino de perlas para evitar que descubriese sus rostros. Claro que, por el camino, Valentina no se pudo resistir a darle un pisotón y soltarle que no volviera a acercarse a Abigail jamás.

A continuación, Jezabel echó a correr junto a Abigail por el pasillo para ponerse a cubierto, y Viviana cerró la puerta para asegurarse de que el caballero tardaba en salir. Luego creyó seguir el mismo recorrido que sus amigas, pero torció por un corredor distinto y acabó chocando con un desconocido. Por suerte, el tipo tuvo la amabilidad de cogerla por los brazos y evitar que se cayera. Viviana fue a agradecersele fugazmente —si se quedaba un segundo más, él se daría cuenta de que había sido la precursora de la broma pesada: tenía la falda manchada y el pelo despeinado—, cuando reconoció las facciones del hombre en cuestión.

Que era de todo menos un desconocido.

—Señorita Conti, ¿no le han enseñado que no debería correr por los pasillos? —inquirió Saint-John, con la voz calma. Su mirada transparente hizo que se estremeciera—. ¿Ni mucho menos en los de una casa que no es su...?

Si el duque no hubiera tenido esa curiosa costumbre de echarle una rápida mirada de arriba a abajo, no habría reparado en el estado de su ropa. No obstante, las cosas no siempre le salían a pedir de boca. Por no mencionar que, como cabía esperar, Saint-John no tardó en fruncir el ceño y separarse de ella para pedirle una explicación.

—¿Qué ha hecho?

—¿Por qué se supone que lo he hecho yo? —se defendió, cruzando los brazos—. ¿Y si le dijera que me lo han hecho *a mí*?

—A usted no intentarían hacerle daño ni los demonios —repuso casi al instante. Tal fue su convicción que Viviana estuvo a punto de soltar una carcajada. No podía culparlo por tener ese pensamiento—. Y aunque fuera posible, si le hubieran hecho algo no creo que estuviera riéndose a mandíbula batiente, como cuando he chocado con usted. Haga el favor y diga la verdad. Si lo descubro en otra parte será mucho peor.

—Su gracia —empezó, estirando la espalda—. El asunto es que no creo que vaya a ser peor que lo descubra por usted mismo a que se lo cuente yo. Si se diera el primer caso podría ir preparando las maletas para marcharme al continente más lejano.

Saint-John cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, los de Viviana eran inocencia pura.

—¿Intentaba volver a las andadas? —preguntó solamente—. Sea lo que sea que ha hecho, ¿era yo su objetivo?

—¡No! ¡Claro que no! Me he reconstruido, Excelencia —se defendió, fingiendo ofenderse—. Aunque yo sé que en el fondo lo pregunta porque me echa de menos. Le duele que ahora dedique mi tiempo a darle los buenos días en lugar de a buscarle las cosquillas.

—Eso denota lo poco que sabe sobre mí, señorita Conti.

—Podría saber mucho más si no fuera usted un témpano de hielo, inmovible e inescrutable, pero por lo menos sé lo básico... En el fondo se

lo pasaba genial conmigo, no mienta.

Saint-John se la quedó mirando en silencio, cosa que Viviana interpretó como una excusa para no tener que mentir en voz alta. Estaba tan convencida que cuando habló después de un rato, por poco soltó una carcajada.

—¿Está usted borracha?

—¿Y si le dijera que sí?

El duque cambió el peso de una pierna a otra.

—Tendría que tomar una medida drástica. Quizá encerrarla en su habitación para evitar disturbios, o mandarla de vuelta a Londres.

—¿Le gusta abusar de su poder, Excelencia?

—¿Le gusta a usted liarme para no tener que contestar a las preguntas que le hago? —contraatacó Saint-John, mirándola con los ojos entornados—. Dígame ahora mismo por qué tiene los zapatos y el vestido llenos de harina y la dejaré en paz.

Viviana suspiró tan profundamente como se lo permitieron los pulmones. Clavó la vista en las punteras de las botas, que no se había cambiado desde la excursión de por la mañana y que por supuesto eran la vergüenza de la moda. Como solía decir la abuela Celestine, un vestido bonito con unos zapatos viejos eran la peor combinación que una mujer buena y un hombre malo.

—Solo era una broma —comenzó ella, balanceándose un poco—. Digamos que... Quería embadurnar a lord Cromwell con un poco de harina.

—¿Qué? —espetó Saint-John, con la mandíbula desencajada—. ¿Por qué diablos haría una cosa así?

—Porque es completo cretino, y un... *viscido*. No sé cómo se dice en inglés.

—Como si fuera un problema para usted no saber traducir una palabra —masculló Saint-John—. Un baboso, por si le interesa. ¿Y se supone que por ser un hombre despreciable *a su parecer* ha de armar ese escándalo? Pienso decírselo a su abuela. Por si no lo sabe, está en mi propiedad y no voy a permitir que haga de las suyas cuando intento establecer cierto orden.

—Puede decírselo si le apetece, Saint-John —le retó, cruzándose de brazos—, pero ni por esas le pediré disculpas y por supuesto no me marcharé de aquí, aunque tenga que encerrarme en su despacho y tragarme la llave. Cromwell es un desgraciado y si alguien ha de irse, es él. ¿Sabe que lleva persiguiendo a lady Abigail toda la temporada? No deja de incordiarla ni

cuando logra hacerla llorar. Eso merece un escarmiento físico.

—Y como lo merece, ha decidido convertirse en Robin Hood y tomarse la justicia por su mano. ¿No es así?

—No me mire de esa manera, Excelencia —le reprochó, con el ceño fruncido—. Yo cuido de mis seres queridos y me tomo como una afrenta todo aquello que les haga sufrir. No he actuado para cubrirme de gloria, sino porque era total y absolutamente necesario. ¿O va a decirme que usted no protegería a su hermana, a su prima o a su madre de un asediador con terrible reputación?

—Me aseguraría de protegerlas sin tener que malgastar harina y armar un estropicio en casa ajena —le reprochó él, aunque más tranquilo—. ¿Por qué no prueba a hacer las cosas bien, aunque sea por una vez? Quizá haya suerte y le encuentre el encanto a no pasarse el día urdiendo planes maquiavélicos con pésimo resultado.

—¿Pésimo resultado? He disfrutado como una niña viendo a Cromwell rebozado.

Saint-John negó con la cabeza.

—No tiene remedio —suspiró, rendido. Cuando terminó de superar su estupefacción, o más bien acostumbrarse a ella, estiró la espalda y la miró—. Lléveme al lugar que ha embarrado con toda su buena intención.

—¿Por qué? ¿No sería hacerse daño a sí mismo? —inquirió ella, alzando una ceja.

—Análisis valorativo de los daños, señorita Conti.

Viviana lo llevó hasta la habitación del caos. Cromwell había tenido la excelente idea de cerrar la puerta al salir para evitar alarmar al servicio o al señor de la casa, pero fue inevitable que este soltara una maldición por lo bajo al encontrarse con el estropicio de agua y polvo.

—Por lo menos tuvo el acierto de retirar la alfombra.

—Sé lo que cuesta una estilo persa. No iba a pagar con usted mi mal humor.

—Es increíblemente amable por su parte, señorita Conti —casi suspiró—. Haré llamar al servicio...

—No, no es necesario. Me he comprometido con sus sirvientes a dejarlo como una patena sin su ayuda —interrumpió Viviana, remangándose y

dirigiéndose a la parte trasera de la habitación para sacar la fregona.

—¿Los sirvientes han colaborado?

—Sí, pero no les castigue. Llegamos a un acuerdo: yo limpiaba todo el estropicio a cambio de que me facilitasen la harina y el agua. Técnicamente no estaban haciendo nada malo, porque todo lo que se ensucia se puede limpiar.

—¿Me está diciendo —empezó Saint-John, poniéndose en cuclillas para coger una pizca de toda la harina que había en el suelo—, que el servicio se ha compinchado con usted *otra vez*?

—Ya le dije tras la gamberrada con su mayordomo que debería buscarse gente de confianza —comentó Viviana, sacando el polvo que había llegado hasta las estanterías—. Si ya sería preocupante que se dejaran comprar por una dama de alta alcurnia... Imagine cuánto le aprecian, que basta la palabra de la señorita Viviana Conti para cometer una maldad. ¿Acaso es usted un completo tirano con ellos?

—La pregunta correcta sería: ¿de qué artimañas se sirve usted para comprarlos? Porque el hecho de que sea el duque de Saint-John y estén a mi cargo debería bastarles para obedecer y no andar montando escándalos a mis espaldas —masculló él, aún sin exteriorizar físicamente su asombro.

Agarró una de las fregonas, la escurrió en el cubo y la acercó al bulto de harina con la intención de colaborar.

—¡No! ¿A quién se le ocurre? —exclamó Viviana, agarrándolo de la muñeca para impedirlo. El simple contacto con su piel caliente hizo que se estremeciera, y que se encontrara a sí misma pensando en lo pequeña que era su mano en comparación su brazo. Enseguida se retiró—. Excelencia...

—Ya sé que un hombre no ha de llevar a cabo esta clase de trabajos y no debería intentarlo siquiera, pero no voy a dejarla aquí sin ninguna ayuda.

—Lo único que iba a decirle es que es un horror ponerse a fregar sin barrer antes —replicó ella, suavemente. Le habría gustado poder fotografiar la cara de Saint-John cuando le tendió el cepillo—. Aunque es cierto que un duque no...

—No intente hacerme sentir mejor —contestó secamente, arrebatándole el cepillo de las manos y comenzando su labor—. No lo necesito.

Viviana lo miró con una ceja alzada.



—Ah, ¿no? —Su voz se convirtió en un llamado a la sutil coquetería. Tanto que él no lo notó—. Debería haber supuesto que el duque de Saint-John se basta a sí mismo. No sería de extrañar que nunca necesitara nada de nadie, teniéndolo absolutamente todo...

Saint-John no le devolvió la pelota. Todo aquello que conllevara exponer antiguos motivos de desvelo era superior a lo que su relación con Viviana podría llegar, y eso ambos lo sabían muy bien.

—Una mujer de su casta tampoco debería saber sobre este tipo de faena —comentó, concentrado en acumular toda la harina en un montón.

—¿Con una mujer de mi casta a qué se refiere exactamente? Porque según lo que tengo entendido, ser el resultado de un idilio veraniego entre un empresario italiano y la hija fugitiva de una dama británica no es precisamente un símbolo de distinción. Pero si la duda no va a dejarle dormir, le diré que en mi casa no teníamos ni doncella ni nada que se le pareciese. Si queríamos que el suelo brillase, había que hacerlo brillar. Y como a pesar de su comportamiento mi madre era bastante dama inglesa para toda tarea doméstica, nos ponía a mi hermana y a mí a jugar a sacar el polvo. —Con una sonrisa arrebatadora, Viviana hizo una reverencia—. Espero que mi respuesta no le escandalice y haya estado a la altura de sus expectativas.

—Por supuesto que me escandaliza. Si alguien le pregunta algo por el estilo alguna vez, ni se le ocurra decir la verdad.

—¿He de mentirle a la gente porque sepa que no les va a gustar la respuesta?

—No ha de mentir, sino simplemente omitir esos detalles. A ningún hombre le gustaría ver a su honorable esposa quitándole el polvo a los postigos de las ventanas... Ni tampoco imaginársela.

—Sí, coincido en que debe ser todo un shock —ironizó ella alegremente, saltando sobre la escalera para limpiar el marco de la puerta—. En una escala de uno a equivocarse de tenedor en una cena de gala, ¿cómo de terrible es que una mujer haya limpiado su propia basura alguna vez en su vida?

Saint-John esbozó una sonrisa diminuta.

«Esa no cuenta».

—Supongo que estaría bastante por encima de proponerle un vals a un miembro de la nobleza, pero muy por debajo de prescindir de la doncella

personal.

—Entonces tenemos un problema, porque hace tiempo que me visto sola. Es una de las primeras cosas que te enseñan cuando naces, y es lógico. Imagine que su ayuda de cámara sufre un ataque al corazón. ¿Tendría usted que bajar desnudo al salón? ¿Se pondría los pantalones como bufanda, o los zapatos colgando de las orejas...? Es arriesgado.

La disimulada sonrisa del duque se estiró un poco más.

—Bajar desnudo al salón rompe completamente con las faltas de educación estándar —repuso—. Todo aquel que apreciase su buen nombre se limitaría a quedarse en su habitación.

—Entonces se desgañitaría gritando el nombre de los criados hasta que uno tuviera la amabilidad de decirle si el pañuelo va atado al tobillo o a la cabeza, al más puro estilo William Kidd.

Los labios de Saint-John por fin cedieron a la sonrisa verdadera, lo que generó una desconcertante sensación de calidez en el estómago de la italiana. No era para menos, teniendo en cuenta que jamás lo había visto sonreír de veras y la probabilidad de que lo hiciera con ella era prácticamente nula. Pero no se estaba regodeando en la victoria, sino en algo similar al placer o la dicha.

—No creo que me sentara bien el atuendo de un pirata.

—Le sentaría bien cualquier cosa —soltó sin quererlo. El vértigo se apoderó de ella durante los nanosegundos que transcurrieron entre su arrebato y su intento por mantener la calma. Optó por subir un par de escalones para alcanzar un punto alto de la estantería, dándole la espalda—. A fin de cuentas es usted un duque.

Notó su mirada persiguiéndola sin tregua, lo que hizo que se tambaleara en un momento dado y estuviera a punto de caerse de la escalera. Logró recobrar el equilibrio a tiempo, pero igualmente Saint-John se colocó a su lado por si hubiera sido necesario estabilizarla.

—Debería bajarse de ahí. Es peligroso.

—Un león de tres cabezas es peligroso —corrigió, evocando la forma de un cuenco con la mano derecha para hacerlas de recogedor—. No subirse a una escalera. Además... No finja que no ha fantaseado en más de una ocasión con ver cómo me parto la crisma.

—Eso ni en broma —cortó él, con gesto adusto—. Solamente he fantaseado con estrangularla.

Viviana se giró dramáticamente para desdeñarlo con la mirada, al tiempo que aplastaba una carcajada en el fondo de su estómago. Tal fue la fuerza que imprimió a su movimiento que esa vez sí perdió el equilibrio de verdad, tropezándose con el escalón en el que estaba y cayendo directamente sobre los brazos de Saint-John.

«Te salen las cosas bien incluso cuando no te lo propones», pensó.

—Se lo dije.

—Le encanta tener la razón, ¿verdad? —farfulló Viviana, no siendo más consciente de estar viva que de las manos de Saint-John. Una conciencia que se volvió plena e intensa cuando intercambió una mirada con él.

Olía a almidón, a fresco, a hombre. A harina. Olía a Saint-John, y por mucho que le molestara, ese perfume era su preferido de todos los que pudiera elaborar la industria francesa para su disfrute.

—No es que me encante; siempre la tengo, víbora.

Viviana alzó las cejas.

—¿Qué ha dicho?

—*Vipera* —tradujo al italiano, aún sin soltarla. Una sonrisa centelleó en sus ojos al reconocer la ofensa en el rostro de la joven.

—¿Me ha llamado víbora? ¿Cómo se atreve? —exclamó, fingiendo indignación. Se planteó darle un empujón, pero en cuanto recordó que tenía harina en la palma de la mano se aprovechó de la distracción del duque para soplársela en la cara—. ¡Eso por poco caballeroso!

Saint-John sufrió un ataque de tos, pero en lugar de soltar a Viviana como habría procedido si fuera mínimamente vengativo, la apretó más contra él mientras hacía lo que podía para despegar las pestañas.

De alguna manera estaba deseando echarle la bronca, echarla de su casa y mejor aún: echarla de su vida, lo que sin duda sería un remedio efectivo. Pero por otro lado, escuchar sus vivas carcajadas le dio tantos motivos para cobijarla entre sus brazos que se asustó.

—Encima que he tenido la amabilidad de traducírsele... —farfulló Saint-John, con la voz enronquecida por la entrada de polvo en su garganta. Supo que había excedido el tiempo de sostenerla entre sus brazos sin revelar sus

sentimientos, por lo que la bajó suavemente a tierra—. Es usted una desagradecida.

Viviana se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa que le retaba abiertamente a cometer tantas locuras como pudieran hacerse.

—Hágamelo pagar, si tanto le ha molestado —propuso ella, ladeando la cabeza. Los ojos de Saint-John brillaron divertidos.

Le lanzó una elocuente mirada a su vestido, manchado por todas partes de harina.

—Creo que ya tiene suficiente con lo suyo.

—¿A qué se refiere con eso? ¿Piensa que no me siento a gusto conmigo misma por estar cubierta de polvo? —inquirió Viviana, alzando una ceja—. Porque eso demuestra que no me conoce en absoluto. Yo no soy una de esas remilgadas *signorine* que ponen el grito en el cielo por una mancha.

Saint-John volvió a sonreír, y esa sí fue una sonrisa de verdad.

Como si el gesto estuviera íntimamente conectado con Viviana, la joven dio unos cuantos pasos hacia él.

—Claro que no lo pienso. Usted no se avergonzaría de sí misma ni aunque hubiera ahogado en el río a un recién nacido.

—No me avergonzaría si le tirase a usted —admitió llanamente, alzando la barbilla un tanto para... ¿Mirarlo o admirarlo? No le quedaba muy claro—. ¿Sabe si los canallas nadan, o se hunden?

—¿Quién está insultando ahora a quién?

—Solo le estoy provocando para ver hasta dónde es capaz de llegar su estricta y honorable excelencia —repuso, bajando la voz—. ¿Alguna vez ha perdido los estribos tras una pelea verbal?

—Solo una.

Viviana esbozó una sonrisa secreta que él enseguida interpretó al pie de la letra. Se sintió orgulloso por haber leído su mente, aunque solo fuera una vez, y también morbosamente complacido con el brillo de sus ojos. No estaba demostrando nada que él no supiera ya con anterioridad —había disfrutado del beso tanto como él—, pero le producía una inmensa satisfacción saberse correspondido.

—¿Y mereció la pena?

—Hay dos maneras de contestar a esa pregunta.

—Sorpréndame con la que más podría gustarme.

—Es arriesgado —dijo, alargando la mano y enredando los dedos en uno de los mechones negros de la joven. El cabello centelleó azul bajo la luz superficial, reivindicando su hechizo y trasladándolo hasta él. Como cada vez que la tocaba, un intenso cosquilleo le mordió la nuca—. Y Dios sabe que los caballeros nunca nos arriesgamos; preferimos dejárselo a los empresarios.

—Usted tiene alma de empresario, aunque no lo parezca —musitó Viviana—. Le gusta tanto el riesgo como a mí. La diferencia entre los dos es que usted es un completo cobarde y a mí me sobra valentía.

—Y le falta sentido común.

—Pero no es algo que eche excesivamente de menos en mi personalidad... ¿Verdad que no?

—¿Estás intentando sonsacarme una declaración, víbora? —murmuró, ya prácticamente sobre sus labios. La abrazó por la cintura y deslizó las manos por las caderas bien moldeadas, que se movieron en la dirección que marcaron sus dedos. Saint-John inspiró profundamente, embriagándose del fuerte olor a hierbabuena—. Porque creía que habíamos llegado a un acuerdo.

—Es cierto —soltó Viviana, apartándose de sopetón. Dio la impresión de haber salido de un sueño bruscamente, lo que en cierto modo era verdad—. Debería mantenerme alejada... Y eso haré. Sí, nunca viene mal tener un poco de sentido común —añadió, más para sí misma que para él.

Hubo un breve e incómodo silencio en el que se miraron a los ojos como si acabaran de verse por primera vez. Él llevaba ya un tiempo sabiendo lo que deseaba, pero no lo había enfrentado con la firme convicción de que no podría resistirse. Claramente había infravalorado sus encantos ya de por sí despampanantes y alabados en silencio. Y en cuanto a Viviana...

Había subestimado las técnicas del enemigo.

—Le diré al servicio que acabe con esto —zanjó Saint-John, abandonando la habitación antes de cometer una locura.

—No tardes —insistió Abigail, mirando a un lado y a otro. Si seguía mordiéndose el labio de esa manera, probablemente acabaría abriéndose una herida—. Sabes que me encanta ayudarte, pero no quiero que me pillen con las manos en la masa.

—Descuida, solo voy a husmear un poco en los cajones —le aseguró Viviana, asomándose bajo el umbral del despacho de Saint-John. Era la penúltima noche que pasaba allí: si quería profundizar en sus averiguaciones, era ahora o nunca—. Es lo que me dejé el otro día por mirar.

Abigail volvió a echar un vistazo al pasillo.

—De acuerdo, adelante. Me quedaré vigilando la puerta.

—Volveremos al salón en diez minutos como mucho —prometió Viviana. Empezaba a verse en la necesidad de dar explicaciones; se sentía culpable por abocarla a esa clase de situaciones, cuando siempre había sido una dama intachable—. Nadie notará nuestra ausencia, no te preocupes.

—No me preocupa eso. Nadie notaría mi ausencia ni aunque no saliera de mi habitación en diez meses —rio Abigail, carente de humor—. Es solo que temo que te descubran.

—No lo harán. Y si te descubren a ti, procura mentir de manera que no piensen que estamos compinchadas. Así saldrás airosa de la situación.

Sin dar lugar a otra réplica, Viviana se encerró en el despacho y se precipitó sobre el escritorio. Suponía que la vida de un hombre tan responsable como el duque no estaba tanto en el salón de baile, en las estanterías o en otras aficiones como en sus deberes. Aún no sabía en qué le ayudaría echar un vistazo a sus libretas de cuentas y otros documentos oficiales, pero seguramente acabaría encontrándoles utilidad. Aunque solo fuera para

estudiárselos y aprender a interpretar todas esas ristas de números, firmas y cartas reales.

—Como si no te hubieras pasado toda la infancia leyendo contratos empresariales —dijo en voz alta, abriendo un cajón y echándole un vistazo a las cartas.

La mayoría estaban selladas y ordenadas por orden alfabético, por lo que abrirlas sería arriesgarse demasiado. Dudaba que pudiera colocarlas luego de la misma manera, así que abandonó la idea y se fue al siguiente cajón. En ese solo encontró plumas y tinteros sin abrir, pulcramente apilados y esperando el momento de uso.

Suspiró y continuó abriéndolos hasta que determinó que no serviría para nada. Pero antes de rendirse, se topó con que uno estaba cerrado con llave y la curiosidad le picó hasta obligarla a buscar la llave por todas partes. Saint-John no era muy listo: la había guardado entre los tinteros para disimular. Sin ningún éxito, cabía decir.

Viviana tiró del asa del cajón y alzó las cejas al ver una carta vieja y abierta, de donde asomaba un título no demasiado interesante.

—¿En serio, Saint-John? —farfulló, sacándola por aburrimiento—. ¿Tan celoso eres de lo tuyo que guardas las escrituras de tus propiedades bajo llave...? —Dejó de hablar en cuanto se topó con un nombre que no conocía. Sorprendida, leyó por encima todo lo que el notario había escrito en nombre del anterior duque. Parpadeó varias veces—. Devis Levinstone.

—¿Viviana? —llamó Abigail, tocando a la puerta—. Creo que viene alguien.

—Sí, sí, ya voy —contestó, sin quitar los ojos del nombre.

—Viv...

La italiana volvió a meter cuidadosamente la carta en el sobre, cerró el cajón de un golpe, lo bloqueó con la llave y la guardó de nuevo donde Saint-John la había dejado. En el fondo no era un mal escondrijo: claro que el duque nunca podría haber imaginado que alguien se colaría en su despacho a husmear y de entre todas las posibilidades se habría fijado en el único cajón con cerradura.

Viviana voló hasta la puerta y la cerró tal cual la habían encontrado. Agarró el brazo de Abigail, tiró de ella y corrió hasta llegar a la mitad del pasillo.

Unos minutos después se cruzaron con el mayordomo de la casa, que muy amablemente las guio al salón de baile tras oír la excusa de que se habían perdido.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Abby en su oído.

—Sí —admitió Viviana, turbada—. Lo que no sé es para qué me va a servir.

—¿Entonces era inservible?

—No exactamente.

—Suéltalo ya, que me tienes en ascuas —insistió Jess, mirándola con cara de perro—. Me encanta que nos sorprendas con tus tretas, pero a estas alturas necesito que me cuentes tus planes para no morirme de expectación. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué es lo siguiente en la lista?

—Lo sabréis mañana —contestó Viviana, misteriosa—. No tendría problema en contároslo si no estuviéramos en medio de un baile en la mansión del duque de Saint-John.

—El año pasado colaste a una prostituta y a dos perros con incontinencia urinaria en la mansión del duque de Saint-John —replicó Jess, a la que no se le daba bien tener paciencia y que solo respetaba hasta cierto punto las decisiones de los demás—. Y lo cierto es que no te vi tan afectada.

—Esa mansión de la que hablas era la de Londres, no la de su propiedad en Surrey —aclaró la italiana, sintiéndose de todo menos culpable. De hecho, con abanico en mano y pedrería en el vestido, era muy difícil sentirse de alguna manera que no fuera estupendamente—. Hasta yo respeto las casas de campo británicas.

—Las respetas porque están fuera de tu alcance —repuso Jezabel, también abanicándose—. Si fuera tu vecino te importaría un carajo.

Viviana alzó una ceja.

—Te noto considerablemente alterada. ¿Algún marqués de Leverton te ha ignorado?

—Ojalá pudiera golpearte sin que me echaran del salón por maleducada.

—Pues a mí no me importaría que me echaran si a cambio pudiera darle un escarmiento a Cromwell —anunció Abigail, hablando por lo bajo. Viviana y



Jess se giraron hacia ella, siguiendo enseguida la dirección a la que apuntaba su mirada. El rey de Roma acababa de volver, ataviado con sus mejores galas.

—Después de lo de ayer habría convenido que huyera por patas —farfulló Viviana—. A lo mejor necesita que le echen otro saco de harina por encima.

—¿Otro? —Jess alzó una ceja—. Pero si no le cayó ni una pizca.

—Eso es lo de menos —balbuceó Abigail, impacientándose. Viviana lo supo porque acababa de volver otra de sus manías: la de menear el muslo incansablemente para distraerse de los nervios—. Está viniendo hacia aquí.

—¿En serio se atreve a venir? ¿Por qué los hombres nunca captan una indirecta? —Sacudió la cabeza, asqueada—. *Uomini testardi...* Vamos a tener que hacer algo más para separarlo de ti, pero por el momento no se me ocurre nada mejor que coger tu carné de baile.

—¿Mi carné? ¿Para qué?

—Para llenarlo de nombres de caballeros antes de que se le ocurra dejar su estampa en él, por supuesto. No será tajante pero te librarás de él una noche. —Viviana le arrebató el pasaporte a la pista de baile y destapó la pluma estilográfica que guardaba para escribir el primero. Jess y Abigail observaron no sin cierto pavor la sonrisa perversa que se formó en sus labios—. De acuerdo, ahí van unos tres o cuatro. ¿Lady Jezabel? ¿Le interesaría añadir un par?

La susodicha tomó el carné y la pluma. Lo colocó en la pared para tener algo en lo que apoyarse, y justo cuando fue a escribir un nombre, soltó una carcajada.

—¿Lord Cabeza de Pescado? —leyó, con los ojos muy abiertos—. ¿Señor Aprieta Pero No Ahoga?

—¿Preferías que pusiera insultos en italiano? —inquirió Viviana, parpadeando coqueta—. Vamos, vamos, sigue escribiendo. Lord Tostón se aproxima a las nueve.

Jezabel garabateó unas cuantas palabras y se lo tendió a Abigail justo antes de que Cromwell emergiera de la masa de parejas. Viviana tuvo que reconocer que era uno de los caballeros más apuestos que había visto, y que no lo era de una manera común, sino extrañamente perversa. Era el aire de hombre de todos y de ninguna que le rodeaba lo que le hacía irresistible.

Los intensos ojos azules de Cromwell se clavaron en una figura que curiosamente no era la que tenía por costumbre estudiar de lejos.

—Si ha venido a pedirle bailar a lady Abigail, puede irse por donde ha venido —le espetó Viviana, aprovechando que era el centro de su atención—. Ya le han suplicado los primeros diez vales caballeros de esta sala.

—No me cabe la menor duda de que lady Abigail se merecería bailar diez vales seguidos, pero todos aquí sabemos que no se le ha acercado nadie.

—Lord Cromwell —se metió Jess—. Eso ha sido una falta de caballerosidad en toda regla.

—¿Y cómo consideraría lo de bañarme con agua helada la otra noche? Por no hablar del fútil intento de convertirme en una empanada sin freír, por supuesto —repuso el caballero, con un extraño semblante entre la seriedad y la diversión—. ¿Eso no es una falta de caballerosidad, o en este caso de educación?

—Eso es la guerra, milord —contestó Viviana—. Y si ha venido a por más, descuide. Vamos a seguir atacándole hasta que se conciencie de que Abigail no es para usted.

—En realidad no había venido buscando a lady Abigail, sino a la señorita Valentina Conti.

Las tres se quedaron ojipláticas, en especial la joven morena. Viviana miró a la hija de Stratford de reojo, percatándose de que había en su expresión una mezcla de alivio y preocupación.

—¿Por qué está buscando a mi hermana? —le soltó Viviana, cruzándose de brazos. Era consciente de que se estaba convirtiendo en el centro de atención en medio de la sala, pero no le importó. Todo era por una buena causa—. Esta mañana se encontraba mal y ha decidido quedarse en la habitación.

Un amago de sonrisa rizó la comisura derecha de los labios de Cromwell. Ni que decir tuvo que aquella expresión a todas luces sesgada generó una sensación de malestar en Viviana, que estuvo a punto de agarrarle del brazo y obligarle a decir por qué diablos había puesto esa cara.

—Comprendo. —Cromwell hizo una reverencia superficial—. Gracias, damas y señorita. Las dejo urdiendo su siguiente plan para desestabilizarme. Buena suerte... —Le lanzó una última mirada a Abigail—. La van a necesitar.

Viviana apretó los labios y se echó para delante, en un claro intento por

agarrar a Cromwell del pescuezo y sacarle del salón de baile a rastras. Lo que habría ocurrido a continuación siempre sería un misterio, porque no pudo dar un solo paso. Unas manos masculinas tomaron las suyas y la hicieron dar media vuelta sobre sí misma.

—¿Me concedes este baile antes de que puedas sacarle los ojos a lord Cromwell? —preguntó Carlisle, mirándola con una especie de sonrisa asomando a los labios. A Viviana no le quedó otro remedio que acceder: tenía los ojos de todo el salón puestos sobre ella—. Gracias por no resistirte. O quizá debería darte las gracias por hacerlo. A matarle, me refiero.

—No deja de perseguir a Abigail, y creo que ha insinuado que va a hacer lo mismo con mi hermana —masculló entre dientes, dejándose conducir al centro de la pista. Por suerte tocaba un vals lento y romántico, lo que les permitiría hablar cómodamente—. ¡Con mi hermana! Solo de pensarlo me dan ganas *di picchiare a...*

—¿Recuerdas lo que te dije de que cuando tengo una conversación me gusta entender lo que me dicen?

—Solo decía que me gustaría colgarle de un árbol. No me cabe la menor duda de que si quisiera seducir a Valentina... Si quisiera conquistarla... Lo conseguiría.

—Creo que subestimas tu hermana, Viviana. Ya no es la dulce muchachita de dieciséis años que se enamoró perdidamente del hombre equivocado. Estoy seguro de que desde entonces sabe andarse con cuidado.

—Tú no conoces a Valentina. A ella no le importa que le hagan daño; sigue creyendo en los demás —musitó, negando con la cabeza. Mantener el ritmo mientras hablaba era tan difícil que tuvieron que abandonar la idea de bailar antes de lo previsto. El motivo fue el supuesto mareo de la italiana, que había logrado hacer que se tambalease peligrosamente. Carlisle y ella tomaron asiento en uno de los sillones disponibles; él abanicándola con su propio abanico—. Como te decía... No la conoces. Es un alma cándida.

—Eso ya lo sé.

—Pero es que no es solo eso —interrumpió, hastiada—. Es tan dulce que los ángeles deben estar pensando en reclutarla. Es tan generosa que se desnudaría en medio de Piccadilly si viera a alguien que necesitara vestirse más que ella. Es... En definitiva, es demasiado buena para desconfiar de la

naturaleza de cualquier ser vivo. Si un rinoceronte echara una carrera hacia ella con el cuerno por delante, no se apartaría: se quedaría en el sitio y esperaría su aproximación para acariciarlo.

—¿El rinoceronte es Cromwell?

—Podría serlo —suspiró—, por eso tengo que quitarlo del medio.

—Como sigas planeando quitarte hombres del medio vas a dejar sin marido a una considerable cantidad de casaderas —reflexionó Carlisle, mirándola. Viviana se percató del matiz inquieto que oscurecía sus ya de por sí oscuros ojos y volvió a suspirar.

—Le estás dando vueltas al asunto de Saint-John, ¿verdad? Te ha molestado, lo entiendo —empezó—. Pero tenía que contártelo. Imagina que llegas a enterarte por él o por cualquier otro. No habría sido justo para ti... No te lo mereces.

—Coincidimos en que no me merezco que mi prometida intente cortejar a mi mejor amigo —cabeceó Carlisle. Viviana intentó ir más allá de su pétrea expresión, solo levemente alterada por una ligera sonrisa afectada; no lo consiguió, para no variar—. Pero mi mejor amigo se merece mucho menos que vayas a intentar cortejarlo para hacerle daño. Sobre todo si cree que me harás daño a mí por el camino.

—Entonces prescinde de mí —sugirió Viviana, tajante—. No voy a obligarte a casarte conmigo, Derek... Y mucho me temo que tampoco voy a olvidarme de mi venganza. Es algo que tengo que hacer para quedar en paz conmigo misma y reparar el honor de mi hermana. Tú lo dijiste, ¿recuerdas? Si hubieras estado en mi lugar, no habrías tenido opción: habrías tenido que retarlo a duelo. Comprendo que sea demasiado para ti —continuó—. Por eso te dejo elegir.

—Sabes perfectamente que no puedo elegir; te lo dije el día en que pedí tu mano. Tengo que casarme ya o perderé todo lo que tengo, y tú eres la única con la que podría aspirar a un matrimonio decente.

—Eso no es cierto. Soy la mujer más indecente que podrías cruzarte en todos los días de tu vida —negó Viviana, incorporándose—. Lo que pasa es que crees que soy la única opción porque fui la primera que viste en una situación precaria. Creas o no lo que te digo, Derek, hay mujeres más desesperadas que yo. Mujeres que la reina aceptaría de buena gana y que

serían esposas mucho más que aceptables.

—Yo no quiero una esposa aceptable, Viviana —alegó—. Te quiero a ti.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Porque solo a mi lado tus pecados parecen empequeñecer? ¿Porque mis escándalos superan a los tuyos con creces, haciendo que la gente me señale a mí antes que a ti?

—Es bastante más sencillo que eso —contradijo, suavemente—. Se debe a que eres la única mujer a la que nunca podría amar.

Viviana parpadeó, sorprendida por la rotunda afirmación. Había tal claridad en su semblante que no buscó más allá de las palabras: una certeza aplastante las había adornado con su crudeza. Y aunque la italiana no sentía nada por él salvo el aprecio hacia un amigo, se sorprendió herida en el orgullo por su sinceridad.

—¿Por qué no?

—No te lo tomes a pecho, Viviana. Tu temperamento me fascina y admiro profundamente tu tenacidad. Tanto que a veces me aterras —sonrió—. Es solo que no eres la clase de la mujer de la que podría enamorarme.

—¿No es un poco calculador saber de antemano de quién podrías enamorarte y de quién no?

—En absoluto. Tú sabes perfectamente que no podrías querer a alguien como yo, lo que pasa es que no te importa y tampoco lo admitirías en voz alta. Ya ni siquiera es cuestión de gustos o preferencias personales, sino de las inclinaciones del corazón. Tú y yo somos parecidos en cosas que no nos benefician y además existen diferencias insalvables entre los dos. Nunca podría aportarte lo que necesitas para convertirte en una mejor versión de ti misma, y tú jamás podrías darme lo que me haría falta para volver a ser quien era.

Tenía todo el sentido del mundo. Viviana lo había pensado muchas veces cuando anunciaron su compromiso: Carlisle y ella, a pesar de llevarse bien y apreciarse sinceramente, nunca podrían llegar a enamorarse el uno del otro. No sabía qué le echaba a él para atrás. Tampoco sabía qué la frenaba a ella. Pero era un hecho que su matrimonio no solo empezaría siendo una farsa, sino que lo sería hasta el fin de los tiempos.

—Nos parecemos en que a los dos nos importa un carajo seguir adelante sabiendo esto, lo que no es bueno para ninguno —meditó Viviana—. No más

allá de lo obvio: tú con el objetivo de mantener tu título, y yo no quedar sola de por vida. La gran pregunta es... Si tienes tan claro que nunca podrías quererme, ¿por qué insistes en tenerme a tu lado? Tú puedes permitirte a una mujer que te ame. Una mujer desesperada, pero que te ame.

Carlisle sonrió de nuevo.

—Porque no quiero que ninguna mujer me ame, además de que no deseo amar a ninguna mujer. Por eso eres perfecta para el puesto, Viviana Conti. Por eso eres la única. Nunca podrías defraudarme, decepcionarme o arrancarme el corazón... Y yo tampoco a ti. Dado que el matrimonio es un negocio, creo que tú y yo saldríamos ganando por encima de cualquiera.

Viviana asintió, meditabunda. Se concentró en las puntas de sus zapatos, no mucho más interesantes que el lado resueltamente codicioso de Carlisle pero sí bastante menos aterradores. Lo que no quería decir que no fueran espantosos o no dolieran como el demonio.

—Eso quiere decir que soy la única posibilidad y que me retendrás a tu vera pase lo que pase para no solo obtener tu título real, sino también evitar acabar con una esposa irritante con la que al principio todo era de color de rosa.

—Motivos absolutamente egoístas —resumió Carlisle, encogiendo un hombro—. Pero sé que nunca me juzgarías porque tú también lo eres.

—Así es —asintió, sin mirarlo—. ¿Sabes, Derek? Nuestros hijos tendrán tres ojos, garras de demonio y lengua bífida. Y nosotros seremos los únicos culpables por no mezclar nuestra sangre negra con la de un ángel.

—Podré vivir con ello. ¿Y tú, cariño...? Ah, hola, Saint-John —saludó repentinamente, mirando un punto por encima del hombro de Viviana—. ¿En qué podemos ayudarte los futuros Delancey?

Viviana aún estaba en estado catatónico, pero decidió tentar a la suerte y llevar al límite sus tobillos para enfrentar al duque. Soñó con que no había escuchado la conversación: un sueño que supo cumplido antes de formularlo cuando lo miró a los ojos.

Los ojos de un ángel. Pero Viviana nunca se dejaría engañar por una apariencia divina cuando sabía lo que encontraría debajo.

—Se me había ocurrido que podría bailar con la señorita Conti —comentó, mirando solo a su amigo.

—Habéis hecho buenas migas, ¿eh? Seguro que hasta ha conseguido

hacerte reír —sonrió Carlisle. Viviana por poco se atragantó con su propia saliva al oírle bromear sobre las exactas palabras de su lista—. Claro que sí, Excelencia. Puede bailar con la señorita Conti si lo desea.

Viviana se dejó arrastrar al centro del salón, tan sumida en sus pensamientos que no se percató de que estaba siendo observada por todos y cada uno de los presentes. Tampoco prestó atención a la mirada curiosa que le dirigía Saint-John, quien por supuesto no la había visto así jamás.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó en tono confidencial.

Viviana enfocó la vista para mirarle y buscó en su cabeza una respuesta decente, pero no encontró nada. Seguía dándole vueltas a la conversación que había tenido con Carlisle.

Sospechaba que le había soltado todo aquel discurso para despacharla a gusto sin que fuera realmente consciente de que el único objetivo era machacarla, y suponía que así eran las cosas porque en el fondo le molestaba que se atreviera a jugar con Saint-John.

No podía culparlo. Quizá tenía razón y se estaba perdiendo a sí misma al querer proteger a Valentina por encima de todas las cosas. Tal vez se mereciera cualquier reprimenda e insulto por intentar defender lo que era suyo: la dignidad y el respeto. A lo mejor debía dejar atrás sus rencores y empezar de nuevo, aunque día a día tuviera que enfrentar los ojos melancólicos de Valentina. Ese doloroso recordatorio de que la habían tratado como a un perro.

—Solo me sorprende que me saque a bailar —terminó contestando, fijándose en sus rasgos. Volvía a sonar el vals, por lo que tenía sus ojos transparentes a crítica distancia. Paradójicamente, su mirada la hizo sentir tan bien como mal—. ¿Se ha cernido el Apocalipsis sobre todas las mujeres del mundo y soy yo la única que ha quedado disponible?

Saint-John soltó una carcajada. Fue sutil, comedida y prácticamente imperceptible para los espectadores que observaban desde el palco, pero Viviana la acogió en su pecho antes de que pudiera pasar por el filtro de su raciocinio.

Había sido el sonido más bonito que había escuchado en su vida. Y sonó doblemente encantador porque eso significaba que podía continuar con el siguiente paso: esa noche tacharía el tercero y lo prepararía todo para

empezar con el cuarto.

—Me he dado cuenta de que no sería tan malo pasar tiempo con usted como pensé. Y pensaba que el Apocalipsis del que habla no tendría ni punto de comparación.

La sonrisa de Viviana se esfumó lentamente.

—¿Se está riendo de mí?

—No. —Viviana odió que sonara sincero, y no entendió por qué fue así—. La he sacado a bailar porque he visto en su expresión que estaba incómoda. Estoy convencido de que usted no habría hecho lo mismo por mí, pero yo me veo en el deber de...

—No, no lo habría hecho —cortó, mirándolo con un semblante que Saint-John interpretó como una disculpa—. Soy peor que el Apocalipsis, Excelencia. Debería alejarse de mí, porque voy a hacerle daño. Voy a hacerle daño de verdad.

—¿Cómo? Viviana... ¿Estás bien?

—No —admitió al fin, apartándose. Fue una suerte que en ese momento cortaran la música: habría sido abusar prescindiendo de un bailarín en medio del salón dos veces consecutivas—. Lo siento...

Viviana abrió los ojos en el momento en que la imagen de Saint-John se difuminó en el aire. Parpadeó varias veces, alejando la neblina del sueño en el que se había sumido sin querer, y se incorporó hasta apoyar la pared en el respaldo.

Llevaba sin soñar con él desde que lo vio por primera vez: esa misma noche, su figura había ocupado por completo sus sueños. El duque había dominado a su subconsciente con una facilidad apabullante.

Trató de apartar ese hecho de su mente y esbozó una sonrisa amarga. Incluso mientras soñaba se estaba dando cuenta de que no era verdad. Saint-John jamás la habría sacado a bailar. Ni siquiera en el caso de darse un Apocalipsis. Además de que tampoco se preocuparía por ella.

Lo último que recordaba de la noche era haber salido del salón en cuanto Carlisle terminó de hablar. Se había sentido tan mal que con las correspondientes disculpas y excusas había logrado desembarazarse de sus obligaciones.

Era la hora perfecta para iniciar el cuarto paso. Se los sabía de memoria



todos, pero solo por asegurarse volvió a sacar la lista del bolsillo y lo repasó. Asintió y dispuso todo lo necesario.

Se metió en la bañera que la doncella había preparado diligentemente con agua ardiendo. A esas alturas ya se había enfriado tanto que tuvo que contener un siseo al zambullirse en ella. Estuvo allí metida hasta que la piel se le secó y empezó a tiritar. Solo cuando se aseguró de que tenía los labios azules en el espejo, se levantó y se dirigió tal y como vino al mundo al gran ventanal de la habitación. Corrió las cortinas, giró los postigos y abrió la contraventana para dejar pasar una gélida corriente de aire: había tenido suerte eligiendo el día, y debía agradecerle a Saint-John que hubiera escogido un condado especialmente frío para erigir su mansión. Desde luego, dormir con la ventana abierta haría que cualquiera se levantara con malestar físico. Por eso se aseguró de que Valentina estaba bien arropada —no solo con su propia colcha, sino con la de su hermana— antes de sentarse en el alféizar de la ventana con el pelo mojado y poco más que una fina sábana cubriéndole el cuerpo.

Se hizo un ovillo allí y se quedó contemplando las estrellas, riéndose para sus adentros por lo romántica que era la idea y lo terrible que resultaba llevarla a la práctica. Después, imaginando un supuesto en el que Saint-John salía a cabalgar esa noche e iba a verla al balcón, cerró los ojos y se quedó dormida entre temblores.

«Una dama en apuros es, salvo excepciones,  
una varita mágica: tiene el poder de convertir  
a un hombre en un héroe nacional».  
*Extracto del cuarto paso para poner  
a un duque a tus pies*

—**S**i el cuarto paso de la lista no era morir de una pulmonía —empezó Abigail, mirándola con los ojos ahogados en preocupación—, ¿de qué se trataba?

—No tengo ni idea —contestó Jezabel, con una mueca. Observaba el rostro pálido y los ojos llorosos de Viviana con aprensión, sin saber muy bien lo que decir—. Y si yo no tengo ni idea es que la cosa va realmente mal.

—Os imaginaba un poco más creativas —comentó Viviana, con voz nasal. Esperó pacientemente a que algunas de las dos diera su idea, pero ninguna hizo ningún sonido. La italiana acabó suspirando... O lo habría hecho si al coger aire no se hubiera atragantado y hubiese empezado a toser descontroladamente—. El cuarto paso es hacerme la doncella en apuros.

—¿Eso no lo hiciste ya? —preguntó Jess—. Te recuerdo que adiestraste a tu caballo para que hiciera cabriolas contigo encima delante de Saint-John.

—Pero en ese momento fue para hacer presión y obligarle a perdonarme. Esto que veis —se señaló la cara con el índice—. Es para despertar su instinto protector. O por lo menos su lado tierno... Aunque dudo que alguno de los dos exista. La verdad es que me conformaría con que preguntara por mí al menos dos veces al día. Lo consideraría una victoria.

—¿Has arriesgado tu vida por un par de «cómo está Viviana»?

—Abby, nadie se muere de un resfriado —repuso Viviana, poniendo los ojos en blanco.

—Eso no es un resfriado —insistió Abigail—. Tienes la cara de los muertos y no puedes respirar bien. Mi madre tenía la misma apariencia cuando contrajo la tisis.

—Adoro tu dramatismo, Abigail Appleby —sonrió Viviana, entre mordaz y conmovida—, pero en esta ocasión prescindiremos de él. Al menos por el momento.

—Pero tiene su parte de razón; te has arriesgado demasiado, Viv. Un resfriado inglés no es lo mismo que un resfriado italiano, si es que en Italia enfermáis alguna vez —intervino Jezabel—. En Inglaterra...

—Todo es peor, lo sé. Imaginaba que los resfriados leves formarían parte del equipo —convino, levantándose de la cama y sacando del armario el vestido para la mañana de caza—. Pero me encuentro perfectamente. Viviana un punto; Inglaterra, cero puntos.

Abigail suspiró, con toda probabilidad dándola por perdida.

—Otra cosa no, pero hay que reconocer la buena suerte que tienes —habló Jess, sabiendo que con una regañina no conseguiría nada—. Si yo hubiera pasado la noche pegada a la ventana con el pelo mojado, me habría despertado con las puntas encrespadas, la nariz tan mocosa que gotearía continuamente y los ojos inyectados en sangre. Y tú, en cambio, solo tienes fiebre y mirada nostálgica. Esa que las mujeres querían tener a toda costa hace unas décadas. Durante la Regencia se echaban líquidos corrosivos con altas concentraciones de arsénico para tener los ojos de un cuadro romántico, ¿sabéis?

—¡Arsénico! ¿Cómo no se me ocurrió antes? —bufó Viviana—. Mira que gastarse ese dineral para luego quedarse ciego... Con lo fácil que habría sido que hicieran como yo. En fin, hoy no necesito que me ayudéis a hacer nada. Simplemente pasad el día conmigo y entretenedme. Tengo un dolor de cabeza espantoso, y no pienso tomarme algo hasta que Saint-John no se haya preocupado por mí.

—Pues probablemente te dará el sol.

—No lo creo —replicó Abigail, lanzando una mirada distraída hacia el ventanal abierto de par en par. Luego se quedó prendada de las formas que

creaba la tela de la sábana que Viviana había utilizado, enrollada en el alféizar—. Saint-John se preocupará en cuanto la vea.

Viviana podría haberle preguntado por qué estaba tan segura, pero la doncella entró en ese momento en la habitación para anunciar que ya se habían congregado todos los invitados en el salón. Terminó de vestirse apresuradamente con ayuda de la muchacha, que la miró inquieta cada vez que sorbió por la nariz.

—Si te encuentras mal en algún momento... —empezó Abby—. Prométeme que volverás a la cama.

—Por supuesto que no te lo prometo —bufó Viviana, suavizando las arrugas de la falda color azul—. Los Conti siempre hemos tenido una salud de hierro. Ni siquiera un «resfriado inglés» podría hacerme guardar cama.

Abby la miró con la boca torcida, pero no añadió nada más. La italiana lo apreció. Sabía que no estaba en su mejor momento: cuando se había mirado al espejo aquella mañana, por poco había pegado un grito. Aunque por otro lado era mejor que se le notara demasiado. Ya fuera por el sonido de su tos de fumador empedernido o por lo espantosa que estaba, Saint-John se fijaría en ella.

No solo Saint-John, por desgracia.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó Carlisle, nada más verla bajar las escaleras. No parecía preocupado. La estaba mirando de hito en hito, como si supiera que estaba pálida por alguna clase de maquillaje perenne—. ¿Te has puesto enferma?

—Claro que no. ¿Está listo mi caballo?

—¿Vas a venir con nosotros?

—¿Cuándo he rechazado yo un paseo a caballo?

—No se te ha ofrecido, Viviana —contestó suavemente—. Entre otras cosas porque no estamos hablando de un paseo, sino de largas horas de caza.

—Voy a reformular: ¿cuándo he permitido yo que me prohíban hacer lo que me da la gana?

Carlisle soltó una carcajada por lo bajo y tomó su mano para ayudarla a bajar los últimos escalones.

—Estás ardiendo —susurró, conduciéndola a la salida de la mansión.

—Será porque hay fuego en mi interior —replicó dramáticamente,

arrancándole una sonrisa ladina al barón—. Y si lo repites por cómo tengo la cara, has de saber que las mujeres no siempre nos levantamos de la cama con el guapo subido.

—A ti concretamente siempre te he visto preciosa.

Viviana le lanzó una mirada de ojos entornados. Estuvo a punto de prohibirle que la adulase, alegando que tenía memoria y estaba muy reciente la conversación de anoche. No obstante, si Carlisle había decidido achacarle la personalidad de una déspota sin sentimientos, le tocaría actuar en consecuencia.

Los dos se montaron en sus respectivos caballos y cabalgaron hasta el lugar donde los caballeros ajustaban sus escopetas. Viviana no solía ser impuntual, pero no fue eso lo que sorprendió a los presentes, sino su sencilla aparición. Por otro lado, Carlisle acostumbraba a llegar tarde a todos sitios. Nadie le prestó atención, sobre todo porque Viviana lucía una terrible expresión de cansancio.

Saint-John fue el primero en acercarse a ella. No lo hizo por voluntad propia, sino porque la italiana dio signos de costarle lo indecible apearse de su montura. Y ese trastabille no fue fingido, sino tan real que su estómago dio un vuelco al pensar en caerse de la silla. Por suerte, el duque llegó a tiempo para agarrarla por el brazo.

—¿Está usted bien? —preguntó el duque, escrutando su rostro. No le pareció el de la criatura más mala sobre la faz de la Tierra. No podría parecerse cuando le brillaban los ojos por la somnolencia y la enfermedad, haciéndolos parecer más azules que negros—. ¿Por qué ha venido estando enferma?

—No se preocupe por eso, Excelencia —sonrió, cansada—. Me esforzaré todo lo posible por no contagiarlo.

—Es imposible que yo me ponga enfermo —replicó, sin dejar de estudiarla con ojo crítico—. ¿Qué tiene?

—¿A qué se refiere? —preguntó, parpadeando inocentemente—. Tengo veintidós años, una hermana, ningún animal de compañía —algo decepcionante— y un duque como archienemigo. —Al ver la mirada que Saint-John le dirigía, de todo menos simpática, claudicó—. Un poco de dolor de cabeza y ardor en la garganta, pero eso es todo. ¿Podría darme una

escopeta? No es para pegarle un tiro, se lo prometo. Ya tuvimos suficiente con la pelota de cricket.

La broma no desvió la atención de Saint-John sobre su estado. El duque la cogió de la muñeca y aprovechó la altura de los caballos atados para meterse entre ellos con la italiana. Una vez ocultos de miradas ajenas, el duque le puso la mano en la frente. Su clásico ceño fruncido no se hizo esperar.

—Te vuelves a la casa ahora mismo.

Viviana frunció el ceño también. No se podía decir que el del duque no fuera lo suficientemente inspirador.

—¿Eres mi padre, acaso?

—Teniendo en cuenta que eres mi responsabilidad mientras estés bajo mi techo, soy lo más parecido a un padre que tienes en estos momentos —replicó, procurando no perder la compostura. Si Viviana Conti ya era irritante de por sí, cuando sacaba su lado altivo y desobediente terminaba con dolor de cabeza—. Vamos. Súbete al caballo y regresa.

—De eso nada. No he venido a Surrey para estar durmiendo la mona mientras los demás se divierten. —Se cruzó de brazos y clavó el pequeño tacón del zapato en la tierra mojada—. Deme una escopeta, Saint-John... O por lo menos deme un voto de confianza.

Marcus se la quedó mirando un buen rato, sopesando las posibilidades de salir vivo y coleando de la situación. Si no le daba la escopeta, la conseguiría por sus propios medios. Si se la daba a regañadientes, apretaría el gatillo malintencionadamente y le volaría la cabeza. Y si la dejaba tranquila, con toda probabilidad se desmayaría o empeoraría su salud.

En otro orden de cosas definitivamente menos importantes —o eso quería creer—, dudaba que se le pudiera negar algo a una mujer con esos ojos de misterio.

—No se separará de mí —anunció, mirándola de refilón—. Y a la mínima que contemple un empeoramiento —llámese ataque de tos, mareo o vahído— la enviaré a la casa con la orden de ver al doctor.

—Excelencia, ¿está seguro de que no quiere que me separe de usted? —Sonrió perversamente—. No me gustaría que lo pasara mal por mi culpa.

—Llega tres años tarde para eso. —Marcus terminó de amarrar el caballo y se inclinó sobre la cesta alargada que enfundaba las escopetas sin usar. Tomó

una, sopesó su peso cambiándola de una mano a otra y se la tendió—. Procure no apuntarme.

—¿Por qué? ¿Teme que se dispare en un descuido? —Por hacer la broma, Viviana tomó el arma y la alzó de la manera correcta, colocando el ojo en la mira y mirándole a través de ella—. ¿Teme que le dispare a usted para cobrarme sus insultos...?

Viviana perdió la sonrisa repentinamente y movió la nariz, que adquirió una adorable tonalidad roja. Un segundo después estornudó sonoramente, apretando sin querer el gatillo y disparando a un punto aleatorio del firmamento.

Abrió los ojos tan pronto como se lo permitió el picor, topándose con la expresión sombría de Marcus.

—Oh, vamos —farfulló—. No iré a mandarme castigada a mi habitación por estornudar, ¿verdad?

—Puedo mandarla castigada a su habitación por casi volarme la tapa de los sesos.

—Si no me mandó a casa después de casi convertirle en el capitán Barbanegra creo que tengo derecho a apelar al comodín. A fin de cuentas es usted quien me lo ha cedido.

Marcus preparó una réplica... en vano. Viviana se dio la vuelta con toda su resolución —que no era poca, a pesar del temblor ligero de sus miembros— y lo dejó atrás, caminando decididamente al grupo de hombres que disparaba en la colina. Todos estaban de espaldas a ella, lo que quería decir que no se habían percatado del estruendo. Las mujeres que habían acudido a acompañar a sus maridos, pretendientes o proyectos de esposo tampoco le prestaban atención.

Suspirando por el camino, Marcus la siguió no con tanta resignación como interés. Solo había visto a una mujer disparar en su vida, y se negaba a la caza porque según ella no era justo arremeter contra los seres vivos. Su prima Joyce era excelente en tiro al plato. Claro que en ese momento no iban a destrozarse vajillas, sino a encontrar algo decente para la cena.

Le picó la curiosidad al pensar en Viviana como una cazadora. Las mujeres estaban dotadas en su inmensa mayoría por el conocido instinto maternal, que a menudo abarcaba también todo tipo de animales. Pero si se paraba a

meditarlo, la italiana no parecía poseerlo. No la imaginaba cuidando de un bebé con una gran sonrisa, sino soltando maldiciones porque la había despertado de la siesta.

Decidido a preguntarle si sus ideas eran correctas trasladadas a los mamíferos en general, apretó el paso. Estar tan pendiente de su voluptuosa figura envuelta en algodón azul fue un alivio por vez primera: pudo evitar que cayera de bruces al suelo al tropezarse con una piedra.

—Cualquiera diría que aprovecha usted cualquier excusa para manosearme —comentó Viviana, con la voz ronca. Colocó una mano temblorosa en el antebrazo de Marcus, que se preocupó al verla en serios aprietos para mantener el equilibrio—. Voy a chivarme a Carlisle.

—Carlisle —repitió Marcus—. ¿Sabe cómo está, señorita Conti? ¿La ha visto así? ¿Por qué diablos no está con usted? —añadió, molesto.

Viviana esbozó una sonrisa triste que se le clavó en el corazón. Esperó a que explicara su significado con alguna respuesta, pero no lo hizo. El gesto apareció como una estrella fugaz entre la negrura de la noche del Apocalipsis, y desapareció con la misma rapidez, como si estuviera arrepentida por haberlo hecho.

—Estoy bien, Saint-John —dijo en su lugar—. Ahora devuélveme mi escopeta.

—¿Qué tiene usted con las escopetas? ¿Acaso dedica su tiempo ocioso a matar conejos?

Viviana se giró hacia él como si acabara de sugerir que degollaba recién nacidos.

—¿Qué? —soltó, sin voz—. ¿Eso es lo que matáis? ¿Conejos...? Pero, ¡¿qué *demoni* os pasa a los británicos?! ¡¿Matáis conejos de verdad?! ¡¿A esas criaturas tan adorables?! ¡¿Qué os han hecho los condenados *conigli*...?!

Marcus habría sonreído con ternura si Viviana no se hubiera llevado una mano a la cabeza. Dedujo enseguida que acababa de marearse, y al agarrarla con firmeza y encontrarla más pesada lo confirmó. Con el ceño fruncido y el estómago deshecho, se fijó en su rostro aún horrorizado.

—Si va a ponerse así... No, no matamos conejos. Matamos dragones de veinte cabezas, serpientes y...

—Ah, encima matáis a los de mi especie. —Apretó los labios—. ¿O a las



víboras no?

Entonces sí lo hizo: Marcus sonrió de verdad, exhibiendo sus dientes. A la luz radiante de la mañana centellearon como perlas. El duque no supo lo que Viviana vio en su rostro, pero deseó que lo viera siempre a partir de ese momento. Se le había caído la máscara; se le había resquebrajado por completo. No quedaba rastro de la mujer orgullosa, impaciente y mordaz. Solo había una muchacha de veintidós años completamente anonadada, como si acabara de ver el mar por primera vez.

—Yo personalmente prefiero a las víboras muy cerca de mí —dijo Marcus con voz suave.

Los dedos masculinos cobraron vida y buscaron la calle de los pómulos femeninos, que ardían como las brasas. Se quedó prendado de sus ojos empañados, que lo miraban con una emoción indescriptible.

—¿Por eso de «mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos más aún»?

Marcus negó dulcemente.

—La víbora es mi animal preferido. —Oyó a Viviana farfullar algo en italiano—. ¿Qué?

—Tienes un gusto pésimo para elegir animales preferidos.

—¿Por qué? ¿Cuál es el tuyo?

Viviana le lanzó una mirada entre herida y cargada de rencor.

—El conejo.

—Vaya por Dios... —suspiró Marcus, machacando su diversión para no ofenderla—. Creo que lo mejor será que vuelvas a casa, pequeña víbora. No estás nada bien.

Casi la escuchó haciendo el esfuerzo de tragar saliva. La observó con detenimiento, pensando en una excusa para mantenerla allí, pegada a su cuerpo y tan ofuscada por el descubrimiento de la caza que se le habían cuajado los ojos. No podía pensar en nada más bonito que sostenerla, en la idea de ser el eje que la mantenía anclada a la Tierra. Fuera realmente tierna o estuviera fingiendo, seguía teniendo la cara que aparecía en sus sueños. En los tórridos donde podía tocarla, en los silenciosos donde solo era bombardeado con imágenes; en los melancólicos, donde penaba por carecer del derecho a ponerle un dedo encima.

«Todo era más fácil cuando te odiaba», pensó mientras la respiraba.

—De acuerdo —aceptó ella, con un hilo de voz.

Marcus la escoltó hasta su montura, sosteniéndola con firmeza por la cintura. La ayudó a montar alzándola sin dificultad alguna, y se aseguró de que sostenía las riendas. Después, viéndola desvalida y soñolienta sobre un animal que más que un caballo parecía una bestia, se lo pensó mejor.

—La llevaré yo —dijo. Viviana se giró hacia él con cara de desconcierto. Marcus se apresuró a explicarse—: Haría falta evitar que sufriera un desmayo y se cayera del caballo. No me hace ilusión que nadie se abra la cabeza en mi propiedad.

—Claro que no. En esta propiedad solo se derrama la sangre de conejitos indefensos.

Marcus sonrió al verla tan contrariada y montó sin dificultad alguna detrás de ella, preocupándose de agarrarla fuerte. Una vez tuvo las riendas en una mano, apartó un par de mechones negros de la oreja de Viviana y acercó los labios.

—Tú eres un conejito indefenso —susurró.

No se prestó a una respuesta: por el contrario, espoleó al animal y rechazó toda conversación hasta que llegaron a la entrada de la mansión. Fue un trayecto corto, pero mucho más que suficiente para generarle un malestar considerable en la entrepierna. Los saltos del caballo la habían acercado a él, pegándola a su pecho y haciendo que mechones de su cabello le acariciaran el rostro, como si fueran las plumas negras de un ángel caído que el viento había arrastrado a sus orillas. Durante un momento pensó que si no la apretaba contra él se desvanecería en el aire, pero pudo amarrar a tiempo sus emociones disparadas.

Se apeó de la montura y la cogió en brazos para ayudarla a poner pies en tierra. Viviana estaba bastante más pálida y débil. Le pesaban los párpados y le temblaba el labio inferior, como si el frío le hubiera calado los huesos. Un contrasentido frente al calor asfixiante que emanaba de sus poros.

—No salga de la cama.

—Descuide —sonrió ella—. No me espere para la cena.

Marcus le devolvió el gesto y volvió a montar al caballo. No puso rumbo de nuevo a la colina hasta que no la vio desaparecer en el interior de la mansión. Observó que se tambaleaba un poco, y aunque habría correspondido que la

socorriera y la llevase en brazos hasta su habitación, se quedó estático sobre la silla y suspiró de alivio cuando observó que su mayordomo la conducía a sus aposentos. Si su lado caballeroso se quejaba por no haber tenido la galantería de acompañarla hasta el final, procuraría darle en las narices con lo que podría ocurrir si se encerrase en un cuarto con ella. Acabaría comprendiéndolo, estaba seguro.

Cuando regresó con el resto de caballeros se fijó en que no habrían notado su ausencia si no hubiera aparecido de nuevo. El único que había notado su huida era Carlisle, que se le acercó con andar comedido.

—¿Ha visto a Viviana? —fue lo primero que preguntó.

—Sí —contestó, encarándole con una mueca de enojo—. Y usted también, por lo que se ve. Me parece de muy mala casta traer a una mujer de caza, cuando se le notaría el dolor de cabeza desde el Gran Londres.

Carlisle no contestó a eso. Lo miró de hito en hito, como si en vez de un hombre fuese un producto al que etiquetar.

—¿La ha llevado de vuelta?

—Por descontado. Como a usted le habría correspondido, si me permite añadirlo.

—Se ve que ahora se llevan muy bien —comentó el barón, con la mirada fija en un punto del horizonte. Sus ojos castaños parecieron negros cuando la luz le iluminó la espalda. A Marcus no le molestó tanto que rehuyera el tema como el rumbo que empezaba a tomar la conversación—. Si se la hubiera encontrado en ese estado hace un mes, la habría montado en un caballo con la falsa cortesía de esperar que se cayera en un descuido.

—Eso no es cierto. Sé muy bien cuál es mi deber, y mi deber es atender a toda persona que no se encuentre en sus cabales. Independientemente de si me agrada o no —añadió, esperando que fuera suficiente.

—Tiene también otros deberes —amplió Carlisle, dándose la vuelta—. Como por ejemplo ser fiel a sus amistades. Que no se le olvide, Saint-John.

Cuando Marcus regresó de la sesión de caza, se entretuvo un buen rato en el salón con las jóvenes que se habían quedado en la casa. No tanto por voluntad propia como por la obligación de ser el anfitrión, pero lo llevó lo mejor que pudo incluso a pesar de saber sus intenciones. Comprendía que cualquier mujer del reino quisiera captar la atención de un duque: de ahí que no le extrañara que aprovecharan cualquier excusa para soltar un comentario adorable, rozarle el hombro o directamente sobarle el brazo. Y debería empezar a interesarse por las damas que revoloteaban a su alrededor, pues aunque faltaban unos cuantos años para llegar a los treinta —momento en el que tendría que contraer matrimonio obligatoriamente—, prefería casarse con una mujer a la que conociera de antemano y con la que hubiera tenido una relación de cortesía mínima.

El problema era que solo podía pensar en Viviana; en que no estaba allí para pintar el desagrado en las caras de los invitados y para distraerle todo el tiempo de sus conversaciones. Tampoco se presentó a cenar, lo que provocó comentarios jocosos —que no le habrían hecho gracia a ella, precisamente, y tampoco a él— sobre a qué lugar más interesante podría haberse retirado la dama.

Marcus no se preocupó en demasía. Ya sabía que la muchacha no se dignaría a aparecer y que dormiría tal y como procedía dado su estado. Sin embargo, cuando los comensales se empezaron a retirar al salón para fumarse el puro o bien mantener una charla amigable, una doncella se acercó a Marcus con la cara descompuesta.

—Excelencia, no quería importarnos durante la cena... —empezó, nerviosa—. También porque pensé que mejoraría guardando reposo, pero...

—Tragó saliva y se secó una gota de sudor—. La señorita Conti está muy enferma, Excelencia. Ella... Tiene una fiebre muy alta e incluso está sufriendo... alucinaciones.

—¿Qué? —rugió Marcus, con el rostro ensombrecido. No se lo pensó dos veces a la hora de abandonar la estancia y precipitarse por las escaleras—. ¿Por qué diablos no se me ha avisado de que había empeorado?

—Excelencia, ella no quería que se lo dijera.

Marcus se giró repentinamente y la miró con los ojos a punto de reinventar su tono azul. Si habían sido transparentes alguna vez, nadie lo recordaría a partir de entonces.

—¿Que no quería que me lo dijera? ¿Y desde cuándo están por encima de mi autoridad las preferencias de mis invitados? ¡Tu deber era venir a buscarme y hablarme de la situación! ¡Diablos! —siseó, agarrándose a la barandilla y subiendo los escalones de dos en dos. No sabía de dónde venía esa furia al rojo vivo, y ni mucho menos esa inquietud, pero no se preocupó por analizarla—. Maldita víbora... ¿Cómo diantres ha conseguido convencerte? ¡¿Cómo diantres consigue convencer a todo el condenado mundo de su estúpida voluntad?!

No pudo seguir gritando. Cuando la doncella lo guio a la habitación donde se encontraba y abrió la puerta de sopetón, se olvidó de por qué estaba enfadado.

Al menos lo olvidó un poco.

Le habría parecido un cadáver si no hubiera estado agitándose nerviosamente en sueños, apretando los ojos con fuerza y clavando las uñas en el colchón. Marcus nunca había visto algo así, y ni mucho menos lo había vivido, pero se apostaría cualquier cosa a que estaba teniendo una horrible pesadilla.

—Oh, Excelencia, es usted —suspiró lady Jezabel, que estaba a los pies de su cama cuidando de la joven. Marcus no pudo despegar los ojos de su tez pálida ni siquiera para mirar a la dama—. No podíamos llamar al médico si no era con su consentimiento. ¿Podría...?

—Delo por hecho —zanjó Marcus, acercándose a la cama con paso ligero y poniéndose de rodillas al lado del borde. Se inclinó hacia delante y tocó la frente de Viviana, que ardía más incluso que por la mañana—. Que los

demonios te lleven, víbora... Esto por no hacerme caso —musitó. Después se giró hacia la doncella, que se aferraba al delantal para descargar la tensión—. Trae al médico, Denna.

—Es... Es Dina, Excelencia.

Las fosas nasales del duque se dilataron.

—Y acabará siendo una mujer despedida como no llame al maldito médico de una vez.

Incentivo más que suficiente para que Dina desapareciera por donde había venido, tropezándose con sus propios pies.

A diferencia de lo que pudiera pensarse, Marcus podía ser comprensivo si se esforzaba. El problema residía en que no le interesaba serlo, y aunque entendiera la torpeza de Dina —ya que hasta las enfermedades eran tranquilas en la mansión del ducado, a diferencia de aquella— no pensaba perdonarla.

—¿Cuánto lleva así? —preguntó Marcus, volviendo a concentrarse en Viviana.

Tenía los labios resecos, y el sudor frío formaba una fina capa translúcida sobre la piel morena, ahora tan pálida que parecía la Muerte en persona. Marcus alargó la mano hacia el barreño con agua donde flotaba un paño: lo escurrió y lo utilizó para secar el cuello, la frente y las sientes de la italiana.

Al ver que Jezabel y Abigail tardaban en responder, levantó la mirada y las buscó. Se topó con una mirada en la que se reflejaba al dedillo todo lo que él estaba haciendo, y no solo eso: lo que significaba que esa en cuestión estuviera siendo su manera de proceder.

Estaba claro que ninguna de las dos esperaba que se pusiera en cuclillas y la atendiera personalmente, entre otras cosas menos importantes —como que era un duque— porque era de dominio público que Viviana Conti y Marcus Radcliff se llevaban a muerte.

La idea de apartarse, estirar las arrugas de su camisa y volver a la fiesta era la que correspondía llevar a cabo tras haber llamado al doctor, pero ni siquiera el influjo del pasmo de las jóvenes pudo apartarle de la cama.

—He hecho una pregunta.

—Ha empeorado hace unas cuantas horas, justo durante la cena —se apresuró a contestar lady Jezabel. Abigail se había quedado muda, y a juzgar

por el cerco enrojecido de sus grandes ojos, Marcus sacó en conclusión que estaba realmente preocupada por Viviana. No indagó en los motivos, si se debía a una amistad clandestina o a que simplemente era cierto lo que se decía sobre el corazón de oro de la hija de Stratford—. Antes de que se sirviera no se encontraba bien, pero aún hablaba y era consciente de sí misma.

—Se le cerraban los ojos y contestaba con monosílabos —continuó Abigail, mirando a Viviana con espanto. No soltaba su mano, arrodillada como estaba al otro lado de la cama—. Pero pensamos que era porque tenía sueño y la dejamos descansar. Nos pidió que no lo anunciáramos, que después de una cabezada se encontraría mucho mejor.

—Como si se pudiera confiar en algo de lo que esta mujer dice —dijo entre dientes Marcus, lanzando una mirada al techo. Ya no iba a pedir que Dios se apiadase de él, sino de ella—. ¿Cómo diablos ha podido ponerse así? Ayer estaba perfectamente, y hoy de repente está... Ni siquiera hay palabras para describirlo.

Marcus volvió a mojar el paño y repitió el recorrido. Primero lo presionó contra la frente húmeda, luego las mejillas, después los laterales del cuello... Le apartó el pelo enmarañado de las mejillas: algunos mechones se habían soltado de la larga trenza, que parecía una sinuosa serpiente negra sobre las sábanas blancas.

—Viviana —la llamó, colocándole la mano entre el nacimiento del pelo y las cejas. Rastrilló con los dedos hacia atrás, despejándole el rostro del todo—. Viviana, ¿me oyes?

La susodicha respiraba con tanta dificultad que lo único que se escuchaba en la habitación era la mucosa adherida a sus pulmones. Marcus probó una y otra vez hasta que Viviana, sin dejar de sacudirse, abrió los ojos y lo miró con miedo.

—¿Me voy a morir? M-me voy a morir —afirmó, estremeciéndose de pavor. Marcus casi se estremeció con ella.

—Claro que no se va a morir.

—No puedo levantar los brazos, no puedo moverme... —balbució, tiritando—. Y la cabeza me da v-vueltas. Estoy... He sido una estúpida. ¿Cómo se me ocurrió...? —Un ataque de tos interrumpió su discurso—. Me voy... voy a...

—He dicho que no vas a morirte —repuso el duque, convencido—. Estamos aquí para que te pongas mejor, y ahora vendrá el médico... —Arrugó el entrecejo y lanzó una mirada perdonavidas a la puerta—. ¿Cuándo vendrá el maldito matasanos?

—*Estamos...*

Viviana parpadeó para ver a través de la niebla. Cuando lo miró a la cara, Marcus guardó la esperanza que estuviera viendo a alguien distinto: la manera que tuvo de torcer la boca habló entre líneas de un desprecio atroz.

—No. —Sacudió la cabeza—. Quiero que tú te vayas. N-no tienes derecho... No tienes ningún derecho a verme así.

—¿Cómo? No hay nada de malo en ponerse enfermo, Viviana.

—Lo único que tiene de malo es que estés aquí —escupió, con la barbilla temblando y los ojos perdidos en otro mundo—. Estás viendo cómo me dejo vencer, Marcus Radcliff. No es justo, tú... Tú, de entre todos los hombres, eres el último que querría que me cuidase.

Marcus parpadeó varias veces. Sin saber cómo sentirse frente al ataque —o prefiriendo desconocerlo—, retiró la mano de su rostro y se concentró en sus facciones alteradas.

—¿Por qué?

—Porque me has hundido la vida —gimoteó, con los ojos negros clavados en el techo. Se aferró a las sábanas, hundiendo las uñas en la tela. Ni siquiera así pudo parar el temblor de sus extremidades—. Y has hundido la de mi hermana.

—¿Cómo? —preguntó él, confuso—. ¿De qué estás hablando, Viviana?

—No intentes quedar como el bueno. No es tu estilo y tampoco el mío —continuó ella. Con gran esfuerzo se tapó los ojos con el antebrazo—. Le rompiste el corazón a mi hermana.

Marcus frunció el ceño. La italiana hablaba con tal convicción que le hizo dudar. Dibujó la imagen de Valentina Conti, preguntándose si lo había hecho y teniendo presente que nunca se había relacionado con ella.

—Jamás he seducido a tu hermana.

—No. Pero apartaste al amor de su vida de ella, y no me mientas... Porque él admitió quién había hecho que cambiara de parecer respecto a la boda. Tú —acusó, torciendo la boca. Sus ojos enrojecidos viajaron hasta los de



Marcus, que enseguida comprendió a lo que se refería—. Tú, con tu gran título y riqueza, enviaste a mi hermana a la depresión. Debiste disfrutar de su tristeza cada vez que la veías vagar como un alma en pena en el salón... Pues bien, no vas a disfrutar ahora viéndome en este estado. Quiero que te vayas.

—Viviana, eso no es... —Marcus apretó los labios y sacudió la cabeza. Sabía de antemano que no conseguiría nada—. Hablaremos sobre eso cuando estés en condiciones de escucharme. No me gusta que me acusen de rastrero.

—Entonces deberías haber mantenido la boca cerrada —le espetó, arrastrando tanto las sílabas que a Marcus le costó entenderla—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué tenías en contra de ella, Saint-John? Valentina nunca ha hecho nada malo. Se esforzaba por encajar... Yo debería haberme llevado todo tu desprecio. Yo —recalcó—. No ella. Y aun así... ¿Qué te hicimos? ¿Qué te hice?

—Nada —contestó él, confuso. Se sentó a su lado, y solo por curiosidad buscó a las dos muchachas que la acompañaban. Debían haber visto venir la intimidad de la conversación, porque habían desaparecido—. No me hiciste nada al principio, aunque luego empezaste a comportarte como una... —Sacudió la cabeza, alejando esa idea—. Pero nunca he castigado a tu hermana, Viviana. No entiendo nada de lo que me estás diciendo, y sospecho que es porque estás...

—Tú le dijiste a Larabee que ella no valía la pena, que no era de buena casta y que le deshonraría —interrumpió Viviana. En un intento por alzar la voz, se atragantó y empezó a toser—. Le pagaste para que la dejara. ¡Le pagaste! ¿Crees que no habría salido a la luz, tarde o temprano? ¿Cómo te atreviste? Nada en este mundo, Saint-John... —prosiguió, con la voz entrecortada por la conmoción y el desprecio—. Nada de lo que te he hecho... Ninguna de esas travesuras podría compararse a lo que tú hiciste.

Marcus quiso defenderse y negarlo todo, pero no pudo. En parte porque no habría sabido qué decir, y en parte porque el doctor acababa de llegar. Denna —o Dina, como se llamara— no tardó en rodear la cama y reanudar la labor que Marcus había dejado a medias durante la discusión.

Sin quitarle ojo de encima, Marcus se retiró hasta apoyarse en la pared para dejar paso al doctor de la familia. Este lo saludó rápidamente antes de arrodillarse frente a la enferma, sacar lo necesario del maletín y revisarla,

empezando por colocarle el termómetro.

Marcus no se fijó en la labor del susodicho tanto como en el estado de Viviana. Después de su declaración parecía haber empeorado más: acababa de cerrar los ojos y ya apenas se movía en la cama, dejando los brazos muertos a cada lado del cuerpo. Debía tener la nariz taponada, porque respiraba por la boca haciendo un gran esfuerzo.

No podía ni imaginarse cuáles podrían ser los motivos por los que le encogía el estómago verla así, pero era una verdad universal que pagaría su peso en oro por reconfortarla. Sobre todo ahora que sabía cuánto había llegado a afectar a su familia aquella acción que llevó a cabo años atrás.

—¿Cuánto lleva así?

—¿A qué se refiere con «así»?

—Delirando. —El hombrecito chasqueó la lengua y le tomó el pulso con los dedos antes de colocarse el estereoscopio en los oídos. Le revisó los ojos y le abrió la boca para estudiar el tono de la campanilla—. Cristo...

—¿Qué le pasa? —preguntó Marcus con impaciencia.

El doctor se puso de pie mientras se colgaba del cuello el estetoscopio. No apartó la mirada de Viviana.

—Tiene los conductos nasales obstruidos por la mucosa, la garganta ardiendo... Supongo que hasta casi el esófago. Y una fiebre tan alta que no sé cómo es posible que esté despierta. No descarto la neumonía... ¿Hace cuánto que está enferma?

Marcus le lanzó una mirada ahogada en preocupación.

—Que yo sepa solamente un día.

—Entonces no puede ser neumonía. Al menos por el momento. Me alegra que me haya llamado... Y usted también debería alegrarse. Si hubiera tardado un día podría haber empeorado lo indecible. Cualquiera diría que se ha pasado la noche nadando en un río helado de Siberia —comentó en voz baja, mirando seriamente a la joven—. Los síntomas de neumonía no suelen manifestarse hasta los dos o tres días, al menos tan radicales. La señorita Conti debe tener una clara propensión a las enfermedades víricas.

—No sabría decirle, doctor Thompson —contestó bruscamente—. No me sé el historial médico de Viviana Conti.

«No sé absolutamente nada de Viviana Conti», podría haber dicho. Y no

habría sido menos cierto por concretar más.

—No creo que en su estado podamos hacer algo más que darle un baño de oxígeno. Hace falta ayudarla a respirar —meditó el especialista—. También sería conveniente que probarais a preparar una infusión de jengibre. Si se la toma mejorará considerablemente, y si no... —Un silencio—. Los pacientes que se niegan a comer suelen ser los críticos.

—Entonces habrá que metérselo con embudo —asintió Marcus, resuelto—. ¿Qué más se le puede dar? Para la fiebre o el ardor...

—Entre las clases bajas triunfa el remedio de ajo y cebolla.

Marcus se pasó una mano por la cara.

—Aquí podemos permitirnos algo de diseño, Thompson. ¿No tiene ningún remedio efectivo? ¿Algo decente en su maleta mágica?

«Empiezo a sonar como ella».

—Podría darle algún compuesto si eso es lo que sugiere, pero no tendría efecto alguno. Solo funciona cuando la fiebre es intermitente, y según me ha venido explicando la doncella, lleva con cuarenta grados todo el día. Se me ocurriría el arsénico, pero podría tener efectos negativos en ella. Es posible que su cuerpo haya eliminado ya el virus y solo esté...

—Muy bien, de acuerdo —cortó Marcus, abriendo la puerta de sopetón—. Ha dicho remedio de ajo y cebolla, jengibre y un baño de oxígeno... ¿Qué era eso?

—Vapor para abrirle las vías. Y reposo, mucho reposo... Pero evite a toda costa que llegue a dormirse —especificó, lanzándole una mirada a Viviana—. Nunca he visto nada parecido. Si sobrevive a esa fiebre será algo parecido a una heroína.

—Denna —llamó el duque—. Ve y dile a la cocinera que prepare esos mejunjes. Si sabe de algo más para frenar la enfermedad, dile que pruebe también. Yo me quedaré aquí.

—Excelencia —interrumpió Dina—. Abajo estaban preguntando por usted... Y Lady Abigail y lady Jezabel querrían saber si pueden pasar ya para ver cómo está.

Marcus siseó una maldición y volvió a mirar a Viviana, esta vez con el anhelo de quedarse en esa habitación y estudiar cómo iba avanzando el contagio. No iba a poder ser: los dichosos invitados siempre eran lo primero.

—Bajaré un momento. No sé para qué diablos me necesitan, cuando lo único que hacen es hacerme la pelota. Dudo que sea tan divertido bailarle a un hombre el agua —masculló, abriendo la puerta y descubriendo a las dos damas, que habían estado pegando oreja. Las miró con el rictus serio—. Ustedes. Entren y quédense con ella... —Echó un vistazo a un lado y a otro del pasillo—. ¿Se puede saber dónde está la señorita Conti?

—¿En la cama? —probó lady Jezabel. Una mirada implacable por parte del duque bastó para que se olvidara de bromear—. No lo sabemos, no hemos podido encontrarla por ninguna parte. Pero en cuanto aparezca y se entere de cómo está su hermana mayor no tardará en venir corriendo.

—Entrad —ordenó—. No dejéis que se duerma.

—No se preocupe, Excelencia —sonrió Abigail. Se notaba que estaba turbada, pero a pesar de ello trataba de reconciliar al resto con la paz mental—. Tengo algunas nociones básicas sobre medicina. Si empeora sabré cómo proceder...

—Llame al médico por si acaso.

Abandonó la estancia y se precipitó por las escaleras, notando un escozor incómodo en la nuca. Estaba sudando y el cuello de la camisa, al igual que el pelo, se le había pegado al cogote. No tenía ni idea de qué aspecto podría estar presentando y no se preocupó de averiguarlo. Bastante tenía con ser plenamente consciente de sus nervios.

—¡Excelencia! —exclamó una de las admiradoras que le perseguían a todas partes. Lady Céline se levantó de su asiento para plantarse delante de él, pestañeando como si padeciera alguna clase de incontinencia—. ¿Dónde ha estado? Hemos estado probando con algunos juegos de salón en pareja y habría sido encantador que nos acompa...

—La señorita Conti se encuentra indispuesta —cortó, sabiendo que la cháchara de aquella mujer daría para libro—. Por lo visto manifiesta todos los síntomas de una neumonía y me veo en el deber de velar por su bienestar.

—¿La señorita Conti? ¿Cuál de las dos? ¿La mayor? —Marcus asintió. Lady Céline esbozó una sonrisa despectiva que rápidamente camufló con una mueca de lástima—. Pobre mujer... Y pobre duque, obligado a atenderla, negándose diversiones...

Marcus le devolvió el gesto sin entusiasmo.

—Sobreviviré. —Se dio la vuelta y puso rumbo a la escalinata principal—. Si me disculpan... El doctor y yo estaremos arriba.

—A mí no me da ninguna pena —escuchó que comentaba una joven. Su voz le llegó entrecortada por el sonido de un abanico agitándose—. Seguro que esa arpía se ha provocado la enfermedad solo para molestar al duque. Conociéndola, se tiraría por un barranco para que le prestaran un poco de atención.

En otro lugar, en otras circunstancias y estando en juego cualquier otra cosa, Marcus habría pasado de largo. Pero teniendo las emociones a flor de piel y siendo su casa el escenario no estaba dispuesto a aguantar estupideces. Por eso se dio la vuelta con la mandíbula tensa y miró a la susodicha.

—Si es cierto que se ha provocado la enfermedad, milady —comenzó, en tono calmado—, alguna que otra de las aquí presentes ya está tardando en ir a preguntarle el secreto. Estoy seguro de que hay damas bastante más interesadas en que les preste atención que la señorita Conti.

«Entre otras cosas porque no tiene que hacer nada para ganársela: ya es suya», pensó.

El sonrojo de la muchacha no se hizo de rogar. Sin ser malo por naturaleza, Marcus se quedó un segundo de más en la escalera, disfrutando de su frustración al haber tenido que tragarse sus venenosas palabras. Después volvió a subir las escaleras, consciente de que un anfitrión no tenía por qué pasar la noche velando a nadie, y procurando no darle demasiadas vueltas al hecho inverosímil de haber defendido a Viviana Conti en público.

Viviana llevaba despierta alrededor de una hora. Observaba el movimiento del segundero del reloj de pared con el corazón en vilo, mientras meditaba lo que hacer, lo que no hacer...

Lo que dejar de hacer, más bien.

Lo que debía dejar de hacer dadas las circunstancias, que quería dejar de hacer pero que no podía porque en realidad estaba atada a sus deprimentes principios.

Lo que... *Bah*.

No sabía en qué día estaba ni cuánto había pasado desde que se le ocurrió la estúpida idea de provocarse una neumonía. Jess no había exagerado en absoluto alegando que un resfriado inglés no tenía nada que ver con algo conocido, pero, como siempre, había creído estar por delante de los demás. Y mentiría si dijera que no se arrepentía.

Aunque por otro lado...

El número de días o de horas era un misterio, pero entre siesta y cabezada se había dado cuenta de lo que sucedía a su alrededor, llevándose alguna que otra sorpresa. Una que en circunstancias normales se habría perdido.

Había abierto los ojos en algún momento, topándose con rostros que no imaginó que se arremolinarían a su alrededor en su lecho de muerte. Jess y Abigail parecían no haberse separado nunca de su lado: Valentina se había esforzado por hablar con ella en esos breves instantes de lucidez. Y Saint-John...

El hecho de que Saint-John hubiera comparecido a su vera hablaba a voces de una bondad y consideración que le habría gustado enterrar... pero de lo que nunca podría olvidarse. Era a él a quien se había aferrado como una tonta

niña indefensa durante los delirios. Y el duque, en lugar de apartarse, le había ofrecido sus manos como si ese fuera su único cometido en tierra.

—Te recuperarás, pequeña víbora —le había dicho. Recordaba sus dedos envolviéndole la mejilla, enredándose en su pelo y acariciándole los contornos de la cara. Nunca habría imaginado tanta suavidad viniendo de un hombre como él, lo que solo reflejaba lo poco que lo conocía—. Ya verás que sí.

Sacudió la cabeza y trató de apartar el recuerdo de su mente, sabiendo que era tarde para cambiar la nueva idea que se iba formando sobre él. Eso tampoco lo había planeado, para no variar.

Por el amor de Dios: lo único que había pedido era un poco de preocupación, no un caballero sazonado con la mágica especia de la perfección y una incómoda tendencia a comportarse no ya con la educación que cabría esperar del propietario de un ducado, sino como el maldito hombre ideal.

Molesta y avergonzada por notar la cara ardiendo al pensar él, apartó las sábanas de un airado movimiento y se puso las botas para bajar a desayunar. Como toda espía que se preciase, se había estudiado la casa de su enemigo al dedillo, y aunque aún se perdía, sabía llegar a las cocinas perfectamente. No sabía cuánto llevaba sin alimentarse correctamente, porque las cucharadas de sopa que Saint-John le había metido en la boca casi a mala idea no podían contar como alimento.

—Abra la boca —le había ordenado en uno de sus momentos de lucidez, acercándole a la boca la asquerosa masa de color indefinible.

Si hubiera estado en plena posesión de sus facultades se habría echado a reír ante aquel tono. No le habría extrañado que a continuación hubiera añadido «que le corten la cabeza». Solo él podía armarse con ese aire implacable incluso para pedir que le pasaran una servilleta.

—Por encima de mi cadáver me meteré esa bazofia asquerosa y maloliente en la boca —había espetado ella en su lugar, viéndolo doble—. Así que vaya buscándose otro maldito oficio que el de intentar envenenarme.

Él había parpadeado varias veces antes de apretar los labios para no reírse.

—Ahora entiendo por qué dices en italiano las palabras malsonantes —meditó en voz alta—. Creo que deberías seguir haciéndolo, Viviana. Queda

peor si eres soez de carrerilla a si lo tapas un poco con tu lengua materna.

Ese era otro tema difícil de tocar: que ahora la llamara por su nombre. En su lista ponía claramente que tenía que llegar a ese grado de confianza con él, pero ahora que lo había conseguido tenía claro que era necesario volver al punto inicial. Primero, porque no necesitaba fantasear cada cinco minutos con que volviera a repetirlo.

Y segundo, porque ya no pensaba rendirle cuentas a la dichosa lista.

No, señor. Después de cómo había cuidado de ella, cómo se había preocupado en persona de que comiera, bebiera y se tomara las condenadas medicinas, no podía seguir adelante con el plan. Al menos no podía odiarlo, y dado que el odio era la base de los siete pasos, ahora todo el estudio carecía de sentido.

Eso hacía que se sintiera estúpida, vulnerable y fácil. Era una de las primeras veces que no había conseguido lo que quería, lo que siempre era motivo de enojo, pero lo que más le molestaba era que recordar a Valentina no podía forzarla ni siquiera un poco a acabar con él. Quizás porque había aprendido por las malas —y con «por las malas» se refería a gracias a una neumonía que casi le cuesta la vida— que no podía retroceder en el tiempo y arreglar el daño que había sufrido. A fin de cuentas, si Valentina había acabado con el corazón roto era culpa de Larabee, no de Saint-John. Si la hubiera amado de verdad no se habría ido corriendo como un cobarde, ni siquiera por todo el oro de China.

En eso pensaba cuando se plantó en la cocina de la mansión, vestida con el camisón, las espantosas botas de montar debajo y el pelo recogido en una trenza más parecida a la de la bruja de Rapunzel que a la protagonista del cuento de los Grimm.

Antes de poder decir en voz alta que necesitaba comer algo decente, sus ojos chocaron con los de su salvador. Según parecía, Saint-John tenía que resolver un problema grave con uno de los mozos de cocina, quien lo miraba con aprensión. Por lo demás, no había prácticamente nadie.

El mozo podía unirse a la fiesta, porque la persona a la que miraba el duque de la misma manera era a ella. Le echó un largo vistazo de arriba a abajo. Por un lado parecía que solo quería asegurarse de que los botones y volantes estaban en su sitio. Por otro, daba la impresión de que quería desabrocharlos.



—Tenía hambre —explicó, con la barbilla muy alta—. Y sospechaba que a estas horas no habría nadie desayunando en el salón principal.

¿Se podía ser digna con un camisón más feo que una blasfemia en un idioma que no fuera el italiano, unas botas embarradas y la cara de haber dormido durante... bueno, mucho tiempo? Claro estaba que, si era posible, Viviana lo había conseguido. El truco estaba en proyectar la voz como si estuviera leyendo el manifiesto de la independencia de los Estados Unidos, dándose unos aires de importancia que suplirían las carencias de su atuendo.

El mozo dio un paso hacia delante.

—Enseguida le prepararemos algo, señorita Conti...

—No se preocupe, se me da bien robar en despensas —intervino, escandalizando hasta a la olla que chirriaba—. ¿Dónde está la de esta cocina?

El avergonzado mozo lanzó una mirada preocupada a Saint-John. Se calmó en cuanto interpretó el asentimiento del mismo como una invitación a colarla donde pedía, cosa a la que sospechaba que había accedido porque sabía que no sería la primera vez.

Y no lo era. Se había metido incluso en una de las suyas para robar albahaca, claro que el magnánimo duque tenía tantas propiedades que era imposible recordar el reparto de habitaciones de todas.

—No tarde —escuchó que le decía Saint-John—. Tenemos que hablar sobre un asunto.

Podía imaginarse a qué asunto se refería: todas las perlitas que había soltado durante su estado de iluminación. Bien podría habérselas reservado para no quedar en ridículo o delatarse a sí misma, pero no se arrepentía de nada. Teniendo en cuenta que no pensaba seguir adelante con la venganza, no le vendría mal cerrar esa deprimente etapa de su vida con una explicación.

—Podríamos sentarnos a charlar en la mesa de los sirvientes —propuso Viviana, sabiendo que le escandalizaría, mientras rebuscaba entre las estanterías de la despensa. Era tan grande como la habitación de un segundo mayordomo, y la variedad de dulces que albergaba a la espera de ser servidos perfectamente alimentarían a una legión. Las galletas no durarían mucho más, así que las cogió—. De este modo no tendría que volver a subir todo ese absurdo de escaleras.

—¿Y por qué no hablamos aquí, ya puestos? —escuchó a su espalda. Dio

tal respingo que se le cayó al suelo la galleta que mordisqueaba, pero no le prestó atención para mirar al duque—. ¿Por qué no en la letrina?

—No se haga el ofendido, Saint-John.

—No me hago el ofendido. *Estoy* ofendido —replicó, con los labios apretados. No parecía haber recibido invitados, porque no vestía tan impecablemente como de costumbre. Aun así, a Viviana se le hizo un nudo en el estómago. La combinación de elegancia natural y ligero desarreglo en Saint-John era matadora—. Se presenta en el piso de la servidumbre con el camisón, pide desayunar en la despensa y sugiere que me siente a la mesa de los criados a tratar un tema de importancia. Me ha insultado tres veces en tres minutos, señorita Conti.

—La próxima vez le insultaré cinco en solamente sesenta segundos. —Y sonrió descaradamente. Saint-John ni se inmutó, lo que la llevó a rodar los ojos—. ¿En serio aún no se ha acostumbrado? ¿Le extraña viniendo de mí? —inquirió, muy interesada. Robó otra galleta y le dio un pequeño mordisco, más por ganar tiempo que por interés—. Le vendría bien saber que los criados, esos seres que menciona con tanto desdén, tienen dos piernas y un corazón: lo mismo que usted. No ha de hablar de ellos como si fueran reptiles que se arrastran por terrenos áridos o viven entre las algas. Sabrá que esto ya no es como en la época de Prinny, ¿no? Cada vez la servidumbre cobra más y tiene mayores oportunidades de ostentar empleos notables; lady Jezabel no deja de hablar de...

—No voy a discutir sobre cambios sociales con usted.

—¿Por qué no? ¿Es porque voy en camisón, o porque estoy hecha para llevar camisón? —se burló, ya sin filtros. ¿Para qué ponerle buena cara cuando ya no pretendía conquistarlo? Volvía a las andadas, y volvía pisando fuerte—. Desprestigiar la opinión de una mujer también es muy propio del hombre de principios de siglo. ¿Quiere remontarse al *homo neanderthalensis* o solo a la época anterior a la reivindicación de autoras famosas, científicas importantes y feministas revolucionarias?

Saint-John le lanzó una mirada indescifrable y, sin girarse, cerró la puerta de la despensa de sopetón. Eso hizo que Viviana alzara las cejas, no tan sorprendida como repentinamente entusiasmada.

—Antes de que termine de rematar mi reputación, lo haré yo —explicó él,

cruzándose de brazos y apoyándose en la única pared libre de posibles o próximas consumiciones—. Espero que más tarde utilice su labia para convencer a mis empleados de que no hablen sobre nuestra conversación en la despensa.

—Descuide, Excelencia. Soy realmente persuasiva cuando quiero, sobre todo con los criados. Y ahora bien... ¿Qué necesita hablar conmigo?

De un parpadeo, la expresión de Saint-John se tornó completamente diferente. Si antes habían coexistido en viva unión la ofensa y la indignación, ahora se daban la mano la preocupación y el deseo de encontrar la quietud.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, suavizando el tono. Repasó su rostro con la mirada, como si de un vistazo prolongado pudiera interceptar alguna anomalía en su estado—. Ha estado enferma estos días, señorita Conti.

Viviana frunció el ceño.

—Estamos solos en una despensa, Saint-John. Creo que puede dejar las formalidades de mi apellido. —Se quedó un momento en silencio—. Espere... ¿Estos días? ¿A qué se refiere?

—Ha estado una semana en cama.

—¡*Mannaggia!* —exclamó, con los ojos como platos—. ¿Una semana? ¿Eso significa que soy la única que queda aquí, en Surrey? ¿Todos los invitados se han marchado?

«Pues sí que le debo una a la señora Bennet».

—No. Su abuela y la señorita Conti siguen aquí. Han estado velando por su bienestar durante las últimas horas. No se preocupe por eso —continuó—. Puede marcharse cuando quiera.

—¿Y Carlisle? ¿También se ha ido?

—Se quedó un par de días más, pero mucho me temo que tenía asuntos que atender.

Hijo de mala madre. Ella renunciando a su plan para poder concentrarse en la futura unión, en complacerle, en demostrarle que podía ser tan válida como otra mujer para el matrimonio y para su corazón... Y él yéndose a la primera de cambio, como si no fuera ni significara nada. Aunque remitiéndose a declaraciones anteriores, no debía pillarle por sorpresa.

Aun así... No era plato de buen gusto.

¿Qué clase de asuntos tenía que atender un hombre que había comprado su

título mientras luchaba por obtener el suyo propio, y que encima se llevaba mal con la reina de Inglaterra? Ningunos mucho más importantes que ella, y eso que tampoco se consideraba un diploma estatal.

Suspiró y se concentró en Saint-John para no soltar una barbaridad. Mirarlo le dio ganas de soltar otra, así que tuvo que prestarle atención a cualquier tontería. Su galleta, por ejemplo.

Esperaba que el recuerdo de sus palabras cariñosas no perdurase para siempre, porque era muy feliz mirando a Saint-John con desprecio o falsa emoción y quería continuar siéndolo, no convertirse de buenas a primeras en una criatura eternamente agradecida y a los pies de su Dios.

«Saint-John es mi pastor, nada me falta», pensó, irónica.

—Honraré mi escasa educación dándole las gracias por su hospitalidad y por... cuidar de mí —añadió, de mala gana. Igualmente le salió una voz aterciopelada bastante aceptable—. No debería haberse molestado... ¿Por qué lo hizo? ¿Algún pecado que expiar?

—Eso era de lo que quería hablarle —dijo él, dando un paso al frente.

Viviana se estiró también para quedar casi a su misma altura. A lo mejor no había tanta diferencia entre los dos como a veces parecía, pero nunca podrían compartir estatura porque era bien sabido que a los duques el ego les añadía medio palmo.

Eso a los duques en general. Marcus Radcliff era otra historia.

—¿Va a confesarme su amor? —inquirió, mirándolo con cierto desdén.

—Voy a declarar mi inocencia —corrigió, con los ojos ardiendo sobre ella. Viviana no pudo replicarle de mala manera. Tampoco supo cuál fue el motivo de quedarse clavada en medio de la despensa—. Usted me acusó de algo de lo que yo no tuve la culpa, y aunque no creo que le deba explicaciones a nadie, quiero que me escuche. Imagino que todas sus travesuras se han fundamentado en esa creencia, y quiero desmentirlo para quitarme de problemas.

—No ha sido esa la única razón, pero sí la que tenía mayor peso —coincidió, repitiéndose lo importante que era fingir inmunidad frente a ese azul grisáceo cuasi transparente—. Si lo que va a hacer es intentar convencerme de lo contrario a lo que pienso, puede ahorrárselo. Sé muy bien lo que sucedió.

—No, no sabe nada —replicó—. Le dije a Larabee que la señorita Valentina Conti acabaría con su reputación, su buen nombre, sus expectativas de futuro y ese conjunto de cosas que un hombre podría valorar tanto de sí mismo como de su mujer. Y le pagué para que se marchase, cuando el caballero estaba tan enamorado de ella como ella de él, es decir: de un modo que les impedía respirar en presencia del otro —narró desapasionadamente—. Esa es su historia, ¿no?

—Muy resumido, pero sí. Aunque olvida que pagó para hacernos daño.

—Por supuesto, porque soy un ser vivo deplorable y no tengo apenas asuntos de los que encargarme a diario; por eso me dedico a romper felices noviazgos de jóvenes enamoradas que, para más inri, encuentro encantadoras.

—Guárdese la ironía en el bolsillo, Saint-John —le amenazó ella, tan molesta que se olvidó del hambre que tenía—. Una historia tan truculenta y desafortunada, que tiene como protagonista a alguien que amo, no habría salido de mi cabeza, aunque tenga en muy alta valoración lo que soy capaz de hacer con ella. Y si no me cree, Larabee mismo me la refirió antes de marcharse. Espero que para siempre —añadió, más para sí misma.

—Entonces lord Larabee no comprendió en absoluto lo que le dije, cosa que no entiendo porque la conversación fue bastante escueta. —Saint-John entornó los ojos sobre los de Viviana—. Conozco a Larabee desde hace mucho tiempo y siempre he sabido cuáles eran sus expectativas de futuro. Y le aseguro, señorita Conti, que casarse por amor no era una de ellas. Considerando su naturaleza, pensé que lo más correcto sería recomendarle no actuar por egoísmo, que era justo lo que quería hacer. Lucrarse con su hermana y abusar de su confianza.

—¡*Che cavolo!* ¡Tenemos aquí al señor Fitzwillian Darcy, apelando en nombre del amor y la paz y actuando a espaldas de todos para no ponerse medallas! —se burló Viviana, con los ojos chispeantes de rabia—. No iré a decirme ahora que lo hizo todo por el bien de mi hermana, ¿no?

—No pensaba en la figura de su hermana como tal, sino simplemente en lo correcto. Ni siquiera sabía con quién quería casarse ese... —Apretó los labios—. Dejémoslo en que no tenía idea de que se trataba de Valentina Conti.

»No me considero ninguna figura literaria romántica, señorita Conti, y preferiría que no me comparase con Darcy puesto que sufrió bastante para

llegar a su final feliz, pero admito que lo prefiero a que me desprecie por haber obrado como debía. Estoy seguro de que si usted hubiera sabido que Larabee pretendía casarse con ella, quitarle hasta el último centavo y marcharse sin decir adiós, habría hecho lo mismo que yo: pagarle para que la dejara tranquila.

Aunque la confesión le sorprendió, Viviana no se dejó amilanar por lo que parecía una verdad inamovible. Así lo relataba la mirada de Saint-John.

Si los ojos eran de veras los espejos del alma, suponía que su alma debía estar más ofendida que nunca.

—¿Qué le hace pensar que creeré tal cosa?

—Nada, pero nunca está de más intentarlo. Larabee se acercó a la señorita Conti porque sabía que su dote era cuantiosa y que sería más que suficiente para pagar sus deudas de juego —prosiguió Saint-John—. Si no le pidió matrimonio en el momento en que la vio fue porque sabía que no sería creíble su propuesta romántica y porque sospechaba que una jovencita rebelde como ella no se casaría sin amor. Pero ya le digo que nunca tuvo la idea de formar con ella una familia, sino de viajar por el mundo con su dinero. ¿A caso creyó usted alguna vez en sus intenciones? Porque deje que le diga que es un tanto sospechoso que un hombre no corteje a una mujer en público si pretende convertirla en su señora, y él la mantuvo en secreto todo el tiempo.

Eso tuvo que concedérselo. Había sido muy extraño que Larabee no hubiera hecho pública su propuesta de matrimonio, y más aún que se negara a ser visto en los salones con ella. Claro que Larabee se sacaba tan buenas excusas de la manga y Valentina estaba tan enamorada que le habría creído cualquier estupidez.

Pero no dijo nada. Prefería perder la cabeza a perder la razón, entre otras cosas porque sobre esa razón había construido una bonita mansión europea en cuyas cuatro plantas vivían dieciséis desprecios hacia el duque. No le haría ninguna gracia estar equivocada. Ninguna.

—¿Y usted qué sabía de sus intenciones? No irá a decirme que Larabee fue tan borrego como para comunicárselas sin más.

—Desde luego que no. Fue estando borracho en el club cuando lo descubrí. Estábamos jugando una amistosa partida de cartas cuando se emborrachó tanto que nos contó su plan. Quedé bastante sorprendido.

—¿Por qué? No es la primera vez que un hombre y una mujer se casan por conveniencia.

—Un hombre y una mujer se casan siempre por conveniencia mutua, no solo para el beneficio de una de las partes —corrigió—. Por no hablar de que él planeaba irse después, sumiéndola en el escándalo y muy probablemente en la depresión. Además de que siempre me ha parecido denigrante que una persona sea incapaz de manifestar sus deseos o expectativas y tenga que actuar a las espaldas. No soporto las mentiras, pero mucho menos el engaño y la falsedad. Él se enorgullecía de sus defectos.

Viviana intentó que no se notara que eso le había dejado huella. Porque que no fuera a seguir con el plan no significaba que no le quedara vida para redimirse por lo que casi había hecho, ni tampoco que no empezase a sentir remordimientos por cómo lo había juzgado.

—Pero... —insistió—. ¿A usted qué le importaba Tina? Le recuerdo que era mi hermana. La hermana de su mayor enemiga —recalcó, mirándolo de hito en hito. «Por el amor de Dios, que algún gesto delate que está mintiendo»—. ¿No habría procedido que lo hubiera dejado estar?

—¿Por qué? ¿Solo porque metió un par de grillos muertos en mi cama, su hermana merecía el escarnio público? —La ceja color bronce de Saint-John se elevó hasta las nubes—. Discúlpeme si le decepciona que tenga unos principios, pero suelo ponerlos sobre la mesa cuando veo algo que no me gusta. Y no soy tan estúpido como para condenar a una criatura inocente por todo lo que me ha hecho pasar otra distinta. No hace falta pasar mucho tiempo con ambas para saber que su hermana es todo lo opuesto a usted, y no hay una sola fibra mezquina en su ser. Aunque si quiere que sea del todo sincero, Larabee tampoco se habría salido con la suya si hubiera sido usted la elegida para llevar a cabo sus planes.

Aquello la pilló por sorpresa, pero no dejó que le calara. Era demasiado pronto para deshacerse del lastre que llevaba acarreando desde hacía años. Era pronto para olvidarse de lo mucho que despreciaba Saint-John.

—En resumen, esa noche decidí darle el suficiente dinero para que se olvidara del asunto y volara lejos... sin su hermana. Siento si participé en el destrozo de su corazón —dijo con voz queda. A Viviana le pareció sincero, lo que solo la irritó más aún—, pero mucho me temo que habría ocurrido de

todos modos. Con la diferencia de que en caso de haberse dado la primera posibilidad, también habría acabado en la ruina económica y social.

—Oh, porque no estábamos antes en la ruina social en absoluto —soltó Viviana, cruzándose de brazos. Esbozó una sonrisa impertinente y lo miró con ironía—. Lo siento, pero me cuesta creer que el mismo hombre que lleva queriendo verme caer en picado por la escala social desde que me vio, sea el mismo que salvó a mi hermana del ostracismo. Usted estaba tan interesado en destruirme como yo en destruirlo a usted, y sabía que mi debilidad era mi hermana, así que se ensañó con ella. Y le salió bien, Excelencia, porque habría hecho algo verdaderamente terrible si...

—¿Que estaba interesado en...? —Saint-John sacudió la cabeza. Una sonrisa incrédula y fría se instaló en sus labios—. Escúchame bien, víbora. —Dio un paso al frente y la cogió por el mentón, acercándola a su cara. Viviana sintió que se le aceleraba el pulso. Tuvo que coger al toro por los cuernos antes de que la impulsara a tomar su rostro y besarlo en los labios—. Si hubiera querido destruirte en algún momento, ahora tus cenizas estarían mezclándose con las de Troya. Entiendo que debe ser duro para ti haber perdido la excusa con la que justificabas tu maldad, pero por desgracia no vas a encontrar una nueva en mi supuesta mezquindad. Porque yo nunca he querido causarte ningún mal —remarcó—. Jamás.

Viviana soltó una carcajada que llenó de escarcha el espacio entre ambos.

—¿Va a intentar acusarme de desequilibrada por culparle, cuando después de todo está mintiéndome a la cara? ¿Cómo espera que me crea que nunca ha querido causarme ningún mal, cuando todo lo que ha hecho desde que llegué ha sido poner a Londres en mi contra? —Al ver que Saint-John despegaba los labios, continuó—. No se moleste en negarlo, porque le he oído varias veces y cuando no, me lo han contado. Usted quería verme fracasar, y eso, en mi tierra —mencionó, irguiéndose con orgullo—, significa hacer daño al prójimo.

—¿Qué tiene que ver que manifieste mi opinión sobre una persona a querer que otra muy distinta acabe en la miseria? Sería estúpido pagar con su hermana mi frustración, y no soy tan imbécil como me concibe —siseó él, acercándose—. En la guerra todo vale, víbora. Usted intentaba echar abajo mi reputación y yo procuraba desquitarme mencionando sus atrocidades con mis



amistades. No se le ocurra señalarme a mí como el único malo de la historia.

—Empezaste tú —espetó, con la boca torcida. Le clavó el dedo índice el pecho—. Tú fuiste el que se negó a presentarse cuando me vio aparecer. ¿Por qué? ¿Por qué arremetiste contra mí desde el momento en que me conociste? Oh, espera, no me lo digas. «Cada condenado día desde que apareciste» —citó, poniendo voz lúgubre. Al ver que el rostro del duque se ensombrecía, sonrió envenenada—. Me viste y te parecí tan irresistible como inalcanzable, y tenías que hacer algo para hundirme porque te enfureció la idea de que alguien pudiera tener lo que para un duque era impensable.

—¿De qué estás hablando?

—De la verdad. Valóralo, porque no suelo decirla muy a menudo —dijo entre dientes. Dio otro paso al frente y estiró el cuello hasta que casi fueron de la misma estatura—. Todo este tiempo he sido rechazada, vejada e insultada porque al bastardo del duque de Saint-John le cuesta retener su libido. ¡Grande! ¡Sensazionale!

Su intención había sido aplaudir, pero Saint-John la cogió de las muñecas y la sacudió para acercarla a su cuerpo. En sus ojos vio arder el ultraje, además de quemarse el interior de una caña de azúcar. Brillaban tanto que ya no eran tan transparentes o azules como blanco desvaído. Esos debían ser los ojos de un ángel, y sin embargo...

—¿Cómo te atreves...? —empezó, sin voz—. Yo no empecé nada. Fuiste tú la que quiso encontrar un culpable entre tanto odio y me eligió a mí para desquitarse, solo porque fui el único que no se te quiso acercar. ¿Quieres que te diga algo, víbora? —La sacudió otra vez y pegó los puños a su pecho, sin dejar de abrazar las muñecas de la italiana con los dedos. Inclino el cuello hacia abajo para casi hablarle a su nariz—. Si recibes desprecio es porque es lo que llevas dando desde que pusiste un pie en el reino. Si no tienes modales ni respetas la tradición y encima te paseas como si fueras moralmente superior, no es mi culpa que nadie te quiera a su alrededor. Yo no he hecho nada —zanjó, con la mandíbula a punto de reventar—. Te lo has hecho tú sola.

—Puede que yo no fuera ganándome el amor de mi prójimo —se defendió ella, que en el fondo agradecía que la estuviera sujetando. Sospechaba que podría caerse de bruces de un momento a otro, temblando como estaba.

Furiosa por lo que decía, excitada por su cercanía y vulnerable por el imperioso deseo de fundirse con él—, pero tú lo empeoraste con tus blasfemias... Y lo hiciste porque te frustraba no poder tocarme.

Viviana no encontró comparación para distraerse de la sonrisa que Saint-John esbozó. El duque la soltó repentinamente, haciendo que ella casi se tropezase, pero volvió a cogerla: esta vez abarcando su rostro con las manos firmemente.

—No estoy frustrado por no poder tocarte —arguyó—. Si algo pudiera frustrarme, estaríamos hablando de un algo que no sería correcto, no de una imposibilidad. No hay nada que no pueda tener; ni siquiera tú, víbora. Si ahora mismo te besara no te apartarías. Y si decidiera meter la mano bajo tu falda no me detendrías, porque me deseas tanto como yo a ti.

No habría estado del todo mal sufrir un infarto, si a cambio hubiera podido evitar ruborizarse.

—*¡Al diavolo con te, Saint-John!* —espetó, empujándolo para quitárselo de encima.

Tuvo el efecto equivocado. El duque la agarró de las caderas, la acercó hasta encajarlas con las suyas y sin darle oportunidad de quejarse, la besó. Viviana separó los labios para soltar una barbaridad, pero él aprovechó para introducir su lengua en la dulce, húmeda y maldita cavidad. Las rodillas de la italiana se convirtieron en gelatina al reconocer su sabor, y antes de que pudiera preguntarse por qué, ya estaba abrazándolo por la cintura y pegándolo más a su cuerpo.

Viviana jadeó cuando notó las manos de Saint-John en la parte trasera de sus muslos, trepando con las uñas hasta clavarse en la tela que le cubría el trasero. Los músculos de su estómago se contrajeron de excitación, y recreándose en la presión de los dedos masculinos sobre sus glúteos, profundizó el beso ladeando la cabeza.

Como si la cercanía no fuera suficiente, Saint-John se agachó lo suficiente para cogerla por las piernas y abrirla para él. Ella enseguida le rodeó la cintura, inclinándose hacia delante para aferrarse a sus hombros. Se dejó llevar hasta una de las baldas de la estantería, en la que la sentó provocando la caída de unos cuantos sacos medio abiertos. Ambos ignoraron el estropicio que se formó a sus pies cuando las legumbres rodaron a su alrededor.

Cuando fue imposible seguir el ritmo del beso, Saint-John lo rompió y buscó con sus labios algún punto de su cuello que atracar. Viviana observó con el corazón martilleándole en el pecho que no paraba en sus clavículas, sino que desabrochaba los botones delanteros del camisón para besar las cúspides de sus pechos. Si la expectativa ante lo que estaba a punto de hacer no la mató, murió cuando su boca caliente entró en contacto con aquella zona tan sensible. La areola se encogió al ser atendida por el duque, quien comenzó a succionar, lanzando descargas de tensión al resto de su cuerpo. Viviana no tardó en llevar sus manos a la nuca masculina, animándolo a continuar mientras casi reptaba por el estante, incapaz de estarse quieta. Solo por curiosidad bajó la mirada, comprobando que era él quien estaba haciendo eso: era él quien lamía con avaricia su seno, comprimiendo el otro con una mano. Era él, pensaba mientras llevaba la suya a la zona y lo empujaba a tocarla con mayor premura e intensidad.

Si sentía el cuerpo rígido siendo el foco de atención de sus besos, cuando Saint-John se apartó para mirarla directamente a los ojos, se convirtió en la cuerda de un violín. No sabía que podía existir algo más hermoso que ese hombre, pero se había superado a sí mismo al decirle con la mirada lo que probablemente nunca escucharía en sus labios.

—Esto no es nada —empezó jadeante, separándole las piernas para colocarse entre ellas. Colocó las manos en sus rodillas y fue subiendo muy despacio. Viviana se sonrojó cuando él medio sonrió al notar su piel de gallina, con el vello cada vez más tenso por el contacto—, nada —recalcó, pegando la frente a la suya—, comparado con lo que me gustaría hacerte.

Viviana se lamió lentamente los labios hinchados.

—¿Qué quieres hacerme?

—No me tires de la lengua. Incluso tú te escandalizarías... O no. Puede que tú precisamente no —meditó. Rotó las manos al llegar a sus ingles, desplazando un pulgar al punto donde se unían sus piernas. Viviana gimió cuando sintió el dedo contra el pequeño cuerpo carnoso que coronaba su sexo—. Dios bendito, Viviana. ¿Has estado completamente desnuda mientras te cuidaba? ¿No llevabas nada debajo?

—¿Cómo quieres que... que...? Oh —suspiró, empujando las caderas hacia su mano, que la tanteaba a maldad. Pegó la barbilla al pecho para intentar ver

qué diablos estaba haciendo con ella, pero se chocó con sus ojos antes. Unos ojos grandes y oscurecidos que la miraban como si quisiera metérsela en la boca—. ¿Cómo quieres que duerma si no?

—Conmigo —contestó quedamente.

El corazón de Viviana se mantuvo en vilo durante unos segundos, y cuando volvió a recobrar el sentido, lo hizo bajando el ritmo. No supo lo que contestar y se convenció de que nada bueno saldría de su boca si lo intentaba, por lo que decidió besarlo a modo de respuesta. Era imposible no usar los labios cuando Saint-John estaba cerca, ya fuera para gritarle o entretenerse con los suyos.

Quiso que fuera un beso rápido y de los que robaban el aliento, pero él tomó el mando y decidió cambiar el registro acariciando su boca con suavidad. El primer segundo, Viviana se preguntó a qué jugaba. En el segundo ya no pensaba. Él tocaba su entrepierna casi con veneración, estimulando su cima con tanta laboriosidad que los dedos de los pies se le agarrotaron: así era como la besaba. Despacio y profundamente, rompiendo el silencio cuando se separaba para rozar las comisuras y la barbilla con el borde de sus labios.

Viviana dejó de respirar cuando al abrir los ojos se lo encontró entregado a su placer. Una ola de regocijo impactó en su pecho, haciendo que su corazón olvidara las funciones para las que fue creado. Lo miró hasta que empezó a ver borroso, momento en el que su cuerpo se puso completamente tenso y cada músculo del mismo se contrajo para después deshacerse de la presión. Viviana se entregó al torbellino que bajó a buscarla soltando un gemido de liberación, que pronto tuvo la prudencia de ahogar mordiéndose el interior de la mejilla.

Cuando volvió en sí misma, Saint-John se había apartado y la miraba sin sonreír.

—Me remito a lo dicho —dijo secamente—. Ni te has apartado, ni me has detenido.

Se dio la vuelta y salió de la despensa sin esquivar las legumbres, que crujieron bajo su peso.

«¿Cómo quieres que duerma?»

«Conmigo».

«Imbécil», se dijo Saint-John. Era el «imbécil» número noventa y cuatro que se decía desde que había cerrado la puerta de la despensa. Y la había cerrado con la misma mano que había colado bajo la falda de Viviana Conti, lo que significaba que era una mano falta de moral y que merecía eterna penitencia.

Las noventa y cuatro veces no constituían un cálculo real, pero teniendo en cuenta que habían pasado nueve horas desde el encuentro, sospechaba que la cifra debía rondar los cien. Se había maldecido al menos una vez cada veinte minutos, y aún no le parecía suficiente. Tampoco había logrado convencerse de que lo era: a fin de cuentas, lo difícil habría sido estarse quieto.

¿Qué clase de monstruo pasivo a la ley y doméstico a la voluntad de Viviana Conti le había poseído? ¿Y cómo se libraba uno de él? Porque parecía haberse instalado en su estómago para pasar el resto de sus días haciéndole compañía, y si no, que alguien tuviera la amabilidad de explicarle por qué no se deshacía el nudo de su estómago.

Al menos había conseguido esquivarla durante lo que llevaba de día, ocupándose de asuntos concernientes a la finca y sus cuidados. No solía encargarse de nada relacionado con ello: para eso había contratado a un capataz. Pero cualquier distracción era bienvenida.

Desgraciadamente, su cuerpo y su mente habían seguido caminos distintos. Sus manos bien podrían estar entretenidas en colocar las fichas de una partida de damas —labor en la que se afanaba en la actualidad—, que la cabeza todavía le daba vueltas a los reproches de por la mañana. Viviana había

sonado verdaderamente convencida de lo que decía, y eso solo podía significar que, por encima de lo que habría cabido sospechar, lo había odiado con la fuerza de un tifón. Lo había odiado más de lo que él podría haber llegado a imaginar al asociar sus travesuras con el aburrimiento.

Sacudió la cabeza y se quedó mirando uno de los cuadros de la pared, buscando la manera de disculparla. Era tarea sencilla: él también habría matado a cualquiera que se hubiera atrevido a dañar a uno de sus seres queridos, aunque no abundaran, precisamente. La única que le quedaba era su madre, que no dejaba su casa de Londres ya nevase, tronase o hiciera calor. No había manera de despegarla de Belgravia, ni siquiera con la promesa de una corona y su cetro a juego, lo que los separaba durante prácticamente todo el año.

Claro que su madre no era un ser querido al que él no hubiera podido evitar querer. Tampoco había intentado o seguía intentando amarla, porque incluso el cariño era demasiado pasional para lo que se esperaba de un inglés, pero igualmente su aprecio por ella no llegaba al tope. Era difícil querer a alguien que jamás había hecho nada por él, que había abierto un abismo entre ambos desde el momento en que nació y que actuaba como si no lo conociera. Hasta lo obligaba a llamarla duquesa viuda de Saint-John, en lugar de permitirle el trato de madre.

Su padre había sido un gran referente en cuestiones políticas y económicas, pero tampoco se había interesado en él como individuo pensante o niño al que querer. Había tenido un hermano: el indiscutible favorito de su padre y en el que volcó todos sus deseos y expectativas. Desgraciadamente nunca se habían llevado bien, lo que significaba que no había podido apoyarse en nadie en su propia casa para salir de aquel remolino de indiferencia.

Pero existía una persona a la que él apreciaba, y esa era su prima Joyce. No la veía más de tres veces al año a no ser que ocurriera una desgracia familiar, pero era suficiente para quererla con todo su corazón. Tenía claro que si alguien le hacía daño de la manera en que Viviana creía que él había herido a Valentina, lo mataría. Ergo, entendía sus odios.

Lo que no quería decir que le pareciesen bien...

—Pensaba que las damas eran un juego de dos.

Marcus se puso de pie como correspondía y enfrentó a Viviana, que en

lugar de haber aprovechado su distracción para invadir su espacio —algo que acostumbraba a hacer— se mantenía a distancia prudencial. A pesar del alejamiento, pudo fijarse en que aún no estaba recuperada del todo. Seguía teniendo los ojos empañados y el rostro muy pálido. Y seguía siendo dueña de un inexplicable atractivo con consecuencias de las que él no podía zafarse.

No era sorprendente que no fuese la favorita en los salones: la preferencia era la rubia estilizada de ojos claros, lo que ya la convertía en enemiga del canon, y que fuera italiana y voluptuosa solo empeoraba su presentación. Pero a él le atraía como las sirenas a los marineros: le incitaba a echar el ancla en sus costas y perderse para siempre en sus brazos. Le fascinaba ese conjunto de rasgos fuera de lugar y le seducía completamente su manera de sacarlos adelante, con ese desparpajo propio de la Venus.

Pero no se fijó tanto en ella como en su expresión, que por vez primera no parecía esconder detrás una batalla campal o una tormenta sin solución. Estaba tranquila, lo que significaba que no se había tomado a pecho el comentario antes de dejarla esa mañana.

—¿Cómo se encuentra?

—Arrepentida, aunque me duela decirlo —contestó, sorprendiéndole.

—Yo también lo estoy —repuso enseguida, mirándola con gravedad—. No debería haberme dejado llevar de ese modo en la...

—No me refería a eso —cortó, rodeando la mesa donde había estado entreteniéndose—. Me voy a sentar.

Ese anuncio, pronunciado como una inapelable sentencia, hizo que tuviera que contener una sonrisa. Claramente era imposible convertir a Viviana Conti en una criatura de «por favor» y «gracias», lo que en cierta manera hacía que fuera la duquesa perfecta. Lady Saint-John no había pronunciado esas dos oraciones en toda su vida y su noble abolengo era intachable: sería la ideal descendiente por esa parte. Por todas las demás desgraciadamente no. No bastaba la actitud para convertir a una mujer en una reina, ni siquiera aunque esa mujer hubiera nacido con el propósito de estar por encima del resto.

Dejó a un lado sus pensamientos cuando observó que Viviana entrelazaba los dedos y los apoyaba sobre el tablero.

—Quería decirle que he estado equivocada —empezó, mirándole a los ojos

—. No se me da bien pedir disculpas y ni mucho menos reconocer que podría haber llegado al error, pero pensando largo y tendido en lo que me ha dicho esta mañana... Creo que se lo debo.

Marcus alzó las cejas.

—¿Es esa la introducción a un «perdón por haberle odiado en silencio»?

—Va un poco más allá, muy a mi pesar.

—Si sigue repitiendo lo terrible que le parece disculparse no podré regodearme a gusto en mi habitación, y tampoco la tendré tan en consideración.

—Es usted un caballero. Me perdonará igual, me disculpe como me disculpe —zanjó ella, con una sonrisa sobrada. Marcus buscó la manera de encontrarla desagradable, descortés o irritante, matices que sin lugar a dudas vivían en esa boca impertinente, pero no la halló. Para su consternación, incluso le agradó—. Aun así no es solo eso. Tiene que saber que si le he molestado durante estos años... Si le he querido causar alguna clase de daño... Ha sido porque creía que era una mala persona. Lo que no quiere decir que sea usted ahora *un angelo della carità*.

—¿Va a mezclar la disculpa con otra ofensa? No me extrañaría —admitió —, pero pregunto para estar preparado.

—Llevo sin disculparme veintidós años, Saint-John —se quejó ella, mirándolo con los ojos entornados—. Podría darme un poco de margen.

—Todo el que necesite. Esto quedará para la posteridad.

—Tampoco se regodee.

Marcus ahogó una sonrisa y aguardó pacientemente a que Viviana ordenase sus ideas.

—Arriesgándome a que se ría de mí o intente poner mi reputación por los suelos, voy a contarle dónde empezó todo. Aunque quizá ya lo sepa. — Viviana lanzó una mirada rápida al ventanal del salón, como si quisiera asegurarse de que tenía escapatoria en caso de querer huir. Después la devolvió a Marcus, que la observaba con curiosidad—. Seguramente habrá oído hablar de mi madre. No solo era británica de la cabeza a los pies, sino la primera de su nombre y una de las mujeres más afortunadas de Londres. Tenía belleza, una herencia cuantiosa y una reputación intachable... Hasta que decidió fugarse con un pequeño emprendedor italiano.



»Mis padres se querían, no vaya usted a creerse que fue una aventura. Mi hermana y yo somos el resultado de ese amor que se profesaban. Solo tiene que saber las condiciones en las que vivíamos para darse cuenta de que mi madre había seguido a su corazón: renunció a todo el lujo de Londres para vivir en la miseria, en un pueblo perdido del norte de Italia. Por amor dejó una mansión en Mayfair, y se trasladó a una casa donde todo el servicio se reducía a una cocinera.

»Claro que eso no quiere decir que nos quisiera a nosotras. Quien dijo que enamorarse es entregar el corazón a la persona amada no pudo ser más acertado, porque a mi madre no le quedó seso para preocuparse por sus hijas. Nos ignoraba sin ninguna clase de arrepentimiento. Nos ponía en manos de la vecina o de la hermana de mi padre... Pero eso es lo de menos. —Hizo un vago gesto con la mano—. Aun así nos procuró la educación necesaria para no ser consideradas unas bárbaras, y gracias a eso estamos hoy aquí.

»Mi padre al menos nos hablaba —sonrió con amargura—. Pero cuando murió mi madre no quiso saber nada de nosotras, así que nos mandó a Inglaterra con nuestra abuela. De eso se acordará usted, puesto que supuso un gran dolor de cabeza para su Excelencia. El caso es que nos largó así, sin más. Sin tener en cuenta lo que queríamos o lo que nos gustaría, o que teníamos allí nuestras amistades... Aunque no me sorprendió. Siempre supe que esos dos *desgraziati* acabarían quitándonos del medio, y no me importaba del todo porque allá donde fuera, estaría con Valentina. Y ella era y siempre será todo lo que necesito.

»Pero Tina no se lo tomó igual. Es una persona que ha nacido para querer a los demás, ¿sabe? Para cuidar de los demás, para preocuparse por los demás. Quería a mis padres como a nada ni nadie en el mundo, incluso a pesar de que le habían negado todo el cariño que necesitaba. Puede imaginarse cómo se tomó que la echaran de su casa con solamente quince años y estando tan reciente la muerte de su madre. Afortunadamente pudo aferrarse a la idea de ser una dama inglesa, cosa que la había estado obsesionando desde que tuvo conciencia de sí misma.

»Se llevó otra gran decepción cuando llegó. Había diez cubiertos en la mesa que no sabía utilizar, se comían cabezas de animales y no bastaba con darle las buenas noches a un caballero con una sonrisa: había que llamarlo

excelencia, su gracia, milord o sir según correspondiera. Y como ella desconocía esas normas, enseguida la tacharon de bárbara y la condenaron a la esquina del salón. Si lo superó fue porque un hombre se interesó en ella durante una velada: el *attraente e bello* vizconde de Larabee, cuyo nombre ni quiero ni voy a recordar.

»Valentina cayó a sus pies sin demasiado esfuerzo, y no puedo culparla. Era la primera persona en el mundo que le prestaba atención, que se preocupaba por ella y que se esforzaba en hacerla sonreír, cuando normalmente había sido ella la que se había desvivido por hacer fáciles las vidas de sus seres queridos. Yo... Bueno, he de admitir que me pareció un hombre muy decente —suspiró—, así que no me interpusé cuando acordaron casarse.

»Pero un día llegó a casa bastante más serio de lo habitual, se llevó a Valentina a una habitación para hablar a solas, y... Cuando salió vi en sus ojos que ya no era la misma. Simplemente lo vi. Lo sentí. Estaba escrito en su cara y en sus gestos. Según parecía, Larabee se había dado cuenta de que no era lo bastante buena para él.

»No perdí el tiempo y fui a buscarlo antes de que pudiera poner un pie en el carruaje. Recuerdo ese momento como si fuera ayer —sonrió sin ganas—. Él con un pie en el peldaño de la elegante calesa, con un mechón cayéndole sobre la frente y una fingida mueca de tristeza. «El duque de Saint-John ha sido muy generoso conmigo», me dijo. «Lo único que tenía que hacer era responder a su petición, y así ha sido. Una lástima: tu hermana es adorable».

Los rasgos endurecidos de Viviana se suavizaron cuando se estiró en el asiento, sentenciando con lenguaje no verbal que la conversación iba a acabar.

—Lo que quiero decir con esto no es que Valentina no se merecía ese trato. Creo que es una conclusión a la que usted habrá llegado por sí mismo si alguna vez se ha molestado en hablar con ella. Mi conclusión es que al igual que Larabee era el mundo entero para Valentina, Valentina es el mundo entero para mí. Y aunque ella desee querer y perdonar a todo el mundo, yo no. Ella quizá pudo respetar la decisión de Larabee, pero yo no pude correr un tupido velo cuando destrozaron el corazón de mi mundo. Y hasta hace unas horas, usted era el enemigo de ese planeta del que hablo.

Marcus asintió en silencio, sobrecogido por la determinación que exudaba

su declaración. Le pareció que no existía verdad más rotunda que el amor de Viviana Conti por su hermana. Si antes había sospechado que mataría por ella, ahora le quedaba claro que también se dejaría matar por su bienestar.

—Lo entiendo. Yo también tengo una... Valentina, por así decirlo —sonrió levemente al recordar a Joyce—. Pero ya sabe la verdad. Larabee era un impostor, y aunque no conozco a la señorita Conti de primera mano, pensé que habría sido terrible para ella descubrirlo más adelante. Si me cree me doy por satisfecho.

—Le creo. No sé por qué, pero le creo —suspiró. El aire fresco de su aliento viajó por el espacio entre ambos para acariciarle las mejillas—. Eso es lo que quería decirle. Y que siento muchísimo haber hecho todo lo que he... hecho. Ya sabe. —Hizo un gesto elocuente con la mano—. Lo de las prostitutas, los perros, los envenenamientos, sus criados, lady Helen... Me había disculpado el día de la carrera en Ascot, pero en ese momento lo hacía por Carlisle, no porque de veras quisiera redimirle.

—Me lo podía imaginar —comentó, con una mueca. Parecía que habían pasado años desde aquel día, cuando solo había transcurrido un mes—. No la concebía como la clase de mujer dispuesta a sembrar la paz con su mayor enemigo solo por complacer a su prometido.

Viviana esbozó una sonrisa impertinente.

—Ni por asomo. Menos aún cuando me ha tocado un hombre tan fácil de complacer. Carlisle sería feliz solamente casándose conmigo para ser bien recibido en la corte. No necesitaba que me llevara bien con usted. Ni con nadie, en realidad.

Marcus parpadeó sorprendido.

—Entonces... Lo sabe.

—Claro que lo sé —sonrió, ladina—. Carlisle va siempre con la verdad por delante, lo que es de agradecer. No fue precisamente romántico cuando me habló de su ambición en la primera cita, pero por lo menos cortó de raíz mis esperanzas de encontrar a un señor Rochester.

—¿Sueña con un señor Rochester?

—Lo cierto es que hasta hace poco soñaba con hundirle en la miseria, Saint-John —contestó, mirándole burlona—. Pero cuando mis sueños vayan acostumbrándose poco a poco a la dinámica de la normalidad y abandonen

sus fines perversos, quizá lo haga.

Marcus casi soltó una carcajada. No estaba muy acostumbrado a que le hicieran reír, pero sabía que con ella podía lograrlo. El problema era que no le divertía la idea de que Viviana se hubiera rebajado a tal cosa, ni que estuviera conforme con ello, ni que el resultado fuera una boda que no deseaba como amigo y como hombre.

—Pero, ¿por qué aceptó sabiéndolo? Estamos a finales del siglo XIX, señorita Conti. Cada vez se apunta más alto con los matrimonios. Hasta alguna parte de la aristocracia se está casando por amor.

Viviana lo miró con sorna.

—¿De veras va a hablarme de un futuro romántico un duque conservador que probablemente acabe pidiendo la mano más fina, pálida, pequeña y decorosa de todo el viejo y olvidado Almack's?

Marcus desvió la mirada un momento a los dedos femeninos, que tamborileaban sobre el tablero. Su mano no le pareció fina, pálida y pequeña, pero tampoco indecorosa. Le pareció perfecta, y quiso que un rayo lo partiera en dos por eso mismo.

—Amplió su abanico de posibilidades, señorita Conti. Que yo me vaya a casar con alguien conveniente no significa que usted tenga que hacerlo, o que Carlisle sea precisamente lo que le conviene. No tiene que irse lejos para ver que puede aspirar a otras cosas: mire a sus padres.

—¿Se supone que ese par es un buen ejemplo? ¿Ellos deberían ser la inspiración para animarme a encontrar a Romeo? —se burló, sacudiendo la cabeza. Atrapó una de las fichas y se reclinó en el asiento para jugar a pasársela de una mano a otra—. Acepté porque a mí también me beneficia. A fin de cuentas, necesito un marido con título y dinero, y necesito dejar de ser un parásito social. Además... Nunca he sido la clase de muchacha que se pasa el día suspirando por amor. —Encogió un hombro—. Cuando Derek y yo acordamos los términos del matrimonio no sentí que estuviera perdiendo algo grande.

»Aun así es un poco retorcido, lo admito. Cuando me dijo de buenas a primeras que necesitaba casarse con una mujer esa misma temporada, o de lo contrario la reina le revocaría el título de su padre... Me costó creerlo. También me pregunté por qué me eligió precisamente a mí, pero teniendo en

cuenta sus antecedentes no fue de extrañar. Ninguna mujer en todo Londres habría querido casarse con el hijo de uno de los pocos ingleses destituidos por la mismísima reina. Y descendiente también de una larga línea de actrices. Solamente yo, otra paria.

»Lo que temo es casarme con él y que a la reina no le guste su adquisición. Esa *vecchia grassa* está llena de odio: buscará cualquier excusa para desacreditarle.

Marcus la miró con los ojos redondos.

—¿Tienes por costumbre insultar a la reina de Inglaterra o ha sido algo del momento?

—Tengo por costumbre insultar la tradición británica, y la reina es la cúspide —contestó sin remordimientos—. ¿Por qué? ¿He herido su sensibilidad?

—No exactamente, pero me ha dejado... —Parpadeó, sabiendo que no encontraría la palabra perfecta—. Las afrentas a la Corona se pagan muy caro, señorita Conti.

—Menos mal entonces que no me ha escuchado. E igualmente, creo que una afrenta sería hablar mal de su gestión. Solo he mencionado que es vieja y está gorda. ¿Acaso he mentado? —inquirió, con una ceja alzada. Después acercó la silla a la mesa y colocó la dama en medio del tablero—. ¿Qué le parece si le gano una partida?

Marcus se tragó aquella blasfemia como buenamente pudo y recordó con quién estaba hablando para que no le sentara del todo mal. Seguía siendo Viviana Conti, una mujer que no tenía respeto por nada ni nadie salvo su hermana y ella misma. Habría sido mucho pedir que le concediera cierto crédito a la mismísima reina de Inglaterra, un país al que pertenecía aunque solo fuera por parte de madre.

«Lleva algo de sangre inglesa en las venas», recordó Marcus, observando cómo preparaba las fichas. Lo había olvidado por completo, o a lo mejor había querido olvidarlo. O quizás ella se había esforzado en hacer que lo olvidase todo el mundo. A fin de cuentas, se consideraba italiana y eso preponderaba sobre lo que pudiera ser por cuestiones biológicas.

Aun así no pudo salvo lamentarse de que no quisiera pertenecer al reino inglés.

—Remitiéndome a lo que ha mencionado antes —empezó él, saliendo de su aturdimiento para colocar las damas en su extremo. Sus dedos rozaron sin querer el dorso de la mano femenina, y como castigo se llevó una descarga. Hizo lo que pudo por ignorarla—, creo que no le convendría casarse con él. Es cierto que la reina... tiene sus cosas. —Torció el gesto—. Aprovecharía cualquier defecto de su esposa para negar su petición, incluso aunque el título le perteneciese por derecho. Y si al final todo desemboca en lo que usted ha sugerido, va a salir muy malparada. Tendrá un esposo despreciado por la Corona y destitulado.

Observó que Viviana lo miraba con una expresión indescifrable, oscilando entre la diversión y la seriedad. Una extraña y contradictoria manera de mirar, como todas las posibilidades en su registro de sonrisas, de semblante y de tono al hablar. También tenía los ojos empañados y enrojecidos, y la cara cada vez más blanca.

Si no hubiera tenido debilidad por sus comentarios, la habría interrumpido para preguntarle si se encontraba bien.

—¿No era Derek su mejor amigo, Excelencia?

—Uno puede estar en contra de las decisiones que toma su mejor amigo —se defendió, ofendido por la insinuación—. No intento convencerla de nada, sino señalar los hechos. Creo que Carlisle coincidirá conmigo en esto. Si al final se hunde, querrá hacerlo solo, sin arrastrar a nadie por el camino.

—Quizá no. O quizá sí.

Ese aire misterioso lo atrajo, haciendo que la mirase de hito en hito a la espera de una explicación. Una explicación que no llegó, y cuyo espejismo se reflejó en el silencio que procedió. Solo escuchaba la respiración de Viviana, cada vez más profunda por los vestigios de la neumonía.

Cuando estaba a punto de ofrecerle comenzar, ella lo miró directamente a los ojos con rictus serio.

—Marcus, tengo que decirte algo. —Le costó tanto tragar saliva que el duque se removió inquieto en el asiento—. Debo pedirte perdón por una cosa más.

—¿De qué se trata?

—Has de saber que yo te odiaba. Te odiaba de verdad —recalcó, vulnerable—. Estoy avergonzada por esto... Y...

Se llevó una mano temblorosa a la frente, que frunció antes de componer una mueca de dolor. Fue suficiente para que Marcus se pusiera en pie y rodeara la mesa para atenderla, poniéndose de rodillas. Aquella postura debió inspirar algo en Viviana, porque lo miró entre apesadumbrada y colmada de regocijo.

—Creo que sería ideal que descansara un poco.

Viviana se lo quedó mirando un buen rato, meditabunda. Fuera lo que fuera que hubiese en su cabeza, a Marcus le pareció algo encantadoramente retorcido. Solo un grave arrepentimiento, una gran pasión o ambas juntas podían hacer que una mujer mirase así a un hombre.

«Un hombre que no es el suyo», pensó amargamente.

—Sí, supongo que sí...

Marcus no preguntó. Ya puestos, tampoco lo pensó demasiado. La tomó entre sus brazos y subió los escalones de la mansión sin demasiada dificultad, intentando concentrarse en los peldaños y no en la hierbabuena que flotaba a su alrededor. Empezaba a arrepentirse de su arrebato cuando llegó a su destino, y se arrepintió de dejarla en la cama cuando sintió en sus manos el vacío en su máxima extensión. No era lo mismo vestirlas de desnudez cuando no se sabía lo que podían abarcar, que cuando ya lo habían tocado y conocían cómo se sentía. Era como renunciar al poder chispeante de la magia cuando se sabía lo que se podía hacer con ella, o como despedirse de la felicidad montando en un barco lejos de sus puertos.

Solo por eso se sentó a su lado y la observó, preguntándose cuál sería la mejor excusa para quedarse a su lado. Era una absurdidad: el colmo de todas ellas. Y una contradicción. Si le hubiera dicho al viejo Saint-John —ese que huía en cuanto la veía acercarse— que acabaría aguantando la respiración en su presencia... Bueno, no se podía decir que no lo hubiera visto venir. Las viejas pasiones no existían porque renovaban el contrato casi a diario, a menudo escribiendo con letra pequeña unas graves consecuencias que, en su caso, significaban el eterno delirio. En cierto modo siempre había sabido que acabaría allí: sentado a su lado en la cama, en silencio, muriéndose por morder esa nariz orgullosa y besar hasta amaratar sus tiernos labios.

Entonces ella rompió la tregua para instaurar de nuevo el caos.

—Dijiste que me deseaste desde el momento en que me viste. ¿Por qué

nunca te acercaste a mí?

Ni siquiera intentó negar que era cierto: en parte porque no podía desmentir lo dicho, y en parte porque sus actos habían hablado por sí mismos. En cualquier momento, a cualquier hora y sin importar quiénes hubiera a su alrededor, él le había demostrado con miradas y desprecios que sus anhelos le hacían temblar. Justo como en ese momento, cuando estaba siendo bombardeado a imágenes que jamás podrían reproducirse. No podía bajarle las medias, recorrer la longitud de sus medias con besos del tobillo a la ingle y hacerla gemir hasta la ronquera; ponerla a sollozar de necesidad por su miembro, con el que la llenaría para concederles a ambos la paz. Esa que no encontraría si no la tocaba.

—Porque me educaron para tener miedo de mis deseos —dijo al fin—. Y no puedes decir que este en concreto no fuera como para estar aterrorizado.

Ella respiró sin hacer ningún ruido, como si Marcus fuera un animal asustadizo al que tratar con benevolencia.

—Pero no quieres que me case con Carlisle.

—No —admitió sin tapujos—. No, no quiero que te cases con Carlisle. Pero no seré el perro del hortelano. No mientras pueda evitarlo.

La vio tragar saliva. Después se incorporó poco a poco.

—Entonces.... Entonces eres un estúpido y un cobarde. Cobarde por no atreverte a hacer lo que quieres y por admitirlo tan tarde, y estúpido si el motivo que te aleja de mí es que seas más importante que yo. Dime: ¿quién podría haberte prohibido que te acercaras a mí? ¿Quién podría haberte negado nada? Absolutamente nadie. Pero preferiste la comodidad a arriesgarte, lo que te convierte en un...

—¿Quién dice que esto sea cómodo? —interrumpió él, haciendo una mueca—. ¿Qué crees que puede tener de cómodo para mí verte y saber que no te puedo tocar? ¿Que si te toco te acabaré poseyendo, y que si te poseo tendré que darle la espalda a todo lo que me han enseñado para casarme contigo?

—Y eso es espantoso porque una mujer como yo no merece boda, ¿no? Es eso. —Viviana apretó los labios—. El magnánimo y siempre cubierto de gloria duque de Saint-John jamás podría rebajarse a compartir oxígeno con la desgraciada y de maltrecha reputación Viviana Conti. ¡A saber qué clase de herederos le daría! ¡Bebés deformes y propensos al escándalo...!



Marcus la cogió de la mandíbula y la obligó a mirarlo.

—Mi futuro nunca me ha pertenecido a mí, sino al título. Yo jamás podré elegir, ¿comprendes? Elige mi posición, mi árbol genealógico y mis obligaciones como noble.

Viviana cerró los ojos un instante. Cuando los abrió eran azules; un azul tan oscuro y profundo que parecía capaz de abducir a un hombre de su tamaño. De hecho, lo era. Podía conseguirlo de una mirada.

—¿Y qué elegirías tú? —preguntó en voz baja—. Tú, Marcus Radcliff.

La nuez de Adán le tembló un momento, justo en el que estudió el rostro y la suavidad de Viviana con ojos y manos.

—Por una de esas sonrisas que te he visto dedicarle a Carlisle habría renunciado a mi ducado —declaró—. Habría renunciado a todos los ducados que podrían haberme ofrecido. Habría obligado a renunciar a esa vieja gorda de la que hablas a todos sus privilegios, sus riquezas y posesiones, poniéndole una pistola en el cráneo.

Viviana respondió a su mirada con los ojos echando chispas.

—Pues sigues podrido de dinero —siseó en italiano.

—Y me sigo pudriendo de necesidad cada vez que te acercas a mí —le contestó en el mismo idioma, con la cara descompuesta por la rabia—. Pero es lo que he decidido en el nombre de lo que debo hacer, al igual que tú has decidido prometerte con Carlisle. Así que déjame pudrirme en paz y no me atormentes más.

La soltó bruscamente y retrocedió, mirándola como si en vez de ser la mujer de sus sueños hubiera sido diseñada por Leviatán. Porque fue Leviatán quien salió de sus labios cuando habló.

—Puedes tenerme —dijo con claridad—. Lo dijiste tú, no yo. Por eso no puedo echártelo en cara. Puedes tenerme —repitió—: no soy inalcanzable para ti.

Marcus estiró y comprimió los dedos de las manos. Quizá un año atrás hubiera podido etiquetar la escena como un regalo del cielo, pero ahora que el deseo se había intensificado hasta el dolor físico, ahora que ella tenía dueño, ahora que él había decidido renunciar y odiarla de por vida... Ahora solo era otra prueba cruel del destino. Estaba siendo tentado una y otra vez: no ya por la Eva pecadora, sino por la verdadera mujer del origen. La mala e irresistible

de verdad. Viviana era Lilith, tendida sobre la cama y con la mirada oscurecida: Viviana era el Infierno a donde quería irse.

Necesitaba arrancar las sábanas, quitarle el vestido, desbaratar su moño y separarle las piernas. Solo había una manera de hacerla suya, y era tan tentadora que sentía que se mareaba solo de pensarlo. Quería estar dentro de su cuerpo y lamerlo de arriba a abajo, besarla hasta que la tierra desapareciera bajo sus pies, dejarle marcas, llamarla por su nombre.

Pero...

—Es demasiado tarde.

Odiando todo cuanto conocía, Marcus se dio la vuelta y abandonó la habitación.

Dos veces se había resistido. Si Viviana lograba concertar una tercera cita con su perdición, no habría moral, lealtad o promesa de castigo que pudieran frenarle.

Y saberlo le asustó casi tanto como azuzó su necesidad.

—Ni pensándolo bien podríais haber encontrado amigas más diferentes a vosotras —comentaba Josephine Lamarck, midiendo la longitud de la pierna de Viviana con una vara de casi metro y medio—. Adoro vestir a grupos, sobre todo cuando a cada una de las muchachas les viene bien un color diferente. Así nunca van iguales y no las confunden.

—No creo que nos confundieran de todos modos —replicó Viviana, sosteniendo su propia mirada a través del espejo—. Jezabel es un tapón de alberca y Abby está bastante más delgada que yo. Incluso con el mismo vestido y peluquín sería imposible que no nos reconocieran por nuestro nombre.

—Cuidado con lo que dices —se metió la rubia—. Seguro que no sabías que las personas de baja estatura viven más que las altas.

Viviana miró a Jess con aire burlón. La joven dama descansaba en un sillón orejero después de una larga mañana recorriendo la calle Bond. A su lado, en el diván donde la señorita Lamarck había dejado su costurero para hacer los respectivos arreglos al vestido que Viviana se probaba, Abigail escuchaba la conversación con suma concentración, como si luego fueran a preguntarle detalles sobre el asunto.

—No, no lo sabía. Menos mal que tengo a la enciclopedia humana para iluminarme de vez en cuando con importantes conocimientos pertenecientes a campos de estudios absolutamente relevantes.

Jezabel soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—¿Te hemos acompañado a comprarte vestidos para soportarte en modo sarcástico, o hay algún motivo de peso detrás de todo esto? ¿Quieres contarnos tu siguiente paso en...? —Jess miró a la modista de reojo y torció la

boca, pensando en cuál sería la mejor manera de abordar el tema—. ¿Tu siguiente paso para adelgazar?

—¿Adelgazar? —Josephine se incorporó un poco para mirar a la italiana con el ceño fruncido—. No le estaré yo haciendo arreglos para que venga la semana que viene con cinco libras menos, ¿verdad? Y que conste que no lo digo solo por los apaños, sino porque usted no necesita perder un solo gramo. Es el vivo ejemplo de que se puede tener un cuerpo bonito siendo curvilínea.

—Eso es lo que quería decirle a lady Jezabel —sonrió Viviana, incómoda. Se giró para mirar a su amiga y separó los brazos del cuerpo, tal y como Josephine le pedía. Clavó los ojos en los de las mujeres, a las que miró alternativamente—. He dejado la dieta por completo. Me he dado cuenta de que era innecesario.

Abigail abrió tanto los ojos que no le hizo falta mirarla para saberlo. Parecían a punto de escapar de su cara y caerse rodando por el suelo. Jezabel era un poco más discreta, pero igualmente despegó los labios y se la quedó mirando a la espera de un «solo estaba bromeando».

—¿En serio? —preguntó Jess, con pies de plomo. Se quedó un momento pensativa—. No es que me parezca mal; todo lo contrario. Me alegro de que hayas decidido abandonar esa idea tan estúpida. Es solo que me sorprende, porque... Bueno, hace apenas unas semanas estabas obsesionada con no tocar los dulces. Querías destruirlos, pisotearlos y hacer que incluso llorasen por ti —le recordó. Jess hizo una pausa para estudiar el rostro de la costurera, que estaba demasiado concentrada en colocar alfileres en el vestido para prestar atención—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Creo que no me había dado cuenta de lo dulces que eran —contestó Viviana, esbozando una minúscula sonrisa que rayaba en la decepción. Sí, Marcus siendo agradable era peor que la Guerra de los Cien Años, porque le recordaba todos sus defectos—. No habría podido comérmelos todos a traición, sin darles la oportunidad a los demás de disfrutar de su sabor.

Abigail sacudió la cabeza.

—¿Disfrutar de su sabor? No estoy entendiendo nada.

—¿Qué significa eso? —insistió Jess, cada vez más perpleja—. ¿No vas a volver a comer dulces en tu vida? ¿O vas a tomarte uno de vez en cuando?

La italiana se giró siguiendo la orden de Josephine, encarando de nuevo al

espejo. Se tomó su tiempo echando un vistazo al corsé que le estaba ajustando, de un precioso tono plateado que hacía brillar su piel morena como la luna sobre el cielo nocturno. Acarició suavemente el tafetán de la falda, a juego con el corpiño, y acabó esbozando una sonrisa resignada.

—No, los voy a dejar. Los bombones no me merecen. Aunque eso no significa que no vaya a ir a por el helado —prosiguió—. El helado estaba ahí antes que los dulces y creo que le debo toda mi atención. A fin de cuentas, es lo que llevo tomando desde hace unos años y no ha sido el culpable de mis libras de más.

—El helado siempre es un acierto —corroboró la costurera.

—Espera. —Jess parpadeó y se acomodó con cuidado en el asiento, como si su cuerpo estuviera hecho de cristal y temiera romperse en mil pedazos—. ¿Me estás diciendo que vas a renunciar al saqueo de dulces por el helado? Pero si el helado nunca te ha import... gustado. De hecho, mientras disponías los bombones en tu mesa para darte el atracón, dijiste que si el helado se acababa gastando no te echarías a llorar. No es tu prioridad.

—Ahora sí —insistió Viviana, levando la barbilla y estudiando su figura en el espejo—. Los dulces están prohibidos a partir de este momento. Pero no por la dieta, sino porque yo quiero. Punto y final.

—Me hacen falta más alfileres —anunció Josephine—. Voy a buscar a la trastienda. No se mueva, señorita Conti.

Las tres clavaron sus ojos en la modista y no se concentraron en la conversación hasta que no la vieron desaparecer. Abigail fue la que se levantó y se colocó delante de la puerta entornada, mirando a Viviana como si acabara de plantearle un enigma irresoluble.

—No he entendido nada —admitió en voz baja—. ¿Se supone que Carlisle es el helado? ¿Y la «dieta» es la lista...?

—Traduciendo al cristiano, al anglicano o lo que más os guste, abandono mi venganza —anunció Viviana, en el mismo tono comedido y sutil. Su rostro no cambió de registro: milagrosamente se mantuvo indiferente, como si Saint-John, su supuesto retorcido intelecto y sus manos no la hubieran estado obsesionando—. Me he equivocado con él y he decidido ponerle fin a todo esto antes de que se complique. Voy a alejarme como tendría que haber hecho desde el principio y pienso casarme con Carlisle antes de que termine

la temporada para que pueda presentar su petición formal a la reina.

—¿A qué te refieres con que te has equivocado? —preguntaron las dos a la vez. Abigail fue la que enunció la siguiente cuestión—: ¿No es tan malo como parece?

Viviana cerró los ojos un momento y se meció suavemente sobre el taburete, fingiendo meditarlo. La respuesta había estado delante de sus narices todo el tiempo y no la había querido ver. Él estaba interesado en ella de una manera que iba más allá de lo moralmente correcto, de la cortesía y de su propio poder como duque. No en vano debía guardar silencio e ignorar esas sensaciones que ella había visto crecer e intensificarse en sus ojos, negándose lo que quería.

Había ignorado las señales, se había burlado de su capacidad de razonar — si es que alguna vez existió— y además había pasado por alto las palabras de Carlisle. «No te engañes a ti misma», le dijo. Pues lo hizo, y lo hizo tan bien que ahora estaba completamente fuera de sus cabales. No se sentía Viviana Conti, sino una persona distinta sin motivos por los que levantarse. Y no era para menos, porque el desprecio hacia Saint-John había sido lo que la había motivado a ponerse en pie cada mañana. El desprecio y el profundo interés que trataba de camuflar con odio justificado: un interés que había acabado convirtiéndose en una fuerte inclinación que pronto las haría de necesidad primaria. Todo por culpa de un estúpido juego.

Suspiró profundamente e intentó apartar de su mente la cara descompuesta del duque cuando se despidieron hacía una semana, pero no pudo. Desde la última noche que pasó en su casa de campo, había echado raíces en ella. Tenía grabados sus rasgos, sus gestos y, sobre todo, lo que había querido hacer y no le fue posible.

Porque en el fondo era un cobarde, pero no podía castigarlo por eso. Que no acatase las normas sociales no significaba que no las conociera o no funcionase así el mundo. Ni ella ni la pasión estaban por encima de lo que dictaba la tradición, por lo que tenía que dejarlo marchar, dedicarse a Carlisle en cuerpo y alma e intentar olvidar lo que había estado a punto de hacer: romperle el corazón a un hombre bueno.

—Sigue siendo engreído, demasiado recto y no se preocupa de medir sus palabras cuando se enfada... Pero no es malo —dijo al fin—. Estoy segura de

que nunca piensa en hacer daño cuando despega los labios o actúa en nombre de sus principios.

—Eso ya lo sabía yo. —Abby medio sonrió—. Un hombre que se pasa tres noches pegado al borde de tu cama para cuidarte no puede ser malo.

—¿Por qué no? —inquirió Jess—. Un hombre puede pasarse las mil y una noches pegado al borde de la cama de alguien si cree que debe hacerlo para expiar sus pecados.

—Si lo hubiera hecho para expiar sus pecados, habría estado en extremo preocupado y tan ansioso que no se habría movido de ahí —repuso Abby sabiamente—. El duque estaba a su lado cuando se lo permitían sus deberes, y cuando lo hacía, le hablaba con ternura y procuraba no mostrarse en exceso inquieto. Seguramente porque sabía que si Viviana abría los ojos y lo veía alterado, pensaría lo peor y se le contagiaría el temor a un empeoramiento. Un pecador se habría esforzado por que ella lo viese atacado y furibundo por la situación.

—A lo mejor estaba tranquilo porque no le importaba.

—Jess —suspiró Abigail—. ¿Es que tú no estabas allí cuando entró y la vio teniendo alucinaciones? Hilaba dos palabras seguidas porque le han enseñado a mantener la calma desde muy joven, pero estaba a punto de sucumbir a la desesperación. Yo no he visto nada igual —admitió en voz baja—. Así que me alegro mucho de que hayas decidido olvidarte de hacerle daño. No se lo merecía.

—En eso estamos de acuerdo —asintió Jess, mirando de hito en hito a la silenciosa Viviana. La italiana la vio despegar los labios para decir algo, pero luego se lo pensó mejor y volvió a juntarlos. Cuando hizo ademán de hablar unos segundos después, Viviana supo que no iba a decir lo que antes tenía planeado—. Se han quedado tres pasos sin seguir. ¿Cuáles eran? Por curiosidad.

Viviana sacó el pulgar.

—Hacerme ver como una mujer inalcanzable...

—Eso ya lo hiciste, ¿no? Cuando no quisiste mirarle el otro día en medio de la calle.

—No, eso era ser fría y distante. Para demostrarle que no podía tratarme como a una mujerzuela yéndose de rositas tras una falta de respeto —explicó

Viviana—. El quinto paso se refiere a cuando te muestras ante un hombre como la mujer ideal. Te comportas de la manera ideal, te arreglas como si fueras la diosa Afrodita bajada a tierra y eres muy agradable con todo el mundo. Al mismo tiempo pensaba demostrarle que podía ser la duquesa perfecta, relacionándome con los comensales de la siguiente velada de la manera idónea. No distanciándome de él —especificó, sabiendo lo que Abby iba a preguntar—, solo enseñándole la cara de compañera competente y escondiendo la fiera brava, la frágil dama en apuros y la seductora nata.

—Tiene sentido —asintió Jess, muy atenta—. ¿Crees que serviría con Leverton?

—Serviría con cualquiera. Este plan de siete pasos es como los Diez Mandamientos: si los cumples, ves la luz —contestó Viviana, orgullosa—. Pero en tu caso creo que deberías empezar intentando que se fije en ti. Que te vea como una mujer y no como la molesta hermana de su mejor amigo.

Antes de que Jess replicase algo desagradable o indecente, Abigail se hizo dueña de la conversación.

—¿Y el sexto y séptimo paso?

—El sexto son los celos, por supuesto. Y el último la seducción. —Viviana encogió un hombro con gracia natural—. En el primero lo ignoras para coquetear con otros; en el segundo... Bueno, este apartado tiene muchos subíndices. Os los explicaré llegado el momento. —Una sonrisa lobuna se abrió paso en sus labios—. Es decir: cuando Abigail haya decidido quién será el hombre con el que piensa casarse este mismo año. ¿Alguna idea?

Las tres escucharon cómo la muchacha tragaba saliva de manera compulsiva.

—¿Ya? —preguntó débilmente—. ¿Tan... tan rápido?

—¿Cómo que «tan rápido»? ¿Todavía no has pensado en tu *cavaliere*? —Viviana puso los brazos en jarras—. Acordamos que después de cumplir mi objetivo nos pondríamos contigo, Abby. Y visto que yo ya he terminado con el plan, eres la siguiente.

—¿Y por qué no es Jess la siguiente? —protestó.

—Porque Jess tiene diecinueve años, una cuantiosa dote y un hermano que, en última instancia, maniatará a Leverton para que se case con ella. Tú con tus veintisiete, cero libras y cero relaciones filiales, estás en inferioridad de



condiciones —soltó, sin andarse con paños calientes. Ver a Abigail enrojecer hizo que se sintiera un tanto injusta, pero sabía que en el fondo la muchacha era de las que solo trabajaban bajo presión—. ¿Y bien? ¿Es que no tienes ni idea de quién podría ser el hombre ideal?

Abigail se ruborizó furiosamente.

—En realidad sí —intervino Jess, con una amplia sonrisa—. Lo decidimos durante la cacería en Surrey, mientras tú agonizabas en el piso de arriba. Estuvimos sopesando las posibilidades con una larga lista de caballeros hasta dar con el ideal. Prácticamente lo acordamos en cuanto lo vimos.

Viviana no pudo contener una sonrisa emocionada.

—¿Y de quién se trata?

—De mi hermano —contestó Jezabel con orgullo—. El conde de Ashton. No está nada mal, ¿no crees?

—¿Que si no está nada mal? —bufó Viviana, mirando patidifusa a una Abigail absorbida por el rojo—. Anda que vas a por algo sencillo, ¿eh? El maldito conde de Ashton, que si no es el hombre más guapo de toda la cristiandad, es porque pertenece a otra religión.

Abby alzó la cabeza tímidamente.

—¿Eso crees?

—El caballero es la perfección personificada —admitió la italiana—. Como mínimo, perfecto para ti. Es agradable con todo el mundo sin excepción —no me excluye a mí, así que imagina hasta dónde llega su amabilidad—, tiene dos barcos y los dientes tan perfectos que no parece inglés. No tengo que explicar hasta qué punto es bueno que no parezca inglés, ¿verdad? —inquirió, arqueando una ceja. Las dos jóvenes negaron con la cabeza con un atisbo de sonrisa—. En definitiva, el tipo es un dechado de virtudes. A mí, sinceramente, me molestan los seres humanos que no parecen tener defectos a simple vista, pero creo que sería ideal para ti. Al menos no lo imagino persiguiéndote por salones de baile y encerrándose contigo a traición en una biblioteca, que es lo importante —meditó—. Aunque sospecho que no lo has elegido por los barcos o la dentadura.

—Le gusta —sonrió Jess, encogiéndose de hombros—. Y dice que es el único hombre que le prestaría atención si intentase hablarle.

—Es el único hombre que no tiene el ego sobrevolando el pico más alto de

la más alta torre —corrigió Viviana, poniendo los ojos en blanco—. En fin. La verdad es que estoy completamente de acuerdo con tu elección, Abby. Sabía que no me decepcionarías.

—Aun así estoy asustada —admitió la susodicha, frotándose los muslos con las palmas—. Que no sea engreído no significa que no sepa cuál es su posición y a lo que puede aspirar, y obviamente no soy suficiente para él. Tendría que esforzarme en muchísimos campos...

Abigail dejó de hablar cuando observó que Viviana levantaba una mano.

—No quiero oír ni una palabra —cortó—. Conseguiremos dinero para tu dote, te compraremos los vestidos más bonitos que pueda crear la mano del hombre y Jess aprovechará su relación filial para manipularlo. No tendrá escapatoria.

—Prefiero no utilizar esa palabra —comentó Jezabel—. ¿No podríamos decir «persuasión» en lugar de «manipulación»?

—Con lo que te sientas más cómoda. A fin de cuentas viene siendo lo mismo, solo que uno de los términos queda mejor porque Austen lo utilizó en una de sus novelas. —Se encogió de hombros y volvió a mirarse en el espejo, esta vez interesada en el vestido—. Te cederé mi lista, Abigail Appleby, o si no crearé una para ti. Pero antes nos quitaremos de encima a Cromwell.

Después de terminar de ultimar detalles con la señorita Lamarck sobre el vestido para la velada del sábado, Viviana se dirigió al negocio del señor Dain. Valentina había insistido con despecho en que necesitaba tinta y nuevas puntas estilográficas, y que ya que no le estaba permitido formar parte de los planes de su hermana, tenía el deber de traerle a casa lo que requería para seguir garabateando en su misterioso cuaderno. La más joven creía que era misterioso, al menos. Viviana sabía perfectamente que se trataba de su diario.

Abigail y Jess la acompañaban para amenizar la cola que se había formado, además de para resumir todo lo que tendrían que hacer para captar la atención de lord Ashton.

—No sé si podría manejar a un conde —comentaba en ese momento, con un hilo de voz.

—Es que no se trata de que manejes a un conde, *amore* —rio Viviana,

asomando la cabeza por encima del hombro de un muchacho nervioso para determinar cuánto tiempo pasaría allí. Tuvo que contener un bufido—. Se trata de dejar que el conde crea que te maneja.

—Eres el colmo de las contradicciones, Viviana Conti —intervino Jess, con el ceño arrugado—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Y tú tienes que dar gracias por aparentar lo joven que eres, porque si tu edad dependiera de lo que sale por tu boca, parecerías un viejo ilustrado del siglo pasado —replicó Viviana, poniéndole una mano en el hombro. Tras darle dos amigables palmaditas, la retiró—. De todos modos no sé de lo que me hablas.

—Me refiero a que eres una manipuladora de primera y le estás diciendo a Abby que debe dejarse manipular.

—¿No habíamos acordado que no te gustaba esa palabreja?

—Las damas no mascullan en público como si estuvieran tramando algo —habló la fiel doncella de Abigail, mirándolas con dureza.

Viviana le regaló una sonrisa tensa.

—¿Y cree que sería más conveniente gritar a los cuatro vientos nuestros indecorosos planes de cortejo?

La doncella, cuyo nombre no se había molestado en recordar, apretó los labios y se negó a contestarle. Aquella mujer era tan soberbia que a menudo se preguntaba si no provenía de palacio. Después de mirarla dos veces, quedaba claro que de ninguna manera podría haber pertenecido a la familia real. Bien podía ser estirada y saberse las leyes y normas de memoria, pero era más fea que una blasfemia y caminaba como si sus dos piernas se cayeran mal.

Lo molesto no era que la doncella se creyera con el poder de decirle lo que hacer a ella: a la vista estaba que Viviana sabía manejar muy bien a la gente según le convenía como para dejarse influir por esa vieja pelleja. Por desgracia, Abby no tenía la misma virtud —o defecto— de saber moverse a merced de sus propios deseos sin temer la decepción ajena, por lo que sufría lo indecible a causa de esa horrible compañía.

Buscarle otra doncella menos intransigente podría ser un paso más hacia Ashton. Y si no lo era, por lo menos se habría librado de ese espantapájaros con falda.

Viviana suspiró de alivio cuando observó que la cola avanzaba y el muchacho que estaba delante de ella rebuscaba en su bolsa para sacar un par de páginas algo arrugadas.

—Vengo en nombre del duque de Saint-John —dijo el tipo, en tono confidencial. Viviana entornó los ojos y se asomó por encima de su hombro con disimulo, intentando leer las letras del documento—. Me gustaría hacer varias copias, si fuera posible.

La italiana observó que el tipo cambiaba el peso de una pierna a otra, claramente nervioso. Se había percatado antes de su ligera cojera, pero ahora podía asociarla a la inquietud. Hizo un esfuerzo por reconocer la caligrafía plasmada en el papel, y justo cuando iba a darse por vencida, reconoció la firma que había estado observando durante su expedición en el despacho de Saint-John.

Viviana no respiró por unos segundos. Parpadeó varias veces para cerciorarse, pero ahí estaba el nombre que había intentado olvidar para no cometer un desacato contra el duque: Devis Levinstone.

¿Por qué motivo pondría el duque en manos de alguien un documento que había escondido con celo en un cajón apestillado? ¿Y para qué querría una copia de un testamento que probablemente habría deseado destruir en el momento en que lo recibió? Ahí donde debía poner Marcus Radcliff, había un nombre completamente desconocido. Era la clase de anécdota que no querría confiarle a nadie. ¡Qué diablos! La clase de anécdota que no le habría confiado a nadie.

—¿En nombre del duque? —inquirió el señor Dain, mirando al muchacho de hito en hito. Por lo visto había pensado lo mismo que ella, porque a la vista estaba que no se fiaba demasiado del individuo—. El hombre que su Excelencia manda siempre a los recados se llama Arry. Usted no me suena.

—Soy nuevo —anunció, muy convencido. Con la misma determinación le tendió el documento, que el dependiente depositó sobre el mostrador sin quitarle ojo de encima al hombre—. Me llamo Paul Branson. Podrán preguntarle al duque por mí cuando deseen.

«El duque», repitió Viviana. Los criados nunca se referían a sus superiores por su título en sí, sino por la zona a la que correspondía su ducado, marquesado o condado.

—¿Lleva algo firmado por su Excelencia? —siguió preguntando el precavido señor Dain—. ¿Un papel que le acredite a hablar en su nombre?

Paul buscó en su bolsillo hasta que dio con un papel doblado varias veces. Viviana se acercó paulatinamente a la escena, con cuidado de que no se diera cuenta. Bastó con una mirada escueta a la supuesta nota de Saint-John para que supiera que no pertenecía a él. Ella sabía muy bien cómo era la caligrafía del duque: le había enviado varias notas advirtiéndola de lo que pasaría si seguía molestándole, y le había sorprendido su trazo delicado y asimismo firme. Aquel era irregular, aunque la firma fuera la misma.

Pero bastó para convencer al señor Dain, que se mostró bastante más afable al disculparse por su desconfianza. Viviana se quedó muy quieta cerca del mostrador, mirando por el rabillo del ojo los movimientos de Paul y el dependiente. Cuando este hizo ademán de coger el documento para meditar sobre si la copia sería o no factible, Viviana notó una mano cerrándose en su estómago. Incómoda y repentinamente preocupada por la expresión que ocuparía el rostro del señor Dain al leer aquello —o lo que podría ocurrir si se lo comentaba a alguien—, dio unos pasos adelante y colocó los codos sobre la mesa.

—Señor Dain, discúlpeme por meterme sin más, pero lady Jezabel tiene que marcharse en este preciso instante y me gustaría anotarle mi dirección. —Esbozó una sonrisa «a la inglesa»—. Esta tarde hemos acordado vernos para el té y como es un poco olvidadiza, temo que se pierda de camino o acabe tocando a la puerta equivocada. ¿Podría usar su pluma?

El señor Dain asintió enseguida y dejó el documento un instante sobre la mesa, lo que dio espacio a Viviana para usar el papel que le prestó y escribir cuidadosamente el número de la mansión que ocupaba en St. James.

—Ya está —sonrió de nuevo, dejando la pluma en el tintero y retirándose un poco. Apoyó el codo en la mesa, adoptando una postura desenfadada. Iba a apartarse cuando repentinamente dio a entender que acababa de recordar algo importantísimo—. ¡Oh! Espere. ¡Lady Jezabel! ¿Necesitará también...?

Se giró como un vendaval para mirar a su amiga, que la observaba sin saber muy bien cómo proceder. O así la habría mirado si Viviana no acabara de derramar la tinta por todo el mostrador, justo después de darle un codazo malintencionado que pareció sin intención desde un punto de vista externo.

La italiana volvió la vista al señor Dain y a Paul, que se habían puesto del color de la tiza. Soltó una exclamación y farfulló tantas disculpas como pudo, fingiendo buscar algo con lo que limpiar todo aquel estropicio. Por dentro simplemente suspiró, aliviada. No quedaba ni rastro del testamento de Saint-John: había sido sepultado bajo el espeso líquido negro. Irrecuperable.

—No se preocupe, señorita, ha sido un accidente —decía el señor Dain, que claramente no las tenía todas consigo—. Aunque su Excelencia...

—Tendré que ir a pedirle disculpas personalmente —murmuró, aparentando aprensión. «Irás a pedirle disculpas su abuela, porque yo no»—. Dios mío, cuánto lo siento, señor Branson. ¿Podrá decirle a su Excelencia que haré lo que sea para compensarle?

Paul no levantaba la mirada del mostrador. Tenía los ojos abiertos como platos, el rostro colorado y el cuerpo tembloroso. Casi parecía que acabara de perder su bien máspreciado, el mismo aire que respiraba.

Pero tras unos segundos, logró tomar conciencia de sí mismo y apartó la mirada del estropicio para escuchar a Viviana.

—Se lo diré —dijo solamente. A continuación, se dio la vuelta y salió de allí sin decir palabra.

Viviana se disculpó un par de veces más antes de comprar lo que Valentina necesitaba. Después pidió perdón de nuevo, deseó los buenos días a todos los que habían asistido al momento y abandonó el establecimiento con sus amigas pisándole los talones.

—¿Eso de ahí dentro ha tenido algún significado, o ha sido sin querer? —preguntó Jess, mirándola como si se le escapara algo—. Me has convertido en una poetisa melancólica, de esas que no saben distinguir entre la realidad y la ficción.

Se planteó decir la verdad, pero con la doncella mirando y tratándose de algo tan importante como las escrituras del patrimonio de Saint-John, prefirió seguir adelante con su actuación.

—Ha sido sin querer —replicó ella, azorada. Compuso una mueca de lástima al tiempo que se abanicaba con el papel comprado—. A veces tengo mis momentos de torpeza, como todo el mundo. En fin... ¿Vendrás esta tarde a casa a tomar el té, o no?

«Muy a menudo, ser inalcanzable solo significa hacerse de rogar un poco más».  
*Extracto del quinto paso para poner a un duque a tus pies*

El baile que organizaban los Abbot desde tiempos inmemorables era, como poco, el evento más esperado de toda la temporada. Abrían su descomunal mansión en Belgrave Square a todo público respetable que quisiera mecerse al compás de la contradanza, y decoraban su interior con lámparas, guirnaldas y otra serie de adornos que convertían la básica ornamentación neoclásica en una oda a la elegancia barroca, siendo en algunos puntos excesiva.

Pero Viviana no había ido allí a criticar el gusto decorativo de la señora Abbot, quien tenía dinero como para aburrir a pesar de no ser precisamente de alta cuna, sino a cumplir sus tres objetivos: el primero, evaluar la situación en la que Abigail se encontraba con Ashton, y decidir si era apropiado o no. En caso de darse lo segundo, tendría que disuadirla de conquistar al susodicho y optar por otro candidato.

El segundo era estudiar de lejos a su hermana, quien llevaba comportándose de una manera un tanto curiosa los últimos días. No dejaba de garabatear en su diario, daba vueltas por la habitación antes de rendirse al sueño definitivamente y sus periodos de irritación se prolongaban más de lo habitual cuando Viviana le soltaba una de las suyas. Lady Celestine lo había achacado a la rabia por verse excluida de su grupo de amigas, pero la mayor la conocía lo suficiente para saber que algo le preocupaba. Y puesto que no iba a contárselo, tendría que descubrirlo por sus propios medios.

Por último, aunque no por ello menos importante, encontrar a Carlisle y

comentarle sus avances en el plan de conquista de Saint-John. Que se reducían, claro estaba, a abandonarlo por completo.

Se suponía que era una gran noticia y que la celebrarían juntos volviendo a ser lo que eran, pero desde que lo perdió de vista en la casa de campo de Saint-John, estaba tan o más molesta de lo que lo parecía Carlisle. A él podría haberle molestado su lista y a ella podrían haberle dolido sus palabras, pero la verdad era que nunca se había irritado del todo por su comportamiento desde que descubrió que ella en sí misma no le importaba en absoluto, algo que ya debería saber pero que igualmente le molestaba. Carlisle se había marchado cuando había estado enferma, y aunque no tenía por qué cuidarla dado que su compromiso era un tanto diferente al común, constituía una señal negativa hacia ella por la simpleza —o más bien la complicación— de ser Derek Delancey. Ese hombre amable y encantador que priorizaba a sus seres queridos —al menos en apariencia— bajo cualquier circunstancia, ya fuera por deseo personal o para demostrarle al resto hasta dónde llegaba su caridad.

Una caridad que había dejado de importarle un bledo, pues visto lo visto, esos asuntos que debía tratar urgentemente eran pasarse las últimas dos semanas recluido en su casa. Viviana habría pensado que era porque estaba enfermo o porque alguien lo estaba visitando, pero le constaba que no tenía seres queridos cerca —o en general, siendo más concretos— y, parafraseando lo que una vez él mismo dijo en voz alta, los actores no se ponían enfermos. Y si por casualidad contraían alguna enfermedad, aprendían a aparentar lo contrario, lo que les daba sempiterna inmunidad.

—Entonces has renunciado a tu plan —comentó Valentina, de pie a su lado y lanzando miradas nerviosas a su alrededor—. No me preguntes quién me lo ha dicho: ya sabes que me paso el día espionando.

—Descuida, valoro muchísimo tu talento como metomentodo y sospechaba que lo acabarías descubriendo gracias a su práctica —ironizó, mirándola de reojo—. Debe parecerte fantástico.

—Desde luego que sí. Aunque Saint-John no sea fruto de mi devolución por lo que hizo, no creo que nadie se merezca que le rompan el corazón. Y hablo de los dos: el duque y el barón.

Viviana asintió en silencio. Podría decirle la verdad sobre Larabee —él era el verdadero enemigo, no Marcus—, pero si había podido perdonar pensando



lo peor de su Excelencia, supuso que no merecía la pena sacar de nuevo el tema. Conociéndola, traería malos recuerdos y dilataría su sufrimiento a pesar de ser caso cerrado.

—Creo que querías decir «devoción», en vez de «devolución».

—¿En serio? Pues suena igual. En fin... Es lo mismo. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Ahora podrás dedicarte en cuerpo y alma a Carlisle, que se nota que te quiere y se preocupa por ti. Cuando te cases te reconciliarás con la sociedad y de paso también con la abuela, lo que no me vendrá mal. Estoy cansada de que os tratéis con esa condescendencia y a causa de eso sea siempre yo el centro de atención.

Viviana esbozó una sonrisa tensa por dos motivos. El primero estaba relacionado con la falta de visión de su hermana: si pensaba que Carlisle era un caballero con todas las de la ley y la amaba ciegamente, tendría que plantearse el uso asiduo de unas gafas.

El segundo tuvo su base en la mención de lady Celestine.

—Vaya, creo que eres la primera casadera que conozco a la que le molesta ser el centro de atención —comentó distraídamente, al tiempo que se concentraba en dirigir la mirada a los mismos puntos que su hermana. Valentina estaba buscando algo, y ese no era el problema como tal, sino que en lugar de algo fuera *alguien*—. No te preocupes por la abuela y yo, *cara*. Estamos bien. Ya sé que no como te gustaría, pero no es negociable.

Valentina apartó la mirada del barullo de faldas para mirarla con sus bonitos ojos. Si los de Viviana tenían un aire árabe, los de la hermana menor eran directamente exóticos. Parecían habérselos arrancado a una reina musulmana, o a una concubina traviesa que nunca perdía las ganas de bailar al más afortunado. Uno rara vez se fijaba en otro rasgo que no fueran sus ocelos, como si en realidad llevara uno de esos velos saharauis que solo dejaban a la vista la franja de su mirada. En ella estaba atrapado el brillo del ángel, pero también el misterio perenne de una ciudad nazari, con todas esas leyendas y cuentos que no dejarían dormir a los mortales.

—¿Por qué no?

—Porque soy igual que mamá y eso nos convierte en enemigas —contestó Viviana, encogiendo sutilmente un hombro—. La abuela quiso domar a mamá, quiso convertirla en algo que no era, y a pesar de lograrlo hasta cierto

punto, ella se fue. —Sonrió cuando vio que la sorpresa cruzaba los ojos de Valentina—. Ya, es chocante escuchar la historia de amor de nuestros padres desde ese punto de vista, pero la abuela también estaba dentro. De hecho, no eran una pareja, sino un triángulo. Ella la quería de vuelta, Tina. La quería a secas. Le dolió lo increíble que su única descendencia se marchara y nunca se lo perdonó a sí misma, asumiendo que había sido demasiado dura. ¿Por qué te crees que me deja hacer lo que me viene en gana? Soy parte del legado de su hija egoísta y rebelde, y no solo eso, sino su viva imagen. Quiere echarme por mis modales, por mi apellido, pero nunca podrá hacerlo porque soy su sangre y llevo su nombre. No quiere perder otra Viviana Conti.

Valentina asintió, silenciosa.

—Entonces cuando os llevabais mal era porque quería reformarte y tú no te dejabas. Y como ella sintió que la historia podría repetirse, marchándote tú también...

—Simplemente desistió —completó la mayor—. Llegamos a un trato: yo llevaba a cabo mis travesuras en secreto, sin armar demasiados escándalos, y ella no trataba de convertirme en una Lady Perfecta, que a menudo es un complejo de Lady Aburrida, Lady Complaciente y Lady Sin Sesos —sonrió, parafraseando a Jess.

La buscó con la mirada solo por curiosidad, encontrándosela entre los brazos de un caballero atractivo.

—Por eso se vuelca tanto conmigo —meditó Valentina en voz baja—. Porque yo quiero aprender, y porque sabe que tú estás obcecada en escolarizar a medio Londres.

—Mucho me temo que no hay escolarizado ni un cuarto de Londres, pero es bonito que piense que solo hay media población analfabeta. En cualquier caso, creo que quería decir «escandalizar» —corrigió una profunda voz masculina. Valentina fue la primera en levantar la cabeza, con evidente nerviosismo—. Si le cuestan las palabras difíciles, ¿por qué no las dice en italiano, como su hermana?

Viviana apretó los puños al mirar de frente a Cromwell. Despegó los labios para soltarle una barbaridad, con el objetivo de apagar ese brillo enigmático que atisbaba en sus ojos azules, pero alguien se le adelantó.

—Porque no me da la gana —espetó Valentina. Sonó bastante convincente

al principio, pero luego se notó que le costó tragar saliva—. Y usted no es nadie para corregirme, así que si ha venido a molestarme para darme clases de dramática, ya puede irse por donde ha venido.

Cromwell esbozó una sonrisa ladina.

—Las clases de «dramática» tendría que dármelas usted a mí, visto lo visto. Creo que yo solo podía ayudarla con la gramática... Y en realidad había venido a pedirle un baile.

—De eso nada —zanjó Viviana, lanzándole una mirada perdonavidas. Aprovechó que tenía a Valentina a mano para abrazarla por la cintura y apartarla de él—. Manténgase lejos de mi hermana, Cromwell. Al menos si no quiere acabar teniendo problemas. Ven, Tina...

Dio la vuelta y echó a andar lejos de él, tirando de Valentina. Estaba demasiado concentrada pensando en maneras de erradicar la enfermedad que era Cromwell sobre la faz de la Tierra como para fijarse en la menor, a quien sin duda le habría convenido echar un vistazo.

Pero entre el grupo congregado cerca del palco vio a Carlisle. Impecablemente vestido y sin ninguna compañía, daba largos sorbos a la copa que sostenía en su mano derecha. Su mirada oscura apuntaba a los bailarines del salón, quienes realmente poco parecían importarle.

«Como todo», pensó Viviana con amargura.

—Tengo que hablar con Carlisle de mi decisión —le dijo a Valentina, que se giraba uno de los pendientes con angustia manifiesta—. Eh, tranquila. Ese hombre no te va a molestar más, ¿de acuerdo? Si vuelve a acercarse, aunque solo sea a quince pasos, ven a por mí. No me importará darle de nuevo su merecido.

Valentina asintió, considerablemente aliviada, y dejó marchar a su hermana reuniéndose con un grupo de muchachas. Viviana no tardó en llegar a la altura de Carlisle, quien supo que era ella su recién anunciada compañía antes de mirarla.

—Dichosos los ojos que te ven —comentó con aire jovial, acariciando el borde de la copa con el dedo corazón—. ¿Cómo va la caza del duque de Saint-John? ¿Ha habido avances desde tu apoteósica neumonía? Está claro que sí —sonrió ladino—. No puede dejar de mirarte, y tuve el placer de estar presente en la habitación cuando cuidaba de ti, preocupado por el desenlace

de tan trágicos acontecimientos.

Viviana entornó los ojos y lo estudió a fondo. Era difícil saberlo, porque estaba de perfil a ella y no se esforzaba en mirarla, así que preguntó:

—¿Estás borracho?

—Un hombre como yo no se puede permitir emborracharse en un acontecimiento como este, pero me encantaría estarlo —contestó, girándose esta vez para mirarla—. ¿Y bien? ¿Cuál fue el resultado del resfriado? No pude quedarme para verlo. Lástima; estaba interesante.

—¿A dónde fuiste? —preguntó, ignorando la creciente ironía—. Se supone que eres mi prometido, el hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida. No deberías haberte marchado a la primera de cambio, Derek.

—¿Esperabas que me quedase a ver cómo engañabas a mi amigo? Lo siento, cariño, pero creo que subestimas mi lealtad hacia Saint-John. Aunque siento curiosidad... ¿Qué es lo que te molesta exactamente? ¿Que no me interesara tu magnífica actuación, o no tener a dos caballeros luchando por tu atención?

Viviana apretó los labios.

—Si estás molesto...

—No estoy molesto, sino todo lo contrario. Me alegro de que cada vez estemos más cerca del final de esta locura —admitió él, respirando hondo—. ¿Cuántos pasos quedan? ¿Dos, tres...? Creo que no va a ser necesario que lo seduzcas o intentes ponerlo celoso. Ya está rabiando de un lado para otro porque no le prestas atención.

Pese a la tensa conversación, que sin duda requería de toda su atención para no perderse un detalle del semblante de Carlisle, Viviana apartó la mirada invadida por la curiosidad. Buscó a Saint-John en el salón, a quien ubicó de espaldas a ella.

—No, no va a ser necesario —convino ella en voz baja. Fue a continuar, declarando de una vez por todas que había puesto fin a su descabellada idea, pero él la interrumpió.

—¿Lo has hecho ya? ¿Lo has seducido? —inquirió sin demasiada emoción. La miró con una ceja alzada—. He de admitir que no me extraña. Después de ver cómo te provocabas una neumonía que podía acabar con tu vida para seguir con el proyecto, sería hasta lógico que le hubieras ofrecido tu cuerpo.

Era lo que quedaba, ¿no?

Viviana captó al vuelo lo que estaba insinuando. No parecía bebido, pero tampoco estaba siendo él mismo. Era una versión deslenguada y sin principios de Derek Delancey, quizá el verdadero Derek Delancey: el que había detrás de todas esas máscaras que se ponía para encajar en la sociedad.

Podría haber negado su acusación. Podría haberle dicho la verdad de carrerilla. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, porque un impulso orgulloso y tal vez también interesado la animó a ahondar en las rendijas de su fachada.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —preguntó, carente de expresión—. ¿Cuál es tu valoración sobre la idea de que me haya metido entre las sábanas de Saint-John?

Carlisle se giró del todo para mirarla, esta vez directamente a los ojos. La italiana sostuvo su mirada con dificultad, decepcionada al ver que no parecía haber nada allí dentro.

—¿Has olvidado nuestro contrato oral? Acordamos que podríamos llevar la vida que quisiéramos fuera del lecho conyugal —recordó, indiferente—. Me alegra ver que te has tomado tus libertades. De hecho, espero que lo hayas disfrutado.

Viviana sintió que el cielo se derrumbaba sobre ella. La frialdad en sus palabras la había dejado congelada: tanto que no pudo mover un solo músculo.

No lo amaba. Nunca lo había hecho y, como bien había señalado él mismo, jamás lograrían conseguir apreciarse mutuamente más allá de la amistad. Sin embargo, Carlisle era para ella alguien importante. Habían compartido vivencias, miedos y expectativas, sueños, incluso besos y abrazos. Y ahora la trataba como si una traición de ese calibre no le pillara por sorpresa.

—¿De veras nos crees capaces a Saint-John y a mí de faltarte al respeto de esa manera?

—Mucho me temo que de ti me lo esperaba, cariño —sonrió, aburrido—. En cuanto a lo que Saint-John respecta... Digamos que yo lo traicioné antes, así que estamos en tablas. No era ningún misterio para mí que estabas en su cabeza; ni para mí, ni para nadie con dos ojos en la cara. Pero no iba a echar a perder la posibilidad de tener de vuelta mi título solo por no herir sus

sentimientos, ¿no? Tú eras la única opción y él no quiso tomarte. Le di un año para decidirse a ir a por ti o lo haría yo. No hizo nada, así que me adelanté. Y aun así, técnicamente no puedo echarle en cara que se haya abrazado a ti ahora. Yo le falté al respeto antes, aunque por lo menos fui sincero.

—Esa es tu justificación para todo, ¿no? —inquirió Viviana, asqueada. De pronto le pitaban los oídos y le dolía la cabeza. Se mareaba por momentos, entre la música estridente, el ajetreo de faldas y el trasfondo de la conversación—. Tú siempre vas por delante. Expones tus pensamientos y motivos, esperando que la honestidad compense tus pútridas intenciones. Como si avisar de la puñalada hiciera que doliese menos.

—¿Te sientes traicionada? —preguntó, realmente sorprendido—. Lo siento, cariño, creo que te has equivocado. Puedes acusarme de muchas cosas, pero traidor no es ni será uno de mis defectos. Te he dado plena libertad, incluso sabiendo que lo que ibas a hacer era un insulto a mis principios y a los de cualquiera...

—Y todo, ¿por qué? —interrumpió—. ¿Para no perderme? ¿Para no perder tu título?

—Entre otras cosas. También porque sabía que sería inútil imponerle fidelidad a una mujer como tú.

Viviana contuvo a tiempo el temblor que se apoderó de su barbilla.

—¿Una mujer como yo? ¿Y qué clase de mujer es esa?

—Una que no tiene respeto por nada ni por nadie. Pero no te preocupes —añadió, en tono confidencial—. Yo tampoco lo tengo. El problema reside en que yo sé fingirlo, como el resto de la aristocracia. Tú no.

—Así que no tengo respeto por nada, ¿verdad? Por lo visto siempre he estado equivocada. —Negó con la cabeza—. Creía que tú eras mi amigo y Saint-John mi enemigo, y ha resultado ser al revés.

Carlisle esbozó su clásica sonrisa burlona, dejando por el camino su copa en el saliente del zócalo.

—Malas noticias, cariño: no soy tu enemigo. Soy el único hombre sobre la Tierra que sabe tu verdad y pese a ello te trata cordialmente, algo que deberías agradecer. No eres tan necia como para pensar que mereces que me dirija a ti después de todo lo que sé, ¿verdad? Y sabrás también que Saint-

John, ese que ahora es gran amigo tuyo, no demostraría su generosidad y genuino amor si supiera que eres retorcida y más pérfida que el mismísimo Satanás.

El corazón de Viviana se saltó un latido.

—¿Se lo dirás?

—No es a mí a quien le corresponde —contestó, encogiendo un hombro y pasando por su lado como si nada—. Pero cariño, no deberías subestimar la verdad. No se puede tapar el sol con un dedo.

Viviana tragó saliva y lo encaró. Sabía que no la estaba amenazando, ni tampoco advirtiéndole: ese tono monótono, casi como si estuviera aburrido, solo demostró que para él era una conversación más.

—No pienso casarme contigo —anunció, sin saber si levantar más la barbilla o esconderla—. Nuestro compromiso está más que anulado.

Si esperaba una disculpa o una mueca de arrepentimiento, tuvo que conformarse con la misma expresión anterior. Ni siquiera hubo un breve silencio.

—Te defraudará saber que llevo sabiendo cómo acabaría esto toda la temporada —habló, muy despacio—. Seguro que a ese lado cruel tuyo le habría encantado verme suplicando de rodillas, o mínimamente sorprendido.

Viviana ignoró todo lo que siguió a su primera declaración.

—Si ya lo sabías, ¿por qué seguiste con ello?

Carlisle no contestó. Alargó la mano para tomar de nuevo su copa, sin dejar de mirarla a los ojos. Sus labios se estiraron en una sonrisa tan sutil que nadie habría podido percibir desde la distancia. Y sin embargo, en nada se parecía a los gestos familiares en él. No era feliz, no estaba feliz: si sus labios apuntaban hacia arriba, en sus ojos estaba grabado un sentimiento tan profundo y complejo que habría tardado siglos en desmenuzarse.

Dio un sorbo al coñac y lo alzó delante de sus narices, haciendo un brindis que solo entendió él... o ni siquiera.

**M**arcus ya no sabía qué hacer para fingir indiferencia. Nunca le había costado ocultar su irritación, entre otras cosas porque jamás había experimentado tales sentimientos a esa escala, pero en ese momento estaba seguro de que se moriría si no gritaba. Necesitaba descargar su frustración de alguna manera; era o eso o apartar de su vista a la fuente de la misma.

Jamás se había sentido tan impotente. Viviana había estado presente en prácticamente todos los eventos celebrados en las últimas temporadas: al margen de lo que él pudiera haber arruinado de su reputación, poco importaba el comportamiento de la nieta si la presencia de la abuela era indispensable en cualquier acontecimiento. Y lo era, por lo que había pasado dos años intentando no observarla, tratando de no prestarle atención y, sobre todo, envenenándose a sí mismo con pensamientos destructivos para mantenerse alejado. Y lo había conseguido con gran éxito: a la vista estaba que no le puso la mano encima en ninguno de los años pasados.

No obstante, ahora era distinto. Todo había cambiado para él, y no solo porque ya supiera a qué sabían los labios de Viviana Conti, un atroz incentivo para cruzar el océano a nado si fuera necesario, sino porque ella se había mostrado igualmente deseosa de abrazarse a él. Si en encuentros pasados no había reconocido la pasión en sus ojos oscuros, se debía a sus esfuerzos por no buscar esa clase de emoción en ella, pues sabía que acabaría sucumbiendo tarde o temprano. Pero ahora era un hecho que Viviana lo deseaba. Se había ofrecido en bandeja, tendida en una cama. Lo había instado silenciosamente a ocupar un lugar en su vida, aunque fuera ostentando el miserable título de amante.

Él, siendo amante de Viviana Conti... Era una de las ideas que más lo



habían turbado, pero no para bien. Marcus no estaba dispuesto a insultar de esa manera el nombre de su amigo, el suyo o el de la italiana. Al menos eso le gustaba pensar, y no que renegaba de la propuesta porque sabía que no soportaría compartirla con un marido, personaje que tendría muchas más libertades y potestades sobre ella.

Y aun así, no era aquello lo que lo había dejado absolutamente trastornado. No era aquello lo que le había tenido siete mañanas yendo de un lado a otro, como un tigre enjaulado, y siete noches en vilo, removiéndose en la cama como una culebra ardiendo. Era lo que ella había dejado caer con el peso de la decepción y la sazón de una pena profunda: «una mujer como yo no merece boda».

Al verla allí, en el baile de los Poole, con un vestido a juego con la Luna, había sentido celos hasta del suelo que pisaba. Daba la impresión de ser una aparición divina, la clase de criatura turbadoramente perfecta que solo podría encontrarse en un cuento de terror. Porque no había otra verdad que esa: Viviana era la sirena de una leyenda mítica, conocedora de todo arte retorcido capaz de poner a un hombre a sus pies. Y la temía. La temía porque, sin mucho más que mirarlo con los ojos del misterio o enunciando un simple «buenas noches», ya hacía que se planteara si había cimentado las bases de sus principios en el lugar adecuado. Solo existía una respuesta para esa pregunta: sí. Era un hombre sincero, leal y que buscaba lo mejor para su familia, para su nombre, para sus generaciones venideras. Todo lo había hecho honrando los sacrificios de sus antepasados. El problema era que hasta su misma esencia empezaba a carecer de sentido si Viviana no estaba por allí para avivar las llamas de su espíritu, aquel que tenía el deber de ocultar para no mostrar la más mínima flaqueza.

Sin embargo, la tenía. Ella era la flaqueza. Si no la pérdida de los hombres, al menos la suya en carne, hueso y alma.

Por eso sintió ramalazos de odio y el peso de su moralidad cada vez más absurda cuando la vio con Carlisle. Se había acercado a él muy decidida, ignorando por completo al resto. Sin preocuparse de si era muy obvia al marcar su camino con una meta directa. Como si Derek Delancey fuera el único destino plausible.

Verlos juntos había empezado a ser una tortura desde que ella se marchó de

Surrey. Casi una semana y media de silenciosa tortura, en la que Viviana no hacía otra cosa que preguntar por su prometido y discutir detalles de la boda, como si no le hubiera echado en cara su cobardía hacía apenas unos días. Como si, queriéndolo o sin quererlo, no lo hubiera condenado a buscar la manera de hacerla suya.

Eso era lo único en lo que podía pensar al mirarla de lejos. Quería apartarla de él, quería llevársela lejos de allí; quería hacerle prometer que nunca lo dejaría o lo cambiaría por otro. Hubo un momento en el que incluso se planteó echársela al hombro y partir al Continente, donde nadie pudiera encontrarlos ni pudiesen impedirle pasar el resto de su vida metido entre sus piernas, escuchando sus respuestas ingeniosas y pensando en cómo molestarla para ser el foco de su venganza.

Estaba enfermo. Esa era la conclusión final. Estaba enfermo de necesidad por ella. No quería llamarlo amor, ni tampoco pasión. Estaba a un escalón alto de llegar a la iluminación, o a un escalón bajo de sumirse en la lava ardiente. De ninguna manera podría salir bien una vida con Viviana. Ni siquiera naciendo de nuevo. Pero cuando la vio abandonar el salón, dejando a Carlisle con la mandíbula apretada en un vacío existencial, supo que al menos debía intentarlo.

«Una mujer como yo no merece boda». Su voz una y otra vez, taladrándole las sienas. Marcus se armó de ningún valor y toda su falta de entereza para, minutos después de su salida, ir en su busca.

La encontró de pie junto la maleza que se enredaba en la parte trasera de la mansión. Estaba apoyada en la pared, con los brazos muertos a cada lado del cuerpo y la mirada perdida en alguna parte, en un lugar secreto al que él no podía acceder.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marcus.

Viviana se giró y lo miró con sentimientos encontrados. Él supo verlo: acababa de tropezar con ese lado sensible que de vez en cuando sacaba a la luz. Era fácil leer sus emociones entonces, que cruzaban sus ojos como estrellas fugaces que en lugar de cumplir deseos, los formulaban.

—Tenías razón... Otra vez —dijo ella con voz queda—. Carlisle y yo no estamos hechos el uno para el otro.

—Jamás dije tal cosa. Simplemente que la conveniencia de vuestro acuerdo

no me parecía adecuada para ninguno de los dos.

—Pero en el fondo lo pensabas —rebatíó—. Lo vi en tus ojos cuando casi jugamos a las damas. Sabías que no iba a ninguna parte. ¿Por qué?

—Porque hay algunas personas que han nacido esperando ser amadas sin amar a los demás, y los dos sois de esa clase. Tarde o temprano habríais aterrizado en otros brazos.

—Él siempre dice que no desea que lo amen. —Negó con la cabeza—. Por eso me eligió a mí, porque estaba convencido de que no lo haría jamás.

Marcus acarició su mejilla con los nudillos, deseando estirar la mano para abarcar su rostro con todos los dedos.

—Derek Delancey dice siempre muchas cosas —dijo, esbozando una triste sonrisa—, y ninguna de ellas, pequeña víbora, es ni remotamente cierta.

—Mucho me temo que sí lo son. Habla esperando que no nos creamos lo que suelta, jugando con nuestra mente, haciendo que confiemos en que hay algo detrás... Pero no hay nada. Lo acaba de demostrar. No hay nada salvo egoísmo y ambición en ese hombre.

—No niego que haya egoísmo y ambición —cabeceó Marcus, inspirado para hacer cualquier cosa con los ojos de Viviana pendientes de él—. Pero también hay mucho dolor. No lo subestimes, porque casi nunca habla en nombre de sus sentimientos, por muy sincero que parezca.

—Estás equivocado con él... Estás equivocado conmigo... Estás equivocado en tantas cosas —suspiró Viviana, apartando su mano—. Carlisle no ha nacido esperando que lo amen. Su convencimiento sobre lo poco que merecería ser querido le impide tener esperanzas, y apoyo esa moción. No se lo merece. —Apretó los labios—. Y yo tampoco tengo la intención de ser amada sin amar. Todos creéis que no puedo tener sentimientos, pero la verdad es que...

Marcus se acercó a ella, hechizado por el brillo acerado de sus ojos. El juego de reflejos y baile de destellos en sus córneas era un espectáculo que no quería perderse, menos aún cuando le hablaban a él directamente.

—¿Sí?

—Los tengo. Odio tenerlos, odio la moral y odio que ambos me arrastren en conjunto, pero ahí están —admitió, sin agachar la cabeza—. Siempre he querido amar a quien me ama, y siempre lo he hecho. Pero es inevitable que

haya excepciones, y eso es lo que detesto. No poder sacar de mi cabeza o borrar de mi corazón a quien no siente por mí de vuelta, ni siquiera convenciéndome o convenciéndole, ni siquiera haciendo daño a propósito... —Su cuerpo llegó al punto álgido de tensión cuando apretó los puños. Después se relajó desde los labios hasta los dedos de los pies, suavizando la expresión—. Ya no importa nada de esto. Carlisle y yo ya no estamos comprometidos. Es lo mejor.

Marcus no pudo evitar que una sonrisa curvara sus labios. No se podía decir que una bomba de alivio hubiera explotado en su pecho: más bien se acababa de disolver un nudo tan apretado y profundo, tan antiguo, que le había sorprendido recordar que aún estaba allí.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella, entre ofendida y perpleja—. Que no me vaya a casar no significa que vaya a ser tuya, así que quita esa cara de *somaro*. Dijiste que era tarde, y lo es —le recordó, con la barbilla bien alta y la voz temblorosa—. Así que muy buenas noches, Saint-John. Me voy a casa.

—¿Sin avisar a tu hermana? —Eso hizo recular a Viviana, que ya se había apartado de él para seguir su camino—. Yo te llevaré. Tu hermana podrá volver cuando desee.

—No. No, no... —Sacudió la cabeza—. El maldito Cromwell podría asaltarla aprovechando que no estoy. Podría... —Se quedó un momento en silencio, y Saint-John supo al instante en qué estaba pensando.

—Tienes que dejar de tratarla como si no pudiera protegerse a sí misma. Estoy seguro de que ha aprendido muchas cosas sobre los hombres en estos años.

Viviana le lanzó una mirada hostil.

—¿Qué insinúas? —Al ver que Marcus no tenía pensado contestar, apretó los labios, anunciando que claudicaba—. De acuerdo, llévame a casa.

Tras comprobar que nadie los estaba observando, Marcus la escoltó hasta el lugar donde los carruajes aguardaban hasta el final de la velada. Esta, que no había hecho más que empezar, seguramente se prolongaría hasta tres o cuatro horas. Suponiendo que el duque de Saint-John entraría en la categoría de la generalidad, el lacayo se había movido de su puesto. Por ello tuvieron que esperar unos minutos, en los que el silencio hizo que el espacio entre ambos se llenara de secretos a voces. Marcus sentía que el ambiente era cada vez

más denso, y su respiración se volvía irregular al no poder alimentarse del aliento de Viviana.

Una vez llegó el lacayo y abrió la puerta, Marcus tomó de la mano a la italiana para ayudarla a subir. Una carga de electricidad recorrió el cuerpo de ambos con tan sencillo roce, provocando que Viviana se estremeciera y le lanzara una mirada velada por encima del hombro.

Fue ese gesto lo que hizo que, en lugar de cerrar la portezuela y dar la señal para llevarla de vuelta a St. James, saltara al interior del carruaje y se encerrara con ella. Lo que habría precedido si fuera una escrupulosa dama de alta alcurnia, habría sido levantar la mano y dejarle la marca por el atrevimiento, pero Viviana no era ni escrupulosa ni podía considerarse una dama. Era simplemente una señorita, y una señorita cansada de serlo.

—¿Qué haces? —farfulló por lo bajo, en su lugar.

Sus labios se torcían en una mueca, pero en sus ojos lucía el regocijo que conectaba directamente con las pasiones de Marcus. Este alargó la mano para alcanzar su muñeca y tiró de ella para atraerla hacia él. Ella no mostró el más mínimo signo de querer mantener las distancias, lo que hizo que su corazón se saltara un latido y no dudara a la hora de besarla como un animal sediento. Irrumpió en su húmeda cavidad sin ninguna delicadeza y con un objetivo: poseer.

—Marcus... —empezó ella, jadeante. Rompió el beso y lo miró con... ¿Culpabilidad? Fuera lo que fuese, estaba demasiado ocupado apretándola contra su cuerpo, separándole las piernas para sentarla sobre él—. Marcus, escúchame...

—No, no quiero escucharte. Quiero sentirte —gimió contra sus labios—. Ya no hay nada que pueda separarme de ti, Viviana. Ya no puedo parar. Hace tiempo que no... no puedo.

—Pero dijiste que...

—Sé lo que dije y me ha bastado una semana sin tocarte para darme cuenta de que era una idea estúpida. —Empujó con las manos la pelvis femenina hacia él, abarcando con sus palmas la totalidad de los glúteos—. Escúchame tú a mí. Yo... No puedo hacerlo.

Viviana tragó saliva.

—¿El qué?

—Mantenerme lejos. No puedo. Estuve dando vueltas por el pasillo después de dejarte en esa habitación —confesó. Repentinamente se dio cuenta de que estaban susurrando, como si sus labios supieran antes que ellos mismos que mantenían una conversación secreta—. Pensando en qué sería lo peor que podría pasar si entraba de nuevo.

—¿Y qué era?

—¿Lo peor? No entrar. Y casi no sobrevivo, maldita sea —rechinó entre dientes. La abrazó más fuerte, hasta que su cintura estuvo completamente aprisionada por sus fuertes brazos. Marcus hundió la nariz en su escote, que repasó con los labios entreabiertos y una mueca de dolor insoportable—. Mi cabeza ya no funciona igual. Estoy completamente intoxicado. Cualquier pensamiento que pueda tener se deforma hasta inventar tu figura, o el color de tus ojos, y... Estoy enfermo. Necesito calmar mi conciencia, acallarla para siempre. Si no te tengo me voy a volver completamente loco.

—No me digas eso, por favor —sollozó Viviana, que a pesar de hablar desde los temores más profundos de su corazón, se aferraba a su cabello con las uñas. Nadie podría haberla movido de ahí, ni siquiera un huracán—. Has podido vivir perfectamente sin mí durante dos años. Tienes que volver a hacerlo.

—Estoy así justamente porque he aguantado demasiado. ¿Crees que no habría acabado estallándome en la cara? Tarde o temprano esto habría ocurrido. Llevas siendo mi primer y último pensamiento del día desde que te miré a la cara.

—No. —Viviana cerró los ojos y presionó los párpados, sacudida por un tormento silencioso al que Marcus no pudo acceder—. No puede ser así...

—Ya no hay ningún Carlisle. No le debes lealtad a nadie, y yo tampoco.

—A él no le importaba mi lealtad —confesó con un hilo de voz—. De hecho... Insinué que podría haberme acostado contigo, y continuó hablando de nuestro matrimonio.

Marcus la estrechó, en un intento por transmitirle todos los sentimientos que chocaban contra su coraza. Esta ya se había roto, e iba camino de derramarse sobre ella con todo lo que conllevaba.

—Maldita sea... ¿Sabes por qué sé que nunca iríais a ninguna parte? No es porque él sea de una manera y tú de otra, o por vuestras expectativas.

Siempre he sabido que jamás serías suya porque antes de cualquier otro estoy yo. Tú me perteneces, Viviana. Atrévete a decirme que no...

—Pero tú nunca me quisiste para ti.

—Siempre te quise para mí. Por el amor de Dios, ¿es que no lo ves? — Movi6 las caderas de manera que Viviana resbal6 sobre su erecci6n, que sinti6 m6s vital que nunca. Marcus la cogi6 de la barbilla y la oblig6 a mirarlo—. He estado los dos 6ltimos a6os buscando mujeres que tuvieran algo tuyo, ya fuera tu pelo, tus labios o tus malditas orejas. Y a todas las acababa desde6ando porque si abrían los ojos y me miraban, no podía pensar en nada que no fuera en lo diferentes que eran de ti. ¿Necesitas que lo diga? ¿Quieres que lo diga? Muy bien: tenías raz6n. Te he odiado hasta querer arrancarme las entra6as porque no podía acercarme a ti. Y di que era cobardía, pero te aseguro que no ha habido mayor muestra de valor que el que he tenido al resistirme. Ning6n hombre sobre la Tierra habría soportado esta tortura.

Viviana sacudía la cabeza, enojada por las palabras que salían de su boca y, a la vez, tan excitada que no podía sino moverse. Se levant6 las faldas hasta crear un tumulto de sedas y tules en sus manos y se irgui6 un poco para sentarse m6s cerca de su erecci6n, necesitada de su nervio, de su calor.

—¿Y todo a cambio de qu6? —jade6. Ech6 la cabeza hacia atr6s cuando sinti6 los labios de Marcus en la piel del escote, donde comenz6 a repartir besos h6medos que tuvieron su efecto directo en el n6cleo de su cuerpo—. Al final merecía la pena resistirse para evitar llegar al matrimonio conmigo...

—Te estoy diciendo que ya nada importa —gru6 Marcus, tirando de las cintas que constre6ían su estrecha cintura y liberando al cors6 de su firme postura—. Todo me vale un carajo comparado con un minuto contigo. Vas a ser mía, maldici6n. Lo saben hasta ahí arriba.

—Lo saben... Lo sé. Y lo soy —balbuce6, encogida por el frío que le roz6 la espalda cuando se qued6 en camisola delante de él. Los firmes pezones amenazaban con rajar la tela—. Pero no puedes... Yo no soy lo bastante buena para ti. No soy buena, M-marcus.

—¿Y qu6 m6s da? —espet6, cogiéndola por la nuca y acercando su rostro. La bes6 firmemente en los labios, y no par6 de hacerlo hasta que no la tuvo relajada sobre su regazo—. Quizá cuando era un adolescente so6aba con una

mujer perfecta, bondadosa y dispuesta a darme la razón en todo, pero eso ha cambiado. O quizá no, no lo sé. De lo único que estoy seguro es de que nunca he querido algo con esta necesidad desgarradora hasta que apareciste.

—Acabarás odiándome —gimoteó ella. Una lágrima se deslizó, veloz, por su mejilla. Marcus la atrapó con el pulgar antes de que llegara a su barbilla, donde depositó un beso dulce—. No sabes hasta qué punto podría llegar a hacerte daño.

—Házmelo. Yo también te lo he hecho. Házmelo —repitió—. Pero primero hazme inmensamente feliz, Viviana. Déjame estar dentro de ti.

A través de las lágrimas no derramadas percibió la resolución a complacerle, y firmando esa sentencia con el elocuente silencio, la besó de nuevo. Esta vez de una manera lenta y licenciosa que la condujo a la realización de todas sus fantasías.

Viviana guió sus manos hasta la elegante chaqueta, que le quitó casi a manotazos. El ambiente estaba tan caldeado que sentía que la piel le supuraba. Necesitaba la boca de Marcus en cada recóndito rincón de su cuerpo; necesitaba apaciguar sus demonios con un bálsamo como aquel, el único que podía hacer que se olvidara de sus pecados pasados y los que estarían por llegar.

Lo desnudó torpe y rápidamente, dejándolo al fin con la camisa y los calzones, contra los que se rozaba siguiendo un vaivén desesperado que potenciaba el traqueteo del carruaje. Marcus no se quedó de brazos cruzados y la terminó de desvestir sacándole la camisola por la cabeza, arrojándola al complejo de asientos de enfrente. No le quitó las faldas, sino que desgarró las medias y los calzones de un tirón, temiendo por su corazón si la apartaba aunque solo fuera para cubrir el instante de desnudarla como procedía.

«Es virgen», se repetía una y otra vez. «Es virgen, por Dios, sé cuidadoso».

Pero la veía afanada en tocarlo, en apretarlo contra ella, moviéndose ansiosa sobre su erección y con los ojos llenos de una magia carnal, y pensaba que él era el primerizo de los dos. Se había acostado con diversas mujeres y ninguna le había hecho sentir que tenía entre sus brazos a un tesoro precioso que apartar de la codicia de los demás, una criatura a la que venerar en secreto y tratar como a un igual en el día a día. Ninguna le había hecho dudar sobre dónde o cómo poner las manos, porque lamentaba no tener diez



pares más de labios con los que cubrir aquella piel de seda.

—Te deseo tanto que a veces pienso que me voy a morir si no te toco — confesó, recorriendo sus pechos con los dedos y amasándolos, pegando los pezones a su boca y dejando surcos rojos en las vulnerables mamas—. Cuando lo he hecho ha sido sin pensar. Era o la vida o la muerte.

—Marcus... Haz algo —suplicó ella, animándolo a proseguir tirando de su cabello—. Haz algo para que no... para que no me duela tanto.

Marcus obedeció fielmente, cubriendo el sexo femenino con una mano libre. Lo sintió caliente y húmedo, casi tan palpitante como un corazón tras un maratón. Separó los pliegues empapados con los dedos y tanteó la fina hendidura, jugando con el capuchón para distraerla de la posibilidad de una penetración. Cuando la vio resoplar de placer, coló a traición el dedo corazón. Su vagina se contrajo un segundo y enseguida se acopló a la intrusión, lubricando más aún para acomodarlo entre sus piernas.

—Eres condenadamente caliente aquí abajo —susurró Marcus, con la boca pegada al cuello. Lamió el lateral en dirección ascendente, ronroneando de placer al reconocer el sabor salado del fino sudor y la fuerte hierbabuena que habían mezclado con su esencia femenina—. No tienes ni idea de cómo me haces sentir.

—¿Cómo?

Marcus sacó el dedo para introducir dos, esta vez más lentamente. Las paredes fueron cediendo poco a poco a la invasión, mientras Viviana se contoneaba sobre él, hechizada por los movimientos de sus manos.

—Como si estuviera viviendo el último día de mi vida. Me llevas tan al límite que siento que cada vez que me cruzo contigo voy a enfrentarme a la prueba del Apocalipsis. Si algo es capaz de llevarme a la tumba, esa eres tú.

Viviana soltó un gritito cuando Marcus empezó a penetrarla, enroscando los dedos, metiéndolos y separándolos de su centro al mismo ritmo del carruaje. Dejó caer la cabeza hacia delante, con el recogido completamente fuera de su sitio y el corazón al borde del infarto.

Cuando sintió que no aguantaba más, sacó los dedos y la cogió por la cintura para alzarla sobre su fuerte erección. Quiso alargar las manos hacia ella y liberarla para llegar al clímax con ella, pero Viviana fue más rápida y lo desnudó antes. Marcus la miró cuando su miembro emergió de los calzones,

con el prepucio de un tono cuasi violáceo que anunciaba lo poco que resistiría si no hacía algo. Viviana no apartaba la vista de él, con una expresión entre anhelante y asombrada que le hizo esbozar una sonrisa.

La vio alargar la mano y agarrarlo con propiedad, apretando suavemente la base con todos los dedos. A Viviana le apreció que palpitaba bajo su roce, además de antojársele un tipo de piel tan suave y fina que no pudo resistirse a acariciarlo de abajo a arriba. Con cuidado rozó la punta, que supuraba el mismo líquido blanco que esperaba encontrar en su propia entrepierna.

Marcus, a quien todo aquel despliegue de adorable curiosidad le había excitado hasta un punto insoportable, tuvo que apartarle la mano e intentar captar su atención.

—Ya me tocarás más adelante —prometió, con la mandíbula a punto de explotar—. Ahora necesito tu cuerpo.

Viviana se abrazó a su cuello y asintió, levantando el trasero tal y como él le pedía. El pensamiento de estar equivocándose cruzó su mente un instante: si su objetivo fue implantar el arrepentimiento de última hora, no lo consiguió. El roce del prepucio a lo largo de su hendidura hizo que se estremeciese y músculos que no sabía que tenía se contrajeran.

—Dios sabe que tendría que haber esperado a estar en casa, pero...

—Hazlo, por favor —suplicó—. Hazlo ya.

Marcus la penetró con cuidado, sintiendo en su propia carne cómo respondían las entrañas de Viviana. Al principio se cerró en banda, aquejada por el dolor que conllevaba su estrechez, pero pronto las paredes fueron aminorando su tensión para albergarlo. Él iba estudiando la reacción de Viviana, que a pesar de tener el ceño fruncido, se mordía el labio para no dejar escapar un gemido.

—¿Duele?

Ella tragó saliva y negó con la cabeza. Aquello, junto con la inolvidable conciencia de estar poseyendo a la única mujer que había querido y deseado en su vida, hizo que su cerebro sufriera un cortocircuito y se aferrase a la brutalidad. De una última y seca estocada, terminó de empalarse dentro de ella, derribando la fina pared muscular que la convertía en suya.

Viviana soltó un jadeo y le clavó las uñas en los hombros. Marcus supo que iba a quejarse por el dolor, y antes de que pudiera hacerlo, la distrajo del

potente palpar de sus sexos en unión con una ristra de besos por todo el pecho, los hombros, la cara... La besó profundamente, haciendo hincapié en cada caricia de su lengua, llegando a puntos de su boca tan olvidados que Viviana creyó no haber hablado nunca con ellos.

Poco a poco, la presión de su estómago se fue deshaciendo para volver a establecer la monarquía del fuego. Viviana tembló. Su cuerpo y sus músculos se encogieron a su vez. Se movió hacia delante, buscando algo que no sabía qué nombre tenía, ni tampoco cómo se daba. Marcus lo supo y la cogió por las caderas, levantándola un poco en vilo y luego deslizándola suavemente sobre su prominencia.

—Oh. Eso es... —susurró entrecortadamente, apoyándose en los hombros masculinos con los codos. Contrajo las carnes al rojo vivo de su sexo para succionar la verga, de manera que nada ni nadie podría haberla sacado de allí, y se creció sobre ella para volver a insertarse hasta la empuñadura—. *Meraviglioso.*

—Se supone que en esta postura os duele más a las mujeres —jadeó Marcus, encandilado por la visión de Viviana montándolo como había visto hacer a su caballo. Alargó una mano y empezó a quitarle las horquillas y perlas que decoraban su cabello, haciendo que cayera desparramado hasta casi su coxis—. Dios bendito... Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida. A menudo pensaba en de cuántas maneras distintas entregaría mi alma a cambio de acariciar tu pelo.

Viviana se abrazó a él hasta que sus pechos fueron uno solo. Ella jadeaba en su oído, sin dejar de moverse con un contoneo enloquecedor, y él recibía cada ramalazo de su aliento como una gran victoria. La agarró con fuerza del trasero y la animó a aumentar el ritmo, hasta que estaba cabalgando sobre él con el cuerpo tembloroso y el cuello perlado de sudor.

Marcus la besó en la sien y respiró profundamente, tatuándose el olor a hierbabuena en el alma. Fue ahí, en ese preciso momento, cuando su cuerpo convulsionó y lo disparó hacia el clímax, que lo recibió con los brazos abiertos. No se molestó en apartarse, sabiendo que Viviana también estaba ahogada en su propio orgasmo. Derramó hasta la última gota de su simiente en su interior, caliente e inolvidable.

—Dios mío... —musitó él, aferrado a su cintura como si fuera un

salvavidas. Acarició su pelo y lo enredó entre un par de dedos, tal y como siempre había soñado—. Ya nada podrá separarme de ti.

«Solo una cosa podría empujar a un hombre a hacer lo que siempre creyó impensable, y es el miedo a perder frente a otro».

*Extracto del sexto paso para poner a un duque a tus pies*

Aunque la idea de hacerlo les pareció insoportable a los dos, Marcus tuvo que dejarla en casa para no levantar sospechas y marcharse. Apenas unas horas después, su abuela apareció junto con una silenciosa Valentina, a las que mintió diciendo que un caballero se había ofrecido amablemente a alquilarle un carruaje para su regreso.

Al día siguiente, Celestine tuvo un desayuno al que acudir y Valentina y Viviana se quedaron solas en la casa de St. James. La mayor sentía que estaba en una nube: el tiempo pasaba muy lentamente, el aire era más denso que de costumbre y ella misma parecía estar flotando. Su cuerpo no respondía de la misma manera a las órdenes de arriba, además de que era dulce y asimismo dolorosamente consciente de partes del cuerpo que no sabía qué tenía.

No era una mujer romántica y no tenía ningún derecho a serlo después de lo que había hecho, pero en cuanto recordaba lo que sucedió la noche anterior —cosa que no podía sacarse de la cabeza, por mucho que intentara concentrarse en cualquier tarea—, sus mejillas se teñían de un intenso rubor y notaba que el diabólico deseo de hacerlo de nuevo empezaba a adueñarse de toda razón.

Solo podía frenar esos pensamientos de una manera: recordando que esa tarde, Marcus se presentaría esa tarde en la casa para pedir su mano en

matrimonio.

Mas no todo eran buenas vibraciones. Una pequeña parte de ella, esa que la moral cristiana había forjado en un recóndito rincón de su corazón, sabía que estaba haciéndolo mal. Sentía que, aunque había actuado en nombre de sus impulsos y quizá a favor de sus sentimientos, lo estaba engañando. Y era toda culpa de la lista, que se arrepentía de haber escrito en primer lugar como de pocas cosas en la vida.

Era una sensación extraña. No estaba haciendo nada mal, puesto que le había puesto punto y final a su manipulación hacía cierto tiempo. Sin embargo, cada palabra de Marcus se le había grabado a fuego en la cabeza. Ella había intentado decirle que frenase, que lo pensara bien y que, en última instancia, no dijera nada más. Inexplicablemente le había dolido escuchar todo aquello saliendo de sus labios, incluso a pesar de tratarse de halagos y besos ardientes. Porque sabía que Marcus podría haber vivido sin ella perfectamente si no se le hubiese ocurrido manipularlo. Si no hubiera intervenido con sus artimañas de bruja, él podría estar ahora prometido con una mujer de su casta. O al menos, no camino de casarse rápidamente con una italiana sin modales cuyo único objetivo había sido hacerle daño.

Viviana intentaba apartar todos esos pensamientos de su cabeza, concentrarse en el juego de ajedrez que tenía delante e ignorar los motivos egoístas por los que dejarle ir nunca habría sido plausible. Pensaba en sus manos recorriéndola como si acabara de descubrir el cuerpo femenino por primera vez, cubriéndola de besos y susurrando la clase de lisonjas que pensó que solo se les dedicaban a las damas acaudaladas y bien educadas durante un paseo por Hyde Park. También recordaba su brusquedad e impaciencia, la urgencia con la que la había tomado, como si nada en el mundo fuera más importante que estar dentro de ella...

En un gesto involuntario se llevó la mano al vientre. Podía sentirlo aún en esa zona, tan clavado que creyó que le atravesaría el ombligo. Tuvo que abrir un abanico y empezar a darse aire, consciente de que el deseo la ahogaría en cuanto se descuidara. Porque no podía ser de otra manera. Él, casi desnudo para ella y abrazándola con férrea decisión, había creado de la nada un vínculo inquebrantable. Jamás se había sentido tan cercana a una persona, como si pudiera leer sus pensamientos, como si pudiese entregarse

enteramente a él con los ojos cerrados, teniendo la plena certeza de que nunca le haría daño.

—Señorita Conti —anunció el mayordomo, entrando en la salita con el pecho hinchado como un pollo. Peterson luchaba por mantener el rostro inexpresivo, pero por el momento iba ganando la ligera mueca de disgusto—. Lord Carlisle está aquí. Ha insistido en verla a pesar de la ausencia de carabina y pese a saber que la dama no se encuentra presente.

Viviana podía imaginarse los motivos de su visita, pero no sirvieron para aplacar su sorpresa. Se había tomado al pie de la letra la última frase que le dedicó, asumiendo que no volverían a verse a menos que fuera obligatorio. Pero por lo visto tenía que ser él mismo quien recogiese el anillo de compromiso, y Dios sabía si algún que otro regalo más. Lo que Viviana tenía claro era que no pensaba devolverle nada que no fuese aquella adorable alianza. Era una cuestión de orgullo, y no permitiría que considerase sus meses de cortejo una pérdida de tiempo y dinero. Aunque lo hubieran sido para él, ella no era de la misma opinión. Pensaba, amargamente, que las cosas se habían torcido demasiado al final, pero no por ello era necesario manchar el preludio e intermedio.

Agradeció a Peterson su diligencia, pidiéndole discreción. Valentina se ofreció a ejercer de mediadora, pero bastó una respuesta firme por parte de la mayor para que desistiera.

Así que se enfrentó a Carlisle en igualdad de condiciones.

Viviana no se molestó en darle los buenos días, ni tampoco hizo el desacertado comentario sobre las impresionantes ojeras que lucía a pesar de que un genio maligno quiso regodearse en sus defectos, tal y como él había hecho con ella. No obstante, se limitó a guardar silencio y se acercó a él con determinación, al tiempo que se sacaba el anillo del dedo sin ningún floreo.

—Ahora estamos en paz —dijo, poniendo la alianza en su palma. Carlisle la miró con una levísima sonrisa divertida que parecía esconder algo turbio, como si no supiera qué significaba la palabra paz—. Ya puede marcharse.

—Realmente te ofendí anoche, ¿verdad?

—No creo que tenga el derecho a tutearme. —Estiró la espalda y lo miró con firmeza—. Y si me ofendió o no, no creo que le importase demasiado. Me dio una clase magistral sobre su personalidad, dejándose ver como una

criatura de negra entraña.

Carlisle soltó una exhalación forzada, algo parecido a una risa cansada.

—Si fuera un caballero te pediría disculpas y buscaría la manera de redimirte. También te trataría de usted. Pero como en realidad solo soy un actor con ínfulas de aristócrata, te diré que no te esperaba tan sensible. Siempre pensé que te gustaba oír la verdad. Lo que te dije ayer no era muy diferente de lo que siempre te he dicho.

Viviana sabía que tenía razón. Si la tenía en muy bajo concepto, era porque se lo había ganado. Merecía cada una de esas hirientes palabras como la que más pero, por desgracia, eso no significaba que dolieran menos o que quisiera perdonarle. O que no hubiera empezado a acostumbrarse a las palabras bonitas, esas que Marcus le dedicaba...

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al fin, cansada. La animó saber que fuera cual fuere el aspecto que ella presentase, Carlisle siempre estaría por encima, con esa elegancia gallarda de los hombres que saben ser y actuar como quieren porque lo conocen y saben todo—. Si no has venido a disculparte y ya tienes el anillo, no entiendo tu visita.

—Creo que nos precipitamos, Viviana. Yo en un principio, alegando que no me sorprendería que te hubieras entregado a otro hombre. Y también al final, despidiéndome con esa grosería.

Viviana lo miró con incredulidad.

—¿Cómo? ¿Se supone que ya no lo piensas? ¿Ahora confías en mi castidad?

—Sé que Saint-John no te pondría un dedo encima mientras estuvieras prometida a mí, por mucho que le rogaras. —Después esbozó una sonrisa enigmática—. Al menos, no te tocaría en el sentido bíblico de la palabra... Sin que hubiera manera de repararlo.

—¿Y eso qué importa ahora? Nuestro compromiso está roto, Carlisle. No puedes arreglarlo de ninguna manera, con ningún presente o charla persuasiva.

—Sabe Dios que es imposible persuadirte de algo si no cuento con tu propia ayuda. Pero esperaba que pudieras reconsiderarlo.

—¿Por qué? ¿Porque me necesitas? Lo siento si me he dado cuenta demasiado tarde, pero preferiría morir sola, rodeada de los cadáveres de una



camada de diez gatos, a casarme contigo porque quieres el título maldito de tu padre —escupió, sin pararse a pensarlo. Sabía que estaba siendo injusta, pero le consolaba pensar que no solo ella había cambiando, sino también las circunstancias—. Y sí, tienes razón. Marcus no me habría deshonrado si nuestro compromiso hubiera seguido en pie: pero rompí nuestro compromiso anoche, y desde ese momento hasta ahora han pasado muchas cosas.

Carlisle se mantuvo estático, sin mover un solo músculo. El silencio que se estableció a continuación fue breve, pero por algún motivo, a Viviana le pareció que se prolongaba hasta el fin de los tiempos.

—Felicidades a la futura novia —dijo al fin, con voz aterciopelada. No pudo engañar a Viviana, quien percibió una nota de agresividad bajo la forzada calma—. Porque por supuesto habrá boda. El duque es un hombre con principios que conoce muy bien sus responsabilidades. Con eso has tenido suerte.

—¿Con qué?

—Si hubiera sido un calavera, te habría desflorado y luego se habría lavado las manos. Definitivamente has tenido muy buen ojo escogiendo a quién seducir y luego partir el corazón.

Una oleada de rabia hizo que Viviana se impulsara hacia delante.

—Di de lado a la lista hace casi un mes. Eso fue lo que quería decirte cuando me acerqué a ti anoche —siseó—. No ha habido nada programado entre él y yo desde que me levanté de la cama tras la neumonía.

—Me alegro, de veras que sí —admitió Carlisle, alzando las cejas—. Solo espero que nunca llegue a enterarse de lo que te movió a acercarte a él. Saint-John es un hombre que valora los motivos y trasfondos de una acción, no sus resultados. Y lamento ser quien te diga que tus intenciones no eran precisamente cristianas.

—No lamentas ser tú quien me diga nada. Te regodeas en la indignación que ves en mi cara cuando me insultas. Te gusta hacerme daño porque no has conseguido lo que querías...

—Parece que es cierto lo que dicen: el ladrón cree que todos son de su condición —recitó, con aire desdeñoso—. Sí, me molesta no haber conseguido lo que quería, pero intentar hacerte daño por eso sería comportarme como un infantil y, entre tú y yo, no es difícil adivinar quién es

más dado a él.

Viviana le dedicó una mirada fría.

—Ya puedes largarte.

—Pensaba que eras más razonable, cariño —suspiró él, poniéndose el sombrero y dirigiéndose a la puerta—. Recuerda esto: yo no soy tu enemigo. Lo eres tú misma. Y serás quien sufra las consecuencias de sus actos.

—¿Por qué? ¿Piensas decírselo?

—No. Ni siquiera me siento tentado, a decir verdad. Preferiría que se llevara los gritos y recriminaciones la persona culpable, no yo —explicó, con una ceja alzada—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que piensas casarte con él sin contárselo tú antes? ¿Piensas tenerlo engañado toda tu vida? Porque por si no te has dado cuenta, muchas de las cosas que le gustan de ti son falsas. No eres la mujer del día de Ascot, ni la de los días que pasaste en Surrey. Eres la que planeó toda esa venganza, y te aseguro que a esa no la habría aceptado.

Viviana se llevó una mano al pecho, allí donde había notado una intensa punzada. Dolía. Dolía, pero tenía razón. El problema no era su arrepentimiento, con el que sospechaba que acarrearía de por vida, sabiendo lo que habría sido capaz de hacer; tampoco ese terror que la había inundado al intentar contárselo, determinando que estaba destinada a quedarse en blanco en cada una de esas ocasiones. El problema era que lo que él podía sentir no era real. El problema era que nunca se habría rendido a ella si no hubiera mostrado esa cara afable o tierna...

—Él... —empezó, evocando la imagen de su mirada cristalina, posada sobre la suya con algo muy parecido al amor—. Él me perdonaría. Sabe todo lo que he sufrido.

Carlisle apartó la mano del pomo de la puerta.

—¿Estás segura de eso, cariño?

—Podría haberle hecho mucho más daño —confesó Viviana, buscando desesperadamente una excusa a la que aferrarse—. Si hubiera querido, podría haberle sumido en un escándalo... Y no lo hice. No lo hice porque él es... —Inspiró hondo—. Es importante para mí. Y no habría soportado la idea de hacerle daño al final.

Carlisle la miró calculador.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué escándalo es ese?

Viviana dudó, pero al final decidió apostar todo al rojo. A fin de cuentas, Carlisle podía ser muchas cosas, pero no un chismoso y bajo ningún concepto desleal con sus amigos. Aun así no lo arriesgó todo. Alzó la barbilla y dijo solamente:

—Devis Levinstone.

Era imposible adivinar en qué podía estar pensando Carlisle: su rostro era un bloque. Un bloque siempre sonriente y de aire burlón, pero inescrutable a fin de cuentas. Aun así, tal debió ser su sorpresa que un destello de reconocimiento cruzó sus ojos.

—¿De dónde demonios has sacado ese nombre?

La puerta se abrió de sopetón, como si alguien hubiera esperando encontrárselos en una situación comprometida. Bajo el umbral se intuyó la autoritaria figura de Saint-John, que solo tenía ojos para Viviana. Tenía la mandíbula a punto de explotar, lo que hizo que irremediabilmente se pusiera en lo peor: había escuchado la conversación.

Viviana no pudo recordar un momento en el que lo pasara peor que en ese preciso instante, cuando Saint-John despegó los labios para, seguramente, escupirle cuán rastrera era.

—¿Dónde está Carlisle? —preguntó en su lugar—. ¿Por qué diablos lo has recibido a solas?

El susodicho se apartó de la puerta para aparecer en su campo de visión, con una sonrisa burlona que no le pasó desapercibida a ninguno de los tres.

—No te preocupes, no la he deshonrado. Desgraciadamente se me han adelantado. —Su sonrisa se estiró con crueldad. Hizo una breve reverencia a modo de despedida—. Espero que le hayas comprado a la señorita Conti un anillo a su medida; se ve que este no le complacía en demasía.

Guardó la alianza en su bolsillo, dio una palmadita espontánea y se marchó por donde había venido, dejando a la pareja sola. Viviana se relajó considerablemente cuando supo que Carlisle estaba fuera de la casa. Por algún motivo no terminaba de desconfiar de él, pero albergaba la posibilidad de que hubiera acabado soltando la lengua sobre la lista. Algo que solo le correspondía hacer a ella.

Aunque por otro lado lamentaba su repentina salida. En el aire había flotado la promesa de una explicación sobre el misterio que giraba en torno a ese

nombre.

—¿Qué quería? No me trago que viniera buscando solo el anillo —dijo Marcus, antes de que Viviana pudiera contestar eso justamente. Dejó la puerta y avanzó hacia ella, con el fuego aún quemándole los ojos—. ¿Qué te ha dicho, Viviana?

—Nada importante.

—Carlisle nunca pierde el tiempo en nada que no sea importante.

—Quizá lo fuera para él —comentó despectivamente, tratando de ignorar los tirones de su estómago. Cuando más se acercaba Marcus, más temblaba su cuerpo, reconociendo en el del duque esa fuente de placer que la había elevado la noche anterior—, pero no para mí.

Marcus la obligó a mirarle.

—¿Qué. Te. Ha. Dicho?

—Solo ha insistido en que nos casemos —confesó ella al fin, encogiendo un hombro desinteresadamente—. Le he ignorado por completo. Y lo podría haber despachado sin tu ayuda.

—Eso no lo dudo. Cristo redentor, qué inoportuno —masculló, acariciándole el cuello a la joven de manera distraída, con el ceño aún fruncido por la visita—. Aunque eso me recuerda que le debo una esposa. No me perdonará nunca que le haya robado a la suya si no le ofrezco algo mejor.

—No parecía muy afectado por la pérdida. Déjalo que encuentre a ese alguien él solo, sabrá cómo seducir a una muchacha y convencerla de que cumpla sus deseos —contestó irónica. Inclino el cuello en dirección de esa caricia—. ¿Y qué vas a encontrar mejor que yo? ¿Seguro que no lo querrás también?

—Para mí no hay nada mejor que tú... —musitó, besando su mentón—. Pero él no tiene por qué saber quién se ha quedado el oro. Si no se ha dado cuenta antes no seré yo quien lo ilumine.

—No sé si me gusta que hables de mujeres como posesiones o materiales.

—Eres mía, o lo serás en cuanto tu abuela dé sus bendiciones. A eso es a lo que he venido. —Deslizó los dedos por su hombro cuidadosamente, maravillado por su suavidad. Viviana se quedó un instante con la mente en blanco, pendiente de su expresión calmada. Parecía más joven que el día anterior, cuando la represión le había torcido el gesto—. ¿Dónde está ella?

«Muchas de las cosas que le gustan de ti son falsas».

«¿Piensas tenerlo engañado toda la vida?».

«Él me perdonaría (...) ¿Estás segura de eso, cariño?»

Como por instinto, Viviana retrocedió. En algún momento de la conversación había perdido el aliento, y sentía que no habría manera humana de oxigenar su cuerpo mientras las palabras de Carlisle no dejaran de repetirse en su cabeza.

—¿Viviana?

Ella levantó la barbilla y lo miró sin tener idea de cuál era su expresión. Intentaba contener a toda costa las emociones, pero la culpabilidad la golpeó como su vara de madera cuando sus ojos entraron en contacto. Los suyos parecían tan claros y luminosos, tan llenos de sentimientos humanos... No eran de ese mundo ni de ninguno remotamente parecido: no al menos si sus similares estaban cargados de pecados. Marcus había pasado de ser el enemigo a convertirse en una criatura a la que no merecía en absoluto. Carlisle tenía razón. Tenía toda la razón. No podía casarse con aquel hombre sin decirle la verdad, y Dios sabía que contarle la razón original de su acercamiento no sería posible. Simplemente no podría hacerlo.

Si alguna vez había sido la persona valerosa y resuelta que se consideraba, después de compartir sus intimidades con Saint-John quedaba claro que era alguien muy distinto. Pensaba en cómo podría reaccionar en caso de enterarse y le empezaba a dar vueltas la habitación.

—No puedo casarme contigo —dijo, con voz firme. Tuvo el coraje de mirarlo a los ojos directamente, a lo que él respondió con la viva representación de la confusión—. Olvídalo...

—¿Cómo que lo olvide? ¿Se te ha pasado que te he comprometido?

—No me importa. Si Carlisle pudo haberme aceptado a pesar de ello, alguien habrá que opine lo mismo. Y si no, me es indiferente. —Sacudió la cabeza—. Mi intención original al pensar en mi futuro no era casarme, ni...

—Por supuesto que no. Pensaste por primera vez en tu futuro mucho antes de conocerme —replicó Marcus, con el rostro ensombrecido. Avanzó hacia ella para tocarla, pero Viviana se apartó y se acercó a la puerta—. Viviana, ¿qué estás haciendo? No puedes estar hablando en serio.

—Eres tú el que no puede hablar en serio. Eres el duque de Saint-John —

rio nerviosamente—. No puedes casarte conmigo. Destruiré tu reputación, y tus hijos no serán ingleses de entraña. Soy el peor partido de Londres, y...

—Y me da igual.

Saint-John cruzó la estancia y la obligó a apartar la mano del pomo de la puerta. Colocó un brazo a cada lado de su cabeza, inmovilizándola. Viviana no supo si fue incapaz de escapar por la postura o por la intensidad de sus ojos, que la sumía en una niebla densa donde la salida se había difuminado.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —preguntó, temiendo la respuesta más que a nada en la vida—. Porque te aviso de antemano que no voy a permitir que me recluyas en tu habitación de por vida solo porque me deshonraste.

—No. Te voy a recluir en mi habitación de por vida porque tú me honraste a mí, y quiero que lo hagas para siempre. Quiero que lo hagas ahora mismo, de hecho —confesó en voz muy baja, hundiendo la nariz en su cuello—. Me quiero casar contigo porque te deseo tanto que la idea de no tenerte en mi campo de visión o tocarte me consume. Y me has demostrado los últimos meses que podrías ser una excelente compañera. Tú...

Viviana no quiso escuchar más. Esos últimos meses mencionados como el gran motivo de su pedida era justo lo que temía, además de lo que no pensaba permitir. Ella no era esa dama en apuros, aunque de veras hubiera estado en apuros. No era dulce, ni respetaba su título, ni le ofendían sus besos robados en huecos de escaleras a ninguna parte. Todo eso había sido una farsa.

—No. No es... suficiente. —Sacudió la cabeza y lo empujó, agarrándose al pomo con fuerza. Le dolió lo increíble volver a sostener aquella mirada confusa, pronto superada por los hechos. Le dolió tanto que le empezaron a picar los ojos—. Yo no soy suficiente, Marcus. Por favor, vete y olvídate. Estaré bien. Estaré perfectamente...

Cuando lo vio acercarse de nuevo, giró y empujó la puerta para enseguida precipitarse por las escaleras. Corrió como alma que llevaba el diablo y se refugió en su habitación. No había dado ni dos pasos cuando sintió que un dolor inhumano la atravesaba por la espalda, entrándole por el corazón. Apretó los puños y presionó los labios, temblorosa, odiándose a sí misma con cada fibra de su ser por no haber sido una mejor versión de Viviana Conti.

Marcus se quedó inmóvil en el salón un momento, preguntándose qué clase de genio maligno podría haberse apoderado de la italiana. Y le habría gustado indagar en la cuestión, entre otras cosas porque no era propio de ella esa clase de comportamiento, pero antes de nada debía obtener una respuesta. La única que pensaba permitir que le diese. Una afirmativa.

Irrumpir en la habitación de una joven era la clase de afrenta que no se perdonaba y que era castigada con el matrimonio; menos mal que las circunstancias habían dotado a Marcus de un fuerte espíritu aventurero y le importó más bien poco que los miembros del servicio lo vieran irrumpiendo allí.

Abrió la puerta y se acercó a Viviana, muy decidido. Prefirió no preguntarse a qué venía esa mirada empañada.

—Algo ha debido decirte Carlisle —declaró, convencido—. Siempre has estado diciendo por activa y por pasiva que no soportas mis excusas para huir de un matrimonio contigo. Te dolía —o al menos te irritaba— que me contuviese por miedo a una boda. Ahora la tienes y no la quieres. Debe ser porque Carlisle...

—¿No te has parado a pensar que quizá es porque soy voluble y mis pasiones tienen fecha de caducidad? —inquirió Viviana, mirándolo con fingida frialdad—. ¿Y si me he cansado? ¿Y si te he mentado y en realidad quiero casarme con Derek?

—Se ha llevado el anillo.

Viviana alzó la barbilla con soberbia.

—Tal vez es porque quiero uno con un diamante más grande.

—Maldita seas, Viviana —masculló Marcus, reduciendo el espacio entre los dos hasta abrazarla por la cintura—. Tú ya no puedes estar con otro, ¿es que no lo entiendes? Ahora eres mi mujer. No a los ojos de Dios, pero sí a los míos, que a mi parecer tienen más importancia. No va a ser Él quien se case contigo, sino yo.

—Marcus. —Intentó separarlo poniéndole una mano en el pecho. Lo miró a través de las tupidas pestañas—. Tú y yo no funcionaríamos. Tenemos caracteres demasiado similares, por no hablar de lo que sucedería con tu reputación. Y...

—¿Y?

—Soy mala. Retorcida —confesó, evidenciando una turbación estremecedora—. Y tú... No debes tener ni un solo mal pensamiento. Es obvio que, por complicidad, debería casarme con Carlisle. Él nunca...

—Ni se te ocurra sugerirlo. —Marcus la miró con las fosas nasales dilatadas—. Carlisle no es nada tuyo, y ninguna parte de ti le pertenece a él. Seríais un fraude juntos, y no solo porque no naciste para estar a su lado, sino para estar al mío. ¿O acaso no lo sentiste anoche? ¿Carlisle te ha hecho sentir como yo? —preguntó en voz baja. Deslizó las manos hasta llegar al cierre del vestido, desabrochando un par de corchetes—. Dímelo. ¿Él te ha hecho temblar después de besarte?

—No intentes convencerme con... —Se trabó cuando Marcus la pegó a su cuerpo. Quiso intentarlo de nuevo, pero la distrajo con un beso húmedo en el punto que unía la mandíbula y el lóbulo de la oreja—. Con... Oh, *prego*...

Marcus desabrochó el corsé y la falda, haciendo que esta cayera a sus pies formando un remolino de algodón. Continuó su expedición por el cuello y los hombros, enroscando la lengua en sus zonas sensibles.

—¿Carlisle te hace esto? —musitó contra su piel, que empezaba a arder. Viviana sintió que los ojos se le volcaban hacia atrás—. No hay otro hombre para ti, víbora. Igual que no habrá otra mujer para mí.

Viviana se mantuvo en sus trece, tensa como la cuerda de un violín... hasta que Marcus la besó a su manera, y entonces el río volvió a su cauce. Se relajó en sus brazos, temblando de pies a cabeza, y dejó que la llevara a la cama.

El duque apartó varios cojines antes de tenderla con sumo cuidado. Separó sus piernas y se encajó en ellas, esbozando una sonrisa victoriosa cuando sintió bajo su tacto la excitación de ella. Fue cuando se puso de rodillas ante la italiana cuando escuchó el sonido de algo rasgándose. Bajó la mirada y observó que había un papel casi por la mitad atrapado bajo su peso.

Levantó la pierna un poco para sacarlo, ansioso por devorarla. No le prestó atención a la caligrafía, o más bien no lo hizo hasta que no le llamó la atención cierta palabra.

Con una sonrisa ladina, suavizó las arrugas del papel con los dedos y echó un vistazo por encima.

—Marcus —escuchó que decía Viviana, con una inconfundible nota de horror en la voz. La vio intentar incorporarse—. Dame eso. No puedes leer



mis cosas, Marcus...

Él arqueó una ceja.

—No voy a enfadarme si descubro que escribías cosas terribles sobre mí en las páginas de tu diario, víbora. Puedes estar tranquila.

—¡Devuélvemelo, por Dios!

Marcus estuvo tentado de obedecer, pero su súplica pareció lejana y carente de sentido cuando leyó la frase del encabezado: «cómo poner a un duque a tus pies».

—¿Qué diablos es esto? —preguntó, en voz baja.

No dejó de recorrer con la mirada las palabras escritas, notando los brazos entumecidos. Poco a poco se fue moviendo, apartándose de Viviana y escudándose en la pared más lejana de la cama. Tuvo que leer varias veces los puntos enumerados, las comas, las tildes... Siete frases desarrolladas debajo de su subrayado, explicando cómo llevar a cabo el plan más perverso que había leído en su vida.

El tiempo se le escurrió de las manos completamente. No supo cuánto estuvo ahí parado, leyendo y volviendo a leer, buscando por alguna parte la manera de disculparla... En vano. La furia que al principio creyó que podría tener bajo control escapó de sus labios y sus ojos. Si las miradas pudieran matar, la mansión de St. James habría acabado reducida a escombros. Con Viviana Conti dentro, quien era ahora el objetivo.

Ella acababa de levantarse, con el corsé fuera de su sitio y las enaguas arrugadas.

—Eso era lo que trataba de decirte, yo...

—Te ha salido bien —interrumpió Marcus, mirándola como si no valiera nada y, asimismo, con tanto odio que Viviana tuvo que retroceder—. De hecho, te ha salido de maravilla. Me lo he creído.

—No quería que saliera bien, está inconcluso —se apresuró a explicar, con la cara descompuesta. Intentó acercarse a él de nuevo, con las manos por delante, pero Marcus la retiró con un solo brazo—. Hace tiempo que ya no...

—Desgraciadamente aquí te has equivocado —señaló, enseñándole el séptimo punto. *La seduzione*—. Se supone que solo debías besarme y, una vez obtuvieras la propuesta, romperme el corazón... Aunque quién sabe si cambiaste el plan a última hora para asegurarte de que lo lograbas, y qué

mejor manera que acostarte conmigo. En el sentido del honor del un duque... Muy bien hecho. Ahora te falta el último subapartado, que probablemente es el que intentabas llevar a cabo ahora mandándome al carajo. Aplastarme como a un insecto —concretó, leyéndolo entre dientes—. Supongo que como creías que nadie sabía italiano excepto tú era más inteligente escribirlo en tu lengua materna.

—¡Lo escribí hace meses! —empezó. Marcus no dijo nada: arrugó el papel y se lo arrojó a la cara con fuerza. Ella pudo esquivarlo a tiempo para acercarse y cogerlo de la solapas—. Marcus, escúchame...

Sin ningún miramiento, el duque la empujó por el hombro, haciendo que retrocediera varios pasos.

—No me toques —siseó, con una mueca distorsionada—. No me toques, Viviana.

—No puedes irte sin saber...

Marcus soltó una carcajada incrédula, sumido en sus propios pensamientos destructivos. Notaba el cuerpo lánguido y al mismo tiempo muy pesado, como si se hubiera sumergido en el agua con tanta ropa que no podía salir a flote por sí mismo. Pero eso no era lo peor, porque el pecho le dolía como el infierno.

—Supongo que tendría que haberlo sabido. Toda criatura perversa asesta siempre un golpe final: la madre de todos sus planes perversos. El tuyo era este, por lo visto. —Un tic se apoderó de su labio superior, que se torcía en un gesto de repulsión—. Aunque mucho me temo que no vas a conseguir lo que te proponías.

Se agachó para coger el papel arrugado y caminó con resolución hasta el escritorio, a pesar de sentir que iba arrastrando algo de valor en su caminata. Cogió la primera estilográfica que encontró y tachó con una línea severa el título. A continuación escribió unas palabras justo encima.

—¿Qué estás haciendo? —le llegó su voz como en un sueño. Si antes sonaba a perdición, ahora le hacía estremecer de asco—. No quería hacerte daño, Marcus. Al principio era distinto, porque no te...

Marcus se dio la vuelta y dio una palmada sobre el escritorio, ahí donde se secaba la frase recién escrita.

—Al principio eras una manipuladora y ahora eres una manipuladora —

soltó, con la mandíbula desencajada—. No veo ninguna diferencia.

Procurando no mirarla por si por casualidad flaqueaba, se dio la vuelta y se marchó sin volverse una vez. En un punto del camino tuvo la necesidad de llevarse la mano al bolsillo, donde un sello de fuego le atravesaba la piel. Sacó el anillo que había tardado horas en elegir, con la gema del mismo color que los ojos de la bruja que había creído querer, y lo arrojó al Támesis. Solo esperaba que la corriente también se llevara su dolor.

Viviana inspiró y espiró varias veces antes de llamar a la puerta de la mansión en Mayfair. Llevaba allí parada alrededor de hora y media, pensando en qué sería lo peor que podría pasar si se sentaba en la salita a esperar la llegada del duque. Esa cuestión abría un abanico de torturas lentas y dolorosas que podrían haber asustado al más fuerte, pues las amenazas de Saint-John durante el último mes no habían sido en vano, pero si existía algo que Viviana no perdía ni en el peor de los casos, era la valentía. Y si tenía que cruzar el desierto descalza durante el más caluroso de los veranos para hacerse oír, lo haría. Lo que en el fondo no significaba que no tuviese miedo, porque aún era lo suficientemente inteligente como para saber que solo un estúpido subestimaría el odio de Marcus Radcliff.

Lo había intentado antes. No enseguida: cuando se marchó de la habitación tras el descubrimiento, no encontró la manera de poner a funcionar sus piernas y se quedó allí en completo silencio, con una extraña opresión en el pecho que pronto se trasladó al resto de sus miembros. Pero después de salir de su trance, que fue cuando la doncella entró para avisarla de que era hora de acostarse, planeó la manera de reunirse con él. No iba a acceder por voluntad propia, por lo que tendría que abordar el riesgo de hacerlo explotar engatusándolo para verse a solas. Por desgracia, Saint-John había estado a la altura de sus retorcimientos por una vez. Viéndoselo venir —o quizá no— había hecho las maletas y se había marchado a Surrey. Un lugar lo bastante lejano de Londres como para cortar toda posible comunicación entre ambos.

Pero ese día volvía a la ciudad. Cuatro semanas y seis días después, concretamente: un lapso de tiempo que a Viviana se le había antojado una eternidad.

Si le preguntaban a qué se había dedicado en el último mes, no habría sabido lo que contestar. Todo era una amplia laguna desde que Saint-John se marchó de la casa con la promesa silenciosa de no volver a poner un pie en su vida. Quizá había acudido a bailes, quizá había comentado con sus amigas algún plan de conquista para atrapar al conde de Ashton, quizá había dormido demasiado, levantándose a las tantas y fingiendo jaquecas para no bajar a cenar. Quizá había llorado hasta olvidarse de la razón, de su nombre y de sus orígenes. Todo eso lo ignoraba: ahora su vida se reducía a ese momento, a ese preciso instante en el que llamaría a la puerta para aguardar al duque.

El mayordomo la recibió sin ninguna expresión y la escoltó a la sala de visitas sin preguntar nada en absoluto. Eso significaba que Saint-John no la esperaba, o de lo contrario le habría ordenado al servicio que le negara la entrada. Y respecto a aquello, lo único que podía sacar en conclusión era que Marcus estaba convencido de que era tan mala que no se molestaría en ir a pedirle disculpas pasado un tiempo.

—¿Desea tomar algo mientras espera, señorita Conti? —inquirió el mayordomo, sin mudar de expresión. Tan recto como el señor de la casa, pensó, sin saber muy bien si reír o llorar—. ¿Té, café...?

—No, gracias —sonrió Viviana, secándose las palmas de las manos en el vestido. No recordaba cuándo fue la última vez que se puso tan nerviosa como para sudar. «Será porque nunca me he puesto tan nerviosa como para sudar», pensó—. Espere, señor Tonks. Me gustaría hacerle una pregunta, si no es indiscreción.

—Siempre que no pretenda hacerme cómplice de alguna de sus travesuras puede hacerme la que quiera, señorita Conti.

Viviana esbozó una sonrisa lánguida.

—Lo tendré en cuenta de ahora en adelante. Dígame, señor Tonks. ¿Le suena un tal Paul Bramson?

—Por supuesto —contestó sin pestañear. El estómago de Viviana cayó por un séptimo piso—. Es miembro del servicio. Trabaja en las cocinas como mozo ayudante.

—Y... ¿Cómo es físicamente?

—Es pelirrojo, señorita Conti. Un joven de mediana estatura, muy delgado y pecoso. Tiene ascendencia escocesa.

Viviana notó cómo se le desinflaba el nudo del estómago. No había tenido grandes oportunidades de descubrir quién era el diablo que llevó el testamento de Saint-John al negocio del señor Dain, a quien no se le había vuelto a ver el pelo. Ante el reconocimiento del señor Tonks había estado a punto de vomitar lo desayunado, pero saber que se trataba de dos personas diferentes la tranquilizó. Al menos en un sentido: en el de saber que había hecho lo correcto quitándole de las manos el documento. Por otro, quedaba claro que Saint-John tenía un enemigo. Información que debía contarle, pero que no podía salir de su boca.

Si llegara a preguntarle por qué sabía lo del testamento o la existencia de Devis Levinstone, un nombre que dos meses después seguía sonándole desconocido, no podría responderle simplemente que se había colado en su despacho. Y aun así sentía que le debía toda la verdad, incluida la parte en la que decidió renunciar a hacerle daño.

«Sí, sobre todo esa».

Valentina era la única que conocía la gravedad del problema entre ella y el duque, y a pesar de lo obvio —estar enemistada con Saint-John no le convenía a nadie—, opinaba que no tenía por qué dar explicaciones si no las había querido. A fin de cuentas, él no era nada para ella.

Pero Viviana empezaba a darse cuenta de que quizá eso no era cierto, y sí que era importante. No sabía cómo, por qué, desde cuándo y menos aún conocía la manera de olvidarlo. Sin embargo, ahí estaba esa mano opresora, que le clavaba las uñas hasta los intestinos cuando escuchaba el nombre de Marcus.

—¿Desearía preguntar algo más, señorita?

Viviana miró al señor Tonks y negó educadamente. Estaba claro que el ladrón de testamento había suplantado la identidad de Paul Bramson, porque si no recordaba mal, aquel muchacho tenía el pelo más negro que el gato de la mala suerte.

—En ese caso me retiraré. Su gracia debe estar al caer...

La puerta del salón se abrió de golpe, haciendo que Viviana casi diera un respingo sobre su asiento. Lanzó una mirada rápida al umbral, esperando encontrarse a un Saint-John sorprendido, pero no le dio tiempo a ver cuál era su expresión. El susodicho, que según le pareció advertir llevaba semanas sin

afeitarse, cruzó la estancia para agarrarla de la muñeca sin miramientos.

Viviana fue presa de una descarga eléctrica que la dejó patidifusa. Si salió de su asombro fue solamente porque Saint-John le hizo daño al obligarla a ponerse de pie.

—Fuera de mi casa. Ahora.

—¿Qué? No... —Al ver que tiraba de ella en dirección a la salida, clavó los talones en el suelo—. ¡No! He venido a hablar contigo, *cocciuto*. No pienso irme hasta que no escuches lo que tengo que decirte...

Marcus la soltó y se giró para encararla. Fue entonces cuando Viviana enmudeció, sobrepasada por el aspecto tan pésimo que lucía: las cuencas de los ojos enrojecidas, los mismos inyectados en sangre, las mejillas ahuecadas y cubiertas de una fina pero uniforme barba entre castaña y pelirroja... No era eso lo peor, sino el odio que surcaba los cielos de sus ocelos. Si había pensado que lo encontraría dispuesto a hablar con ella después de un tiempo, claramente se había equivocado de vara de medir. Ya no había tanto dolor como hondo desprecio.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que podría no querer hablar contigo? ¿O es que tampoco respetas los deseos de los demás? —Su boca se torció en una mueca, incapaz de retenerla—. Lárgate. Te daré lo que sea a cambio de que te vayas. Te daré todo mi maldito oro, incluso todo aquel que no tengo, a cambio de no volver a verte jamás.

Viviana apretó los labios, y no para contener una blasfemia. Tuvo que mantenerse estática en el sitio, teniendo la dolorosa certeza de que si se movía un solo ápice rompería a llorar.

—No quiero tu oro —dijo, intentando sonar determinada a hacer cualquier cosa por él—. Quiero que me perdones.

La carcajada masculina congeló el ambiente como si Bóreas hubiera suspirado sobre sus cabezas, cargado de frustración.

—Y yo quiero que ardas en el Infierno —escupió. Volvió a cogerla del brazo y tiró de ella, clavando con saña las uñas en la carne. Prácticamente la arrojó sobre la escalinata que daba a la entrada: por fortuna ella pudo recuperar el equilibrio—. Ni se te ocurra volver a molestarme. Tus manipulaciones han terminado. Y deja que añada que si en algún momento consideras oportuno vengarte, esta vez sí tomaré medidas. Procura no

molestarme en lo que te queda de vida, o te juro por mi nación que tendrás que volver a Italia corriendo...

—Marcus, por favor —suplicó, impidiendo que cerrase la puerta. Lo miró a los ojos buscando un atisbo de esa calidez que la había hecho vibrar, pero se topó con dos bloques de hielo.

—Excelencia —corrigió fríamente—. Y si tu objetivo es armar otro escándalo que pueda perjudicarme...

—¡Ya te he dicho cuál es mi objetivo! Cuando escribí la lista no sabía que habías salvado a mi hermana, ni habías cuidado de mí, ni... Yo no te conocía. Pensaba que eras mi enemigo y no sabía cómo hacértelo pagar.

Saint-John le lanzó una mirada forjada en acero.

—Y supongo que seguiste adelante solo porque no te apetecía dejar las cosas inconclusas, ¿no? Tú siempre llegas al fondo de cada cuestión. Te involucras tanto en tus maquinaciones que acabas haciendo cosas de las que luego te arrepientes. A eso es a lo que has venido, ¿no? A pedirme que repare tu honra, lo que se te ha perdido por el camino de convertirte en una... —No terminó la oración—. Pues has de saber esto... Me importa un carajo que vayan a despreciarte por no ser virgen. No me reiré ni me regodearé porque no soy ni la mitad de miserable que tú, pero no moveré un dedo. Antes preferiría que me agujerearan el pecho con nueve disparos que casarme con una serpiente como tú.

—No he venido a eso —replicó Viviana, apretándose el puño cerrado contra el pecho, justo a la altura del corazón. La sensación de estar sangrando por dentro la llenó de ansiedad, sobre todo cuando no pudo llevar aire a sus pulmones—. No me importa morir sola, o que me rechacen por esto, no me... Me da igual, Marcus. Solo quiero que sepas que lo dejé después del cuarto paso. Estaba decidida a romper la lista, a olvidarme de ella y a...

—Una lástima que no la rompieras. Ahora tendrías un prometido y un futuro perfectamente labrado —cortó, con una sonrisa venenosa. A pesar de ser un gesto bonito por el hecho de pertenecer a él, a Viviana se le revolvieron las tripas—. Y no me hagas reír. ¿Ser inalcanzable? ¿No hiciste eso cuando me ignoraste durante casi dos semanas? ¿No empleaste los celos al estar solo con Carlisle y pasearte de su brazo por delante mía? ¿Es que no me sedujiste o te dejaste seducir?



Viviana despegó los labios para negarlo, pero era cierto. Lo había hecho involuntariamente: quizá pasó tanto tiempo obsesionada con la lista que, de una manera u otra, había acabado cumpliéndolos sin darse cuenta. Saberlo solo hizo que algo dentro de ella se quebrase, empujándola al centro de gravedad para clavar rodillas delante suya.

—Lárgate —amenazó por última vez, ya siendo incapaz de mirarla a la cara—. Y no te atrevas a acercarte a Carlisle con intenciones de casarte con él. Si me entero de que pretendes manipularlo o lo has conseguido, intercederé de la peor de las maneras. Antes me dejó matar que ver a mi mejor amigo engatusado por ti.

Viviana se vio tentada de confesar que Carlisle conocía el plan, pero dentro del odio que Saint-John manifestaba sin velo que lo cubriese —aunque fuera levemente—, se podía percibir una fuente incesante de dolor que no haría sino intensificarse si se llegara a enterar de dicha traición.

Despegó los labios para añadir algo, lo que fuera, pero Saint-John le cerró la puerta en las narices. Viviana se mordió el labio y permaneció allí de pie un rato, a punto de llevarse las manos a la cabeza para arrancarse el pelo a tirones. No podía soportarlo. No podía soportar que, por segunda vez, el duque la hubiera dejado con la palabra en la boca... después de anunciar sin ninguna vergüenza que carecía de valor como persona. Un descubrimiento que a ella personalmente no le pillaba desprevenida.

Aun así sentía tal presión a la altura del corazón que creyó que se iba a morir. Este parecía haberse desplazado a sus oídos, donde escuchaba su latir acelerado a punto de quedarse sorda.

Allí se habría quedado para siempre si el señor Tonks no la hubiera escoltado fuera del jardín delantero de la casa. No intercambiaron una sola palabra, pero por primera vez en la expresión inalterable del primer mayordomo le pareció leer compasión.

Viviana, que se había atrevido a presentarse sola en la casa del duque de buena mañana, decidió cubrirse la cabeza con el chal, enrollarse en el y caminar por Londres sin rendirle cuentas al reloj o a los hechos. No supo que incluso una hora y media después no había logrado serenar su pulso acelerado y que los ojos le seguían escociendo, clamando por el desahogo al que no los dejaba rendirse.

¿De qué le serviría llorar? ¿De qué le serviría hacer cualquier cosa, si no tenía solución? Ella misma reconocía haber sido incapaz de perdonar a quien se hubiera atrevido a utilizarla de esa manera. Si tan solo se lo hubiera confesado, en vez de haber dado lugar a que lo descubriese él... Si tan solo dispusiera de diez minutos a su lado para hacerle saber que de veras le importaba su integridad, por no hablar él mismo...

Viviana lanzó una mirada suplicante al cielo, esperando que alguien pudiera ayudarla. Por el camino se encontró con que un carruaje acababa de frenar en la calle paralela que estaba a punto de cruzar. Fue a esquivarlo, pero la portezuela se abrió y una mano enguantada emergió de la oscuridad para invitarla a pasar. A la altura de la muñeca reconoció las iniciales: D. D.

Pese a la amenaza directa de Saint-John y la última conversación que había tenido con el dueño del landó, Viviana puso un pie en el escalón y se impulsó hasta sentarse frente al caballero. Éste se quitó el sombrero al instante, haciéndole una brevísima reverencia de cabeza.

—¿Cómo has sabido quién era?

—Yo te regalé ese chal, y me consta que solo hay uno así en Inglaterra — contestó humildemente—. ¿De dónde vienes?

—¿Y por qué, sabiendo quién soy, me has convidado a hacerte compañía?

—Porque soy un caballero en proceso y necesito practicar mis modales. Según un manual que jamás he leído entero, las señoritas no deben pasear solas, y pretendo remediar eso para que no caigas en desgracia. Aunque lo tengo difícil, ya que te has tirado de cabeza tú sola a la piscina del ostracismo. De todos modos no importa. —Su sonrisa fue burlona—. Me gustan los retos.

Viviana agradeció en secreto que le diera esa clase de conversación. Aquel hombre podía convertir el buen humor de cualquiera en pura chatarra con dos palabras, pero también funcionaba a la inversa. Y como acostumbraba a saber cómo se encontraba su interlocutor en todo momento, parecía decidido a distraerla de su demonio particular.

¿Por qué?, se preguntaba Viviana. ¿Por qué, después de todo lo que había ocurrido entre los dos? ¿Acaso se traía algo nuevo entre manos?

—Tienes los mejores modales que he visto jamás —señaló Viviana, mirándolo en busca de una señal reveladora que nunca llegaría—. E incluso

dentro de la desidia que caracteriza tu vida además de la indiferencia con la que te cubres, no me elegirías a mí precisamente para practicarlos. Ergo, ¿qué pretendes?

Para variar, Carlisle no se hizo de rogar.

—Tenemos una conversación pendiente.

—No voy a casarme contigo.

—Descuida, cariño —rio él—. Soy capaz de respetar una opinión. Esto de lo que hablo es un asunto que me preocupa bastante más que mi acuerdo con la reina.

—¿De veras existe algo que te preocupe más que tu acuerdo con la reina?

—No muchas cosas, pero las hay. —Carlisle se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos, adoptando una postura no precisamente normativa—. Te refresco la memoria: dijiste Devis Levinstone. ¿De dónde lo sacaste? ¿Saint-John te lo contó?

Viviana esbozó una sonrisa triste. Temiendo que Carlisle viera algo en sus ojos que pudiera malinterpretarse, dirigió la vista al otro lado de la ventana.

—Leí el testamento. Lo encontré en su despacho mientras buscaba libros o cartas que pudieran revelar sus gustos y aficiones. ¿Por qué? —Lo miró directamente a los ojos—. ¿Quién es?

—¿Sabes algo más? —inquirió él, tanteándola—. ¿O solo que el nombre estaba en las escrituras de la propiedad?

—¿Qué sabes tú de Levinstone? ¿Por qué tendría que contártelo?

—Porque ya lo sé todo. Y si Saint-John está en peligro de alguna manera o ha ocurrido algo que desconoce, estoy en el deber de colaborar.

Viviana estuvo a punto de contestar algo referente a la poca lealtad que había demostrado guardando su secreto, reivindicando que no debía confiar en él. Sin embargo, sabía que sería echar más leña al fuego cuando era completamente innecesario. Sobre todo porque la preocupación de Carlisle era genuina.

Tras un breve suspiro, Viviana relató lo ocurrido en el negocio del señor Dain y la falsa identidad de Paul Bramson. Intentó explicarlo con pelos y señales, intentando no dejarse nada. Carlisle asentía muy serio, con los ojos puestos en ella. Esa mirada la había puesto nerviosa antaño, tan profunda, oscura y repleta de misterios como una leyenda de terror.

—No tengo ni idea de por qué alguien querría exponer así al duque —comentó Carlisle, adoptando una nueva postura, esta más formal—. A pesar de su legendaria competitividad y excesivo amor propio no tiene enemigos, y no se me ocurre pensar en nadie a quien pudiera interesarle desviar la herencia de Saint-John. Entre otras cosas porque sería imposible: la ley establece que la fortuna, la propiedad y el título nobiliario van al primer vástago. Lo que pudiera haberse escrito en un papel no importa.

—¿No tiene valor? —preguntó Viviana, sorprendida—. ¿La última voluntad del antiguo duque no importa?

—Importa. A Saint-John le importó, desde luego —cabeceó—. Pero a ojos de la ley... Era impensable. Devis no podría haber heredado el ducado ni pidiendo audiencia con la misma reina.

—¿Quién es Devis?

—El hermano de Saint-John. No el hermano, sino el adoptivo. El anterior duque lo adoptó después de que su familia muriese tras un accidente: solo tenía cuatro años, así que prácticamente se crio en el ducado. No en la casa, puesto que eso habría sido un absoluto escándalo. Vivía junto con el resto de la servidumbre, pero demostró tener muy buena cabeza para los números y las mismas ideas políticas que el viejo Saint-John, así que no tardó en establecerlo como el favorito de los dos.

—¿Qué? ¿Así de fácil? ¿Solo por compartir un punto de vista ideológico con otro muchacho arrojó a su propio hijo del podio? ¿Hasta el punto de cederle toda la herencia a...? *Surreale*.

—El viejo sabía que por mucho que escribiera no podría quitarle las propiedades y el título a Saint-John, pero aun así probó suerte. No le salió bien, claro. El notario estableció que Devis podría quedarse la fortuna, pero el resto pertenecería al primogénito. Así es como ha sido siempre.

—Entonces hubo un final feliz, ¿no? Marcus le dio el dinero a Levinstone, lo perdió de vista y se encargó de ganar su propia fortuna por otras vías mientras ostentaba su título. Si a pesar de estar firmado el documento por el duque anterior no tenía ninguna validez, ¿por qué esconderlo?

Carlisle sonrió levemente, sin pizca de humor.

—Porque en realidad no hubo final feliz. Devis quiso llevar al tribunal el testamento, esperando que la ley cambiara solo para él, y el notario dictaminó

que no podía ser. Imagina cómo se puso. Por lo visto nunca fue un hombre humilde, sino más bien ambicioso, tenaz y sin escrúpulos. A veces pienso que no le habría importado matar a Saint-John con tal de salirse con la suya. Pero tuvo que darse cuenta a tiempo de que no conseguiría nada salvo el dinero, porque se dio por vencido. Después de una pataleta épica, renunció a su parte y dejó que Marcus se lo quedara todo.

—Entonces sí es feliz para todos.

—Para nadie, de hecho. Devis se suicidó apenas unos días después.

Viviana abrió los ojos como platos.

—*¡Dannazione!* —exclamó, sin poder evitarlo. Al ver que él alzaba una ceja, a la espera, estuvo a punto de sonreír—. No te gustaría que te tradujese eso. Pero... ¿Entonces? Está claro que el hombre que quería conseguir el testamento pretendía revelar que existió otro aspirante, haciendo que la gente se preguntase dónde está...

—Y destapando el escándalo del gran duque de Saint-John: un casi hermano, al que él consideraba como tal pese a las circunstancias, que condenó a muerte sin quererlo por no cederle su propiedad.

—*¡Cavolo!* —volvió a exclamar—. Tenemos que dar con ese tipo y ponerlo entre rejas. Y tenemos que contárselo a...

Su voz se perdió cuando escuchó el tono tajante de Saint-John en su cabeza. Repitió para sí las últimas palabras que le había dedicado, a punto de echarse a temblar de nuevo, pero aun así supo que se enfrentaría a él de nuevo si fuera necesario para decirle la verdad. Se enfrentaría a cualquier cosa a cambio de su seguridad: una nueva idea que brotó en su conciencia, dejándola en blanco un instante. No podía importarle tanto.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó de repente Carlisle, con ese tono de voz aterciopelado que empleaba para conseguir lo que quería o para momentos de extrema vulnerabilidad.

—Quiere verme arder en el Infierno. Lo ha decorado con un «zorra». O varios, si no recuerdo mal.

—Muy prosaico para tratarse de Saint-John. No te creería si no supiera que ya has gastado tus oportunidades de mentir —se carcajeó él, sin arrepentirse. Ni siquiera cuando recibió la mirada entre hostil y herida de la italiana—. ¿Eso significa que...?

—Se desentiende de mí por completo, me prohíbe acercarme a él y, ya puestos, me ha amenazado con un misterioso castigo si me acerco a ti.

—¡Un guerrero protector de mi parte! Creo que me siento halagado.

Viviana apretó los puños y lo miró con verdadera rabia.

—¿Por qué te ríes? ¿Se te ha olvidado que tú estabas en el ajo casi tanto como yo? No es como si fuera a dejarte con el culo al aire, pero eres la única persona que más o menos puede entender lo que podría significar la ira de Saint-John. Podrías darme un poco de apoyo...

—¿Para qué? Te has portado mal, cariño —le recordó—. ¿Es que esperabas que te llevase entre algodones, que lo olvidase en el acto...? Saint-John y tú tenéis defectos muy similares. Os rompéis antes de doblaros y preferís ahogaros en el rencor a darle una oportunidad al otro. Sabes que habrías actuado igual que él en caso de estar en su lugar, no puedes ofenderte. Y te lo dije, Viviana... La venganza es como un exceso de whisky; aunque lo tomes hoy, mañana estará en tu cuerpo, y la resaca y el mal hecho, no son algo que pueda disfrazarse fácilmente. En cuanto a mi colaboración... acepto la carga, pero no pienses que lo llevo como un secreto.

—Ah, cierto, tú siempre vas de frente —comentó amargamente.

Sintió la mirada de Carlisle fija sobre ella, pero no se atrevió a mirarlo de vuelta. A fin de cuentas, ¿de qué serviría? Nunca podría meterse en su cabeza.

—Puedes contar conmigo —dijo con suavidad. Viviana alzó la barbilla casi en el acto, acuciada por la sorpresa y la curiosidad—. No quiero que estés sola si te estalla el escándalo en las narices.

—¿Y cómo piensas remediarlo? Ya has dicho que no vas a casarte conmigo.

—Y no lo haré. Una cosa es casarme con una mujer sin corazón a toda costa, y otra casarme por resignación y descarte con una mujer que ha demostrado tenerlo. No estoy interesado en ti, pero no deberías estar sola. Y sospecho que tu abuela no te haría compañía si se enterase.

Viviana entornó los ojos.

—Oh, ¿he superado la prueba de generosidad y sensibilidad a tus ojos? ¿Vuelvo a ser solo un gato atacado que se defiende, una mujer con ojos que no quiere ver y una criatura potencialmente mala pero que se queda en

vengativa? —preguntó, parafraseando sus antiguas declaraciones. Carlisle simplemente encogió un hombro—. ¿Y eso por qué?

—Creo que siempre lo has sido. Solo hemos cometido el error de creerte ciegamente. Y tú concretamente has subestimado a tu mayor enemigo al embarcarte en todo este asunto.

El carruaje frenó en seco, anunciando la llegada a la casa en St. James. Viviana no miró por la ventanilla: mantuvo la vista fija en los ojos oscuros del caballero.

—¿Y quién es ese enemigo?

—Tu bondad.

—**E**xcelencia, ha llegado una invitación para el baile de los Pemberton. ¿Confirmando su asistencia o...?

Marcus levantó la barbilla para mirar al mayordomo. Hasta el momento la había tenido pegada al pecho, como si le pesara tanto la cabeza que el cuello no podía sostenerla sin ayuda. La columna vertebral le crujió sonoramente al hacer ademán de incorporarse, cosa que no había hecho en casi una semana y continuaría evitando a cualquier precio.

—Sabe perfectamente lo que tiene que hacer, Tonks.

—Sí, su Excelencia. Escribiré que sigue enfermo.

En cierto modo no era ningún embuste. Había aprendido a odiar tanto las falsedades en los últimos dos meses que no habría mentido ni aunque se lo hubiera pedido la reina de rodillas. Aunque todos los miembros del servicio —a los que la preocupación por su señor les había hecho enmudecer hasta hacer que no se oyera una mosca en toda la casa— coincidían en que, a pesar de ser una enfermedad, no era una al uso.

Marcus sabía que estaba dejando ganar a Viviana, pero no tenía fuerzas para luchar contra las consecuencias de lo sucedido. Si había salido de la cama desde su regreso a Londres —alrededor de casi cinco semanas atrás— se había debido a la urgencia de algunos asuntos que requerían contestación. En esos casos se había arrastrado hasta el despacho, vestido con su batín, con la ropa de cama o con una camisa sin planchar que no sabía cuánto llevaba sin lavar, y allí se había quedado hasta la noche. Sin hacer nada en realidad: simplemente dejar la mente en blanco en la medida de lo posible.

Los miembros del servicio habían conocido, muy a su pesar, a una versión más autoritaria del duque de Saint-John. Si por lo general era distante pero



educado y en ocasiones dejaba que se filtrase una sonrisa, en la actualidad había perdido sus escasas virtudes. Cuando no ignoraba deliberadamente a Tonks y a su séquito, irrumpía a voz en grito y se desquitaba con esa clase de palabras malsonantes que siempre habían estado prohibidas en la casa. Cuando no escogía uno de esos dos caminos, se sumía en un intento de sueño que siempre duraba menos de lo que le habría gustado.

Viviana entorpecía sus pensamientos y la continuidad de sus cabezadas. No debía extrañarle, puesto que en el pasado ya había experimentado la necesidad de verla y la urgencia de sentir su cuerpo aunque fuese con un apretón de manos; y no era porque no terminase de acostumbrarse, porque si no lo hubiera hecho no habría podido seguir adelante. El problema era que la enfermedad de su obsesión había avanzado tan rápido que ya no solo le había carcomido medio corazón, sino que lo había podrido entero. Viviana no era ya un pensamiento perenne entre un conjunto: ahora era el conjunto en sí mismo. No había absolutamente nada en su cabeza salvo ella. Y no ella como mujer, sino ella como demonio. El odio había terminado por corromper su espíritu, su alma y esas entrañas que creyó que le pertenecerían. Ahora amenazaba con destruir su salud mental, convirtiéndolo en un trastornado que no sabía ni cómo lidiar con los demás, ni cómo lidiar consigo mismo.

Estaba seguro de que se había vuelto loco. Iban dos meses y medio desde el fatídico momento en el que descubrió la lista, lo que dictaminaba que si aún no estaba curado, no lograría recuperar su juicio ni por mucho que lo intentara. Estaba echado a perder.

¿Cómo había podido caer tan fácilmente en el engaño? Ella siempre fue convincente en todas sus gamberradas: no en vano lograba convencer al servicio de cualquier familia para cumplir su voluntad. La suya era la peor maldad de todas, porque estaba formada por la hipocresía, la persuasión y la labia. Ni el hombre más perspicaz del mundo podría haberse librado de semejante portento. Y aun así, eso no constituía ningún alivio para él.

Pensaba en estrangularla y tampoco conseguía sentirse mejor. Pensaba en tramar algo igual o peor para darle una lección, aprovechando que pretendía resarcirlo, pero nunca terminaba de decidirse. Pensaba en mil maneras de devolvérsela... Y sin embargo, sabía que sería inútil. Una parte de él estaba convencida de que lo mejor era hacerle daño, mientras que otra solo quería

guardar el luto en silencio por haber perdido lo único que había querido en la vida.

Quizá eso era lo más doloroso. Había deseado tan intensamente y durante tanto tiempo a Viviana Conti que el delirio por ella podría haberse extendido hasta el fin de sus días. Estaba convencido de que el matrimonio era la única opción, y no solo por las razones obvias: también porque tenía plena conciencia de que jamás podría cansarse de ella. En la actualidad tampoco podría evocar su imagen sin sentir una devastadora pasión calcinándole las venas. Y a pesar de ello esa tampoco era la peor sensación. El odio ni siquiera nacía al lado de la emoción que moraba su cuerpo como un parásito, expandiéndose a una velocidad alarmante.

Todo carecía de valor o importancia si se comparaba con el vacío existencial en el que le había dejado descubrir que no era quien parecía. La Viviana que le había impulsado irracionalmente a embarcarse en el matrimonio no era real, sino un fraude. Todo lo que había pasado con ella se reducía al fruto de un plan maquiavélico y descorazonador.

Probablemente nunca se había sentido como él. Sospechaba que Viviana nunca llegaría a quererlo, y si lo hacía, tendría que ser después de un cortejo largo y concienzudo. Al margen de lo que hubiera descubierto, la italiana tenía el corazón de acero y era difícil entrar. No obstante, no había contado con que no tuviese. Ni tampoco con que con total seguridad, las respuestas a sus besos y caricias habían sido motivadas por el deseo de hacerle daño.

Era tan repugnante que quería gritar hasta quedarse sin voz. Al principio había tratado de escudarse en su orgullo y honor maltrecho, convenciéndose de que eso era lo peor de toda la situación: que había ganado. Sin embargo, se sorprendía ahora admitiendo que lo que antes había protegido yéndosele la vida en ello, ahora no le importaba nada.

—Excelencia... Lamento interrumpir de nuevo, pero tiene una visita.

Marcus no le prestó atención al latido rápido de su corazón. Vagamente se preguntó si sería Viviana, quien había estado hasta hacía una semana y media aporreando la puerta de su casa con el objetivo de darle una explicación. Hasta hacía una semana y media, Marcus había hecho oídos sordos y había mandado a la servidumbre a echarla. Eso significaba que eran once días sin escuchar su voz y más de un mes sin verla, cuando consiguió colarse a

traición en la casa para recibirlo después de su viaje. Nunca olvidaría esa expresión falsamente arrepentida, casi ingenua, como si de veras se arrepintiera de una mezquindad que nadie salvo ella misma la había obligado a cometer.

—Dígale que se vaya.

—El invitado contaba con eso, Excelencia, y me ha pedido que le diga que no se piensa marchar hasta que baje. Y... —Tonks carraspeó—. También ha mencionado algo sobre que espera reunirse con un caballero aseado, no con un gallo de corral.

Solo había una persona en el mundo capaz de hablarle con esa franqueza a un duque, y por desgracia para ella, tampoco estaba por la labor de recibirla. Carlisle estaba tan relacionado con Viviana Conti como lo estaba la misma Viviana Conti.

—Entonces que vaya a White's y se siente a cenar con gente importante. Mándalo a casa, Tonks.

—Parece mentira que no sepas todavía que no soy miembro de ningún club —comentó el rey de Roma, sonriéndole desde el umbral.

Marcus fue repentinamente consciente de su desaliño al mirar a Carlisle, que vestía tan impecable como siempre. No conocía hombre en toda Inglaterra que se esmerase tanto con sus atuendos y, al mismo tiempo, pareciese que lo había elegido en el último momento. Hasta su cabello parecía haber logrado esa apariencia tras solo unos minutos de acicalamiento, cuando probablemente habría horas detrás de cada mechón. «Cada detalle es importante», decía siempre el susodicho. «Son los detalles los que nos definen como hombres civilizados o como bestias con corbata».

—No tienes ningún derecho a invadir mi habitación.

—No habría invadido nada si te hubieras dignado a recibirme. Te he amenazado abiertamente, y visto que no te has ofendido, supuse que tampoco te ofendería que invadiera tu estercolero. —Carlisle se retiró de la puerta para permitir que Tonks pasara, al que se le notaba que solo quería desaparecer—. Tal y como sospechaba, llevas hibernando en esta habitación desde el desenlace, en la misma postura en la que te dejé la última vez. También has aterrorizado a todo el personal... Y te has dejado crecer la barba hasta que casi te cubre toda la cara. Enhorabuena: has pasado de ser el príncipe

egocéntrico a la Bestia sin posibilidad de salvación. Me pregunto dónde está Bella.

Marcus entornó los ojos.

—¿A qué has venido?

—A recordarte que vives en la inmundicia y que no puedes permitirte... Entre otras cosas.

—De hecho, sí que puedo. Tengo toda una herencia para dilapidar pudriéndome aquí dentro.

—Así que lo admites abiertamente: pretendes pudrirte porque te han roto el corazón. No te consideraba la clase de animal que se retira a su guarida a lamerse las heridas.

—Simplemente estoy esquivando reuniones donde Viv... la señorita Conti podría asaltarme e intentar convertirme de nuevo en su títere preferido. Puedo llevar mis asuntos desde aquí, y es lo que he hecho. Todos mis negocios y colaboraciones como inversor están en regla.

—Declaras entonces que vas a convertirte en un «hombre de interior», como los ficus.

Marcus se pasó una mano por la cara. La tranquilidad con la que Carlisle hablaba lograba sacarle de quicio, aunque no solo porque pareciera importarle un carajo el asunto que trataban, sino porque decía verdades como puños entre líneas. Debía tener un plan, y ni siquiera se había molestado en sopesar las posibilidades.

—¿Qué sugieres? —preguntó, mirándolo con los ojos inyectados en sangre—. No sé cómo demonios se olvida una cosa así. Estoy convencido de que si hubiera sido un poco más vulnerable me habría llevado a la tumba. Nunca me han manipulado de esa manera.

—No tienes que olvidarlo, solamente perdonarlo.

Marcus lo miró como si se hubiera vuelto loco. Una mirada que Carlisle interceptó con su clásica mirada llena de vida artificial, como si él mismo hubiera sido creador de ese brillo y lo hubiera implantado para darse un aire juvenil del que carecía.

—¿Tú lo habrías perdonado?

—Le perdoné que quisiera seducir a otro hombre teniendo un compromiso con ella —contestó sin tapujos—. Creo que después de eso se puede lograr

cualquier cosa.

El duque se levantó muy lentamente del asiento, con una expresión a caballo entre la perplejidad y la rabia fría de un estratega.

—¿Me estás diciendo que lo sabías? ¿Sabías lo que se traía entre manos y no me dijiste nada?

—Mi lealtad hacia ella era la misma que hacia ti. Por norma tenía que guardar los secretos de mi prometida, además de que estaba convencido de que no llegaría muy lejos. Y así fue: se quedó a medio camino.

—¿Que se quedó a medio camino? ¡Llegó a abrirse de piernas para mí solo para darme un escarmiento! ¡Fue más lejos del fin de ese camino!

Carlisle esbozó una sonrisa traviesa.

—No sea soez, Excelencia. Y tampoco exagere. No creo que el hecho de abrirse de piernas supusiera un gran tormento para usted... —Dejó la frase en el aire cuando Marcus lo agarró de las solapas de la chaqueta y lo sacudió, pegándole la nariz a la suya—. Si vas a pegarme por no haberme tomado en serio un juego que me pareció de críos y por el que estaba seguro que acabarías riéndote, ¿por qué no recuerdas quién le quitó la prometida a quién? Supongo que depende de las prioridades y gestos imperdonables que considera cada uno, pero es de muy mala educación desvirgar a la mujer que uno ha estado cortejando durante un año.

—Como si te importara un carajo.

—He perdido mi tiempo miserablemente —apostilló Carlisle—. Y todo para que ni tú ni yo nos quedemos sin ella. Aunque no lo parezca, me molesta un poco la situación.

Marcus lo soltó, pero antes lo empujó para alejarlo de él.

—Ya no era tu prometida cuando nos acostamos.

—Creo que eso es lo más gracioso: literalmente la escoltaste a tu cama de altura y cuatro postes unos diez o quince minutos después de dar por terminada nuestra relación. Parece la clase de chiste verde que contaría un monigote en un teatro ambulante —comentó, distraído—. De todos modos procura no hacerme reír con esto, Saint-John. No lo sé empíricamente, pero me juego la cabeza a que le has puesto la mano encima varias veces durante mi compromiso. Se te olvida que soy un hombre como tú, que en ese sentido piensa como tú.

Aunque Marcus solo podía pensar en darle un puñetazo, tuvo que contenerse. Le había faltado el respeto gravemente a su mejor amigo, del mismo modo que él había fallado a su lealtad. Se podía decir que estaban en igualdad de condiciones, lo que le obligaba a mantener la compostura. Y en el fondo también quería hacerlo. No necesitaba salir perdiendo de nuevo por culpa de Viviana. Ya había tenido suficiente con su cordura.

—Ella te ha insultado de la misma manera que a mí. No tiene sentido que la perdones.

—Oh, yo la he insultado también varias veces, si te refieres al ámbito carnal. Lo que pasa es que no se ha enterado. —Carlisle encogió un hombro de manera despreocupada—. Y la perdono porque la aprecio, lo necesita y lo merece. Tú deberías perdonarla porque también lo necesita y lo merece, además de que estás enamorado de ella.

Marcus soltó una carcajada incrédula.

—¿Cómo?

—Estás enamorado de ella. Vas a ser un infeliz toda tu vida si no la perdonas, y vas a odiar la idea de verla con cualquier otro hombre mientras viva. Y cuando muera seguirás siendo un miserable, porque te arrepentirás cada día de no haberla aprovechado.

—No hay nada de provecho en esa mujer. Ni una sola buena cualidad que se pueda echar de menos —escupió, cegado—. Y aunque la tuviera, ¿cómo distinguirla entre tanta falsedad?

—Si se me permite opinar, diré que no me ha parecido falso nada de lo que ha hecho. Es decir: puede que manipulase al caballo para que saliera corriendo en Ascot, pero su miedo fue real porque realmente corría el riesgo de caerse. Y quizá enfermase aposta, pero no se puede decir que no hubiera estado a punto de morir.

—Queda claro entonces que no existe ningún Dios justo —masculló el duque—. Le habría dado lo que se merece en el momento en que vio que estaba dispuesta a cualquier cosa para hundirme.

—No voy a esforzarme en hacerte cambiar de opinión: es lo mismo que le dije a Viviana en su momento. Los dos sois demasiado testarudos y estáis especialmente desapegados del sentido común últimamente —comentó, sin pena ni gloria—. Pero creo que deberías ir a hablar con ella. Al menos deja

que se exprese, y entonces decides cuál será la solución a todo esto.

—¿Cómo que «la solución»? ¿No está claro, acaso? —Marcus avanzó hasta colocarse delante del barón, que ni se inmutó frente la peligrosidad que emanaba—. No pienso hacer nada. No voy a mover un dedo. Si la sociedad le da la espalda, es lo que se ha buscado por ser una zorra manipuladora. ¿Qué pretendes? ¿Que me case con ella a pesar de todo? Suerte tendrá si vuelvo a dirigirle la palabra.

Carlisle parpadeó una sola vez.

—¿Esa es tu última palabra?

—Así es.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo.

Lo último que vio Marcus antes de conocer a las estrellas fue un leve asentimiento por parte del barón, que actuó tan rápido que no pudo apartarse a tiempo. Su puño voló con decisión hasta incrustarse en su pómulo, haciendo que se tambalease, tropezase hacia atrás y casi acabara sentado en el sillón donde habría convenido quedarse durante la conversación.

—Te la debía —dijo Carlisle solamente.

—¿Cómo que me la debías, cabrón? ¡Si alguien tiene derecho a dar un puñetazo, ese soy yo!

—Lo dudo. Te estás comportando como un imbécil, Saint-John, y no me apetece volver a casa sabiendo que me has quitado a la novia para nada. Así que espabila si no quieres otro. Viviana te necesita.

—Pues ya puedes ir preparándote para dar la paliza del siglo, bastardo, porque lo último que haré será favorecerla después de esto. Aunque por lo visto, si necesita a alguien ya puede contar contigo —masculló, asqueado. Aún tenía el rostro contraído en una mueca de dolor, cada vez más cabreado por el palpar de su mejilla—. Estás de su lado a pesar de todo, ¿no es así? Hasta eso eres capaz de hacer a cambio de una esposa.

Carlisle permaneció inexpresivo.

—Sería capaz de darte diez puñetazos a cambio de una esposa, pero no te he golpeado por eso. Y créeme, capullo. Si yo bastara para hacer desaparecer sus miserias, no habría venido hasta aquí. Pero ella no me quiere a mí.

Marcus despegó los labios para soltar una barbaridad, pero asimilar el

significado oculto de sus palabras hizo que la mente se le quedara en blanco. Miró al barón desconcertado, quizá algo incrédulo y, sobre todo, tan estupefacto como aquel que presencia un milagro. Tragó saliva y repitió la frase para sus adentros, que había pronunciado con su tono de voz flemático... A excepción del deje final, que le había dado toda la vuelta a la oración. Esa ligerísima entonación afectada que había rayado en la amargura.

—Viviana está embarazada —soltó Carlisle al final. Marcus dejó de respirar, como si le hubieran asestado un golpe con una maza a la altura del pecho—. No me correspondía a mí anunciarlo y tampoco pretendía hacerlo sospechando que tu respuesta sería «arroja al crío al mar», pero visto lo visto creo que es la única solución. Ha estado preocupada estos dos meses porque no tenía la menstruación, me lo confesó hace diez días y enseguida mandé al médico a reconocerla. Dice que es muy probable, dados los síntomas y los hechos.

»Sé muy bien que al principio pretendía hacerte daño, y aunque un acto perverso casi nunca tiene justificación, ella quería llevarlo a cabo como venganza por lo que supuestamente le hiciste a su hermana. Eso ya constituye una gran diferencia entre la maldad y el instinto de supervivencia, que a veces raya en lo neandertal.

»Pero después se olvidó de todo su plan e intentó alejarse de ti para darte algo mejor. Me lo ha contado todo, Saint-John: no puedes decir que te deseara lo peor, porque intentó decirte muchas veces que era indigna, y otras tantas te avisó de que no era tan buena como parecía. Obviamente estabas cegado y no la escuchaste, pero no significa que las señales directas no estuvieran ahí. Quizá debió haberte hablado claro. O quizá no, porque tampoco habría servido de mucho.

»Si no quieres perdonarla, allá con tu conciencia. Si no quieres aceptar que estás enamorado de ella, de acuerdo. Si no quieres creer en lo que te digo o en lo que Viviana te diría si la escucharas, estás en tu derecho. Ahora bien: espero que no hagas que ese niño pague por los errores de su madre. Porque en ese caso ella no será la mala, y yo tampoco. El único infame de los tres serás tú por abandonar a una mujer y a su criatura.

Marcus se quedó estático en el sillón, del que juró que no habría podido levantarse ni con ayuda de Dios. La idea había adoptado la forma de un



martillo que trataba de derribar el poco sentido común que le quedaba: Viviana estaba embarazada. Viviana y un niño... o una niña. Un bebé en camino, un bebé en el mundo. Un bebé *suyo*.

Suyo y de la mujer que lo había mandado al Infierno de cabeza.

Se mareó tanto que agradeció tener un lugar en el que apoyarse. El cielo pareció caérsele encima, y pesaba tanto que sintió que no podía respirar. Tuvo que buscar alivio en la única persona que tenía a mano: miró a Carlisle a los ojos, más asustado de lo que lo había estado en toda su vida. Y poco a poco, gracias a la expresión tranquila y la voz aterciopelada del barón, logró salir de un mar de sombras.

—La quieres —musitó, superado por los acontecimientos—. Por eso haces todo esto.

Carlisle se apartó una molécula de polvo de la chaqueta y se acomodó el sombrero de copa en la cabeza, con cuidado de no despeinarse demasiado. Le lanzó una última mirada insistente, queriendo recordarle lo que debía hacer, y anunció su despedida. Cuando llegó a la puerta, se apoyó un momento en el marco y miró a su anonadado amigo.

—No se lo digas —dijo quedamente.

—De acuerdo, este es el programa —empezó Jess, impulsándose desde el respaldo para acabar en el borde del asiento. Se palmeó los muslos y miró a sus amigas alternativamente, sentadas frente a ella con sus respectivos paños de costura—. Queda un mes y medio de temporada que debemos aprovechar a toda costa, asistiendo a todos y cada uno de los bailes, cenas y picnics que haya programados. A mi hermano le encantan los museos, así que tendremos que ir siempre que podamos para encontrarlo por sorpresa. Lo bueno de ser un familiar suyo es que puedo echarle un vistazo a su agenda siempre que quiera. —Encogió un hombro—. No creo que en ese periodo tan corto de tiempo lo hayas conquistado, pero estará listo para el golpe final. Como dijo Viviana, dejaremos que te eche de menos unos meses hasta Navidad. Para cuando celebremos las fiestas en Denton Park, estará arrodillado.

Viviana despertó de su modorra con evidente cansancio. Con la mano en el vientre, intentando que diera la impresión de tener ardor estomacal y no a una criatura creciendo, se incorporó hasta estirarse la última vértebra.

—He aquí mi legado —comentó tan amarga como burlescamente.

No estaba de humor para gastar bromas, pero debía hacer el esfuerzo si no quería deprimirse por un lado, y que sus amigas descubrieran su estado por otro. Confiaba en ellas, había aprendido a quererlas con el paso de los días, que se pasaban juntas para rescatarla de sus tortuosos pensamientos, pero prefería no soportar miradas de lástima. Y tampoco se fiaba de lo que serían capaces de hacer en caso de saberlo. Jezabel tenía valor de sobra para plantarse en casa de Saint-John y exigirle que pagase una renta. Abigail, por otro lado, le escribiría una apasionada carta para intentar hacerlo entrar en razón.

La única que lo sabía seguía siendo Valentina, quien no se había separado de ella en ningún momento. La menor la conocía lo suficiente para saber cómo mirarla sin hacerla sentir como lo que era, una persona indigna de su apellido y que pronto estaría sumida en el escándalo, por lo que de puertas para fuera estaba a salvo de sus pensamientos.

—¿Tú que piensas, entonces? —preguntó Jess, mirándola fijamente.

Viviana estuvo a punto de contestar que lo mejor sería dejarse cortejar y abandonar toda idea que conllevara la más mínima manipulación, sobre todo si la persona que pretendía llevarlo a cabo era tan pura y bondadosa como Abigail. Si acababa convirtiéndose en una rata vanidosa y maquiavélica por su culpa, dudaba que pudiera soportarlo.

Claro que entre ella y Abby existía una diferencia abismal. La intención inicial de la muchacha era quedarse con Ashton y hacerlo feliz: no iba a comportarse como alguien que no era solo para conseguir su corazón, sino simplemente mejorarse a sí misma y superar sus miedos por el camino. Viviana había funcionado de la manera opuesta, echando tierra sobre su propio tejado y concienciándose de que era más mala de lo que aseguraba. Tristemente, al final se había creído el cuento y lo había adoptado como realidad.

—Las Navidades son fiestas muy románticas —comentó al fin—. Lo quiera o no, habrá caído en esa época. Y si no, siempre podríamos recurrir al viejo truco de enviar a unas doncellas a cazaros durante un beso. Aunque personalmente creo que sería conveniente prescindir de él. Podría acabar odiándote.

Valentina levantó la mirada del chal de punto que estaba tejiendo para mirarla brevemente. Solo fue un instante, pero a Viviana le pareció que su hermana consiguió absorber parte de su miseria.

—No, no, yo no quiero cazarlo. S-si no me hace una petición formal en Navidad, lo dejaré en paz —anunció Abby, muy decidida—. No quiero molestar a nadie, y menos en su propia casa.

—Con poca insistencia no se llega a ninguna parte, pero no seré yo la que te anime a atosigar a mi hermano. Entre otras cosas porque es una persona muy fuerte de mente. Sería imposible manipularle sin que se diera cuenta, y más difícil todavía convencerle de hacer algo que no quiera. Aunque yo he sido la

desobediente de la familia, él sigue siendo el que monta pleito cada vez que no está de acuerdo con algo...

La puerta del salón se abrió de repente. Todas se giraron para ver cómo la abuela Celestine entraba con las manos cruzadas en el regazo, seguida de una imponente figura atlética y el diminuto mayordomo, que se apresuró a ocupar su respectivo puesto en el umbral.

—Viviana —llamó la abuela, mirándola con evidente turbación. La italiana supo en el acto a qué se debía: cuando Saint-John se plantó delante de ella, se notaba que no había venido en son de paz—. Su Excelencia quiere hablar contigo.

Por un momento se quedó congelada. Hacía un mes que no lo veía, y aunque había aguantado más tiempo sin él cuando la temporada tocaba a su fin y era hora de marcharse al campo, ninguna impresión antigua podía compararse con la actual. Entre otras cosas porque a pesar de estar bien vestido y acicalado, como cabía esperar en un hombre de su posición, lucía una espesa barba no muy bien recortada y tan pronunciadas ojeras que parecía otro hombre.

Como si sus huesos fueran de cristal, fue levantándose, dejando a un lado el bordado a medio hacer. Entre excitada por la idea de tenerlo delante, asustada por lo que pudiera decirle y emocionada por su visita, buscó las palabras adecuadas que expresaran solamente sosiego frente a la situación.

—Podemos ir a la salita a...

—No será necesario —interrumpió, con un exabrupto—. No quiero estar a solas en una habitación contigo, y pretendo que todo el mundo escuche lo que tengo que decirte. Sospecho que no les sorprenderá demasiado, ya que hasta la honorable lady Abigail estaba metida en el ajo.

Viviana no necesitó mirar en su dirección para saber que abría los ojos como platos y buscaba la manera de excusarse. Lástima que Saint-John no diera pie a una ronda de disculpas, ni mucho menos a una explicación.

—Seré bastante breve —empezó, girándose hacia Celestine—. Su nieta está embarazada de mí. Tengo la intención de asumir la responsabilidad de mis actos, por lo que me casaré con Viviana para intentar enmendar mi gran error. Supongo que no tengo ni que pedirle permiso —añadió en tono condescendiente—. No se opondrá teniendo en cuenta las circunstancias.

Viviana no despegó la mirada de Saint-John en toda la declaración, pero aun así le llegó el grito ahogado de Abigail. No quiso prestarle demasiada atención a sus emociones desbordadas, ni tampoco al chasquido de su corazón.

Celestine parecía a punto de desmayarse.

—¿P-perdón, Excelencia?

—No —musitó Viviana, saliendo de un sueño. Tuvo que nadar en los océanos turbulentos de sus lágrimas para encontrar la voz—. No, no lo haré —repitió, esta vez más alto. Saint-John se giró hacia ella con una mirada implacable—. Has dicho que no quieres estar en la misma habitación que yo, ¿y ahora pretendes casarte conmigo?

—Todo matrimonio tiene sus contras, ¿no? —inquirió, envenenado—. Desgraciadamente para ti, tu opinión en este asunto es irrelevante. Es mi hijo y lo criaré como ha de ser.

—Excelencia —intervino lady Celestine, quien poco a poco y gracias a su gran educación pudo recomponerse—. ¿Podría decirme por qué se refiere así a mi nieta? ¿Le ha ofendido de algún modo?

Saint-John soltó una carcajada sin humor.

—Oh, ¿no lo sabe, milady? La señorita Conti y su tropa planeaban poner mi reputación por los suelos y, por el camino, conquistarme y romperme el corazón. Se nota que son mujeres, ¿verdad? Realmente pésimas como estrategas, centrándose siempre en materia amorosa... Con ello y con todo, no se puede decir que les saliera mal. Lady Abigail, lady Jezabel —añadió, mirándolas. Hizo una breve reverencia—. Mi más sincera enhorabuena por sus papeles. Han sido fantásticas como confabuladoras. Espero que interpreten su papel de damas de honor igual de bien.

—No habrá damas de honor —habló Viviana con firmeza, estirándose—, porque no habrá boda. Así que si es todo lo que has venido a hacer, ya puedes irte de mi casa.

Saint-John avanzó hacia ella con ninguna actitud en concreto. Lo único en lo que Viviana se pudo fijar fue en sus labios, que se estiraban cruelmente hacia arriba en una mueca que quería simular una sonrisa.

—¿Te crees que a mí me hace ilusión casarme contigo, víbora? ¿Te crees que me apetece compartir mi vida con una serpiente sin modales, principios o

corazón? No, Viviana...

—¿Por qué haces esto, entonces? —preguntó ella, temblando de pies a cabeza. Agradecía su temple por no apartarle la mirada, incluso cuando sus ojos la estaban calcinando—. ¿Solo por el bebé?

—¿Por qué lo iba a hacer si no?

—Si es eso lo único que te preocupa, eres libre de marcharte. Yo tampoco te quiero aquí. Podré ocuparme del niño yo sola. No te necesito para nada.

La sonrisa de Saint-John se estiró cruelmente hacia un lado.

—Si crees que voy a dejar a mi hijo a tu cargo debes haber perdido todo el juicio. Bastante tendrá con tener una madre como tú, para que encima lo señalen y reconozcan como un bastardo.

Saint-John se caló el sombrero que hasta el momento había llevado en la mano. No despegó los ojos de Viviana.

—Las cosas se harán a mi manera en todo momento —anunció—. Si esperas que te perdone, olvídate de ello. Si esperas una boda bonita y feliz, olvídate de ello. Si esperas un matrimonio cómplice y amigable, olvídate de ello. Y si esperas amor, compasión o alguna de sus variantes, definitivamente olvídate de ello. Tú y yo estaremos juntos por el bebé exclusivamente. Por lo demás, estás bajo mi mando. ¿Te has enterado? Bien.

Se encaminó con total resolución hacia la salida, de la que enseguida se apartó el mayordomo para abrirle paso. No obstante, una voz se escuchó con claridad por encima del silencio que se estableció en la sala, obligándose a pararse y a dar la vuelta para prestar atención a Valentina Conti. Se acababa de levantar, y lo miraba fijamente.

—Excelencia, mi hermana se ha equivocado —empezó—. Asumió que usted era una clase de persona, e intentó enmendarlo cuando se dio cuenta de que había cometido un gran error. Trató de alejarse de usted, de...

—Valentina —interrumpió Viviana.

No sirvió de nada, porque la joven continuó.

—Intentó romper toda relación con usted, pero por unas y por otras no lo consiguió. Se equivocó de nuevo. ¿Es que usted nunca se ha equivocado? ¿Nunca ha prejuzgado a una persona y ha tenido que rectificar? ¿Nunca le han hecho tanto daño que ha querido vengarse...? Creo que el trasfondo del problema es que usted la tenía tan idealizada que nunca la habría creído capaz

de demostrar que posee defectos humanos. Porque es un ser humano que ríe, que llora, que odia y que ama. Y que actúa siempre sobre todo eso. No digo que tenga que perdonarla si cree que sería imposible, lo cual dudo. Jesús decía que solo quién está libre de pecado puede tirar piedras. Solo estoy diciéndole que no tiene derecho a castigarla, porque al igual que a usted, a ella no le gusta lo que está pasando. Y no es su culpa del todo, porque a veces las cosas escapan a nuestro control y no podemos hacer nada para evitarlo. Al igual que usted, Excelencia, mi hermana va a tener un hijo y va a casarse con alguien que la detesta. Así que podría tener un poco de compasión y no tratarla de esa manera cuando ella es tan víctima de los acontecimientos como usted.

Hubo un breve silencio en el salón. Saint-John se había convertido en piedra, y tras una sublimación, volvió a recobrar su estado físico natural. Esbozó una minúscula sonrisa sin pizca de humor.

—¿Acaso la señorita Conti ha tenido compasión conmigo? —inquirió, quedamente—. Buenos días.

Viviana nunca había soñado con una gran boda, un bonito vestido o un excelente pretendiente. Toda esa algarabía de sueños románticos tenía la marca especial de Valentina Conti, quien había intentado llenarle la cabeza de las mismas esperanzas de futuro en vano. Y no había sido porque no lo intentaran las dos: una esforzándose por hablar maravillas de la vida en matrimonio, y otra intentando a toda costa que aquellas promesas la conmovieran en lo más mínimo. Sin embargo, ninguna de las dos lo había logrado. Viviana no renegaba de la idea del matrimonio porque era impensable para una mujer en los tiempos que corrían, a no ser que pudiera dedicarse a la escritura o costura. Desgraciadamente sabía coger un lápiz de pura chiripa, y si no se pinchaba los dedos sin querer era porque ponía todo su empeño en, al menos, no hacerse daño a sí misma. Por lo tanto, rechazar los esponsales era una posibilidad tan improbable como una lluvia de oro.

Y a pesar de ni odiar el connubio ni adorarlo con todo su corazón, allí estaba ella, mirándose en el espejo para recordar por qué escapar por la ventana sería una terrible idea. Llevaba uno de los vestidos estilo hourglass más bonito que había visto nunca, elegido por lady Celestine y la señora Lamarck en persona, que acababa de demostrar que era capaz de crear una maravilla en tiempo récord. Pero Viviana no podía acariciar la suave seda que se deslizaba desde su cadera hasta los pies sin sentir nada que no fuese grima, y si bien ya debía estar acostumbrada a la constricción del corsé, ahora tenía que esforzarse por respirar.

No, Viviana no había soñado con una boda por todo lo alto. Se la habría traído al paio tener que saludar a cientos de invitados que cuchichearían por lo bajo sobre la unión, partir un pastel de vara y media de alto y abrir sendos



regalos que, por supuesto, no le harían la más mínima ilusión. Le habría dado igual casarse con un desconocido o con un amigo del alma. No le habría importado en absoluto vestir harapos el día de la celebración. Pero tampoco esperaba enfrentarse con que estaba a punto de casarse con un hombre por el que cualquier criatura en su lugar sentiría un pánico atroz.

Su libertad de expresión y opinión estarían, a partir de ese momento, en manos de un hombre que podría abusar de ella sin recibir un castigo. Y lo haría. Podía estar segura. Saint-John era una buena persona, paciente, formal y con unos principios muy bien puestos... Pero incluso un alma misericordiosa se olvidaría de sus obligaciones y virtudes estando delante de la persona que más odiaba en el mundo.

Viviana se llevó las manos al estómago, rezando porque Saint-John no le echara la culpa de todo a la criatura. Ella misma admitía que de no ser por él, no estaría a punto de empezar una de las peores eras de su vida, sino la que más; sin embargo, ¿qué culpa tenía el niño? Ella lucharía por hacer de ese infortunio un motivo para vivir. Estaba claro que Saint-John no le daría ninguna razón ni ninguna motivación para ser feliz en el matrimonio, por lo que solo le quedaría él. Serían ella y su bebé contra el mundo, pasara lo que pasase.

Al menos le quedaba el consuelo de que Saint-John no sería capaz de hacerle daño metiéndose entre la criatura y ella. Y por el momento era suficiente, porque era fácil aceptar un castigo eterno si uno se declaraba culpable y merecedor del mismo.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

Viviana levantó la mirada del corsé y se encontró con los ojos de Jezabel en el espejo. A su lado, más alta y llorosa, Abigail se retorció las manos como si fuera ella la que estuviera a punto de casarse con un duque cruel.

Suspiró y se dio la vuelta lentamente. Ya no era una metáfora: le dolían los huesos de verdad. Parecía como si las palabras de Saint-John hubieran adoptado la forma física de un cuchillo de doble filo y la hubiera abierto en canal, dejando un rastro de dolor insufrible en cada zona del cuerpo. Esa pena formaba parte de ella: era una constante más en su ser, como lo era la sangre italiana.

—No lo sé. Y lo siento: debería haber sido franca. Quizá me habríais

ayudado a dar con una solución, ya que ha quedado demostrado que soy una inútil en ese ámbito cuando se trata de mi vida —contestó Viviana, haciendo una mueca—. Y no deberíais estar aquí. Es una boda íntima, ¿recordáis? Por no hablar de que su Excelencia no quiere a mis confabuladoras cerca.

—Si le pica, que se rasque —espetó Jess, acercándose a ella y envolviéndola con sus brazos. Era tan pequeña que tuvo que ponerse de puntillas, pero la fuerza de su gesto fue tal que Viviana se sintió reconfortada al instante—. Seguramente nos acabe echando, pero antes teníamos que recordarte que estamos de tu parte. Siempre lo estaremos, ¿de acuerdo?

—Así es —asintió Abigail, uniéndose al abrazo—. Ya verás que todo se resuelve, Viv. No estará enfadado eternamente.

—Oh, *cuore mio*, creo que se pondrá a prueba solo para molestarme —rio ella entre dientes, con un nudo en la garganta—. Y no puedo decir que me parezca mal. Si lo necesita para sentirse mejor, estoy aquí. Ni muriendo y viviendo otra vez podría merecer que me perdonase.

—¡Pamplinas y más pamplinas! —exclamó Jess, mirándola con el ceño fruncido—. Tú no tienes por qué soportar esto, Viviana.

—Desde luego —intervino una voz grave—. Ninguno de los dos tenemos por qué, pero aquí estamos. Y si no les importa, damas, pueden ir retirándose.

Las tres se giraron para mirar a Saint-John, impecablemente vestido y perfectamente afeitado para la ocasión. Él solo tenía ojos para Viviana, claro que ya no reflejaban lo que antaño había hecho que su estómago burbujease. Lo que no quería decir que no le impresionara verlo allí, emanando ese aire de autoridad que le acompañaría allá a donde fuese y que haría que todos le rindieran culto, fuera de la mano de quien fuese. Suponía que eso era el aura de las personas: lo que inspiraban nada más cruzar el umbral de una puerta. Si era temor, o asco, o pasión. O si era un conjunto de todas ellas, lo que amenazaba con derrumbar las murallas que Viviana había erigido a su alrededor para no ponerse de rodillas. Porque sí, desgraciadamente había pensado en recurrir a eso para ganarse su perdón.

Quiso hacer un comentario divertido sobre lo que estaba a punto de ocurrir, o resaltar lo bien que le quedaba el pañuelo de seda gris... Pero al final ganó el orgullo.

—Ver a la novia antes de la ceremonia da mala suerte —comentó

distraídamente.

—¿De veras? Porque no creo que se pueda tener peor suerte.

—Excelencia —intervino Jess, que ya se agarraba las faldas para salir por patas de allí. Su voz fue engañosamente dulce, como el panal en el que se escondían todas las abejas, esperando para atacar—, ¿por qué no hace honor a su pura sangre, noble casta e impecable apellido para no comportarse como un asqueroso cerdo?

No dio tiempo a réplica. La joven abandonó la estancia seguida de Abigail, que todo lo que pudo hacer para liberar la presión de sus hombros fue dedicarle una mirada hostil al duque. Tristemente no surtió ningún efecto, porque Saint-John ni se inmutó.

—Solo quería asegurarme de que no te escapabas —dijo fríamente, avanzando hasta plantarse en medio de la estancia.

Ella no lo miraba pero, aun así, él se esforzó por aparentar indiferencia echando largos y distraídos vistazos a su alrededor. Como si no hubiera estado ya en la habitación de Viviana Conti con anterioridad.

Pero al final le pudo el instinto y tuvo que echarle una mirada de arriba abajo, aprovechando que estaba demasiado entretenida alisándose los pliegues de la falda.

No era la falda en sí misma, ni tampoco el conjunto. Ni siquiera se trataba de lo que Viviana Conti le hacía al vestido, pues incluso disfrazada de pordiosera habría despertado las pasiones de un eunuco. Era lo que el traje representaba, que tanto debía repugnarle y que así era, pero que desgraciadamente también hacía germinar la expectativa frente a lo que significaba.

Ese vestido blanco era el primer paso de los que requería convertirla en la mujer de un solo hombre, lo que siempre había querido. La vio cruzar el salón de los Poole, envuelta en un halo de seda azul y exhibiendo su espíritu indómito como mejor se le daba, y ya empezó a imaginarla con un traje similar. Era lo que la cara oculta de su alma había deseado desde que ella se la había devuelto, recordándole que existían cosas inexplicablemente hermosas a las que no mirar más de una vez, o supondría la pérdida progresiva de la sensatez.

Pero solo esa noche la miró más de una y más de dos veces, con el miedo a

no volver a encontrársela, a que fuera una ilusión, el reflejo de su inconsciente deseo a enfrentarse cara a cara con la vida. La vida tal y como era: caprichosa, insensata y llena de luz. Capaz de hacerle sentir tan miserable como vivo.

Eso había sido Viviana Conti.

Eso fue Viviana Conti.

Ahora solo era la crudeza y falsedad de esa vida que había anhelado, de la que se había refugiado tras máscaras de indolencia y responsabilidades que le enseñaron a cumplir en todo momento. ¿De qué le había servido cruzar los límites, al final? Había salido con las manos vacías y el corazón agostado.

—No tienes que hacer esto —murmuró Viviana, tan estirada como un palo de escoba—. Lo único que te he pedido es que me escuches, no que te cases conmigo. No necesitas echar tu vida por alto por un niño que querré por encima de todas las cosas.

—No creo que exista algo que puedas querer más que a ti misma.

—A mi hermana, por ejemplo —rebatí, dándose la vuelta para mirarlo. Sus ojos echaban chispas, pero había algo que a Marcus se le escapaba. Una emoción no necesariamente salvaje, mas potente como un fogonazo de luz—. No me arrepiento de lo que he hecho. De nada.

—¿No? —Marcus se acercó a ella hasta invadir su espacio—. ¿Ni siquiera a pesar de no haber conseguido lo que te proponías?

—Todo lo que pudiera hacer en nombre de mi hermana o porque yo así lo deseara nunca será motivo de arrepentimiento —replicó—. Y sí conseguí lo que me propuse. Por eso me odias ahora: porque te he destrozado. Si te hubiera sido indiferente no estaríamos aquí en este momento.

Los rasgos del duque se endurecieron, como si acabaran de asestarle una puñalada.

—¿Crees de veras que en algún momento te he querido? —inquirió, incrédulo—. ¿Te has vuelto completamente loca?

Viviana no se dejó amedrentar por ese tono de voz, que escondía una nota de gravedad bajo capas y capas de burla. Estiró el cuello, llegando casi a su altura, y esbozó una sonrisa que logró domar el temblor de sus comisuras. Iría al infierno por meterle el dedo en la herida, pero que así fuera si ese era el camino para sacar sus sentimientos a la luz, y si esos sentimientos tenían el

poder de ablandarlo.

—Lo he visto en tus ojos.

Saint-John avanzó hasta que los pechos de la italiana rozaron su zona pectoral.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me querías —anunció, exteriorizando una seguridad aplastante—. Probablemente lo sigas haciendo ahora... Se te da bien ocultar los sentimientos, Saint-John. Todo el mundo muerde el anzuelo cuando sonríes queriendo hacer ver que todo está bien, o cuando finges enfados monumentales, pero yo no. Estoy curada de espanto en lo que a ti respecta, porque te conozco. Y sé que me amas.

Sospechaba que sus palabras no surtirían ningún efecto, pero tampoco vio venir la sonrisa cruel que el duque esbozó. Con las manos abrazó su cintura lentamente, yendo a parar al final sobre la curvatura de su trasero.

—Mucho me temo que lo que viste en mis ojos se llama *lujuria* —susurró en su oído, haciendo hincapié en cada sílaba, queriendo grabar esas palabras en sus recuerdos—. Un sentimiento que cualquiera podría experimentar por una mujer relativamente atractiva, y que a mí debió asaltarme la noche en la que te puse un dedo encima estando borracho.

Viviana alzó la mirada enseguida, tambaleándose en los límites del horror.

—No estabas borracho —replicó, sin tenerlas todas consigo—. Me habría dado cuenta.

—Por supuesto que lo estaba. Casarme contigo era lo peor que podría pasarme: ¿cómo iba a tentar a la suerte deliberadamente? —Chasqueó la lengua—. Es una pena que ya ni siquiera haya lujuria para ti. Después de todo esto no soportaría tenerte entre mis brazos. —Para demostrarlo, Marcus la soltó y dio un par de pasos atrás—. Afortunadamente tendremos la clase de matrimonio que Carlisle te prometió y que tan bien te parecía. Podremos hacer nuestra vida fuera.

Viviana recibió aquello como un jarro de agua fría y, en consecuencia, se le agarrotaron todos los músculos del cuerpo. Seguir mirando directamente esos ojos fríos como el hielo era lo más parecido al suicidio, pero no podía apartarse. Sería una señal de debilidad, y no estaba dispuesta a demostrarle que la hería cada vez que despegaba los labios.

—Supongo que también estabas borracho cuando te di con la pelota de cricket en el ojo —señaló ella, despreocupada—. Y cuando viniste a decirme que nunca le pertenecería a Carlisle como a ti. O cuando me cuidaste al ponerme enferma y después me acorralaste en una despensa, metiendo las manos bajo mi falda... Cuéntale ese cuento a quien se lo crea, *bugiardo* —escupió al final, sonriendo con desdén.

—De robarle cuatro besos a una mujer fácil a comprometerse con ella hay un trecho —comentó desinteresadamente—. Aunque admito que si de veras te crees digna de amor ha sido por mi culpa. Debí haber dejado claro que eras mi juguete preferido cuando te toqué por primera vez. ¿Quién sabe? Teniendo en cuenta lo mucho que te gustan los acuerdos frívolos y los juegos sucios, seguramente habrías aceptado una proposición indecente para destruirme.

Sin poder contenerse más, Viviana alzó la mano para abofetearle. Se quedó a medio camino, porque Saint-John fue rápido al agarrarla de la muñeca y sacudirla como venganza por el intento. Su mirada pasó de parecer desencantada a ser el odio en su máxima representación.

—¿A qué te crees que estás jugando? —siseó, casi rozando su nariz con la de ella—. ¿Me levantas la mano en mi propia casa?

—Técnicamente será mía en unos minutos —contestó Viviana, con una furia fría que la puso a temblar—. Y no voy a permitir que me trates así. Ni por el bebé ni por nadie. Que tengas una idea errónea de mí o de lo que he hecho porque no hayas querido escucharme, no significa que yo me vaya a resignar a creer lo que favorecerá mi paz mental: que no hay solución. La hay. —Dio un paso decidido al frente—. Sé que me quieres, Marcus Radcliff, y sé que en el fondo eres consciente de que...

La furia genuina en los ojos del duque se disipó como si alguien hubiera soplado. En su lugar quedó un vacío impactante que cortó la disertación de Viviana, transportándola a un paraje árido y desolador donde no había ninguna esperanza.

—No, no te quiero —interrumpió, con la cara descompuesta. No había odio, ni rencor, ni resignación. Solo una decepción tan grande que a duras penas cabía en la habitación—. No te quiero porque no eres quien creía que eras. Sí me enamoré de alguien: de una criatura apasionada, intrépida y fresca, leal y con un punto de generosidad, capaz de respetarme como

hombre, como persona... Pero esa mujer no existe. Resulta que esas virtudes solo eran la máscara que ocultaba a... —Negó con la cabeza, rindiéndose a la imposibilidad de describir quién era—. Ni siquiera sé cómo definirte. Al principio pensabas que le hice daño a tu hermana. Hasta ahí podría comprender... He *intentado* comprender... —Miró hacia otro lado. Fuera cual fuese el punto que atrajera su atención, allí encontró algo que le dolió tanto que tuvo que apretar los puños para contener las ganas de gritar—. Pero te dije mi verdad. La única verdad sobre Valentina... Y aun así continuaste haciéndome daño. Llegaste a convencerme de que me deseabas en la misma medida en que yo lo hacía, solo para hundirme... —Al ver que Viviana despegaba los labios, prosiguió—: Lo he visto con mis propios ojos, Viviana. He tenido en mis manos una lista de perversidades escrita de tu puño y letra, así que no saques la baza de que no te he escuchado.

»No voy a pensar que esperabas quedarte embarazada para continuar tu plan, y prefiero no darle vueltas a la idea de que aún ahora intentas volverme loco con fingido arrepentimiento. Me gusta imaginar que no llegarías a tanto, pero aun así... ¿Quién habría hecho esto? ¿Y por qué? ¿Verdaderamente existe algún motivo que pudiera justificar algo así? —La miró de lleno. Primero con la necesidad de saber la respuesta, y después tan defraudado con lo que había visto que retrocedió—. No, Viviana. No te quiero. No puedo quererte.

Viviana no pudo reaccionar, pero tampoco habría servido de nada intentar continuar la conversación. Marcus se marchó con paso ligero, levantando una brisa que le acarició las mejillas antes de que volviera a convencerse de que no iba a llorar.

En lugar de dejarse abrazar por la vulnerabilidad que tocaba a su puerta, empezó a trabajar a toda velocidad en la idea de escaparse. No era la mejor idea si Saint-John acababa encontrándola, pero si desaparecía del mapa del todo y él renunciaba a la idea de arrastrarla al altar, estaría a salvo. No de quedar a merced de un monstruo vengativo, sino de librarse a ambos de tener que estar con alguien que, a pesar de amar con todo el corazón, les había herido lo indecible.

Buscó a su alrededor una posibilidad hasta dar con la ventana. Se aproximó a ella con presteza y la abrió, comprobando que daba a un patio trasero de no

demasiada altura. No era su especialidad salir volando por los sitios —y menos con un vestido que pesaba un quintal—, pero no le quedaba otra si no quería que la pillaran huyendo. Definitivamente, la puerta principal no era una opción.

Apartó la contraventana y se encaramó al alféizar, muy segura de que se arrojaría desde esa altura incluso sabiendo que su integridad física peligraba. Después le asaltó un temor estremecedor: el bebé. No podía arriesgarse de esa manera cuando un niño crecía en sus entrañas. Si caía de mala manera no solo podía partirse la crisma, sino hacerle daño a él. Aún no estaba formado; ni siquiera había engordado más allá de una ligera hinchazón. Sin embargo, estaba ahí.

Estaba ahí, lo quería y lo protegería sobre todas las cosas.

—No te veía capaz de tirarte por una ventana para escapar del diablo, cariño —comentó una voz a su espalda—. Antes lo enfrentarías y lo pondrías en su lugar.

Después notó que unas manos firmes la rodeaban por la cintura y la ayudaban amablemente a poner los pies en el suelo. Siempre amablemente, pero tan distantes al mismo tiempo que no supo cómo reaccionar.

Viviana se dio la vuelta y enfrentó la mirada moderadamente cálida de Carlisle.

—No puedo hacerlo, Derek —admitió por fin. Sintió que se acababa de quitar un gran peso de encima—. No puedo casarme con él. Si lo hago, me moriré y él se morirá. No es una de las exageraciones de Abby, sino un hecho. Y... —Arrugó la frente—. Si no me muero yo por causa natural, va a matarme él mismo. No le va a hacer ninguna gracia encontrarte aquí conmigo.

—Ni te va a matar, ni vas a morirte. Hay una alternativa —propuso él, muy serio—: cuéntale lo que sabes de Devis Levinstone.

—¿Cómo? —exclamó ella—. ¿Para que sepa que encima husmeé en sus cajones? ¿Te has vuelto loco?

—Tengo muchos defectos, pero la locura no es uno de ellos. Al menos, no el más reseñable. Y sí, para que sepa que husmeaste en sus cajones, pero que luego encontraste una información muy valiosa y decidiste ocultar para que no saliera perjudicado. Creo que no habrá mayor demostración de lealtad que



esa, y es justo lo que necesita para perdonarte. Está convencido de que tu único objetivo era arrastrarlo al infierno.

—Porque es verdad —puntualizó Viviana amargamente.

—Sí, pero te arrepentiste. Y el asunto de Levinstone es lo que lo demuestra. Viviana sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. Solo le estaré dando más motivos para odiarme... Aunque has de decirle que alguien intenta hundirlo —añadió, mirando a Carlisle con seriedad—. Tiene un enemigo, y... Si tú sabías de antemano lo que estaba ocurriendo, eres el más indicado para advertirlo.

—Yo no derramé tinta sobre el documento para evitar que lo copiasen e hicieran con él vete a saber qué —indicó—. Eso demuestra lealtad, Viviana. Lo protegiste. Tienes que decírselo.

La italiana apretó los labios. Se quedó un momento en silencio, machacándose por haber tenido la estúpida idea de renunciar a un hombre que se había enamorado de ella. Porque aunque Marcus no supiera verlo, esa mujer apasionada digna de su cariño se correspondía con la verdadera Viviana Conti.

Y no tenía nada mejor que hacer que convencerlo de la verdad, igual que él lo había hecho cuando lo señaló con el dedo.

—Llévame al altar.

El barón estudió la expresión decidida de Viviana, escrutinio que ella notó pero que no comentó. Se limitó a esperar a que Carlisle iniciara la marcha y la condujera al salón donde esperaba el sacerdote, intentando calmar sus nervios y recordándose que era más fuerte que él. Era más fuerte que nadie, y lo lograría. Aunque solo fuera para demostrárselo a sí misma.

La celebración del enlace junto con la misa inició enseguida, siendo tan larga como era de esperar. Viviana lo agradeció por darle muchas otras cosas en las que pensar, haciendo que se introdujera en una realidad paralela donde todo iba bien. Y todo iba bien, hasta que llegó el momento.

—Puede besar a la novia.

Viviana observó que Marcus ni se inmutaba.

—¿Es estrictamente necesario?

El sacerdote parpadeó, perplejo.

—Eh... No, Excelencia. Aunque...

Saint-John hizo una levísima genuflexión a modo de agradecimiento, se dio la vuelta y abandonó el salón sin mirar a uno solo de los presentes.

La manera que tuvo de escaparse no dejó lugar a dudas: le asqueaba compartir el mismo aire que Viviana, que se quedó completamente inmóvil en medio de la sala.

«No está todo perdido», se repitió una y otra vez. «Como que yo me llamo Viviana Conti que no hay nada perdido. *E punto*».

«Sentir amor, deseo u odio, en el peor de los casos,  
podría llevar al hombre a la locura.  
Sentirlas todas al mismo tiempo,  
lo encaminaría a la perdición».

*Extracto del séptimo paso para poner  
a un duque a tus pies*

**E**ra de agradecer contar con un grupo de amigas con el que entretenerse de vez en cuando. El primer mes de matrimonio había resultado ser un fiasco en todos los sentidos, especialmente cuando le tocaba quedarse a solas con Marcus... cosa que no sucedía nunca, porque había declarado sin posibilidad de negociación que no compartirían dormitorio. Solo se reunían para las comidas, y a veces no hacía ni el esfuerzo: alegando que tenía mucho trabajo o simplemente negándose a ofrecer una excusa decente, Marcus se quedaba encerrado en su despacho o salía a la calle para citarse con sus amistades, que por supuesto eran mucho mejor que ella en todo ámbito.

Viviana se habría sentido verdaderamente sola si no hubiera tenido a Jess, a Abby y a su hermana, que siempre que podían la visitaban en el caserón de Mayfair. Al principio habían insistido en que les contase cómo era vivir con él, cómo se sentía... Querían que se abriera a ellas y les contara hasta dónde llegaba su sufrimiento, pero Viviana esquivaba el tema con quiebros maestros y se afanaba en centrar la atención en otros asuntos. El más importante de todos ellos era la conquista del conde de Ashton.

Aunque Abigail repetía como un loro que no se sentía bien hablando de él cuando estaba en juego la felicidad en pareja de Viviana, ninguna le prestaba

atención. Valentina y Jess, que tenían muchos menos escrúpulos a pesar de las apariencias, y además la conocían desde hacía más tiempo, siempre acababan convenciéndola de soltar prenda. Sabían que lo que necesitaba era una distracción, no regodearse en su miseria, por lo que le narraban con pelos y señales los avances que hacía con el conde.

—Se te ve realmente bonita —comentó Viviana en una ocasión, mirando a Abigail con una sonrisa sincera. Ni siquiera le hacía falta fingirlas cuando estaba con ellas, pues eran la única causa de su divertimento y emoción. Esperaba los días de visita como un enfermo su medicina, y no iba lejos la comparación, porque para Viviana, esos momentos eran una terapia de choque contra la desidia y la frustración—. ¿Te hace feliz pasar el tiempo con Ashton? ¿Es divertido? Oh, qué digo... Tú no buscas un hombre divertido, sino un hombre cariñoso y atento. ¿Lo es?

Abigail se miró las manos y medio forzó una sonrisa.

—El otro día observó que tenía frío y me prestó su chaqueta. Fue una galantería, aunque no supe cómo tomármelo. ¿Esperaba algo de mí? ¿Quería que... le besara?

—Un hombre siempre va a querer que lo beses. Son todos unos *bulli* —rio Viviana—. La cuestión es... ¿Tú quieres hacerlo?

—Es un hombre muy atractivo. Cualquiera querría besarlo —meditó Abby, tan colorada como el corazón de una llama—. El problema es que no sé si lo haría bien. Y es evidente que un caballero de su posición ya habrá probado... eh... los encantos de otras... doncellas... respetables —añadió, sin saber muy bien cómo referirse a las cortesanas—. Si lo intento y sale mal... Tiene con lo que comparar.

—Debí haber pensado en lo incómodo que sería tratar estos temas siendo mi hermano el centro de todo —masculló Jess, negando con la cabeza—. No te lo voy a negar: ha tenido varias amantes. Muchas, para serte sincera. Al menos cuatro o cinco... Pero no creo que ose compararte con una de esas mujeres, Abby. Sabe que tú eres una dama y no te puede tratar igual.

—No, definitivamente no me imagino al honorable Tristane Ashton arrojándose sobre ti como una bestia sedienta —convino Viviana, reclinándose sobre el asiento y abrazándose a sí misma. Ya se le notaba un poco más el embarazado, apenas una sutil protuberancia—. De hecho, es el

único al que no veo haciendo eso. La moralidad de los demás está puesta en tela de juicio. Y hablando de moralidades o falta de ellas... ¿Qué ha sido de Cromwell?

Abigail tragó saliva copiosamente.

—Eh... Eso no te va a gustar —murmuró, tan bajo que Viviana no pudo oírlo.

—¿Qué ha dicho? ¿Que no me va a gustar? ¿Por qué? ¿Lo habéis matado? —Se quedó un momento en silencio, como si tuviera que sopesar si le gustaba o detestaba la idea—. De acuerdo, eso ha sido pasarse, queridas. Pero no voy a ser yo la que llore por él.

—No lo hemos matado —intervino Jess—. Aunque está muerto para Abby por el momento. Hemos conseguido desviar la atención de su objetivo, y está bastante ocupado como para perseguirla.

—Ah, ¿sí? ¿Qué habéis hecho? —inquirió, realmente interesada. Incluso se echó hacia delante, esperando que la iluminasen con una confesión en todo confidencial—. No me digáis que habéis seguido mi estela como intrigante y le habéis metido prostitutas en casa. Porque si ha sido así, no me extraña que haya dado resultados. Ese hombre se distraería con un par de ojos bonitos. No es que esté diciendo que una ramera sea más bonita que tú en ningún sentido —añadió, mirando a Abby—. Solo que ese tipo se pirra por cualquier criatura con falda, independientemente de su apellido o forma de la cintura.

—Estás volviendo a lanzar un prejuicio sobre él —señaló Jess, mirándola de hito en hito—. No lo conoces de nada, Viv.

—No necesito conocerlo para saber que ha estado acosando a Abby durante meses. Y ahora vamos a lo importante: ¿qué tiparraca habéis puesto en su camino?

—A mí —habló Valentina por vez primera. Todas se percataron de que Viviana acababa de dejar de respirar—. No es para tanto, Viv. Simplemente lo entretengo cuando estamos en una velada, o me dejó perseguir hasta que Abby ya está con Ashton y no puede molestarla.

—¿Que no es para tanto? Ni tirarse por un barranco sería una actividad con mayor riesgo —espetó, irritada. A tanto llegó su enfado que empezó a hablar en italiano—. ¿Cómo se te ocurre ponerte en el punto de mira de Cromwell? ¿Es que has perdido la chaveta?

—Mi chaveta está perfectamente, gracias —replicó la menor, molesta—. Si mi amiga tiene un problema con un hombre que parece interesado en mí, voy a ayudarla cueste lo que cueste. Y si para ayudarla tengo que simular que me dejo *enquistar* por él, que así sea. Así no me siento un estorbo y hago algo por los demás.

—Es «conquistar», no «enquistar» —resopló Viviana—. Si me parece muy bien, amore, pero es que ese hombre no te quiere conquistar ni nada por el estilo. Quiere llevarte al catre, sí o sí. Y creo que la abuela ya tiene suficiente con una nieta deshonrada como para que añadamos otra al carro de las decepciones. Por Dios, Tina —gimoteó, llevándose las manos a la cara—. Mereces un futuro mucho mejor que ser una de las concubinas de Killian McKenney.

Aquello debió hacer mella en Valentina, porque enseguida se levantó y fue a abrazar a su hermana.

—Por favor, no te pongas así. Te prometo que estoy a salvo —empezó, hablando a trompicones. La preocupación se filtraba en su voz—. No he dejado que me toque, si eso es lo que te inquieta. Y no pienso dejar que lo haga. Que me *casquen* si al final caigo en sus redes, cuando estoy haciendo lo indecible para nos deje en paz a mí y a Abigail. Te aseguro que mi cortejo no tiene nada de común, porque a ese hombre le puedes decir que no mil veces, que sigue atosigándote.

—¿Ha dicho «que me casquen»? —preguntó Jess en voz baja. Abby sintió con una ligera sonrisa—. Esa me la apunto.

—Aun así me da miedo. Eres demasiado sensible y generosa como para zafarte de un seductor. Y menos de uno como ese —farfulló Viviana, visualizando mil maneras de arrancarle las amígdalas a Cromwell—. No tendrá la nariz más bonita de Londres, tampoco el mejor título, y ninguna idea sobre cómo afeitarse la condenada barba para parecer un hombre y no un oso pardo, pero el muy maldito es atractivo como para prohibirlo. ¡Hasta yo caería, Valentina! Por favor, dime que te alejarás de él. Prométemelo, ragazza. Encontraremos otra manera...

Valentina no le prometió nada. En su lugar, hizo alarde de una técnica de manipulación que Viviana habría envidiado, cambiando de tema y volviendo a centrarlo en el guapísimo Ashton, que traía de cabeza a la pobre Abigail por

no saber cómo abordar el primer beso. A partir de entonces, las visitas habían tenido como tema esos avances. Claro que hasta el momento, Abby no había tocado sus labios... O al menos eso se había cuidado de decir.

Lo que no había remitido había sido su preocupación por el vínculo entre Valentina y Cromwell. No había manera física o psíquica de obligar a su hermana a contarle qué es lo que estaba haciendo, cómo conseguía apartarlo o, mucho peor, de qué tácticas se servía para acercarlo. Claramente se enzarzó en una discusión con Abigail en su momento, increpándole que no tenía derecho a animarla a tomar cartas en el asunto. Pero por lo visto, todo había empezado mucho antes de que Abby se diera cuenta, y no hacía falta mirarla más de dos veces para saber que ella se arrepentía mucho más que ninguna de haberla metido de lleno en el problema.

Así que ese era su día a día. Sufrir por un marido ausente que no quería escuchar sus disculpas, no quería verle la cara y no se molestaba en despegar los labios si no era para preguntarle cómo estaba el bebé. Sufrir por una hermana suicida que iba tras los pantalones del peor seductor de Inglaterra después del legendario Blaydes. Sufrir porque no podía ir a ninguna parte, porque se había equivocado, porque Carlisle se había ido de viaje y no parecía por la labor de volver, porque su hijo nacería en el seno de una familia desestructurada y con claros problemas de comunicación, porque no le estaba permitido hacer nada para arreglarlo...

Tantas eran sus preocupaciones que le extrañaba que no le hubieran salido arrugas, o que no hubiera perdido ya al bebé a causa de tanto estrés.

Estuvo viviendo en esa frustración constante hasta que decidió que sería un buen momento para resignarse, conformarse con lo que le esperaba e intentar hacerlo lo más llevadero posible. Pero justo ese día, Marcus se dignó a cenar en la misma mesa que ella, a la misma hora que ella. No con intención de hablarle, por supuesto, mas optó por tomárselo como un pequeño acercamiento.

Había perdido la cuenta de todas las veces que lo había asaltado para disculparse. Su comportamiento en la boda no tuvo perdón de Dios, y tampoco lo tuvo que se desentendiera de la noche que pasarían juntos mandándola despachada a su habitación, pero Viviana había acordado con su conciencia que sería mucho mejor para ambas tratar de perdonarlo. De los

dos, ella se había llevado bastantes más insultos, pero de los dos, él había sido el traicionado, herido y arrastrado, al que le habían metido y decepcionado. En definitiva, podría haber seguido armada con indiferencia o desdén desde el primer día, pero en su lugar decidió continuar aprovechando cualquier oportunidad para pedir perdón. Desgraciadamente, Marcus parecía más lejano a cada día que pasaba. Se había escondido tras una máscara de indolencia pura que no se alteraba en ningún momento, ni siquiera cuando le hablaba. Todo ese desprecio y odio inicial había derivado a algo que, en su opinión, era mil veces peor. Marcus ignoraba sus intentos de explicación marchándose del salón, continuando su recorrido por el pasillo o incluso marchándose de la casa. Cuando no, hacía oídos sordos y se dedicaba a otras faenas.

Estaba cerrado en banda.

Y aun así, Viviana lo seguía intentando. Por ella, por el bebé y por él: porque confiaba en que en lo más profundo de su corazón, Marcus solo estuviera dolido y su tristeza fuera reparable.

—Marcus —llamó con voz neutra, levantando la vista de su plato y colocando las manos sobre el regazo. Él no se movió. Continuó comiendo, como si no hubiera oído nada—. Han pasado tres meses desde lo que ocurrió. ¿No crees que ya va siendo hora de que me escuches? —Silencio—. ¿Te da igual lo que tenga que decirte? —Otro silencio, este más breve—. Muy bien. Interpretaré eso como un sí y me tomaré la licencia de pensar que estás pendiente de lo que digo.

Marcus no se manifestó, pero eso no hizo que Viviana se rindiese.

—Lo siento —empezó—. No creo que llegues a saber nunca hasta qué punto. Siento haberte hecho daño, o haberte decepcionado, o... O lo que sea, lo que estés dispuesto a admitir. Yo te pido perdón por haberte causado cualquier mal. Te aseguro que aunque al principio pretendía hacerlo, a partir de cierto momento dejó de ser premeditado. Justo cuando empezaste a cuidarme, a raíz de mi neumonía.

—Una neumonía que tú te provocaste —puntualizó Marcus, sin apartar la vista del estofado. Ya no comía, sino que lo removía con verdadero aburrimiento. El hecho de que estuviera escuchándola hizo que Viviana se creciese y continuase.



—Es cierto, me la provoqué adrede. Dormí toda la noche con la ventana abierta después de darme un baño frío. Mi intención era resfriarme un poco, pero el destino decidió que merecía un escarmiento y me lo dio estando a punto de matarme. Lo que significa que fue real —especificó ella, buscando sus ojos en vano—. Mi fiebre, mi dolor, mis alucinaciones... Todo eso fue tan real como el aire que respiras.

—Pero lo demás no.

—¿Y qué fue lo demás? ¿Un comportamiento cortés y cercano? —inquirió Viviana, alzando la voz una octava—. Antes de eso no nos unía nada, Marcus. Simplemente conversábamos. ¿Estás ofendido porque tergiversé alguna que otra conversación, porque di respuestas falsas sobre lo que me gustaba comer...? Por Dios, mi animal preferido sigue siendo el conejo, siguen dándoseme bien las cartas aunque te ganase haciendo trampas y adoro montar a caballo. No hubo nada falso: solo un intento.

»Y ese intento fracasó del todo cuando me levanté de esa cama tras superar la neumonía. Ya no pensaba en hacerte daño, sino todo lo contrario. Incluso estuve a punto de decirte la verdad varias veces. Quise alejarte de mí, hacerte entender que era mala. De veras que lo intenté por todos los medios sin herirte por el camino, pero no me salían las palabras. Yo... tenía miedo.

—¿Miedo? —repitió, levantando por fin la mirada del plato—. ¿Tenías miedo de que descubriera que eras una manipuladora y se lo contara a todo el mundo, como creías que les hablaba de tus estupendas virtudes como intrigante, o tenías miedo de que rompiera tu compromiso con Carlisle...? Ah, no, que lo metiste en el ajo —recordó, envenenado—. ¿De qué si no? ¿Tenías miedo de que tus maldades quedaran expuestas delante de un duque, a merced de lo que quisiera hacer contigo?

—Tenía miedo de perderte —admitió ella, sin amilanarse. Aquello apagó el fuego de los ojos de Marcus, como si alguien hubiera soplado una vela—. Eso es lo que siento. Siento haberte perdido más de lo que he sentido nada jamás.

—Mientes. Y si es una disculpa, puedes guardártela. Ya he escuchado muchas y ninguna me ha convencido: esta no va a hacer magia.

—No es una disculpa del todo, sino una confesión. —Inspiró profundamente y pensó en cuál sería la mejor manera de decirlo, hasta que

recordó quién era. Era Viviana Conti y no se andaba con rodeos, por lo que simplemente lo soltó. Lo encaró, esbozó una sonrisa atribulada y lo soltó—. Te quiero. No sé desde cuándo, o por qué, ni si este sentimiento durará para siempre cuando solo me estás haciendo daño, pero esa es la verdad. Es muy probable que sí hubiera un ligero trasfondo egoísta en mi lista y no fuera todo por mi hermana: quizá solo quería captar tu atención, tener una excusa creíble para seducirte sin que nadie pudiera señalarme como la loca que iba detrás del duque. Quizá solo quería que te fijaras en mí. Y no para demostrarme que alguien como tú podría hacerlo, sino porque necesitaba que estuvieras en mi vida. Es patético —farfulló, riéndose de sí misma—. Tan patético que no me importaría si los demonios me llevaran ahora mismo. Pero es la cruda verdad. Te qui...

—No esperarás que me crea eso, ¿verdad? —interrumpió Marcus, que por fin había salido de su embotamiento físico y mental. Se puso de pie, impulsando la silla hacia atrás, y se inclinó hacia delante con los nudillos apoyados en la mesa—. Te has reído en mi cara durante toda la temporada, has fingido espontaneidad cuando hablábamos, me has besado y has permitido que te tocara para meterte bajo mi piel y así destrozar me el corazón... ¿Y ahora tienes la poca vergüenza de soltarme otra patraña? ¿Es que no has tenido suficiente?

Viviana parpadeó, sin dar crédito.

—Así que ese es el problema. Crees que fingí sobre mis sentimientos...

—Por supuesto que sí —siseó, con la vena del cuello a punto de explotar—. Tú no tienes de eso.

—¡Claro que tengo de eso! —exclamó ella, a punto de levantarse. No lo hizo por la pesadez del estómago, además de por temor a caer redonda al suelo. El temblor de sus manos no tardaría en extenderse al resto del cuerpo—. ¡Si dejé que me besaras no fue porque fuese una condenada buscona, sino porque te quería...! —Su voz perdió firmeza cuando vio que Marcus rodeaba la mesa para acercarse a ella, con los hombros encogidos por la tensión—. Puedes enfadarte todo lo que quieras; incluso convencerte de lo contrario si te hace más feliz. Pero esta es la verdad y no voy a renegar de ella solo para dejarte vivir a gusto con tu odio.

Marcus apoyó las manos en la mesa, justo a un extremo del plato de

Viviana. Se inclinó sobre ella, casi rozando su nariz, y habló con rabia contenida.

—No parecía molestarte demasiado renegar de la verdad hace unos meses.

—¡Porque hace unos meses habría preferido la muerte súbita a admitir que tenía sentimientos por ti, *cazzo ostinato*...!

Sin poder soportarlo más, Marcus dio un golpe a la mesa con el puño cerrado. Toda esta retumbó, haciendo que la copa de fino cristal de Viviana temblara y, un segundo después, impactara sobre el borde del plato y se rompiera. Unos cuantos trozos cortantes fueron a parar a la mano de la italiana, rasgándole el dorso: podría haber llegado más lejos, pero Marcus la apartó a tiempo de la mesa para que ningún cristal perdido pudiera hacerle daño. Aun así, ella soltó un gemido de dolor y se llevó enseguida la mano al corte irregular, del que empezó a emanar sangre.

—Maldita sea —masculló Marcus, a quien el enfado se le había evaporado. Sin comerlo ni beberlo, tenía a Viviana entre sus brazos. Ahora la cogía de las muñecas para evaluar los daños: toda la atención que no había recibido en un mes, la recibía ahora. Tenía su pálida mirada persiguiéndole cada rasgo—. ¿Estás bien?

Viviana salió del embrujo de sus ojos transparentes justo a tiempo para no dejarse llevar por lo que sugerían. Decepcionada por los acontecimientos, lo empujó por el pecho con la mano libre y se la llevó al dorso contrario. A tientas buscó con la mirada un pañuelo que usar, sorprendiéndose al recibirlo diligentemente del mayordomo. El señor Tonks se retiró en cuanto lo tuvo presionado contra la herida.

—Te digo que te quiero y sigues muriéndote por hacerme daño —observó Viviana, en voz tan baja que podría no haberla escuchado—. Ahora entiendo que no existe manera de resarcirte.

—Ha sido sin querer, Viviana —empezó Marcus, cogiéndola por los hombros para darle la vuelta. Ella se libró de su roce con un brusco movimiento, obligándolo a claudicar—. Dios... Claro que no quiero hacerte daño. Lo siento.

—No quieres hacerme daño porque llevo a tu hijo en el vientre, ¿no? —Levantó la barbilla para mirarlo, completamente deshecha. Ya no parecía Viviana, sino una versión reducida de sí misma: lo que quedaría de ella si

alguien hubiera apagado la llama de su espíritu—. No sé de qué me sorprendo. Llevas un tiempo intentando hacerme ver que eso es lo único que te importa. Haría bien en empezar a asumirlo.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Pero eso no sirve de nada, ¿verdad? —inquirió, mirándolo con una mueca de dolor—. A ti no te sirven las disculpas... Y todo lo malo se pega, así que tendré que hacer lo mismo.

—La diferencia entre los dos es que yo lo he hecho adrede.

—No hay diferencia. Me odias, así que has golpeado la mesa. Cuando has visto que podría hacerme daño, has intentado apartarme, pero me has hecho daño igual. Es exactamente lo mismo, Marcus. Pero me remito a lo de antes: si vas a ser más feliz teniendo motivos para despreciarme, no te lo impediré.

—Se apartó de él y puso rumbo a la salida, girándose un instante antes de cruzar el umbral—. No será un problema que duerma en otra habitación una noche más, ¿no? Si no recuerdo mal, te asqueo tanto que toda distancia es poca.

Por extraño que pareciese, el duque pareció más pequeño desde esa distancia. Casi vulnerable.

—Tienes que curarte eso —dijo en voz baja, como si fuera un secreto.

—Descuida. Un arañazo en la mano no afectará en absoluto la salud de tu hijo, que es lo importante. Buenas noches.

—Viviana —llamó enseguida, avanzando hacia ella.

No se dio la vuelta, así que la persiguió hasta el pasillo, donde volvió a cogerla por los hombros para girarla en su dirección. No se resistió esta vez, lo que hizo que se preocupase. Parecía una muñeca en sus manos, dispuesta a dejarse vapulear.

Cuando se encontró con sus ojos no se sintió mucho mejor, y no porque el recuerdo de lo escrito en la lista le susurrase al oído que estaba delante de su enemiga, sino porque era un miserable esclavo de esa mirada a pesar de absolutamente todo. Incluso cuando no representaba todas las virtudes atrapadas en el abanico de pestañas, y se limitaba a mirarlo de vuelta como una figura de porcelana.

—Siento haberte hecho daño, ¿me oyes? Lo siento.

—¿Qué daño? Porque si vas a esforzarte tanto porque te perdone por una

herida en la mano, tendrás que aceptar que te llame hipócrita. De todo lo que me has hecho pasar por tu rencor e incapacidad de disculpar mi estúpida lista, esto es lo que menos me ha dolido. Porque ni siquiera me ha dolido. Después de todos los insultos, desaires, puñaladas a traición y comentarios malintencionados, esto son cosquillas. ¿Te sorprende que te lo diga? Incluso Viviana Conti tenía que ser sincera en algún momento de su vida. —Esbozó una sonrisa desganada, muerta—. Me has hecho mucho daño. Yo a ti también, por eso no puedo gritarte, golpearte y negarte mis sentimientos. Pero me lo has hecho. Solo espero que algún día todo esto compense tu sensación de haber sido traicionado, vengas a mí y yo ya no esté para ti. Porque estás loco si piensas que no me iré de aquí tarde o temprano. Por muy mal que me haya portado, no voy a entregarle mi vida a un tirano como tú. Y por mucho que te quiera o por mucho que intentaras arreglarlo, no se puede. Somos tan destructivos juntos que cabe la posibilidad de que terminaras conmigo. Soy yo la que lo siente —concluyó, apartándose de él—. Lo siento porque no voy a dejar que me destruyas.

Marcus se quedó inmóvil en medio del pasillo. Le habría gustado tener el poder de alargar las manos y obligarla a quedarse allí, delante suya, mirándolo con esos ojos exóticos que sacaban lo peor de sí mismo de una manera en la que casi estaba orgulloso... Y lo tenía: podía hacer lo que quisiera con ella, pues así lo delimitaba su contrato. Pero no lo intentó. La dejó marchar sin quitarle el ojo de encima, a modo de pago por todo lo que había tenido que soportar durante un mes.

Si existía algo más condenadamente exasperante que ignorar a Viviana Conti, no quería saberlo. Casi había muerto en el intento. De necesidad, de deseo, de celos por el aire que rozaba su cuerpo y la ropa que la envolvía hasta parecer un sueño. De pena por no acariciar su vientre, pues sabía que ignorarla conllevaba un sacrificio y era lo que debía hacer para recordarle quién era el malo. Porque había estado muy seguro de quién era hasta ese momento. Más bien, hasta el preciso instante en el que ella había pronunciado las palabras mágicas.

Te quiero, había dicho. Así sin más. Marcus había hecho todo lo posible por agarrarse el corazón y obligarlo a permanecer en su sitio, pero igualmente había salido corriendo. Su alma se elevó y le recordó que estaba vivo. Y

había sido imposible no perdonarle hasta el último de sus pecados después de decirlo.

Dios mío, debía odiarla. Ya no por la lista, sino por hacer de él un hombre sin libertad de decisión. Sin potestad sobre sus actos. Sin ningún derecho a elegir lo que quería que fuese de su espíritu. Debía odiarla por hacer que la quisiera a contracorriente, negándose a las opciones menos viables para el matrimonio pero más interesantes para aplacar su rencor.

¿Quién era ella para jugar con él de ese modo?

Angustiado y con el corazón en vilo, Marcus regresó al comedor y ordenó que le sirvieran más vino. Se lo bebió de un trago, incapaz de apartar de su mente que Viviana estaba bajo su mismo techo, a unas escaleras de distancia... sufriendo. Sufriendo por su culpa.

Pero se lo merecía. Él había rabiado como un condenado por su causa. Lo menos que tenía que hacer para estar en igualdad de condiciones era justamente eso: pasarlo mal. Y aun así, tener plena conciencia de que le habían dolido sus palabras, hizo que se sintiera un miserable. Hasta quiso viajar en el tiempo para enmendarlo.

Era mucho más sencillo aceptar el dolor propio que el ajeno, al menos bajo su punto de vista. Pero no sabía qué hacer, porque una parte de él no se podía creer del todo su discurso. Seguía siendo la mujer mala y manipuladora que había tenido las pocas tripas de jugar con él...

Despegó los labios para pedir más vino, pero enseguida negó con la cabeza, tratando de alejar ese pensamiento. Justo lo que le faltaba era volverse un alcohólico por Viviana Conti...

Viviana Radcliff. Ahora era Viviana Radcliff. *Su Viviana Radcliff. Suya.*

Marcus inspiró bruscamente. Aún quedaba un rastro de perfume a hierbabuena en el comedor. Había dejado una estela por todo su camino, lo que hizo que el duque se pusiera de pie y, no tan distraído como anonadado, siguiera el rastro hasta llegar a la planta de arriba. No podía explicarse qué sentimiento de posesión se había adueñado de él, pero no pudo resistirse a plantarse delante de la puerta de la susodicha. Su intención fue empujarla y pasar. Una intención que no se cumplió ni llevó a cabo por culpa de un sonido.

Un sollozo quebrado. Un gemido de lamento. Un llanto tan íntimo como

solo podía serlo desnudar el alma.

Todo su cuerpo se puso en tensión, pero también se mareó. Tuvo que apoyarse en la pared para no ceder a la caída, lo que lo acercó inevitablemente al lugar del que procedía ese sufrimiento en carne viva. Marcus no había querido creer que se trataba de ella, pero quién si no iba a ser. Era ella. Viviana llorando hasta la extenuación, hasta romper los límites de la tristeza, hasta entregarse a la penitencia.

No supo cuánto tiempo estuvo allí parado, incapaz de entrar a consolarla e incapaz de ignorarla. De una manera u otra, se sentía responsable de su pena y quería sufrir con ella en la misma medida. Y no había mayor dolor para él que escucharla llorar, sumida en una profundidad que no habría creído posible en ella.

Durara lo que durase, a Marcus se le antojó el peor rato de su vida. Cuando solo hubo silencio necesitó un rato para asimilar lo que acababa de ocurrir, y aún sin oír una mosca, se preparó para abrir la puerta.

Le partió el alma verla hecha un ovillo delante de la chimenea, tan encogida sobre sí misma que era todo algodón del camisón y sedoso pelo negro, suelto y libre como ella misma. Que no hubiera fuego en la habitación, solo oscuridad y vacío, solo añadió melancolía al escenario del crimen. El que Marcus había cometido contra ella.

Se arrodilló a su lado y observó que estaba dormida. Sus pestañas rizadas proyectaban una sombra con forma de media luna en sus pómulos altos, donde había surcos secos que antes habían cruzado las lágrimas. Cuando acarició el contorno de su rostro lo notó aún caliente, como si hubiera estado llorando en silencio un rato más.

Con el pecho encogido por la ternura y el estómago retorcido por la culpabilidad, la cogió en brazos y la llevó a la cama. Allí la arropó con cuidado, con cada vez más remordimientos.

Se sentó en el borde una vez estuvo cómoda bajo las mantas, y ahogó un suspiro al saberla vulnerable. Nunca le había enseñado esa cara, y dudaba que hubiera fingido algo esa vez. No obstante, ¿podía perdonarse? ¿Podría perdonarla...?

Dios, claro que sí. Tenía que perdonarla, aunque solo fuera para devolverle la vitalidad que le había arrebatado. Fuera buena o fuera mala, era una

criatura única y especial. Habría querido acostarse en esa cama y hacerle el amor durante días solo por su vivacidad de espíritu y manera de recordarle por qué la vida merecía la pena: solo para verla parpadear.

Pero aún era demasiado pronto. Por eso se limitó a acariciarle la mejilla con los nudillos, a recorrerle la forma de las pestañas y a serenar sus latidos acelerados intentando acompasar su pulso con el de ella.

Se le hizo un nudo en el estómago cuando vio que se removía en sueños, intentando alcanzar su roce. Cerró los ojos y contuvo el aliento un momento. Cuando los abrió volvió a verla allí tendida. Frágil y fuerza, tan inalcanzable como suya. Y se lamentó y maldijo en silencio.

—Dios hace malas a las mujeres bonitas —musitó, antes de marcharse.



No recordaba haber dormido peor en toda su vida. Entre el cargo de conciencia más pesado que nunca por lo que había hecho y el dolor de la herida de la mano, que adquiría la forma de una descarga eléctrica trepando por su brazo, era imposible conciliar el sueño durante más de una hora seguida. Y no fue por falta de intentos, porque había dado vueltas en la cama una y otra vez hasta que se hizo imposible permanecer allí tumbada.

Se levantó algo mareada y le echó un vistazo al corte. Había prescindido de la ayuda de la doncella para refugiarse en su habitación y desprenderse por fin de esas capas y capas de indolencia con las que se había arropado para no revelar su estado de ánimo. En consecuencia se encontraba mucho mejor: ligera, como si se hubiera quitado un peso de encima. Eso por la parte positiva. La negativa significaba que no podía encoger los dedos sin que un dolor insoportable se transmitiera hasta el núcleo de su cuerpo.

Suspiró e intentó recordar una de esas veces en las que Abigail había hablado largo y tendido sobre cómo curar cortes relativamente insignificantes. La muchacha era un portento de la medicina alternativa, pero por supuesto lo mantenía oculto para que no pensaran que podía dedicarse a trabajos indignos de su posición. Viviana lo lamentaba casi tanto como no recordar una sola palabra de las que había mencionado al respecto.

Al final decidió que bastaría con lavarse la herida y colocarse una venda alrededor. No quería despertar al servicio, pero sería necesario avisar a la doncella si no quería levantarse al día siguiente con la mano podrida. Por eso bajó las escaleras de la mansión sin calzarse, esperando no despertar a todo el mundo durante su expedición nocturna.

Tuvo que dar varias vueltas por la casa antes de encontrar la puerta que

bajaba a las dependencias de la servidumbre. Esta se abrió antes de que ella pudiera hacerlo. Estaba preparándose para explicar el motivo de su desvelo cuando una mano la agarró de la garganta y la empujó violentamente hasta que su espalda chocó contra la pared de enfrente. El impacto fue tan brutal que se quedó sin aliento y se le nubló la vista, además de que la lámpara cayó al suelo y se hizo añicos. El pasillo se quedó completamente a oscuras, y Viviana no pudo reaccionar de ninguna manera al seguir sorprendida por el impacto.

Con la mano buena buscó el rostro de su atacante. Sabía que no podía ser Marcus: no importaba cuánto mal le hiciera y cuánto despecho acumulase, porque él jamás se rebajaría a semejante bajeza. Aun así, necesitaba asegurarse... Pero no pudo hacerlo, porque el tipo la agarró de la muñeca antes de que pudiera tocar su mejilla y se la torció, haciendo que diera un crujido. Viviana soltó un gemido de dolor que el desconocido acalló presionando la palma contra sus labios. Porque era un desconocido: esas manos callosas, propias de un arador o capataz de hacienda, no se correspondían en absoluto con las relativamente suaves del duque.

—Si gritas, te mataré —dijo en voz baja. Viviana hizo un esfuerzo por ubicar ese tono en algún lugar de su memoria, pero no pudo compararlo con nadie ni con nada. Sonaba completamente distorsionada, además de que hablar en susurros no favorecía su interés—. No quieres morir, ¿verdad? — Esperó a que Viviana negara con la cabeza, cosa que hizo sin estar muy segura de si podía verla—. De acuerdo. Entonces voy a apartar la mano. Recuerda: si gritas, te mato. Y después lo mataré a él, así que procura elegir bien.

Viviana notó cómo la presión de la mano se reducía hasta que pudo respirar de nuevo. Se había dado tal golpe con la pared que estaba mareada, lo que sumado a la somnolencia del recién levantado no constituía precisamente una ventaja. Pero hizo un esfuerzo por concentrarse en él, en su presencia, en su olor, y trató de afianzar los pies en tierra.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja—. ¿Qué quieres de mí?

—De ti no quiero nada. Depende de si él me da lo que quiero... Cosa que dudo bastante, para qué voy a engañarte. Lo que significa que al final sí podrías serme útil... Se dice por ahí que se ha casado contigo porque te

comprometió, y dudo bastante que Marcus se hubiera atrevido a hacer tal cosa si no tuviera interés romántico en la susodicha. Una gran ventaja para mí. Si te mato, probablemente sufra... Justo lo que deseo.

Viviana tragó saliva y empezó a pensar a toda velocidad en una posibilidad de salir de ahí. No, no era solo huir: tenía que esquivar al desconocido y avisar a Marcus, o al menos desviar la atención hasta que él mismo se levantara y fuera a ver lo que ocurría... No, eso tampoco era factible. Si aparecía, aquel tipo le haría daño. Desconocía la manera: podía tener un cuchillo, o varios, o podía llevar una pistola. En caso de la segunda posibilidad, ambos estarían perdidos.

Inspiró profundamente. Le costó mantener la mente fría, pero al final lo consiguió. Se convenció de que podría llegar al fondo de la cuestión ella sola, podría despacharlo sin represalias y darle lo que quería sin necesidad de meter a Saint-John en el meollo. Era lo menos que le debía después de todo.

—¿Qué puede hacer por ti el duque? Quizá yo podría ayudarte.

—Vaya —rio él, entre las sombras—. Dicen por ahí que tienes coraje y muy poca vergüenza... No sé si decir que se nota o que eres todo lo opuesto. ¿No deberías estar dándome patadas e intentando matarme? Bah, no importa. Ahora mismo el coño preferido del duque me importa un bledo. Quiero que vayas y lo despiertes. Y no le digas nada sobre esto.

«Que te lo has creído».

—¿Qué quieres de él exactamente?

Viviana ahogó un grito cuando el tipo la agarró del cuero cabelludo y tiró de ella para estamparla contra la pared de enfrente. Cuando volvió a hablar, lo hizo pegando los labios a su sien.

—Eso a ti no te concierne, zorrita. ¿Me has escuchado bien, o tengo que repetírtelo? Sube ahora mismo, dile que tienes que enseñarle algo y tráelo. Al menos si no quieres que suba yo contigo a rastras. —Al ver que Viviana no hacía ni decía nada, la zarandeó, arrancándole otro gemido de dolor—. ¿Es que estás sorda? Venga, haz lo que te digo. No vas a perder tu título de duquesa, te lo aseguro. Por lo que he podido ver eres bastante atractiva. — Viviana pudo imaginárselo sonriendo con malicia—. Quizá me case contigo solo por la costumbre de quedarme todo lo que pertenece a Marcus.

«Marcus», repitió para sí. «Lo llama por su nombre de pila».

—¿Eres Paul Bramson? —inquirió, en tono adusto—. ¿Eres el que fingió serlo...?

—Y tú eres la miserable zorra que derramó la tinta sobre el testamento. Encantado de conocerte.

Viviana notó cómo se le aceleraba el corazón. No era un ladrón que podía despacharse de una sola vez, sino el enemigo de Marcus. Algo infinitamente más peligroso... De lo que podría no salir con vida.

—No conseguirás el título para Levinstone... Ni tampoco el dinero —se atrevió a decir de corrida, alzando la voz—. ¿Es que no sabes cómo funciona la maldita ley de mayorazgo? Los bienes están vinculados a Marcus Radcliff, sin importar lo que hubiera puesto por escrito el anterior propietario. Él es su única descendencia. Devis Levinstone es solo un parásito que pretende...

Viviana perdió el hilo de las palabras y todo pensamiento posible después de notar un fuerte impacto en su mejilla. Le había pegado. Le había pegado un puñetazo con los nudillos, con toda la fuerza de su brazo... Ahora miraba hacia el otro lado, con el rostro completamente de perfil y la sensación de haberse desfigurado la cara. La mejilla no tardó en empezar a palpar. Un hormigueo tan desagradable que parecía agua hirviendo sobre la piel se manifestó a la altura del pómulos. Pero lo peor de todo era que no podía respirar. El aire había huido de sus pulmones completamente, dejándola boqueando como un pez.

—Parece que a alguien le gusta meterse donde no le llaman —comentó él entre dientes—. Más te vale tener la boca cerrada o te destrozaré la cara. Ya verás qué poco se ríe Marcus cuando vea que su bonita esposa se ha quedado como una de las putas de Jack el Destripador.

—Si crees que dejaré que le hagas daño estás muy equivocado —escupió Viviana, haciendo acopio de toda su fuerza para meterle un rodillazo en el estómago. Aquello bastó para desarmarle por el momento. Aprovechó para escabullirse y retroceder varios pasos, encendiendo enseguida una lámpara de aceite para iluminar su rostro. Tal y como había imaginado, era el que se presentó como Devis Levinstone: no demasiado alto, en apariencia un muchacho con los rasgos muy marcados y los ojos aparentemente oscuros—. Así que sí eres tú... ¿Qué pretendes hacer? Ni matando a Marcus pasaría la herencia a sus manos. No importa lo que hagas...

—¿Quién ha dicho que me interese la herencia a estas alturas? —preguntó, acercándose muy despacio a ella. Viviana retrocedió instintivamente, con el corazón acelerado pero el rostro inexpresivo—. Lo único que quiero es venganza.

—¿Por qué? ¿Qué es Levinstone para ti?

—Todo —sonrió perversamente—. Yo soy Devis Levinstone.

Viviana abrió los ojos como platos. No alcanzó a comprender cuál era el sentido de aquello, si estaba mintiendo o era sincero: la única conclusión a la que pudo llegar fue a que todo el mundo pensaba que ese hombre estaba muerto y, si no lo estaba, era porque quería hacer pensar a los demás que había desaparecido para luego volver y ejecutar el último golpe. El golpe maestro.

«Venganza», acababa de decir. Venganza... ¿Por qué? ¿Para qué?

—No es posible. Devis Levinstone se suicidó.

Él compuso una mueca irónica y se palpó el pecho, como si quisiera asegurarse de que estaba allí.

—Parece que no, ¿no...? Es muy fácil fingir una muerte, querida. Sobre todo si tienes amigos que no teman certificarlo.

Viviana tragó saliva. Por instinto se llevó una mano al vientre, como si así pudiera proteger a la criatura del mal que se acercaba sigilosamente a ella. Hubo un momento en el que no pudo continuar retrocediendo. Cuando su coxis chocó con la mesilla del bar. No fue del todo una mala noticia, porque pudo armarse con una botella de cristal grueso medio llena

—Fuera de aquí —susurró—. Fuera o seré yo quien...

—¿Estás segura de que podrás conmigo? —cortó él, aparentando normalidad. Hubo una pausa—. De acuerdo. En ese caso no me entretendré. A fin de cuentas, tú eres lo menos interesante y valioso en toda esta casa.

A continuación, Devis se dio la vuelta y subió el primer tramo de escalera. A cada paso que daba, cada peldaño que pisaba, el corazón de Viviana aumentaba su ritmo hasta obstruir sus conductos. No oía, casi no veía y no intentó gritar porque supo que no serviría de nada. Bastó imaginar a ese hombre invadiendo la habitación de Marcus, lo que sirvió para acelerarle la respiración y partirle el alma a partes iguales. Movida por la desesperación y la adrenalina que corría por sus venas, agarró con fuerza la boca de la botella

y la lanzó con fuerza en su dirección. La intención había sido que se rompiera en su espalda, con suerte dejándolo incapacitado de por vida, pero ésta aterrizó en uno de sus pies. Devis soltó un aullido de dolor que debió retumbar por toda la casa, momento que Viviana aprovechó para tomar la delantera y subir a trompicones hasta situarse en lo alto de la escalera. Allí buscó desesperadamente otro elemento de cristal o que sirviera para amedrentarle, pero no encontró nada, y Devis la alcanzó mientras renqueaba a la pata coja.

—Putá... Te voy a arrancar la cabeza —juró, arrojándose sobre ella. Viviana quiso apartarse, pero el tipo se abrazó a su cintura y cayó sobre ella, creando un sonido sordo que hizo eco en todo el pasillo. El siguiente ruido reconocible que oyó fue el de una pistola preparándose para cargar—. O mejor te agujerearé todas las partes del cuerpo, ¿qué te parece?

Viviana decidió que lo más recomendable sería guardar silencio. No solo era ella, pues si hubiera sido así se habría tirado encima de él y lo habría estrangulado... O lo habría intentado. Sin embargo, ahora eran dos, y el bebé no merecía morir con ella por una de sus negligencias. Por eso cerró los ojos, sintiendo que los párpados le quemaban.

Ni siquiera eran dos, sino tres. Después del estropicio que se había formado y el sonido de la pistola, sería imposible que Marcus no se acabara despertando. Devis lo tendría a tiro si se asomaba para averiguar de dónde provenía el estruendo.

Y eso fue exactamente lo que pasó. Las bisagras de la puerta chirriaron un instante antes de que un paso al frente llegara a Viviana como la peor de las maldiciones. Gracias al ligero resplandor de la lámpara que había llevado consigo y ahora yacía en algún lugar del suelo, percibió que Devis levantaba la cabeza y sonreía victorioso. Fue ese el momento que utilizó para alargar los dos brazos y golpearle la cara con los puños, gimoteando de dolor cuando la herida anterior se estiró y su muñeca rota se resintió.

Logró su objetivo de distraerlo, porque Devis soltó la pistola sin querer y se concentró en agarrarla de los brazos. Ejerció especial presión en aquel que sabía que había herido, haciendo que Viviana culebrease como un animal herido bajo su cuerpo. Echando mano de una fuerza increíble, Devis levantó a Viviana del suelo, acercó la pistola hacia su cuerpo con el pie herido y miró

directamente a Marcus. La italiana solo podía percibir su silueta bajo el umbral, vestido con la camisa que había llevado en la cena y un pantalón sencillo. No pudo distinguir su expresión por mucho que parpadeó para librarse de la enajenación mental.

—Suéltala —ordenó, con el tono de un general romano durante una sentencia a muerte. Fue tan inexorable en su orden que Viviana se estremeció, no supo si de miedo o de alivio.

—Pero bueno, hermanito —rio Devis—. ¿Qué clase de recibimiento es este?

—Te he dicho que la sueltes.

—¿Quieres que la suelte? De acuerdo, la soltaré.

Devis obedeció cogiéndola por el cuello, obligándola a bajar un escalón y arrojándola con todas sus fuerzas. Viviana tropezó sin remedio y cayó casi con crueldad escaleras abajo, golpeándose la cabeza y cada punto sensible del cuerpo con el borde de los peldaños. Intentó protegerse el estómago durante la caída, pero llegó un momento en el que se dio contra la pared y perdió el conocimiento.

Marcus ignoró al visitante y, con la cara descompuesta, hizo ademán de correr a por ella. Devis intervino a tiempo para que no bajara un solo escalón, agarrándolo del brazo y esforzándose por empujarlo hasta que quedaran cara a cara.

—No he esperado este momento durante años para que ahora me ignores por una perra con la que te acabas de casar.

No lo vio venir. Marcus reunió toda la fuerza de su desprecio y le partió la nariz de un solo puñetazo. Devis cayó sobre sus rodillas con un crujido que habría hecho estremecer al menos escrupuloso.

—Me da igual que estés aquí, y me da igual lo que quieras: dinero, reconocimiento... Me la trae al paio —escupió Marcus, que aprovechó su debilidad para propinarle un rodillazo en la mandíbula. A continuación se agachó y agarró la pistola, poniéndola lejos de su alcance—. No vas a conseguir nada, hijo de puta. Ni mediante extorsión ni haciéndome daño. Así que vuelve al infierno del que quiera que hayas salido, y quédate allí hasta pudrirte. El testamento, que era lo único que te vinculaba a mí, ha desaparecido. Ya no tienes ninguna clase de poder. Deberías haber aceptado

mi oferta cuando te la hice: toda la fortuna del ducado era suficiente dinero para complacer tu ambición. Desgraciadamente preferiste apostar todo y perder, y estas son las consecuencias.

Marcus lo cogió de la pechera de la camisa y bajó los escalones a toda prisa, sin apartar los ojos del bulto de algodón blanco que formaba Viviana al pie de la escalera. A esas alturas ya se había despertado casi todo el servicio. El mayordomo perdió el equilibrio al reconocer a Devis Levinstone entre toda esa maraña de pelo y sangre, mientras que la doncella y las ayudantes de cocina intentaban reanimar a Viviana en vano.

—Tonks, vaya a buscar a los agentes de la calle Bow —dijo en tono tajante. Empujó a Devis hasta que fue a parar a los brazos del fornido ayudante del señor Tonks, que lo agarró con fuerza—. Mary, traiga al médico. Ahora mismo.

El resto, al ver que no servía de ayuda, se retiró y dejó a Marcus solo con la doncella en la planta baja. Este no esperó a que el último hubiera desaparecido en el sótano para abalanzarse sobre Viviana, tomándola entre sus brazos y acomodándole la cabeza sobre los muslos. Le apartó el cabello sudoroso y manchado de sangre con agonía, como si en realidad estuviera en llamas. Escudriñó su rostro con verdadera pericia, tratando de valorar el perjurio sin que el odio se apoderase de su cuerpo. Tuvo que esforzarse para no ponerse a gritar cuando vio el cerúleo cardenal de su mejilla, la amoratada muñeca y la herida que él mismo le había hecho sin querer, cada vez más negra por la mala curación.

—¿Es que no te has molestado en vendársela? —le espetó a la criada, tan pálida que se confundía con el tono de su camisón.

—Excelencia, ella dijo que no... No quería mi ayuda. Lo lamento, lo lamento muchísimo —gimoteó, superada por la situación.

Ella no tenía ninguna culpa, se dijo. Nadie excepto el cabrón que la había agarrado tenía la culpa. Y como él era el culpable, tendría que pagar.

Una oleada de rabia lo sacudió de pies a cabeza, haciendo que se echara a temblar violentamente. Nada ni nadie podrían haberlo contenido: se puso de pie, con cuidado de dejar a Viviana con suavidad en el regazo de su sirvienta, e hizo ademán de avanzar hasta la puerta de entrada. Algo lo retuvo antes de que pudiera seguir su camino.



—Oh, mi buen Dios... —sollozó la joven, con las manos temblorosas—. Excelencia...

Marcus se dio la vuelta y siguió la trayectoria en la que apuntaba la mirada de la muchacha. A pesar de la escasa iluminación, era evidente a lo que se refería: una mancha roja de gran tamaño cubría la parte baja de la falda de Viviana. No le hizo falta más que mirarla para saber lo que significaba. Solo bastó ese vistazo para que su corazón se rompiera en mil pedazos, y sus manos se convirtieron en dos puños castigadores que necesitaban descargar todo el desengaño. No por su propia frustración, que desembocó en lágrimas de fuego apoyadas en las cuencas de sus ojos, sino en la que embargaría a Viviana cuando abriera los ojos.

Incapaz de permanecer allí por mucho más tiempo, avanzó decidido hasta la puerta de entrada. Tuvo que saltar los últimos escalones que daban a la casa para alcanzar a Devis y al ayudante del señor Tonks, que se encargaba de él atándolo a la barandilla con lo poco de lo que disponía.

—Excelencia, qué...

El muchacho dejó de hablar cuando asistió, horrorizado, al primer puñetazo que Marcus le incrustó en el cráneo a su hermano. La cabeza de Devis rebotó contra la columna en la que estaba apoyado, dejándole aturdido durante un segundo. Ese fue el tiempo que Marcus le dio para recomponerse antes de dejar caer una lluvia de golpes sobre él. En el pómulo, en el lateral del cuello, en la frente, en la nariz ya partida, en la ceja, en la barbilla...

—Lo va a matar —balbuceó el mozo, sin saber muy bien si acercarse y liberarlo o dejarlo desquitarse—. Excelencia...

Marcus soltó a un Devis ensangrentado y miró al susodicho con los ojos perdidos en las sombras.

—¿Te parezco excelente ahora, Max? ¿Dirías que soy una excelencia en este momento?

El muchacho se estiró.

—Está siendo más digno de mi respeto que nunca, Excelencia —contestó, resuelto. Lanzó una mirada elocuente al interior de la casa, como si pretendiera justificar su respuesta con el estado en el que se encontraba su esposa—. Pero no debería arriesgarse a perderlo todo por un hombre como este. Discúlpeme por el atrevimiento.

Marcus inspiró hondo. Al levantar el pecho, casi notó cómo los cristales rotos de su corazón se clavaban con saña en su carne, intensificando el dolor hasta un punto insostenible. Por un momento pensó que caería redondo al suelo, rendido por la manera en la que había acabado todo. Se había casado con una mujer por un bebé que ya no existía, había maltratado a la mujer que siempre había querido en un intento por recuperar un orgullo más que perdido, y había fracasado en su papel como esposo: no la había protegido.

Devis escupió la sangre que se había acumulado en su boca para esbozar una sonrisa medio desdentada.

—Al final he conseguido lo que quería: hacerte sufrir —dijo, con voz ronca. Sus cuerdas vocales no volverían a ser lo mismo, pero desgraciadamente seguía pudiendo escucharle—. Ella quería evitarlo, ¿sabes? Pobre cachorrita... Interponiéndose en mi camino para evitar que te volase la cabeza... Muy tierna. Nada que ver con lo que han contado sobre su falta de escrúpulos.

Marcus lo agarró por la pechera de la camisa y lo sacudió.

—Ni la menciones —siseó, a un palmo de su cara—. Ni se te ocurra hablar de ella.

—Vaya, vaya... Así que es cierto. La muy perra te gusta. No me extraña: ¿quién no querría que lo defendieran de ese modo? Debería haberla matado solo para darte un gran escarmiento. No sé por qué la vida siempre te ha sonreído, Marcus, pero no te lo mereces. Ni el dinero, ni el título, ni las propiedades y los bienes... Ni una mujer que dé la cara por tu sucio culo.

No pudo contestar nada de inmediato. Se quedó en blanco, sabiendo que tenía toda la razón.

—Es a ti a quien siempre le ha sonreído la vida, Devis —replicó cuando ordenó sus ideas—. Mi padre te sacó de tu casa de paletos, alejándote de un hombre agresivo y una madre con depresión, y te dio cobijo en una de las mansiones más suntuosas de Inglaterra. Te dieron una educación, te enseñaron a aumentar tu fortuna... Podrías haberte ganado la vida de muchas maneras, hijo de puta desagradecido. Pero siempre quisiste lo único que me pertenecía por derecho, y lo único que yo nunca valoré. Deja que te diga algo. —Lo sacudió para asegurarse de que lo escuchaba—. Habría cambiado todo eso por el orgullo de un hombre como el viejo Saint-John, que es lo que tú te

quedaste.

—Excelencia —intervino un tercero. La voz del agente de Bow Street, potente, hizo que a Marcus no le quedara más remedio que girarse—. Suelta al delincuente. Ya nos encargaremos nosotros de él.

Como era de esperar, no hicieron ninguna pregunta acerca de su estado. Marcus pudo retirarse, dejando al muchacho al cargo de la explicación que procedía. Allanamiento de morada. Intento de homicidio.

*Asesinato.*

Marcus apretó la mandíbula para frenar las lágrimas. Él no merecía llorar por un niño del que se había distanciado desde el momento en que supo de su existencia. Tampoco se merecía a su madre, que había estado a punto de dar la vida por la suya. Devis estaba en lo cierto. Se había quedado con lo mejor que podía ofrecerle el día a día, y lo había desperdiciado y maltratado miserablemente.

Entró en la casa, sintiéndose de cualquier manera menos él mismo, y se acercó al lugar donde Paul Bramson cogía entre sus brazos a Viviana. Se adelantó para encargarse de ella antes de que pusiera un pie en el primer escalón, y reanudó la marcha sin apartar los ojos de su rostro congestionado por las heridas. Conforme más la miraba, más le dolía el pecho, hasta que no pudo dar un paso más. Tuvo que sentarse en uno de los peldaños, con la mujer apretada contra el tórax y las cuencas de los ojos ardiendo.

Acarició suavemente su mata de pelo negra y besó suavemente su mejilla herida. Con los nudillos resiguió ese contorno oscuro, gimiendo para sus adentros, y luego volvió a abrazarla. La abrazó con fuerza, como nunca había hecho. Porque jamás se había tomado un mísero segundo para reconfortarla con algo tan simple, y al mismo tiempo tan complicado, como un apretón. Diez besos y una caricia atrevida, que no eran nada comparado con la intimidad de tenerla a su completa merced.

—No me puedo creer lo mucho que necesito que me quieras —susurró, superado por las emociones—. Lo necesito tanto que me he vuelto loco, mi preciosa criatura... —Su voz se rompió a mitad de oración. Un sollozo le siguió, y más avergonzado por lo que no había hecho que por estar llorando, enterró la cabeza en el estómago vacío de su mujer—. Perdóname. Por lo que más quieras... perdóname.

Utilizó su cuerpo como dique contra la levedad de lo que le rodeaba, como si ella fuera lo único y realmente valioso de su vida. Si solo pudiera retroceder en el tiempo, solo unas horas atrás... Si solo hubiera podido creerla y decirle que él había empezado a quererla antes, y que lo más doloroso no era el engaño, sino el presentimiento de que ella podría no haberlo querido nunca...

Realmente, ¿habría cambiado algo?

**M**arcus se permitió un pequeño descanso entre las emociones de la última semana. No había habido manera física de separarlo de la habitación de Viviana. Después del incidente se instaló en el sillón cercano a la cama y de allí no había osado moverse ni siquiera para comer. Su único deseo era verla abrir los ojos y estar a su lado cuando le dieran la noticia del bebé.

Había imaginado diversas maneras de contárselo, pero ninguna tomaba forma en su cabeza. Era como si al tocar ese tema, su cabeza se desconectara y rompiera toda conexión con sus cuerdas vocales. Parecía haberse condenado a tenerlo presente para siempre, pero a no decirlo en voz alta jamás.

Por el momento llevaba la delantera. Tenía hasta que Viviana se despertara para preparar su discurso. No sabía aún muy bien lo que incluiría, lo que lo tenía en un sinvivir: lo que estaba claro era de que pediría una segunda oportunidad, aunque no se la mereciera.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyando todo el peso en la pared. Hacía unas horas que el médico había entrado en la habitación, escoltado por las amigas y la hermana de la enferma. Incluso Carlisle había regresado de su viaje a toda pastilla para verla después de enterarse de lo ocurrido.

Al menos él lo había sabido por su parte, cuando envió una misiva urgente a Essex. El resto no podía decir lo mismo. La noticia de que un hombre —cuya identidad se prefirió mantener en secreto— entró una noche en casa del duque de Saint-John se había propagado como la pólvora. Su primer escándalo. Y no podía importarle menos, mientras nadie supiera que Viviana seguía sufriendo las consecuencias. Su dolor era algo que no estaba dispuesto

a compartir con esa panda de frívolos.

La puerta se abrió y de la habitación emergió un inexpresivo Carlisle. Enseguida ladeó la cabeza para mirarlo, despegando los labios con el evidente objetivo de recordarle todo lo que había hecho mal. Frente a eso, Marcus se dio la vuelta y atravesó el corredor para empujar la puerta de su despacho, que mantuvo abierta hasta que Carlisle se decidió a seguirlo y a acomodarse en la estancia. Todo en completo silencio.

Marcus esperó a que su viejo amigo se sentara frente al escritorio. Lo hizo sin quitarle ojo de encima, tan pendiente de sus movimientos que parecía estar vigilándole.

—He estado un tiempo meditando lo que dijiste sobre que te quité la novia —empezó, dejándose caer derrotado sobre la silla que presidía la estancia—. Y he pensado en enmendarlo, ya que es una de las pocas cosas que está en mi mano arreglar. No creo que pueda soportar más cargos de conciencia... Y como ya no puedo disponerlo todo para casarte con Viviana, al menos no sin pegarme un tiro, creo que lo conveniente será que te busque una mujer adecuada. La mujer perfecta más bien.

Marcus hizo una pausa, esperando algún comentario. El silencio se prolongó casi un minuto. Cuando estuvo seguro de que no le interrumpiría pero tenía su atención, prosiguió.

—Hace unas semanas contacté con mi prima Joyce, y está dispuesta a casarse contigo. No lleva mi apellido, pero sí mi sangre y, a pesar de ser irlandesa, fue presentada en Londres el año pasado. La reina le cogió el gusto por sus modales impecables, así que es prácticamente imposible que te niegue lo que te pertenece poniéndola a ella como excusa. Sé que no es esto lo que querías —continuó, con voz monótona—. Deseabas una esposa con la que al menos hubieras vivido ciertas experiencias, una a la que hubieses cortejado tú mismo, pero esto es todo lo que puedo ofrecerte. Te aseguro que Joyce estará dispuesta a cualquier cosa que digas o pidas. Con tal de salir de Dublín se habría casado con un septuagenario moribundo, que era lo que tenía pensado. Puedo jurar sobre la Biblia que tu mano en matrimonio ha sido recibida con gritos de júbilo.

Carlisle se irguió sobre el asiento. Por un momento pareció sopesar la posibilidad. En sus ojos se leía fácilmente el cálculo y nada más.

—¿Estamos hablando de tu prima, de la reina y de mi culo egoísta de verdad? ¿Ahora, cuando Viviana está postrada en una cama al final del pasillo?

Marcus contuvo el aliento un instante.

—Prefiero no hablar con nadie sobre eso. Me cuesta hasta mirarla sabiendo lo que le he hecho.

—Eso espero. Se te debería caer la cara de vergüenza —convino Carlisle, cruzando las piernas a la altura del tobillo y reclinándose hacia atrás. Lo miró en silencio durante unos segundos antes de decidirse a continuar—. Entonces... ¿Estás arrepentido por estos meses? ¿Tienes pensado perdonarla?

—No tengo nada que perdonarle. La pregunta es si ella está dispuesta a quererme de nuevo o no. Apostaría por lo segundo, si nos remontamos a cómo la he tratado.

—Por fin te has dado cuenta de que el motivo era una estupidez y de que no quería hacerte daño.

—A lo mejor lo he sabido siempre. Ahora tengo la terrible sensación de que en el fondo no estaba enfadado con ella, sino conmigo mismo. Pensar que he sido tan desgraciado como para que una mujer quisiera hacerme algo así... Viviana es traviesa y retorcida por naturaleza, pero no habría herido a cualquiera y no se habría servido de un motivo estúpido para ello. Me odiaba de veras porque me lo merecía bajo su punto de vista, y porque siempre fui un cobarde. Tenía razón —admitió, bajando la voz—. He sido un imbécil desde que la conocí. Renegué de mis sentimientos, la alejé despreciándola adrede y evité que otros tuvieran la oportunidad de estar con ella poniéndola por los suelos de cara al resto. Me merecía que quisiera hacerme daño.

—En el fondo ni siquiera estabas enfadado con eso. Lo estabas porque eres un egoísta y odiaste ser consciente de que Viviana habría quemado la ciudad entera solo por su hermana. Solo por su hermana —recalcó—. Te daba envidia y sentías celos porque por ti no se habría atrevido, y porque no soportabas saber que formabas parte de ese montón de gente a la que pisotearía para verla feliz. No es un sermón —aclaró, sonriendo de medio lado—. Cualquiera mataría por que le quisieran solo la mitad de lo que Viviana Conti ama a su hermana. Yo incluido, solo que descubrí antes que era imposible. Justo cuando me confesó que ella solo quería a quienes le

querían, y supe que Valentina era la única que la había querido desde siempre.

—Tú también la has querido desde siempre.

—Y tú.

—Y ninguno de los dos lo admitía —suspiró Marcus, dejando caer la cabeza sobre las manos—. La diferencia es que tú la habrías perdonado, la habrías protegido y la habrías hecho feliz.

—Eso lo dudo —sonrió Carlisle, con una melancólica seriedad inexorable—. No estoy hecho para hacer felices a las mujeres. Al menos no más de lo que dura la noche. Y te lo aviso para que te replantees si me quieres al lado de tu prima. Siempre has hablado de ella con cariño; dudo que te hiciera ilusión que la convirtiera en un alma triste.

—No hables como si fueras un monstruo. Una cosa es que no puedas quererlas, y otra muy distinta que no sepas complacerlas. Joyce lo tendría todo contigo: protección, aprecio y buena compañía. Estoy seguro de que no podría quejarse. Además de que las otras opciones son mucho peores que tú —confesó—. Cualquier cosa mejor que un irlandés bruto e imbécil.

—Si insistes... No diré que no a un matrimonio de conveniencia. De hecho estaba desesperado por uno. Sabes que es una temporada lo que me queda... Pero no hablemos de eso ahora. ¿Qué diablos ocurrió? ¿No te dijo que corrías peligro? ¿Fue a buscarlo...?

—¿Cómo que si no me dijo que corría peligro?

—Viviana sabía de la existencia de Levinstone. Yo se lo conté después de que me contara que había estado husmeando en tus cajones. Leyó el testamento cuando aún tenía planeado hundirte, Saint-John —recalcó—. Y no hizo nada. No lo filtró, no se lo dijo a nadie y cuando vio que alguien lo había robado, se las arregló para echarlo a perder. Levinstone quería copiarlo, seguramente para repartirlo por la clase media para que se levantaran contra ti... Viviana derramó un tintero y ese plan quedó frustrado.

Marcus necesitó un buen rato para asimilar la información. Al principio se indignó, después se quedó perplejo, más tarde lo invadió una oleada de orgullo y, finalmente, volvió a hundirse en el pozo en el que se había metido. Por voluntad propia, cabía decir.

—No me lo dijo porque pensaba que empeoraría las cosas —meditó—.



Pero tú... Tú también lo sabías. ¿Por qué diablos te lo callaste?

—No sabía que era Levinstone quien estaba detrás de todo esto, sino un cualquiera. Y un cualquiera no podría hacerte daño de ninguna manera, o eso pensé. Te aseguro que de haberme puesto en el peor de los casos, habría acudido a ti enseguida. Pero era imposible pensar que algo como esto podría haber pasado. Esta clase de situaciones son de las que solo se ven en un teatro, y te lo dice un actor.

Podría haber seguido discutiendo, pero no tenía los ánimos, ni las ganas y, ya puestos, tampoco la razón. Carlisle no era ni remotamente culpable de lo sucedido.

—Todo este tiempo acusándola de rastrera y mala, cuando me salvó de una buena... De una no, de dos —se corrigió, lúgubre—. Ha arriesgado su vida por mí sin pensárselo dos veces.

—Sí, lo ha hecho. Debe quererte más de lo que pensaba.

Marcus levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Tú crees? —Se le escapó una nota esperanzada—. ¿Crees que me quiere de veras?

—Por supuesto. Aunque admito que tiene una manera un tanto extraña de demostrarlo. Supongo que la pasión le pierde, como a cualquier italiano. —Medio sonrió—. Y no tienes por qué machacarte a ti mismo. Ya has admitido tu parte de culpa, ahora solo falta pedir perdón. Nadie está libre de pecado: yo también la convencí de que era mala. Lo que me temo es que por unas y por otras haya acabado creyéndoselo. No me lo perdonaría. Los malos no amamos de esa manera, y tampoco nos sacrificamos.

—¿No te habrías sacrificado por ella?

—No. Pero tú sí. —Encogió un hombro—. Lo sé y por eso acepto la derrota con deportividad.

—Si te casas con Joyce no la echarás de menos, te lo puedo asegurar. Tiene todas las virtudes de un ángel y se conoce los trucos del demonio, por eso es la mujer que más quiero. Aunque si ni por esas logras olvidarla... —Sus rasgos se endurecieron—. Tendré que tomar medidas. No te querré rondando a mi mujer, Derek Delancey. Tu labia y halo de inalcanzable me da más miedo que doce Devis.

Carlisle soltó una carcajada ronca.

—Te aconsejo que ordenes tu lista de temores, Saint-John. —Se puso de pie y se apartó una pelusa invisible del pantalón. Ese aire distraído se transformó pronto en una mirada penetrante hacia el duque—. Ni Devis ni yo somos tu peor enemigo; lo eres tú.

—Eso no es cierto.

—Cada uno se engaña con la mentira que más le gusta. —Encogió un hombro, medio sonriendo—. Pero has sido tú el que se ha negado a sí mismo la felicidad una y otra vez. Intenta averiguar por qué, Saint-John. Quizá la base de todo este gran problema, el grano de arena que se convirtió en una montaña, fue que no te crees tan bueno como piensas.

—Apostaría porque es al revés. Siempre se me ha acusado de engreído y soberbio.

—Y a Viviana se la acusa de pérfida sin escrúpulos, cuando tiene un buen corazón. A mí se me acusa de hombre perfecto y mírame, solo soy un monstruo sin sentimientos... Si te has creído todo lo que te han dicho no serás tan inteligente como pareces. Ya te digo que si hubieras confiado tanto en tu valía, no habrías temido decepcionar a nadie siguiendo tu instinto. Aunque al final lo has seguido —añadió, lanzándole una mirada de soslayo. Giró el pomo de la puerta y, antes de desaparecer, sonrió de nuevo—. Algún día te daré una buena paliza por ello.

—¡Eh! —llamó el duque, al ver que se marchaba—. ¡Tienes que dejar de hacer eso de irte en el punto álgido de las conversaciones!

—Soy actor —declaró—. Como el telón, me retiro siempre en el momento justo.

Se levantó con la intención de obligarlo a pasar para zanjar la cuestión de Joyce, pero al ver que lady Abigail y lady Jezabel salían de la habitación de Viviana con la cabeza gacha, cambió de rumbo. Se acercó a paso ligero, con la preocupación grabada en la cara. No solo por lo que pudiera haber pasado, sino porque sospechaba que se había ganado el desprecio de las amigas de su esposa.

—¿Sigue dentro el doctor?

Lady Abigail levantó la mirada y asintió en silencio. Se notaba que había estado llorando, pero lo disimulaba de la mejor manera esgrimiendo una expresión tranquila a modo de escudo. La que no lo llevaba tan bien era lady

Jezabel. Aunque se frotaba las mejillas con ímpetu, estas volvían a empaparse.

—Lo siento mucho, Excelencia —musitó Abby, mirándolo a los ojos. Marcus se encontró preguntándose cuándo había sido la última vez que aquella mujer se había dirigido a él de esa manera tan directa, y llegó a la conclusión de que nunca se había dado el caso.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No me cree culpable de todo?

—Tengo la sensación de que en esta historia solo ha habido víctimas. —Apoyó una mano amable en su brazo. Le pareció la criatura más valerosa y misericordiosa que había visto jamás—. Por favor, cuídela.

Marcus fue a responder, pero la voz de Viviana al otro lado de la puerta hizo que el mundo desapareciera a su alrededor. No, no era el tono de siempre: ni burlón, ni falsamente cortés, ni desagradable, ni con ese marcado acento italiano que se le escapaba cuando estaba enfadada. Era una voz desvalida, rota y tan asustada que el miedo del aire que soltó viajó por la nada hasta meterse bajo su piel.

—Doctor —escuchó que decía—. ¿Cómo está el bebé?

El duque cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta cerrada. No oyó la contestación del médico, pero no le hizo falta para saber lo que había dicho. La reacción de Viviana fue tan sólida que casi pudo tocarla: un sollozo quebrado rompió su garganta, y arrancó a llorar con tanta tristeza acumulada que creyó que se moriría por el esfuerzo de seguir respirando.

—Solo tenías que hacer una cosa, Saint-John. Solo una. Y era protegerla —escuchó que decía Jess, con tanta rabia contenida que se escapaba por los extremos de su tono—. Puede que Abigail te perdone, y quizá Viviana lo haga... Pero yo no.

Marcus la miró con los ojos cuajados en lágrimas.

—Yo tampoco, milady. Yo tampoco.

Odiaba cómo pasaba el tiempo. Sentía que cada minuto era un rato desperdiciado de su vida, y ya llevaba tantos que no soportaba el tictac de los relojes. Había sentido la tentación de arrancarlos de la pared y arrojarlos a la chimenea, que pronto estaría en funcionamiento por la llegada del otoño, pero si no lo hacía era porque se merecía sufrir el pasar de las horas. Horas que no recuperaría y que no servían para nada; esos segundos estaban malditos por no poder vivirlos con Viviana.

Pero daba la sensación de que no estaba viva. Dos semanas después del incidente, cuando Devis ya se pudría en la cárcel y él no podía distraerse con las sesiones en el Parlamento, Viviana continuaba encerrada en su habitación. No bajaba a desayunar, almorzar o cenar: no comería si Marcus no hubiera insistido en que la doncella se sentara con ella hasta que terminase el plato. Tampoco se levantaba de la cama. Ni para recibir a sus amigas, ni para estirar las piernas... Sospechaba que renunciaba a incorporarse si no era para que le acomodaran mejor la almohada.

Aunque todo eso lo sabía de oídas, porque aún no se había enfrentado a ella. Cada vez que había tocado a su puerta y le había preguntado si podía pasar, Viviana le había comunicado a la doncella que no le dejara pasar bajo ningún concepto. Estaba más que claro que lo despreciaba, que rehuía cualquier acercamiento y que jamás le perdonaría haber formado parte de la muerte de su hijo. Y como entendía perfectamente cuál era su sentimiento, se replegaba a sus aposentos y allí mataba el tiempo, recordando a la Viviana de Ascot, a la que envenenaba su sopa o era capaz de pasarse la noche al pie de una ventana para llamar su atención.

Lo había querido, ¿no? Ella misma lo confesó, y Carlisle no tuvo reparo en

admitir que la sensación que llegaba como tercero era similar. Viviana Conti estuvo enamorada de él, hasta el punto de arriesgar su vida. Eso podía significar algo...

Marcus entendía con eso que ya no lo quería. Tampoco podía culparla. Como lady Jezabel había dicho, su deber como esposo era solo uno: protegerla de todo y de todos. Y en lugar de haber hecho escudo contra todo mal posible o manifiesto, se había declarado su mayor enemigo desde el día en que se casaron. Esa boda tan miserable y de la que huyó mientras pudo, renunciando a un beso por el que ahora hasta moriría en una pira.

La echaba tanto de menos que se levantaba en medio de la noche con el cuerpo encogido, el pecho pesado y la cabeza llena de recuerdos dolorosos. Pero no solo añoraba su contacto, ese que recreaba en cada sueño: no únicamente su cuerpo caliente, sus labios suaves o cómo podía llegar a imaginarse gobernador del mundo entero por acariciarla sin querer. Las sensaciones que lo envolvían al disfrutar de su compañía tampoco eran lo que deploraba como un excomulgado de su Tierra Santa. Ni su sonrisa atrevida, ni sus carcajadas burbujeantes... Era la simpleza de sentirla cerca de él.

Nunca importó si Viviana estaba a su lado o en la otra punta del salón; si se movía cerca de él mientras bailaban una cuadrilla o si cada uno descansaba en los aposentos de sus respectivos hogares. Sin tener en cuenta el lugar, la hora o la situación, Marcus siempre había sentido a la italiana muy cerca. Estaba en todas partes, persiguiéndolo, observándolo, tentándolo incluso sin intenciones de conseguirlo. Tardó mucho en comprender que esa cercanía provenía de un lazo íntimo que había ido floreciendo con los años. Quizá, si hubiera sabido antes de su existencia, todo se habría desarrollado de otra manera.

Pero ahora no encontraba ese vínculo. Si su forma era longitudinal y se podía palpar, ahora apenas era un hilo invisible imposible de palpar. Sentía que la estaba perdiendo, que se alejaba para siempre y que ni corriendo tras sus faldas podría alcanzarla. Era ese Orfeo que consiguió su segunda oportunidad con Eurídice, y en el último momento le pudo la necesidad y el error se cernió sobre él en forma de eterno tormento. Se la llevaban. Y no solo se la llevaban lejos de él, sino que desaparecía progresivamente. Ya no era ella, decía la doncella. Ya no era Viviana Conti.

Si él había causado la destrucción y muerte de un ser tan vital e inteligente, si había matado al culmen de la vida, no se lo perdonaría jamás. Por eso y por la sabiduría no se lo perdonaba, porque sabía quién era la causa de su languidez.

Y allí estaba de nuevo, de pie delante de su puerta, rogándole al cielo que en esa ocasión hubiera suerte.

—No quiere verle, Excelencia —anunció la doncella, atribulada—. Esta vez tampoco ha dado explicaciones. Estoy... tan preocupada —admitió, mirándose las manos—. No sé cómo animarla. Cada día que pasa está más apagada, come menos... No mejora. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer?

Marcus inspiró bruscamente.

—No lo sé, Dina. Pero voy a pasar —decretó—. Quiero darle espacio y tiempo, pero no podemos pasarnos el resto de nuestra vida así.

La doncella sonrió levemente, gesto que no le pasó desapercibido al duque.

—¿Qué ocurre?

—Oh, lo siento —se apresuró a contestar, poniéndose seria—. Es solo que es la primera vez que dice mi nombre correctamente, Excelencia. —Marcus no dijo nada al respecto, sabiendo que se debía a las veces que había escuchado a Viviana pronunciándolo—. Iré a preparar su habitación... Aunque no sé muy bien cómo podría reaccionar.

—Eso está por ver.

Empujó la puerta, dejando a la doncella inquieta dando vueltas por el pasillo. No se molestó en cerrarla: si Viviana decidía largarlo, obedecería sin perder tiempo. Lo último que quería era provocar su rabia, o peor: su tristeza.

—Viviana —llamó. Ella ni siquiera se movió. Estaba hecha un ovillo sobre la cama. Se la veía tan pequeña que casi se diría que había encogido—. He pensado que podrías recoger tus cosas y venir a dormir conmigo.

Silencio. Un silencio tan ensordecedor que le perforó los oídos y le llegó al corazón, que se le paró para ir a la par con ese vacío que se instaló entre los dos.

—Le diré a Denna que lo disponga todo —añadió, cambiando el peso de una pierna a otra.

No pudo seguir allí por mucho más tiempo. Dios sabía que el amor era

insistencia y estar allí al lado del ser querido pasara lo que pasase, pero dado que el sentimiento no era recíproco no tenía ningún sentido continuar haciendo el esfuerzo. Se convenció de que por la noche podría hablar con ella y se marchó a seguir con sus quehaceres, con los hombros cada vez más hundidos.

Cuando esa noche entró en la habitación, le sorprendió toparse con que la doncella había cumplido diligentemente la orden. Y no solo ella, sino también Viviana. La curva de su cadera, levantada sobre la sábana de su cama, no daba lugar a ninguna duda. Estaba allí, tumbada sobre el colchón, quizá dormida o quizá a la espera.

Su corazón se saltó un latido ante la idea de dormir a su lado. Pensar en todas las veces que había soñado con tenerla a su disposición era incluso ridículo, teniendo en cuenta que no hubo noche en la que no cerrara los ojos sin antes desearla. Desgraciadamente no podía permitirse tener esa clase de pensamientos, por lo que se limitó a guardar silencio mientras se deslizaba bajo las sábanas.

El familiar olor a hierbabuena lo noqueó en cuanto se situó a su lado. La manta se había movido un poco, revelando un brazo largo, un hombro desnudo y la mata de pelo negro más vivo de Londres. Su respiración parecía regular, lo que significaba que estaba dormida, por lo que aprovechó para acercarse a ella lo suficiente para inspirar su aroma. Casi se le humedecieron los ojos al reconocerlo.

—Viviana... —susurró, esperando con el corazón en vilo una respuesta. Aunque no se presentara en forma verbal.

Fue en vano. Ella continuó respirando, tranquila... de espaldas a él. Le habría gustado darle la vuelta y mirarla a los ojos. Dos semanas sin Viviana era demasiado para él, sobre todo después de haber aprendido cómo era vivir con ella. Aunque había evitado los lugares que frecuentaba en la casa, como una coqueta sala azul donde acostumbra a sentarse a leer, había sido inevitable dar con ella en algún momento. E incluso dentro de su enfado, esos días en los que coincidían eran los más felices de esa época ominosa.

Desesperado por sentirla cerca de él, le pasó el brazo por la cintura y se

pegó a su espalda. Apoyó la barbilla sobre su suave coronilla. Percibió un ligero perfume artificial, como si la hubieran bañado expresamente para estrenar el lecho conyugal. Dina debía haber supuesto que esa noche consumirían lo que no consumaron en su debido momento.

Marcus cerró los ojos y la apretó contra él. Rozó suavemente la curvatura de su cadera, su elegante espalda... Y cuando llegó a la zona del vientre, dejó allí la palma. Estiró los dedos hasta abarcarlo por completo y, con un cuidado desmedido, lo acarició. Lo acarició como si quisiera sacarle brillo, bendecirlo, decirle sin palabras que lo había querido tanto como ella por el hecho de ser de ambos y que necesitaba que compartiera su carga con él.

Cuando llevaba un rato meciéndola entre sus brazos, rozando con los dedos lo más parecido a la paz mental que había experimentado en los últimos meses, se oyó un sollozo. Marcus había estado tan seguro de que estaba dormida que se quedó paralizado. Podría haber achacado el sonido a una jugarreta de su imaginación si no se hubiera repetido. Una, dos y tres veces, hasta que Viviana pasó de estar sumida en un sueño reparador a rendirse a un llanto escalofriante.

Marcus despegó los labios para decir algo, pero Viviana lo silenció con algo tan simple como el gesto de apartar su brazo. Se incorporó a toda prisa, con los hombros temblorosos y el cuerpo tenso, y salió de la habitación antes de que Marcus pudiera asimilarlo.

Se estaba levantando para ir a buscarla cuando escuchó un golpe sordo, como si un material pesado hubiera caído al suelo. Preocupado, se precipitó hacia el pasillo con la lámpara de gas en la mano y contuvo el aliento al ver que Viviana estaba hecha un ovillo en una esquina del amplio corredor. Dejó la lámpara en el buró y se acercó corriendo, se arrodilló delante de ella y buscó a tientas su rostro en la oscuridad. La luz escasa iluminaba parcialmente los contornos duros de su rostro, más acentuados por la pérdida de peso de las últimas semanas.

—Viviana, mi vida —susurró, secándole las lágrimas con el pulgar—. Háblame. —Ella negó, sin levantar la mirada del suelo. Al percatarse de que tenía las piernas encogidas en una mala postura y temblaba de la cabeza a los pies, la cogió de los tobillos para acomodarla—. Por favor, Viviana —intentó, esta vez en italiano—. Mírame aunque sea. Sé que no me lo merezco,



pero necesito que lo hagas. Haré cualquier cosa para hacer que te sientas mejor. Cualquiera.

Aquello sorprendió a Viviana, que levantó la barbilla y lo miró con los ojos redondos. A pesar de su estado y de las circunstancias, el alivio inyectó su sedante en los músculos tensos de Marcus. Mirarla de nuevo y compartir su atención de nuevo fue como escapar de la muerte.

—¿Qué te ocurre exactamente? —insistió, hablándole en su lengua materna—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué quieres, Viviana? Porque sea lo que sea, te lo daré. No soporto esta situación. No soporto que me rehuyas constantemente... Lo siento, ¿me oyes? Lo siento por todo. Siento no haberme acercado a ti desde el principio cuando te quise desde que te vi, siento no haberte perdonado, siento no haberte protegido, siento... Siento que sufras porque yo... —Tragó saliva y midió la respiración para no romper a llorar. Alargó una mano temblorosa hasta tocar su vientre con los dedos—. Siento lo que le pasó y acepto toda la culpa. Si hubiera aparecido antes... Podría haberlo evitado. No tengo perdón de Dios, y entiendo que no quieras verme después de lo que os he hecho, pero igualmente te lo pido. Por favor.

Viviana negó con la cabeza.

—No... No te evito por eso. Tú no tuviste la culpa —gimoteó por lo bajo, también en italiano. Marcus sintió que podía respirar de nuevo al escuchar su voz después de tanto tiempo en silencio, sobre todo cuando reafirmó su intensidad dedicándole una mirada—. Tú no hiciste nada. Es solo que...

Marcus la cogió por la cintura y la abrazó como si fuera la primera vez que tocaba a un ser humano.

—¿Qué?

—Tú... —Contuvo el aliento—. Tú solo estabas conmigo por el bebé. Te casaste conmigo por ese motivo, y ahora él ya no... ya no está. Evito cruzarme o hablar contigo porque sabía que me echarías en cuanto tuvieras oportunidad.

—¿Cómo? —Se separó de ella y la sostuvo, sosteniendo su cabeza entre las manos, casi como si fuera una reliquia. Negó con la cabeza—. Maldito sea yo mismo por haberte dado a entender que de veras era eso lo único que quería de ti. Viviana, no te apartaría de mi lado ni aunque intentaras matarme. Solo tienes que intentar dejarme, y verías lo que ocurriría. Cruzaría el océano a

nado para devolvete a donde perteneces, que es junto a mí. Te quiero — admitió. Su voz tembló, apasionada, más cuando los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. Diablos que si te quiero. Te quiero desde que te vi haciéndole una reverencia a la reina y, al mismo tiempo, mirándola desafiante con la cabeza gacha. Desde entonces he vivido enamorado de tu fortaleza, de tu arrojo, de tu genio, de tu capacidad de sorprenderme y sorprenderte, de amar a los demás y transformarte en alguien completamente opuesto cuando la situación lo requiere. Por tu valentía y buen talante, y por lo retorcida que eres. Si hay algo cruel en ti, lo quiero también. Incluso si por ese motivo me van a llevar los demonios. Querré que me insultes, me retes y juegues conmigo toda la vida, Viviana. Ya ni siquiera estoy seguro de si me importa si lo haces porque me amas de vuelta o porque quieres darme un escarmiento, porque soy tan egoísta que me quedaría contigo bajo cualquier circunstancia.

—Pero... —balbuceó ella, superada por las emociones—. Todo lo que he hecho...

—Bendigo todo lo que has hecho porque nos ha llevado hasta aquí, el final feliz de todas mis expectativas. No he tenido ningún sueño que no acabara contigo durmiendo a mi lado, pequeña. —Atrapó una lágrima que caía por su mejilla y la besó justo en la zona—. Lo que odié de esa lista fue pensar que no me querías, que nunca lo habías hecho... Mi orgullo no tuvo nada que ver, pero supongo que ya no puedo cambiar todo el daño que te he procurado por la sobrevalorada dignidad. Entenderé que ya no me quieras —prosiguió, bajando la voz—. Pero has de saber que sí que lo conseguiste, y que lo conseguiste antes de proponértelo. Tienes a un duque a tus pies, Viviana Conti. Tú decides si le das una patada... o le das una oportunidad.

Viviana se pasó la lengua por los labios reseco y estiró el cuello, intentando recuperarse a sí misma. Observó a aquel hombre que tenía arrodillado frente a ella, con los brazos extendidos y aferrados a su cintura, con los ojos hechos Venecia. Sinceros, emocionados y arrepentidos.

Se acercó a él, abarcando su rostro con manos temblorosas, y lo besó con los labios entreabiertos. Marcus respondió al gesto enseguida, con la columna atorada por la inquietud frente al rechazo, y la sentó en su regazo para profundizar. Lo que al principio iba a ser un beso suave y cargado de sentimientos, se convirtió en un grito a la libertad, en una guerra de ningún

bando donde o los dos perdían o los dos ganaban. Marcus expresó las muchas ventajas que tenía no enamorarse al besarla con la tristeza de cien noches sin su cuerpo, y Viviana acogió ese dolor para fusionarlo con el propio. Respondió tan o más afectada por lo que podía hacer de ella la simpleza de su roce y se dejó llevar hasta que el aliento los reclamó.

—Cuando me caí... —musitó Viviana, respirando con dificultad—. Cuando Levinstone me tiró... Intenté protegerle. No sé qué ocurrió, solo sé que lo último que pensé antes de desmayarme fue... Fue que nunca me perdonarías que me hubiese expuesto de esa manera. Creí que me odiarías más incluso, y que tendrías la excusa perfecta para echarme.

—Arriesgaste tu vida para defenderme cuando debería haber sido al revés. Eso es todo lo que yo vi y sigo viendo —contestó, peinándole el cabello con los dedos. Deshizo el lazo que mantenía la trenza en su sitio y procedió a desbaratarla lentamente, hasta que su larga melena negra cayó libre sobre sus dos hombros. La admiró un momento con el pecho encogido—. Estoy tan orgulloso de que seas mía que no creo que nunca llegues a saber cuánto. No tengo palabras para ti...

—Entonces, ¿me crees? —preguntó, insegura—. ¿Confías en lo que te dije? ¿Sabes que te quiero?

Los ojos de Marcus brillaron esperanzados.

—¿Aún me quieres?

—Por Dios, claro que sí —suspiró ella, echándole los brazos al cuello y volviendo a besarlo—. Y a él también lo quería. Lo quería mucho, Marcus, lo... lo quería...

Marcus la cobijó entre sus brazos, con un nudo en la garganta. La apretó con fuerza, intentando transmitirle que no tenía que llevar su dolor en silencio. Como si el dolor fuera un virus, se transmitió del uno al otro, y ambos lloraron juntos mientras se acariciaban mutuamente. Dentro de la desoladora situación, Marcus se sintió pleno por poder tenerla cerca. Atrás quedaban esas veces en las que sentía que no había estado a la altura, atrás quedaba ese afán por demostrar que era válido, y atrás quedaba el miedo a perder aquello por lo que sabía que la vida era mucho más que obligaciones y virtudes. Probablemente él sería el mayor defecto de Viviana Conti, y ella sería el suyo, y apenas podía esperar a ser partícipe de todos esos escándalos

y travesuras en los que se metería cuando sanara del todo.

—Yo también lo quería, mi amor... —musitó de todo corazón, besándole las mejillas húmedas.

—Qué... ¿Qué voy a hacer ahora? —balbució ella—. Estaba preparada para dárselo todo.

—Escúchame... No es el final. —Se separó un poco para acariciarle la barbilla—. Lo superaremos juntos, ¿de acuerdo? Como todo lo anterior. Como todo lo que ha pasado antes de él. Si alguien es capaz de soportar cualquier cosa... Si alguien es tan fuerte para sobreponerse a algo tan terrible... Esa eres tú, Viviana.

—Pero era mi bebé —jadeó, mirándolo con los ojos encharcados.

—Y lo será siempre —cabeceó, cogiéndola en brazos para llevarla a la habitación—. No te estoy pidiendo ni te pediré nunca que lo olvides... Solamente que dejes de sufrir. Te quiero —repitió, tembloroso—. Te quiero más que a mí mismo, y pienso hacerte feliz. Somos excéntricos y ahora unos completos infelices, pero encajamos bien, ¿verdad? Necesito oírte decir. No he podido dormir desde que dijiste que nunca podríamos funcionar.

Viviana luchó por tranquilizarse.

—Cuando te enfadas eres terrible —admitió, dejándose tumbar sobre la cama con suavidad. Respiraba con dificultad—. Y cuando yo me enfado soy incluso peor. Si nos enfadáramos a menudo... sería nuestra destrucción.

—No nos hemos destruido en tres años, no lo íbamos a hacer ahora —recordó, apartándole el cabello del cuello e inclinándose para besarlo—. Juro ahora mismo por lo que más quiero que nunca más te haré llorar.

Viviana lo miró de esa manera que lo cautivó desde el principio. El toque justo de misticismo, con un velo corrido de burla afable y un brillo de pasión que atraparía el corazón del más fuerte.

—¿Y qué es lo que más quieres?

—A ti. Pase lo que pase. —Marcus la besó en los labios lentamente—. Y ahora deja que intente hacerte sentir mejor...

## EPÍLOGO

El duque de Saint-John bajó el periódico bruscamente. Su expresión pareció tallada en granito cuando miró a la duquesa, que se encogía de hombros con exagerada despreocupación.

—¿Se puede saber a qué viene lo de encerrarte con lord Cromwell en una habitación y arrojarle a la cabeza una de las vajillas del ajuar de lady Glasford?

—Estaba molestando a Valentina —se defendió, cruzando los brazos. El gesto realzó su busto ya de por sí alzado, con un corsé ribeteado con cintas en un llamativo tono rojizo. Un atavío que habría hecho gritar de terror a la reina Victoria, pero que logró distraer a Marcus de su intención de hacer que se avergonzase del comportamiento—. Le dije que no volviera a acercarse, y lo he pillado discutiendo con ella sobre un beso que le robó. ¿Te lo puedes creer? ¡Ese *sudicio bastardo*! ¡Debería haberle tirado todo el ajuar, no solo el cuenco de la sopa! —Al ver que su marido hacía una mueca, cuadró los hombros y lo miró con algo que, si bien podía parecerse al arrepentimiento, no lo era—. ¿Te has enfadado?

Marcus se puso de pie y dejó a un lado el periódico.

—Claro que me he enfadado. Haces esto y encima me traes la noticia en la que se comenta como si estuvieras orgullosa de tu hazaña...

—Técnicamente venía a enseñarte que el compromiso de Carlisle está en portada —corrigió, señalando el apartado donde el título del barón brillaba por encima de todo lo demás—. Que hayas leído mi pequeña travesura ya es otro cantar.

—¿Tirarle un plato a la cabeza a un hombre te parece una travesura? —Marcus se pasó una mano por la cara, desquiciado—. Me vas a matar de un

disgusto... Tienes que dejar de hacer esas cosas, ¿me oyes? Primero, porque nuestra reputación es importante. Segundo, porque no quiero tener que darle una paliza a todo el que hable mal de ti, y no podré resistirme. Y tercero...

—¿Tercero? ¿Hemos llegado a un tercero ya?

—Tercero —repitió, acercándose a ella y deslizando una mano por su cadera. Tiró distraídamente del nudo que coronaba el corsé, haciendo que la falda se deslizara por sus piernas hasta formar una nube bermellón a sus pies. La acorraló contra la pared, apoyando los labios en su sien—. Todas esas «travesuras» me recuerdan peligrosamente a lo que hacías conmigo... Y no me haría ilusión descubrir que intentas llamar la atención de otro hombre. Dice mi mujer que tengo muy mal genio, y los celos ciertamente podrían hacer que saliera a relucir.

Viviana llevó las manos al pañuelo del caballero, con el que jugueteó un momento antes de quitárselo y continuar entreteniéndose con los botones de la chaqueta.

—Seguro que tu mujer exagera y eres tú el que tiene que soportar lo indecible.

—Eso es algo que mi mujer no habría admitido jamás —comentó él, aplastándola con su cuerpo y besando el valle de sus pechos con los labios entreabiertos—, por eso te prefiero a ti.

La duquesa se rio ligeramente.

—Haz el favor de no manosearme demasiado. ¿No ves que soy una mujer en estado? —rezongó, apartándole—. Tengo que cuidarme de emociones fuertes.

—Vaya, no sé si considerarme afortunado porque mi mujer piense que soy una emoción fuerte... o si ponerme a llorar —comentó Marcus, fingiendo hallarse compungido. Colocó una mano en el estómago de Viviana, que sonrió al ver que se le iluminaba el semblante—. ¿Se está portando bien?

Una garganta se aclaró bajo el umbral de la puerta. El duque tuvo como acto reflejo cubrir la semi-desnudez de Viviana, pero ella se asomó por encima de su hombro con los ojos brillantes. Ambos descubrieron a una colorada Abigail, que no sabía dónde meterse.

—No os habría molestado si no estuviera a punto de empezar la ceremonia —farfulló, avergonzada—. El novio necesita al padrino por algo relacionado

con los anillos.

—Los anillos —suspiró Marcus, lanzando una mirada al cielo. Después dejó caer la cabeza sobre los pechos de Viviana, que acarició con la nariz—. De acuerdo, enseguida vamos.

Viviana se carcajeó de lo lindo.

—¿Puedes dejar de... hacer eso? Tenemos a una invitada delante —dijo entre risas. Miró a su amiga con cara de circunstancia—. Lo siento, Abby. Espera a que me ponga la falda otra vez y te acompaño al asiento.

La joven asintió y se apartó, entornando la puerta para darles intimidad.

—Se ha convertido en un desvergonzado, Saint-John.

—No voy a pedir perdón —objetó él, alzando una ceja. Se agachó para coger la falda y volver a atarla, poniéndola de espaldas a él. Por el camino acarició descaradamente la curva de su cadera, el contorno de su trasero—. ¿Cómo te sienta saber que Carlisle se casa?

—Me alegra que haya conseguido lo que quiere... —contestó con la voz entrecortada—. Pero no sabré qué decirle a tu prima, Marcus. ¿La felicito o le doy el pésame?

—Depende. ¿Crees que le ha gustado?

Viviana lanzó una mirada al techo, pensativa. Recordó el momento en el que Joyce y Carlisle coincidieron, e intentó establecer alguna clase de unión entre los dos. Al final suspiró.

—Estoy casi convencida de que no, no le ha gustado nada.

—Es un alivio, entonces —musitó Marcus, besándole el lóbulo de la oreja. Después se apartó y la cogió de la mano para llevarla al salón donde se llevaría a cabo la boda. Ante la mirada inquisitiva de Viviana, explicó—: Cuando una mujer no le atrae se comporta como el perfecto caballero. Si por el contrario ve que podría deslumbrarle... Ahí es cuando empieza a ser cruel.

—¿Y eso que dices es verídico, o una corazonada?

—No hay nada escrito sobre Derek Delancey, pequeña. Ya lo sabes... Solo son presentimientos.

Viviana se encogió de hombros, restándole importancia. Se despidió del duque con un beso en los labios, quien se puso a buscar al novio con aplomo. Luego se reunió con Abigail, que esperaba en el pasillo. Cuando se acercó a ella, creyó distinguir un destello luminoso entre sus dedos, como si estuviera

jugando con una perla o una perla brillante.

—Bueno. —Viviana dio una palmada y se colgó de su brazo, conduciéndola al salón. La miró de reojo, encontrándola más bonita después de cada ojeada—. ¿Estás preparada?

—¿Para la boda? Oh, sí, me emociona pensar que Carlisle tiene su final feliz...

—No digo para esta boda. —Le guiñó un ojo—. Ha llegado tu turno, Abby. ¿Estás preparada para conquistar a tu hombre?



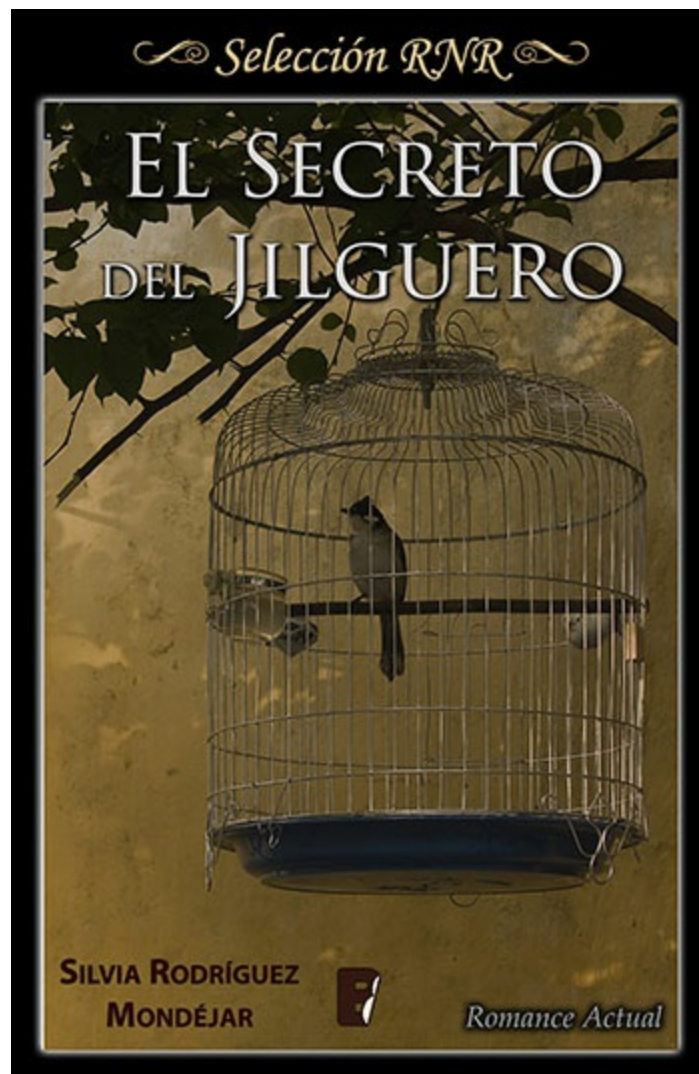
Si te ha gustado

# Cómo poner a un duque a tus pies

te recomendamos comenzar a leer

## El secreto del jilguero

de *Silvia Rodríguez Mondéjar*



## CAPÍTULO 1

**D**eseó volatilizarse y de inmediato se sintió culpable. Pensó en los besos que Clara y Arnau le habían regalado frente a la puerta de la escuela, justo antes de salir corriendo hacia el portalón. Esos besos son la clave de todo, Elisa, y lo sabes. Pero la mujer que la observaba ahora desde el espejo parecía burlarse de ella: mírate, tienes ojeras y estás flaca; son las once de la mañana y ya has cumplido con todos tus quehaceres, recogiste el traje de tu marido de la tintorería, llevaste la ropa usada a las monjas de tu antigua escuela y compraste la libreta que te pidió tu hija, ¡debes de estar agotada! Hizo un mohín y salió del baño. Subió a la buhardilla arrastrando los pies y deslizando el índice con indolencia por la barandilla. Abrió la puerta de su retiro y permaneció indecisa en el umbral, con la mano reposando sobre el manubrio dorado. El bastidor con el cuadro de punto de cruz que le había regalado su madre hacía un par de años dormía plácidamente junto al sofá, varias revistas de autodefinidos cubrían, desordenadas, la mesilla auxiliar, y *Suite Francesa* la aguardaba en el alféizar de la ventana con aquella tarjeta del gabinete de psicólogos que había empleado como punto de lectura sobresaliendo por su borde superior. Qué tedio... Finalmente decidió buscar en la librería algún título menos literario pero que lograra arrancarle una sonrisa; se dirigió a la estantería que cubría la amplia pared del fondo y se dedicó a repasar los lomos mientras los acariciaba con los dedos, suerte de vosotros que me transportáis; se percató de que algunos libros estaban mal colocados y pensó que, además, estaban distribuidos sin criterio. De repente se le ocurrió que podría clasificarlos e incluso crear su propio índice, por autores o tal vez por materias, y se emocionó, ¡horas de trabajo!, ¿por qué no?, la mente ocupada haciendo algo que le gustaba, repasando sus pequeños tesoros, como cuando trabajaba en la librería con Vicente, y se puso manos a la obra, una montañita de ejemplares por aquí, estos otros sobre la silla, vaya, tienen polvo, antes de recolocarlos he de pasarles un paño... Media hora después había vaciado todos los estantes y cientos de tomos apilados aguardaban desde todos los rincones de la buhardilla, expectantes. Dio varios

pasos hacia atrás, ¡por Dios, qué desorden!, se arrepintió un poquito de su arrebató y le vino a la mente el pasaje del Quijote en que se quemaban todos los libros de caballería; no pudo evitar reír: ¡si Álex entrara aquí ahora... haría lo mismo! Suspiró. Pero, ¡no te amilanes, Elisa!, ¿cuántos volúmenes pueden ser, quinientos? Lo harás por orden alfabético de autores, decidido. ¡Adelante, mujer! Sí, sí, adelante, se dijo, mientras reculaba con intención de bajar y preguntar a la asistenta, la buena María me sabrá decir con qué producto limpiar el mueble de caoba. Pero justo en ese instante sonó el teléfono. Sorteó los obstáculos hasta llegar al secreter y descolgó.

—¿Sí?

—¿Elisa? ¡Soy Pilar!

Elisa sonrió, hacía semanas que no hablaba con su amiga. Se sentó sobre la moqueta mullida, esas solían ser largas conversaciones. Tras los saludos iniciales y las preguntas y respuestas de rigor, sí, los niños están bien, y Álex ocupado como siempre, me alegro de que también vosotras estéis bien, surgió el verdadero motivo de la llamada.

—No sé qué te habrá contado Laura, pero sabes que mi hermana es una exagerada, Pilar —protestó—. Estoy bien. Es solo que me falta algo de actividad... De hecho le comenté a Álex que quizá debería volver a trabajar.

—¡Claro! Es una idea estupenda. ¿Y qué harás? ¿Volver con Vicente?

Elisa se mordisqueó el labio.

—No, no. En realidad... Álex dice que los niños son pequeños. Quizá en un par de años.

Elisa escuchó el silencio al otro lado de la línea, roto finalmente por un simple «vaya». Reaccionó rápido. No deseaba preguntas que ni ella misma se atrevía a hacerse.

—Oye, Pilar. ¿Sabes qué se me ocurre? El próximo fin de semana es la castañada y Álex va a estar de viaje. Si Montse y tú no tenéis planes, podríamos ir a celebrarla con vosotras; el Montseny debe de estar precioso ahora... —pidió, con confianza.

—¡Me parece una idea excelente! No íbamos a hacer nada especial. Venid el viernes; y si los niños hacen puente os podéis quedar hasta el martes. ¿Se lo dirás tú a Laura? Por cierto, que... ¿no has notado nada extraño en tu hermana, últimamente?

¿Laura? Elisa reflexionó. La había visto la semana anterior, celebraron el cumpleaños de su padre. Ciertamente no había estado muy locuaz, pero nunca lo era en presencia de su madre; las manías de esta y los eventos familiares la fastidiaban.

—No sabría decirte, Pilar. No he visto nada raro ni me ha comentado nada. ¿Por qué te lo parece? —preguntó, mientras observaba sin ver el esmalte de sus uñas.

—Bueno. No sé. Hablé con ella hace un par de días, la noté mohína. ¿No tendrá mal de amores?

Elisa rio.

—¿Mal de amores, mi hermana? ¡Podría tener al hombre que quisiera con solo chasquear los dedos! Pero, ¿dijo algo en concreto?

—No. Concreto no. Estaba... filosófica, ya sabes, la vida, el tiempo que pasa... En fin, no me hagas caso. Todo el mundo puede tener un mal día. Oye, lo dicho, que os espero el viernes.

Acordaron la hora de llegada, discutieron un poco sobre lo mismo de siempre, que no, no traigáis comida, que sí, no seas pesada, Pilar, para finalmente despedirse sabiendo ambas que Elisa haría lo que le diera la gana al respecto. Colgó y quedó pensativa. Debía de tratarse de una apreciación errónea por parte de Pilar. Laura siempre le explicaba todo. Se levantó y fue hacia la ventana. Se sentó en el alféizar y observó el libro que Némirovsky nunca finalizó; angustia, miedo, incerteza, muerte. La recorrió un escalofrío. Decididamente no era una obra adecuada para su momento vital. La añadiría a cualquiera de las pilas, y quizá más adelante la retomaría. Observó de nuevo con pereza el caos literario que había organizado ella solita y de nuevo volvió a su hermana. Intentó analizar su comportamiento de las últimas semanas sin hallar nada inquietante en él y sin embargo... Mordisqueó la uña del pulgar mientras contemplaba la calle. Los plataneros estaban semidesnudos y las pocas hojas que resistían se mecían compungidas por su inminente final al ritmo de la brisa suave. La señora Victoria, la portera del edificio de enfrente, barría la acera con parsimonia, limpia que te limpia sobre limpio, aguardando, seguro, que algún vecino entrase o saliese para poder charlar ni que fuese unos minutos. Pero la calle estaba absolutamente desierta.

## **La venganza es un plato que se sirve bien frío... Pero con el hielo uno también puede quemarse.**

Si bien toleró durante su primera temporada los desaires de Marcus Radcliff, en la segunda le empezaron a molestar de tal modo que empezó a tomar medidas. Unas medidas que tristemente no tuvieron ningún efecto.

Por eso ahora, durante su tercer año como casadera, Viviana ha decidido que va a sacrificar su futuro como esposa para dedicarse enteramente a darle una lección...  
...de diferente índole.

**Eleanor Rigby** es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Eleanor Rigby

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-986-7

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

### CÓMO PONER A UN DUQUE A TUS PIES

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO



SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...  
SOBRE ESTE LIBRO  
SOBRE ELEANOR RIGBY  
CRÉDITOS